

índice

Abraham	1
<i>1 el rey Nemrod 1 • 2 la torre de Babel 3 • 3 el nacimiento de Abram 4 • 4 Abram y Nemrod 5 • 5 la confusión de lenguas 7 • 6 Abram va a Canaán 8 • 7 el árbol de Abraham 9 • 8 visita de los tres hombres 11 • 9 la destrucción de la ciudad de Sodoma 12</i>	
Isaac	16
<i>10 el niño Isaac 16 • 11 el sacrificio de Isaac 17 • 12 Isaac y Rebeca 20</i>	
Jacob	24
<i>13 Jacob y Esaú 24 • 14 la bendición de Isaac 26 • 15 la huida de Jacob 29 • 16 Jacob en tierra extranjera 30 • 17 la tierra de Canaán. la reconciliación 34</i>	
José	37
<i>18 José es vendido 37 • 19 José en Egipto 41 • 20 José en prisión 44 • 21 los sueños del Faraón 46 • 22 los años de carestía 49 • 23 el gran viaje a Egipto 56 • 24 un nuevo faraón 58</i>	
Moisés	60
<i>25 nacimiento y niñez de Moisés 60 • 26 el carbón ardiente 62 • 27 Moisés y los egipcios 62 • 28 Moisés en Madián 64 • 29 la lucha con el faraón 67 • 30 la salida 72 • 31 Mará y Sin 77 • 32 los amalecitas 80 • 33 en el Sináí 81 • 34 los diez mandamientos 83 • 35 el becerro de oro 85 • 36 el tabernáculo 87 • 37 el desierto de Sin 92 • 38 la serpiente de bronce 93 • 39 Balaam vuelve a aparecer 94</i>	
Josué	98
<i>40 Josué sucesor de Moisés 98 • 41 el sepulcro desconocido 100 • 42 la travesía del Jordán 101 • 43 la conquista de la ciudad de Jericó 103 • 44 en la tierra de Canaán 106</i>	
Saúl y David	107
<i>45 Samuel y Saúl 107 • 46 Saúl se convierte en rey 110 • 47 el pastor David 112 • 48 ¿quién será el nuevo rey? 113 • 49 David y Saúl 114 • 50 David y Goliat 116 • 51 en la cueva 121 • 52 la muerte de Saúl y Jonatán 123 • 53 David como rey 125 • 54 la gran asamblea 128 • 55 el sueño de David 130 • 56 los salmos de David 130</i>	
epílogo	131

Jakob Streit

Id a la tierra prometida

El camino del pueblo de Israel desde el llamamiento de Abraham hasta el sueño de David



(se incluyen los textos bíblicos) 02

el profanador de textos

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)

profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, -ris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.

(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados



con respecto a este libro

Título: ‘Id a la tierra prometida. El camino del pueblo de Israel desde el llamamiento de Abraham hasta el sueño de David’

Autor: Jakob Streit. Ilustraciones: Gisela Kramer. Traducción: Analía Pamas. Revisión: Cristina Martínez
ISBN: 950-9461-27-5

Título original: ‘Ziehet hill ins gelobte Land’

Editorial: Editorial de la Comunidad de Cristianos, Bs. As.

Fecha de impresión: 1996

primera pedeficación:
junio 15, 2012

actualizaciones:
agregado de textos
bíblicos
noviembre 11, 2014

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a elprofanadordetextos@yahoo.com, poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de dactilografiado, por favor, enviar un email a elprofanadordetextos@yahoo.com, poniendo en el ‘Asunto: Tipear.’ Gracias.

GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos. Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita ‘[GAnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf’ fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número ⁽⁰²⁾ o un número y una letra ^(02c) al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

el por qué de este proyecto

una nota de el profanador de textos

Los tres libros¹ de Jakob Streit sobre la narrativa de tercer grado, historia sagrada, el Antiguo Testamento, son quizás el material más usado, sobre el tema, en las escuelas Waldorf. Él utilizó como referencia la Biblia, así como otros libros.² Su selección y su narrativa son maravillosos.

Pero esto aleja al docente de la experiencia propia con las fuentes. ¿Cómo hacer para que el maestro pueda leer el relato original? Así es que concebimos incluir en paralelo los textos bíblicos.³ Se podrá conocer la historia original y apreciar el trabajo literario del autor.

Para descubrir el ‘sentido real’ detrás de los textos se sugiere leer, como mínimo: Steiner, Rudolf. ‘Génesis. Los secretos del relato bíblico de la creación.’ (Al menos, las conferencias 3, 7 y 8.)

Un agradecimiento especial a María José Hüppi. ♣

1 Streit, Jakob. ‘Y hubo luz...,’ ‘Id a la tierra prometida,’ y ‘Construyamos el templo.’

2 Ver ‘epílogo’ en cada volumen.

3 Ciertos relatos suelen estar narrados más de una vez. Se seleccionó, generalmente, el primero en aparecer.

Abraham

1 el rey Nemrod

Después del diluvio los hombres poblaron el nuevo mundo. Todos hablaban el mismo lenguaje, el lenguaje de Noé. En aquellos tiempos la lengua era considerada sagrada. Nadie que orara y ofreciera sacrificios debajo del arcoíris del nuevo mundo blasfemaba o la mal utilizaba.

Pero los hombres volvieron a multiplicarse en la tierra. Cuando Noé y todos los que fueron salvados con él en el arca hubieron muerto, buscaron un rey que los pudiera gobernar.

En aquel tiempo había un poderoso cazador de compleción física grande y fuerte. Vestía ropas confeccionadas con trozos de pieles de doce animales salvajes que él mismo había matado.

Este cazador se llamaba Nemrod.

Muchos dijeron:

—Nemrod debe ser nuestro rey; él es grande y fuerte y vence a todos sus adversarios en la lucha.

Fueron a Nemrod y exclamaron:

—¡Sé nuestro rey! ¡Ordénanos, y nosotros te obedeceremos!

Como todos inclinaban su cabeza ante él, él se irguió y habló así:

—Seré vuestro rey si vosotros hacéis todo lo que yo ordene.

el profanador de textos

Lo primero que ordenó fue:

—Construidme un palacio y un trono bien alto.

Todo el pueblo comenzó a trabajar con ahínco.

Construyeron el palacio con una gran ciudad a su alrededor. El trono fue esculpido en piedra y tenía cuatro zócalos orientados hacia las cuatro direcciones del mundo.

Empero, después de siete días dijo Nemrod:

—El trono es demasiado bajo.

Entonces los obreros colocaron un trono de madera sobre el de piedra, adornado con múltiples imágenes de animales. Nemrod se sentó allí y reinó.

Pasado un mes habló así:

—¡La madera es demasiado blanda!

Entonces los obreros forjaron un trono de hierro, lo colocaron encima del anterior y construyeron detrás una escalera para que el rey pudiera subir. Nemrod se sentó en el trono de hierro y reinó.

Después de medio año habló así:

—¡Es muy oscuro!

Entonces prepararon para él un trono de cobre, lo frotaron con arena fina para que el cobre brillara rojizo y colocaron el trono encima del anterior. Nemrod lo halló de su gusto y reinó desde él durante un año.

Un buen día, dominado por la ira, gritó:

—¡El trono es muy rojo!

Entonces los orfebres le confeccionaron uno de plata y lo pulieron de tal modo que brillaba como la luna en la noche. Nemrod se sentó en él y reinó.

Después de dos años habló así:

—Prefiero un trono de oro.

Sus criados tuvieron que traer oro de aquí y de allá. Los orfebres moldearon uno que brillaba como el sol y no necesitaba ser pulido. Los obreros tuvie-

ron que elevar aún más la escalera que conducía al trono. Entre ellos se decían:

—Ahora tiene suficiente. No puede ser construido más alto, pues sino llegará al techo.

Nemrod se sentó en el trono de oro y reinó. Quien llegaba ante él debía postrarse y gritar fuertemente para que su voz fuera escuchada arriba por el rey.

Al cabo de tres años Nemrod ordenó:

—¡Los orfebres tienen que adornarme el trono de oro con piedras preciosas para que brille como el cielo estrellado!

Cuando Nemrod estuvo sentado en ese trono y ya no lo podía mandar hacer ni más alto ni más hermoso, le sobrevino otra idea.

1 el rey Nemrod

génesis 10:8-12

⁸ Kus engendró a Nemrod, que fue el primero que se hizo prepotente en la tierra.

⁹ Fue un bravo cazador delante de Yahveh, por lo cual se suele decir: “Bravo cazador delante de Yahveh, como Nemrod.”

¹⁰ Los comienzos de su reino fueron Babel, Erech y Acad, ciudades todas ellas en tierra de Senaar.

¹¹ De aquella tierra procedía Asur, que edificó Nínive, Rejobot Ir, Kálaj ¹² y Resen, entre Nínive y Kálaj (aquella es la Gran Ciudad).

2 la torre de Babel

Al dormir, muchas veces el rey Nemrod tenía extraños sueños que le insuflaba un espíritu ruin. Su nombre era Sandalfón. Él le susurraba a Nemrod: —Construye una torre tan alta que llegue hasta el cielo. Coloca encima de ella mi imagen, así yo protegeré a tu ciudad del fuego y del agua. El fuego no podrá habérselas con la torre y en ella podrás salvarte del agua.

Y el espíritu maligno continuaba susurrando. Nemrod soñaba que él subía a la torre con sus guerreros para tomar por asalto el cielo. Sus soldados tiraban flechas hacia las alturas, que volvían a caer coloreadas de sangre.

Sin embargo, Nemrod tenía también otro sueño: veía cómo una gran luz iluminaba desde arriba sobre la torre, y cómo esa luz se desplegaba hacia todas las direcciones del mundo.

Cuando Nemrod tenía tales sueños pensaba: “La torre me proporcionará aún más poder y gloria que mi trono.” Llamó a todos los constructores del reino ante sí y ordenó:

—Construid una torre tan alta que llegue hasta el cielo. Yo les doy poder sobre el pueblo entero para obligar que todos trabajen día y noche, sean hom-

bres, mujeres, niños o ancianos, amasando y cocinando barro para hacer ladrillos. ¡El que se oponga morirá!

Los pregoneros del rey Nemrod llamaron al pueblo al trabajo. Anunciaban:

—Quien participe de la construcción de la torre obtendrá grandes beneficios y un día podrá subir al cielo.

Día y noche ardía el fuego en los hornos de ladrillos cocinando los trozos de arcilla. Y todos estaban poseídos por la idea de la torre. Si a alguien se le caía un ladrillo de las manos y se rompía, lloraban la pérdida. Si alguien se caía por torpeza de la torre y moría, los demás reían y tiraban su cuerpo en el horno de ladrillos más próximo. Nemrod ordenó:

—Construid en el centro de la torre un pedestal. Colocad allí una estatua del dios Sandalfón. Esta debe ser vista y adorada desde muy lejos.

Entonces los escultores comenzaron a esculpir en piedra una gigantesca cara distorsionada para que, al final, fuera colocada arriba en la torre.

2 la torre de Babel

génesis 11:1-4

1 **1** ¹ Todo el mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras.

² Al desplazarse la humanidad desde oriente, hallaron una vega en el país de Senaar y allí se establecieron.

³ Entonces se dijeron el uno al otro: “Ea, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego.” Así el ladrillo les servía de piedra y el betún de argamasa.

⁴ Después dijeron: “Ea, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la haz de la tierra.”

3 el nacimiento de Abram

Los soldados y sirvientes de Nemrod tenían un capataz de nombre Téráj cuya mujer dio a luz un hijo varón. Téráj le puso el nombre de Abram. En la noche de su nacimiento, el capataz invitó a su casa a los magos y videntes de Nemrod. Ellos debían leer la escritura de los astros en el cielo a la hora del nacimiento y así indicar cuál sería la vida que le esperaba al recién nacido.

Al nacer el niño, los videntes observaron en el cielo nocturno una gran estrella fugaz que se dividía en muchas estrellas pequeñas y brillantes por lo que los astrólogos se asombraron sobremanera. Le hablaron a Téráj:

—Este niño será muy poderoso, será padre de todo un pueblo.

Al regresar al palacio de Nemrod, a medianoche, comentaron entre sí:

—Deberíamos anunciar este nacimiento al rey Nemrod. Si se lo ocultamos y él se entera, eso significaría nuestra muerte.

Al día siguiente los sabios se presentaron ante el trono de Nemrod, se postraron y tocaron el suelo con la frente. Entonces habló el portavoz:

—¡Que viva el rey! Hoy de noche, oh rey, le ha nacido un hijo a su capataz Téráj. El nos invitó a su

casa. Al momento de ocurrir el nacimiento elevamos nuestra mirada hacia el cielo nocturno y vimos resplandecer una estrella fugaz y dividirse en muchas pequeñas estrellas brillantes. El hijo de Téráj será grande y poderoso, será también padre o rey de un pueblo.

Nemrod preguntó:

—¿Puede ser peligroso para mí?

A lo que el sabio mayor respondió:

—Bien puede ser que de él venga algo malo para ti. Si el rey estuviese de acuerdo, le pagaría al padre un precio por él y nosotros mataríamos al niño antes de que te sea peligroso.

Nemrod hizo llamar a Téráj ante sí:

—Se me ha dicho que en la pasada noche te ha nacido un hijo varón. Después de su nacimiento han sido vistos ciertos signos en el cielo. Entrégame este varón que yo lo voy a hacer a un lado antes de que me haga daño. Te daré, Téráj, un buen precio en plata y oro.

Téráj sabía que Nemrod no admitía protesta, y replicó:

—Todo lo que es mío, lo dejo en manos del rey. Pero dadme la gracia de tres días para poder transmitir a los de mi casa la palabra del rey en forma correcta.

El rey atendió el pedido de Téráj y le otorgó tres días de plazo para entregar al niño. Una vez que regresó a su casa refirió a su mujer y a los más allegados la orden de Nemrod y éstos cayeron en pánico y desesperación. A la mañana del tercer día los sirvientes de Nemrod golpearon violentamente la puerta de la casa de Téráj exigiendo les fuera entregado el niño.

Aconteció que justo esa noche una sirvienta había dado a luz un varón. Téráj hizo entregar el hijo de

esa criada a los sirvientes de Nemrod. Nemrod tiró al niño con tanta violencia contra el trono de piedra que murió instantáneamente.

Entretanto Téráj condujo secretamente a su mujer con su hijo Abram y una nodriza a una cueva en las afueras de la ciudad. De tiempo en tiempo les llevaba alimento al escondite. Sin embargo, para no acarrear sospechas, la madre regresó después de unos días a la casa de Téráj y dejó solos en la cueva a la nodriza con el niño.

Pero a Sandalfón, el espíritu ruin, no se le había podido ocultar que Abram permanecía con vida y le envió a Nemrod un sueño.

Al rey se le aparecía delante de su trono un varón que crecía tan alto como un árbol y derribaba el trono de siete pisos, mientras una aguda voz susurraba:

—Nemrod, estate atento, el niño Abram vive.

¡Por su causa te amenaza el peligro!

Cuando Nemrod despertó, aún le retumbaba en los oídos el sonido de la voz. Ordenó a sus sirvientes matar a todos los varones recién nacidos en la ciudad que tuvieran un mes o menos.

Ciñendo espadas, los sirvientes llevaron a cabo la orden con atrocidad. Empero el escondite de Abram le estaba oculto al espíritu maligno Sandalfón, pues el resplandor de luz del arcángel Gabriel rodeaba al niño iluminándolo. Sandalfón no podía verlo ni encontrarlo a través de esta luz por más que buscara por doquier.

De tiempo en tiempo la madre visitaba al niño en la cueva, llevándole alimento y vestimenta. El espíritu maligno Sandalfón no tenía sosiego. Él sabía que Abram vivía pero no sabía dónde. Entonces se le apareció a Nemrod nuevamente en sueños y le susurró:

—Abram vive y derribará tu trono si no lo capturas. ¡Envía tus guerreros a localizar su escondite!

Nemrod ordenó entonces nuevamente a sus soldados buscar al niño Abram y llevarlo vivo ante él; pues esta vez quería asegurarse de matar al verdadero.

Abram jugaba con palitos y piedrecitas en la pendiente de la colina de la cueva. De pronto divisó en el valle una tropa de hombres que tomaban el camino ascendente de la colina. En ese momento comenzó en el aire un fuerte bramido. Abram se arrastró de regreso a su cueva.

Afuera descendió una nube de niebla que envolvió a los guerreros de manera que estos perdieron su rumbo. Se dispersaron, se volvieron a juntar, se pisaron unos a otros los pies, y les sobrecogió el pánico por ese singular acontecimiento. Todos huyeron descendiendo al valle. Abajo en la llanura se disipó la niebla y regresaron a Nemrod con las manos vacías.

Cuando Abram hubo crecido tanto que ya pudo caminar, el ángel Gabriel lo tomó de la mano y lo llevó hasta donde se encontraba Sem, el hijo de Noé, quien vivía en soledad. Allí se crió bajo los cuidados y la sabiduría de Sem. El ángel hizo saber a la madre de Abram que él había tomado al niño bajo su protección. Ella se reconfortó con la fuerza de su luz y ella contó en confianza a Téráj la milagrosa salvación del niño.

3 el nacimiento de Abram génesis 11:24-27

²⁴ Era Najor de veintinueve años cuando engendró a Téráj.

²⁵ Y vivió Najor, después de engendrar a Téráj, 119 años, y engendró hijos e hijas.

²⁶ Era Téráj de setenta años cuando engendró a Abram, a Najor y a Harán.

²⁷ Estos, son los descendientes de Téráj: Téráj engendró a Abram, a Najor y a Harán. Harán engendró a Lot.

4 Abram y Nemrod

Pasaron los años y Abram se transforma en un joven, en un hombre. Por orden de Sem regresó a la ciudad de Nemrod, Babel. Entró en el antepatio del palacio cual extranjero desconocido. Nemrod había hecho levantar allí estatuas de dioses falsos de piedra a las que el pueblo debía adorar.

Abram pensó: “Si solicito ser llevado ante el rey, se burlarán de mí y me echarán fuera. Pero si derribo uno de los horribles ídolos habrá gran agitación. Me conducirán ante Nemrod y podré hablar con él.”

Justo había un escultor esculpiendo signos en la piedra de una estatua. Abram tomó de improviso un martillo y golpeando con él al ídolo le arrancó la cabeza. Luego colocó el martillo en las manos de piedra y se dirigió a las horrorizadas gentes que acudían a prisa, diciendo:

—¡Si él es un dios, entonces que me derribe!

Advertidos por el griterío acudieron los guardianes corriendo. Prendieron a Abram y lo condujeron dentro del palacio para que recibiera su pena de boca de Nemrod. Se le contó al rey el delito del extranjero desconocido y éste lo hizo comparecer ante él de inmediato.

Nemrod preguntó irritado:

el profanador de textos

—¿Quién eres tú que te atreves a cometer una acción tan osada?

El extranjero respondió:

—¡Yo soy Abram, el hijo de Téraj!

Nemrod palideció y preguntó:

—¿Por qué le haces daño a mis dioses? ¿Es que tu espíritu se ha confundido?

Abram preguntó:

—¿Cuál es tu dios?

Nemrod respondió:

—¡El fuego es mi dios!

Abram habló:

—¡El agua apaga el fuego!

Nemrod respondió:

—También adoramos al agua.

Abram dijo:

—Las nubes llevan en sí al agua.

Nemrod replicó:

—También adoramos a las nubes.

Abram habló:

—Los vientos dispersan las nubes.

Nemrod:

—También adoramos a los vientos.

Abram dijo:

—¡La tierra es la patria de los vientos!

Nemrod:

—¡También adoramos a la tierra!

Se levantó enfurecido y gritó:

—¿Cuánto más piensas enfrentarte a mí, el rey? Sí, yo adoro al fuego, y por el fuego has de morir.

Ordenó a los sirvientes que arrojaran a Abram a un horno de ladrillos caliente. Les gritó:

—Montad guardia en el horno hasta el anochecer. Yo iré personalmente a desparramar sus cenizas a todos los vientos.

Los guardianes de palacio ataron las manos de Abram y lo condujeron afuera, delante de la ciudad, donde ardían los hornos de ladrillos.

En ese momento el ángel Gabriel le habló a las huestes celestiales:

—Voy a viajar a la tierra a rescatar a Abram. Le voy a enfriar el fuego.

Muchos del pueblo marcharon junto a los sirvientes de Nemrod que llevaban al preso por las calles de la ciudad a morir en el fuego. Levantaron con una cadena la tapa de un horno candente y arrojaron adentro a Abram, atado.

Los sirvientes volvieron a cerrar enseguida la tapa. Nadie pudo ver el milagro desde afuera: las ataduras de Abram se quemaron. Sin embargo su cuerpo estaba atravesado por tal frescura que el fuego no pudo hacerle nada. El frío formó a su alrededor como una campana de protección, de manera que ni un cabello se le chamuscó. Se arrodilló en medio de las brasas ardientes. Agradeció la ayuda en oración y entregó su corazón a la voluntad divina.

Al acercarse el anochecer fue Nemrod a esparcir las cenizas de Abram. Los sirvientes colocaron la cadena para levantar la tapa y cuando la hubieron levantado salió Abram libre de ataduras. Al rey lo abandonó la fuerza de sus piernas y lleno de pavor cayó a tierra. Muchas voces del pueblo exclamaron:

—¡Mirad a Abram! ¡Él fue salvado, es santo!

Cuando cayeron ante él de rodillas, les dijo:

—No debéis arrodillaros ante mí, sino ante el dios del universo que nos ha creado a todos. El me ha salvado del fuego.

Entonces muchos escucharon a Abram y quisieron llevar una vida mejor.

Luego de la milagrosa salvación, Abram se puso en camino a la casa de su padre. Desde entonces

Nemrod lo dejó en paz. Cada tanto Abram reunía a los hombres que querían seguir escuchándolo y los instruía desde su sabiduría. Pronto fue un grupo leal que se adhirió a él, acogiendo su palabra en sus corazones.

5 la confusión de lenguas

Los babilonios seguían construyendo la alta torre, ladrillo sobre ladrillo, escalera sobre escalera, andamio sobre andamio, cada vez más alta. Una noche, la voz divina le habló a Abram:

—Ve hoy a la puesta del sol a la torre. Del cielo descenderán setenta ángeles. Ellos van a confundir el lenguaje a los que allí trabajan, pues deben ser dispersados por todo el mundo.

Abram hizo como se le ordenó. Cuando se acercó a la torre, su ojo del alma vio bajar de las alturas del cielo figuras luminosas. Alrededor de la torre soplaba y bramaba un viento poderoso.

De pronto los hombres no se entendían más en su trabajo. Si uno pedía ladrillos, recibía argamasa. Si pedía una tabla, recibía una piedra. Si uno exclamaba:

—¡Tirad hacia arriba! —la carga pasaba a toda velocidad hacia abajo.

Había una terrible confusión. Se arrojaban ladrillos sobre los pies y a las cabezas. Bajo las bases de la torre la tierra se estremecía. Los muros estallaban con gran estruendo. Un viento tormentoso remolineaba marmitas vacías, herramientas y tablones por el aire. Todo el mundo gritaba desesperado, tratando

de escapar hacia abajo. Más de uno daba un paso en falso y al caer de la torre arrastraba a otros consigo.

Cuando el viento y el estruendo se hubieron calmado, los que tenían la misma lengua se agruparon abajo en la gigantesca plaza alrededor de la torre. En medio de ellos estaba Abram. A él se agregaron sus seguidores, los que habían escuchado su palabra.

Con su ojo de vidente se percató de que los setenta ángeles se acercaban a los setenta grupos de hombres, cada uno con una lengua diferente. Sólo Abram podía percibir esto con su ojo espiritual y supo: de aquí en adelante habrá setenta lenguas que se diseminarán por todo el mundo. De ellas, por voluntad de Dios, surgirán setenta pueblos. El último de los ángeles, que era el arcángel Miguel, se acercó a Abram y le dijo:

—Tú y los tuyos podéis conservar la antigua lengua. Yo te guiaré lejos de Babilonia a otro país y te daré a ti y a tu pueblo una misión para tiempos venideros.

Del rey Nemrod no se supo nada más. Tal vez lo mató una piedra al caer de la torre. De todos modos su reinado se había acabado.

5 la confusión de lenguas génesis 11:5-9

⁵ Bajó Yahveh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los humanos, ⁶ y dijo Yahveh: “He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. ⁷ Ea, pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo.”

⁸ Y desde aquel punto los desperdigó Yahveh por toda la haz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

⁹ Por eso se la llamó Babel; porque allí embrolló Yahveh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahveh por toda la haz de la tierra.

6 Abram va a Canaán

Abram hizo con sus hombres el camino que le indicara el ángel de Dios. Con él iba también su mujer Saray, su padre Téraj y Lot, el hijo de su hermano. Anduvieron por regiones donde habitaban tribus salvajes hasta llegar a la frontera del apacible país de Canaán.

Allí vivían hombres que trabajaban campos y hermosas huertas. Los árboles tenían buenos frutos. La región se llamaba Jarán y era rica en tierra fértil. Abram se estableció allí. Más tarde siguió con Lot hasta Canaán, donde construyó un altar para que él y los suyos pudieran estar en contacto con el mundo divino.

Una noche, estando dormido en su tienda, despertó de pronto. ¿Es que alguien lo había llamado? Sí, desde la profundidad de la noche resonaba en su alma la voz de Dios. Decía:

—¡Abram, no temas! Ve afuera bajo el cielo estrellado. Mira si eres capaz de contar las estrellas.

Cuando Abram estuvo afuera, delante de su tienda debajo de las estrellas, dijo:

—¡Oh Señor, son innumerables las estrellas que brillan! Entonces la voz divina le respondió:

—Mira Abram, así como las estrellas en el cielo, será también tu pueblo y será tu descendencia.

¡Como padre de un pueblo, de ahora en adelante te llamarás Abraham!

Entonces Abraham se inclinó hacia la tierra y con veneración la tocó con su rostro. Al levantar nuevamente su mirada vio pasar una estrella clara por el cielo; la voz divina había enmudecido.

La mañana clareaba. Abraham colocó piedras en ese lugar y construyó un altar, pues al sitio donde le había hablado Dios lo consideraba sagrado. Desde entonces hacía allí las ofrendas y decía las oraciones. Allí reunía a los suyos para el servicio religioso.

Pasaron los años. Abraham había sido bendecido con rebaños de vacunos y ovinos. Lot, cuyas tierras lindaban con las de Abraham, tenía también ovejas, vacas, tiendas y sirvientes.

Pero los pastores de Lot eran perezosos. Dejaban pastar su ganado por todos los lugares que les venían en gana. Los de Abraham, en cambio, se quedaban con sus rebaños en las lindes y no pastoreaban en terrenos ajenos.

Así entonces había muchas quejas acerca de Lot y sus sirvientes. Los pastores comenzaron a pelearse entre sí. Los de Abraham gritaban:

—¡Atended mejor vuestro ganado, eh, vosotros, qué perezosos sois!

Los pastores de Lot replicaban a gritos:

—¡El pasto es verde en todas partes y a la sombra de vuestros árboles se puede holgazanear mejor, eh vosotros, tontos cuidadores de límites!

Como Lot no podía dominar a sus pastores, Abraham le dijo:

—No tendremos pelea alguna entre nosotros. Márchate hacia abajo, al valle del Jordán, allí encontrarás suficiente tierra buena.

Lot estuvo de acuerdo y se estableció en los alrededores de Sodoma.

6 Abram va a Canaán

génesis 12:1-9; 13:1-12

12¹Yahveh dijo a Abram: “Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré.

²De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición.

³Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra.”

⁴Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh, y con él marchó Lot. Tenía Abram 75 años cuando salió de Jarán.

⁵Tomó Abram a Saray, su mujer, y a Lot, hijo de su hermano, con toda la hacienda que habían logrado, y el personal que habían adquirido en Jarán, y salieron para dirigirse a Canaán. Llegaron a Canaán, ⁶y Abram atravesó el país hasta el lugar sagrado de Siquem, hasta la encina de Moré. Por entonces estaban los cananeos en el país.

⁷Yahveh se apareció a Abram y le dijo: “A tu descendencia he de dar esta tierra.” Entonces él edificó allí un altar a Yahveh que se le había aparecido.

⁸De allí pasó a la montaña, al oriente de Betel, y desplegó su tienda, entre Betel al occidente y Ay

al oriente. Allí edificó un altar a Yahveh e invocó su nombre.

⁹ Luego Abram fue desplazándose por acampadas hacia el Négueb.

13¹ De Egipto subió Abram al Négueb, junto con su mujer y todo lo suyo, y acompañado de Lot.

² Abram era muy rico en ganado, plata y oro.

³ Caminando de acampada en acampada se dirigió desde el Négueb hasta Betel, hasta el lugar donde estuvo su tienda entre Betel y Ay, ⁴ el lugar donde había invocado Abram el nombre de Yahveh.

⁵ También Lot, que iba con Abram, tenía ovejas, vacadas y tiendas.

⁶ Ya la tierra no les permitía vivir juntos, porque su hacienda se había multiplicado, de modo que no podían vivir juntos.

⁷ Hubo riña entre los pastores del ganado de Abram y los del ganado de Lot. (Además los cananeos y los perizitas habitaban por entonces en el país.)

⁸ Dijo, pues, Abram a Lot: “Ea, no haya disputas entre nosotros ni entre mis pastores y tus pastores, pues somos hermanos.

⁹ ¿No tienes todo el país por delante? Pues bien, apártate de mi lado. Si tomas por la izquierda, yo iré por la derecha; y si tú por la derecha, yo por la izquierda.”

¹⁰ Lot levantó los ojos y vio toda la vega del Jordán, toda ella de regadío — eran antes de destruir Yahveh a Sodoma y Gomorra — como el jardín de Yahveh, como Egipto, hasta llegar a Soar.

¹¹ Eligió, pues, Lot para sí toda la vega del Jordán, y se trasladó al oriente; así se apartaron el uno del otro.

¹² Abram se estableció en Canaán y Lot en las ciudades de la vega, donde plantó sus tiendas hasta Sodoma.

7 el árbol de Abraham

Abraham plantaba árboles por donde iba. Él los amaba y decía así:

—Los árboles van desde la tierra hacia arriba y extienden allí sus ramas tal y como lo hace el humo del sacrificio. Los árboles agradecen la luz y el viento porta el susurro del follaje, el canto de sus hojas por la tierra.

Una vez, en las cercanías de su tienda se acercó a un arbolito que había plantado hacía años, y vio una figura angelical que se movía en las ramas.

En ese momento un forastero pasaba al lado del joven árbol. Abraham advirtió con asombro cómo algunas ramas se contraían al paso del hombre. Pensó: “¿Qué teme este arbolito de este hombre?” Invitó al extraño a su mesa y pronto notó que el que comía sentado a su mesa era un ídolatra de otro país.

Entonces Abraham comenzó a hablar con él y preguntó:

—¿Quién creó el sol que sube y baja? ¿Quién las estrellas en el firmamento? ¿Quién dio a las flores sus colores celestiales, su perfume? ¿Quién puso los pájaros en el aire, los peces en el agua? ¿Quién creó la imagen original del hombre y le dio el milagro del habla?

Le contó al forastero del Dios viviente que se manifestaba en toda creación en el mundo. Entonces éste abrió su corazón a las palabras y pensamientos del

el profanador de textos

anfitrión. Cuando cerca del anochecer se fue de la casa de Abraham y pasó al lado del arbolito, éste no contrajo más sus ramas y las hojas se abanicaban como si tuvieran alegría por el alma que se había esclarecido.

. . .

Un día una anciana se acercó al arbolito con ojos tristes. Este inclinó sus ramas hacia el suelo. Abraham habló con la anciana. Su único bien, un asno, se le había escapado. Abraham envió a sus sirvientes y éstos lo encontraron y se lo llevaron. Cuando la mujer pasó con su asno al lado del arbolito, éste había elevado sus ramas y las hojas se mecían alegres en el viento.

. . .

Otro día se presentaron dos sirvientes ante Abraham. Se estaban peleando encarnizadamente por un cuchillo. Cada uno sostenía que le pertenecía. Abraham le dijo al que tenía el cuchillo en la mano:

—Ve, coloca el cuchillo allí bajo el árbol!

Él lo hizo y Abraham notó que las ramas se quedaban tranquilas. Hizo que le devolviese el cuchillo y se lo dio al otro, quien debía hacer lo mismo. Cuando éste colocó el cuchillo debajo del arbolito, se movieron las puntas de algunas ramas así como cuando se enroscan las viboritas. Entonces supo Abraham que el segundo sirviente mentía.

Cuando trajo el cuchillo de regreso, Abraham se lo arrancó de la mano, lo sujetó por el pecho de manera que le rompió la camisa y bramó:

—¡Echa las mentiras de tu corazón, ellas envenenan tu sangre!

Entonces el sirviente se asustó de tal modo que cayó de rodillas e imploró perdón. Entonces Abraham volvió a ser bueno para con él y le dijo:

—¡No mientas más a partir de ahora! Un alma sincera es más valiosa que un cuchillo de oro.

. . .

Otro día visitó un desconocido a Abraham. Llegó montado en un delgado camello. Al pasar cerca del arbolito notó Abraham cómo algunas hojas se enrollaban y se encogían. “Ah...,” pensó Abraham, “¡éste es un avaro!” y no lo invitó a entrar en su casa, pero le dio al camello un canasto lleno de comida.

. . .

Abraham tenía un cuidador de ganado que le gustaba dejar trabajar a los demás mientras él holgazaneaba. Cada vez que pasaba cerca del árbol caía una hoja que ondeaba lentamente hacia el suelo y allí pronto marchitaba. “Aha...,” pensó Abraham, “¡al holgazán todo trabajo le es demasiado!”

Hacía largo tiempo que no llovía y todas las plantas comenzaban a marchitarse. Abraham llamó al holgazán y le dijo:

—Tengo un lindo trabajo para ti. Mira cómo las plantas están miserablemente sedientas. Toma una vara, átale dos cubos de cuero y busca agua del pozo. Si de esta manera consigues regar las plantas sedientas y logras que se vuelvan a erguir y reverdezcan, me darás una gran alegría.

El sirviente hizo como se le dijo. Regó y regó en la huerta; después se recostó para observar si las plantas reaccionaban. Poco a poco se erguía este o aquel tallo, esta o aquella hoja y al caer la noche

algunas ya mostraban un verde mejor. Al día siguiente él se afaná más y regó y regó. Cuando notó que se podía refrescar también a los árboles marchitos le tomó gusto al trabajo. Cuando también regó generosamente al arbolito especial, éste no dejó caer ninguna hoja.

Abraham alabó al aguador y le contó que también las plantas y los árboles están agradecidos cuando se los cuida. Así trataba Abraham, siempre de nuevo, de mejorar a los hombres; y el holgazán cuidador de ganado se transformó en un labriego muy trabajador.

8 visita de los tres hombres

Un día salía Abraham de su casa dispuesto a calentarse al sol, cuando vio acercarse desde lejos a tres hombres vestidos con los colores del arcoíris. Pensó: “¿Quiénes pueden ser esos nobles caminantes?” Eran tres ángeles del cielo. Traían un mensaje para Abraham y para ello se habían vestido de aire y de luz. Abraham fue hacia ellos. Cuanto más se acercaba, más extraordinario se le hacía. Su grandiosa hermosura atravesaba su alma, iluminándola. Se inclinó reverente y dijo:

—¡Sed bienvenidos a mi casa! ¡Entrad como mis huéspedes!

Ellos le agradecieron la amable recepción con una inclinación de cabeza. Cuando Abraham pasó con ellos junto al arbolito, éste inclinó sus ramas hacia el suelo en forma de saludo. Abraham notó que el caminar de los tres hombres no producía sonido alguno en el suelo. En sus voces resonaba como una música.

El se sentó a la mesa con ellos, afuera, al lado del árbol. Sara trajo pan, leche y ricas comidas que había preparado. Parecía que los invitados comían, pero el pan y la comida no mermaban. De pronto, el huésped celestial del medio levantó la mano y habló solemnemente:

—Abraham, en un año Sara, tu mujer, te dará un hijo, el cual te traerá mucha alegría.

Desde la casa Sara oyó esas palabras y rió. Pensó: “Ya soy una mujer vieja. Si de joven no tuve hijos menos puede darse en la edad madura.”

Uno de los huéspedes dijo entonces a Abraham:

—¿Por qué ha reído Sara? ¿Hay algo imposible para Dios?

Después de esta anunciación los tres hombres se levantaron para ponerse en camino.

Al despedirse uno de ellos dijo:

—Seguiremos andando hasta la ciudad de Sodoma. Allí hay muchos hombres que pasan su vida en maldad e impiedad. Sus malas acciones suben al cielo como olor repugnante. Difaman y se burlan de la palabra de Dios. ¡Ay! ¡Ay! ¡Podría caer un castigo sobre Sodoma!

Abraham estaba muy afligido por estas palabras pues pensaba que allí también vivía Lot, quien, con seguridad, era una persona justa.

En el correr del año se cumplió la palabra de los tres hombres. Sara dio a luz un hijo. Abraham lo llamó Isaac. Por todas partes se hablaba del milagro que allí había ocurrido para que el linaje de Abraham tuviera vástagos.

8 visita de los tres hombres génesis 18:1-22

18¹Apareciósele Yahveh en la encina de Mambré estando él sentado a la puerta de su tienda en lo más caluroso del día.

²Levantó los ojos y he aquí que había tres individuos parados a su vera. Como los vio acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos, y se prostró en tierra, ³y dijo: “Señor mío, si te he caído en gracia, ea, no pases de largo cerca de tu servidor. ⁴Ea, que traigan un poco de agua y lavaos los pies y recostaos bajo este árbol, ⁵que yo iré a traer un bocado de pan, y repondréis fuerzas. Luego pasaréis adelante, que para eso habéis acertado a pasar a la vera de este servidor vuestro.” Dijeron ellos: “Hazlo como has dicho.”

⁶Abraham se dirigió presuroso a la tienda, a donde Sara, y le dijo: “Apresta tres arrobas de harina de sémola, amasa y haz unas tortas.”

⁷Abraham, por su parte, acudió a la vacada y apartó un becerro tierno y hermoso, y se lo entregó al mozo, el cual se apresuró a aderezarlo.

⁸Luego tomó cuajada y leche, junto con el becerro que había aderezado, y se lo presentó, manteniéndose en pie delante de ellos bajo

el árbol. Así que hubieron comido ⁹ dijéronle: “¿Dónde está tu mujer Sara?” — “Ahí, en la tienda,” contestó.

¹⁰ Dijo entonces aquél: “Volveré sin falta a ti pasado el tiempo de un embarazo, y para entonces tu mujer Sara tendrá un hijo.” Sara lo estaba oyendo a la entrada de la tienda, a sus espaldas.

¹¹ Abraham y Sara eran viejos, entrados en años, y a Sara se le había retirado la regla de las mujeres.

¹² Así que Sara rió para sus adentros y dijo: “Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?”

¹³ Dijo Yahveh a Abraham. “¿Cómo así se ha reído Sara, diciendo: “¡Seguro que voy a parir ahora de vieja!”?”

¹⁴ ¿Es que hay nada milagroso para Yahveh? En el plazo fijado volveré, al término de un embarazo, y Sara tendrá un hijo.”

¹⁵ Sara negó: “No me he reído,” y es que tuvo miedo. Pero aquél dijo: “No digas eso, que sí te has reído.”

¹⁶ Levantáronse de allí aquellos hombres y tomaron hacia Sodoma, y Abraham les acompañaba de despedida.

¹⁷ Dijo entonces Yahveh: “¿Por ventura voy a ocultarle a Abraham lo que hago, ¹⁸ siendo así que Abraham ha de ser un pueblo grande y poderoso, y se bendecirán por él los pueblos todos de la tierra? ¹⁹ Porque yo le conozco y sé que mandará a sus hijos y a su descendencia que guarden el camino de Yahveh, practicando la justicia y el derecho, de modo que pueda concederle Yahveh a Abraham lo que le tiene apalabrado.”

²⁰ Dijo, pues, Yahveh: “El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo. ²¹ Ea, voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho

responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, y si no, he de saberlo.”

²² Y marcharon desde allí aquellos individuos camino de Sodoma, en tanto que Abraham permanecía parado delante de Yahveh.

9 la destrucción de la ciudad de Sodoma

¿Qué pasaba con Sodoma? Se habían instalado espíritus ruines que le inspiraban al hombre malos pensamientos y le infundían su malicia. Los extranjeros que se detenían en la ciudad eran desvalijados. Si venía un mercader desde lejos para vender allí sus mercancías, todos tomaban lo que querían sin pagar. Si el mercader reclamaba sus bienes, se burlaban de él, le pegaban, o bien, lo echaban a pedradas de la ciudad. Podía sentirse contento de salvar su vida.

Si venía un mendigo a pedir algo de comer, le tiraban porquerías y lo dejaban morir de hambre. ¡No se puede enumerar todo lo malo que sucedía en Sodoma!

Ya desde hacía largo tiempo, en esa ciudad vivía Lot con su familia. También a ellos, sus habitantes les causaban mucho sufrimiento. A Abraham le había sido anunciado que la ira de Dios iba a caer sobre la ciudad. Una noche, Abraham llamó a Dios:

—Señor, estoy afligido por Lot y por los hombres que allí aún son justos y no corruptos. ¿Vas a destruirlos junto con los malhechores? ¡Tal vez hay aún cincuenta justos en la ciudad!

El Señor respondió:

el profanador de textos

—Si aún hay cincuenta justos allí, no destruiré la ciudad.

Abraham pensó que tal vez no habría cincuenta justos y siguió pidiendo hasta que el Señor le dijo:

—Y si aún quedan diez justos no la destruiré.

Después de algún tiempo, Dios envió dos ángeles en figura de hombre para ver si en Sodoma había aún diez justos. Cuando ambos se acercaron a la entrada de la ciudad, Lot estaba descansando sobre un muro. Vio a los nobles hombres y pensó: “¡Cuánta maldad van a experimentar estos extranjeros en la ciudad!” Fue a su encuentro y les dijo:

—Preciados extranjeros, pronto oscurecerá. ¿Puedo ofrecerles una habitación en mi casa por esta noche? Mañana temprano podréis proseguir vuestro camino.

Algunos ciudadanos empezaban ya a rodear a Lot y a los extranjeros y se forjaban malos pensamientos. Los dos hombres aceptaron el ofrecimiento de Lot. Lo siguieron por la ciudad y entraron en su casa.

Anochece. En ninguna parte, salvo en la casa de Lot, vieron brillar los dos ángeles la luz de los justos. No había diez en la ciudad. De pronto Lot escuchó un griterío delante de su casa. Un grupo de hombres se amontonaba afuera, gritando:

—¡Entrégnalos a los extranjeros; queremos divertirnos con ellos!

Lot, valeroso, salió a la calle e intentó expulsar a la banda. Entonces ellos gritaron aún más alto y amenazaron con agarrarlo. Se abrió la puerta de la casa. Los dos extranjeros fueron a buscar a Lot para que entrara y cerraron la pesada puerta.

Entonces afuera comenzaron a gritar como animales salvajes y fueron a buscar palos y piedras para tirar abajo la puerta. ¡Entonces sucedió algo!

Los dos ángeles irradiaron una fuerza invisible a través de la puerta. Al que arremetía contra ella

se le volvía todo negro delante de sus ojos. Cual ciegos tanteaban alrededor y elevaban un griterío de desamparo. Así, en la casa de Lot hubo tranquilidad, mientras que otras bandas andaban por la ciudad realizando fechorías. Lot se había dado cuenta de que en su casa tenía huéspedes celestiales.

Antes de las primeras luces del alba, los dos hombres apresuraron a Lot:

—¡Abandona la casa y la ciudad con tu familia!
¡Antes de que salga el sol será destruida!

Como Lot aún dudaba, los ángeles lo tomaron de la mano. Lo siguieron su mujer y sus dos hijas. Un ángel les advirtió:

—Suceda lo que suceda, no miréis hacia atrás.
¡Podría acarrearos una gran desgracia!

Pronto se elevó por los aires un atronador estruendo. La tierra tembló. Flamearon rojas llamas de fuego. Del cielo caían abrasante fuego y azufre. ¡Fuego de arriba, fuego de abajo! Sodoma y la ciudad vecina Gomorra cayeron en cenizas y ruinas.

Cuando el ruido y los relámpagos se hicieron muy potentes, la mujer de Lot no pudo dominar su curiosidad. Se paró y miró hacia atrás. Lot, las dos hijas y los ángeles siguieron presurosos. Cuando por fin llegaron a una cueva que ofrecía protección, la mujer de Lot no estaba entre ellos. Había quedado petrificada en el lugar y había hallado la muerte. Así le contó el ángel del Señor a Lot.

Después de haberlos salvado, los dos ángeles dejaron a Lot y a sus dos hijas. Los fugitivos se acomodaron en la cueva para pasar allí el día y la noche, después de los horrores que habían pasado.

Abraham había notado, aunque de lejos, el tronar y temblor de la tierra que provenía de la dirección de Sodoma.

Temprano por la mañana se puso en camino. Cuando pudo ver desde una loma el lugar donde antes habían estado Sodoma y Gomorra, sólo había montones de ruinas cenicientas. Aún había humaredas.

Más tarde, cuando Lot llegó a su casa, le contó todo lo que había sucedido. Tiempo después estos sucesos fueron contados por Moisés.

9 la destrucción de la ciudad de Sodoma

génesis 18:23-19:30

18¹ Apareciósele Yahveh en la encina de Mambré estando él sentado a la puerta de su tienda en lo más caluroso del día.

² Levantó los ojos y he aquí que había tres individuos parados a su vera. Como los vio acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos, y se postró en tierra, ³ y dijo: “Señor mío, si te he caído en gracia, ea, no pases de largo cerca de tu servidor. ⁴ Ea, que traigan un poco de agua y lavaos los pies y recostaos bajo este árbol, ⁵ que yo iré a traer un bocado de pan, y repondréis fuerzas. Luego pasaréis adelante, que para eso habéis acertado a pasar a la vera de este servidor vuestro.” Dijeron ellos: “Hazlo como has dicho.”

⁶ Abraham se dirigió presuroso a la tienda, a donde Sara, y le dijo: “Apresta tres arrobas de harina de sémola, amasa y haz unas tortas.”

⁷ Abraham, por su parte, acudió a la vacada y apartó un becerro tierno y hermoso, y se lo entregó al mozo, el cual se apresuró a aderezarlo.

⁸ Luego tomó cuajada y leche, junto con el becerro que había aderezado, y se lo presen-

tó, manteniéndose en pie delante de ellos bajo el árbol. Así que hubieron comido ⁹ dijéronle: “¿Dónde está tu mujer Sara?” — “Ahí, en la tienda,” contestó.

¹⁰ Dijo entonces aquél: “Volveré sin falta a ti pasado el tiempo de un embarazo, y para entonces tu mujer Sara tendrá un hijo.” Sara lo estaba oyendo a la entrada de la tienda, a sus espaldas.

¹¹ Abraham y Sara eran viejos, entrados en años, y a Sara se le había retirado la regla de las mujeres.

¹² Así que Sara rió para sus adentros y dijo: “Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?”

¹³ Dijo Yahveh a Abraham. “¿Cómo así se ha reído Sara, diciendo: “¡Seguro que voy a parir ahora de vieja!”

¹⁴ ¿Es que hay nada milagroso para Yahveh? En el plazo fijado volveré, al término de un embarazo, y Sara tendrá un hijo.”

¹⁵ Sara negó: “No me he reído,” y es que tuvo miedo. Pero aquél dijo: “No digas eso, que sí te has reído.”

¹⁶ Levantáronse de allí aquellos hombres y tomaron hacia Sodoma, y Abraham les acompañaba de despedida.

¹⁷ Dijo entonces Yahveh: “¿Por ventura voy a ocultarle a Abraham lo que hago, ¹⁸ siendo así que Abraham ha de ser un pueblo grande y poderoso, y se bendecirán por él los pueblos todos de la tierra?”

¹⁹ Porque yo le conozco y sé que mandará a sus hijos y a su descendencia que guarden el camino de Yahveh, practicando la justicia y el derecho, de modo que pueda concederle Yahveh a Abraham lo que le tiene apalabrado.”

²⁰ Dijo, pues, Yahveh: “El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo.

²¹ Ea, voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, y si no, he de saberlo.”

²² Y marcharon desde allí aquellos individuos camino de Sodoma, en tanto que Abraham permanecía parado delante de Yahveh.

²³ Abordóle Abraham y dijo: “¿Así que vas a borrar al justo con el malvado?”

²⁴ Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Es que vas a borrarlos, y no perdonarás a aquel lugar por los cincuenta justos que hubiere dentro?”

²⁵ Tú no puedes hacer tal cosa: dejar morir al justo con el malvado, y que corran parejas el uno con el otro. Tú no puedes. El juez de toda la tierra ¿va a fallar una injusticia?”

²⁶ Dijo Yahveh: “Si encuentro en Sodoma a cincuenta justos en la ciudad perdonaré a todo el lugar por amor de aquéllos.

²⁷ Replicó Abraham: “¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza!

²⁸ Supón que los cincuenta justos fallen por cinco. ¿Destruirías por los cinco a toda la ciudad?” Dijo: “No la destruiré, si encuentro allí a 45.”

²⁹ Insistió todavía: “Supón que se encuentran allí cuarenta.” Respondió: “Tampoco lo haría, en atención de esos cuarenta.”

³⁰ Insistió: “No se enfade mi Señor si le digo: ‘Tal vez se encuentren allí treinta.’” Respondió: “No lo haré si encuentro allí a esos treinta.”

³¹ Díjole. “¡Cuidado que soy atrevido de interpelar a mi Señor! ¿Y si se hallaren allí veinte?”

³² Respondió: “Tampoco haría destrucción en gracia de los veinte.” Insistió: “Vaya, no se enfade mi Señor, que ya sólo hablaré esta vez: ‘¿Y si se encuentran allí diez?’” Dijo: “Tampoco haría destrucción, en gracia de los diez.”

³³ Partió Yahveh así que hubo acabado de conversar con Abraham, y éste se volvió a su lugar.

19¹ Los dos ángeles llegaron a Sodoma por la tarde. Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma. Al verlos, Lot se levantó a su encuentro y postrándose rostro en tierra, ² dijo: “Ea, señores, por favor, desviaos hacia la casa de este servidor vuestro. Hacéis noche, os laváis los pies, y de madrugada seguiréis vuestro camino.” Ellos dijeron: “No; haremos noche en la plaza.”

³ Pero tanto porfió con ellos, que al fin se hospedaron en su casa. El les preparó una comida cocinado unos panes cenceños y comieron.

⁴ No bien se habían acostado, cuando los hombres de la ciudad, los sodomitas, rodearon la casa desde el mozo hasta el viejo, todo el pueblo sin excepción.

⁵ Llamaron a voces a Lot y le dijeron: “¿Dónde están los hombres que han venido donde ti esta noche? Sácalos, para que abusemos de ellos.”

⁶ Lot salió donde ellos a la entrada, cerró la puerta detrás de sí, ⁷ y dijo: “Por favor, hermanos, no hagáis esta maldad. ⁸ Mirad, aquí tengo dos hijas que aún no han conocido varón. Os las sacaré y haced con ellas como bien os parezca; pero a estos hombres no les hagáis nada, que para eso han venido al amparo de mi techo.”

⁹ Mas ellos respondieron: “¡Quita allá! Uno que ha venido a avencindarse, ¿va a meterse a juez? Ahora te trataremos a ti peor que a ellos.” Y forcejearon con él, con Lot, de tal modo que estaban a punto de romper la puerta.

¹⁰ Pero los hombres alargaron las manos, tiraron de Lot hacia sí, adentro de la casa, cerraron la puerta, ¹¹ y a los hombres que estaban a la entrada de la

casa les dejaron deslumbrados desde el chico hasta el grande, y mal se vieron para encontrar la entrada.

¹² Los hombres dijeron a Lot: “¿A quién más tienes aquí? Saca de este lugar a tus hijos e hijas y a quienquiera que tengas en la ciudad, ¹³ porque vamos a destruir este lugar, que es grande el clamor de ellos en la presencia de Yahveh, y Yahveh nos ha enviado a destruirlos.”

¹⁴ Salió Lot y habló con sus yernos, los prometidos de sus hijas: “Levantaos, dijo, salid de este lugar, porque Yahveh va a destruir la ciudad.” Pero sus yernos le tomaron a broma.

¹⁵ Al rayar el alba, los ángeles apremiaron a Lot diciendo: “Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas que se encuentran aquí, no vayas a ser barrido por la culpa de la ciudad.”

¹⁶ Y como él remoloneaba, los hombres le asieron de la mano lo mismo que a su mujer y a sus dos hijas por compasión de Yahveh hacia él, y sacándole le dejaron fuera de la ciudad.

¹⁷ Mientras los sacaban afuera, dijo uno: “¡Escápate, por vida tuya! No mires atrás ni te pares en toda la redonda. Escapa al monte, no vayas a ser barrido.”

¹⁸ Lot les dijo: “No, por favor, Señor mío. ¹⁹ Ya que este servidor tuyo te ha caído en gracia, y me has hecho el gran favor de dejarme con vida, mira que no puedo escaparme al monte sin riesgo de que me alcance el daño y la muerte. ²⁰ Ahí cerquita está esa ciudad a donde huir. Es una pequeñez. ¡Ea, voy a escaparme allá — ¿verdad que es una pequeñez? — y quedaré con vida!”

²¹ Díjole: “Bien, te concedo también eso de no arrasarse la ciudad que has dicho.

²² Listo, escápate allá, porque no puedo hacer nada hasta que no entres allí.” Por eso se llamó aquella ciudad Soar.

²³ El sol asomaba sobre el horizonte cuando Lot entraba en Soar.

²⁴ Entonces Yahveh hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahveh.

²⁵ Y arrasó aquellas ciudades, y toda la redonda con todos los habitantes de las ciudades y la vegetación del suelo.

²⁶ Su mujer miró hacia atrás y se volvió poste de sal.

²⁷ Levantóse Abraham de madrugada y fue al lugar donde había estado en presencia de Yahveh.

²⁸ Dirigió la vista en dirección de Sodoma y Gomorra y de toda la región de la redonda, miró, y he aquí que subía una humareda de la tierra cual la de una fogata.

²⁹ Así pues, cuando Dios destruyó las ciudades de la redonda, se acordó de Abraham y puso a Lot a salvo de la catástrofe, cuando arrasó las ciudades en que Lot habitaba.

³⁰ Subió Lot desde Soar y se quedó a vivir en el monte con sus dos hijas, temeroso de vivir en Soar. El y sus dos hijas se instalaron en una cueva.

Isaac

10 el niño Isaac

Cierta vez, cuando Isaac era un niño aún pero ya había cambiado los dientes, estaba mirando cómo su mamá Sara amasaba el pan. Ella le dio algo de masa en un recipiente para que él también amasara un pequeño pan.

De pronto, ella tomó el molde del pan y lo llevó con sus brazos fuertes afuera al aire libre. Allí brillaba el sol. Isaac corrió tras ella con su fuente. El vio cómo su madre se sentaba sobre una piedra con la masa del pan y susurraba unas palabras. Isaac preguntó:

—Madre, ¿qué susurras?

Ella respondió:

—Dejo brillar el sol sobre la masa del pan. Le agradezco al sol, pues él hizo crecer todos los granitos y los envolvió con calor para que maduraran y pudieran darnos buen pan.

Entonces Isaac dijo:

—¡Yo también voy a hacerlo!

Se sentó de inmediato al lado de ella en el suelo, cruzó las manos alrededor de su masa, miró hacia el sol y exclamó valeroso:

*¡Sol, sol brilla bien
para que el grano madure;*

*gracias te doy por luz y pan,
esto lo digo yo, Isaac!*

Sara se alegró por el pequeño y dijo:

—Ahora dejemos descansar la masa en la casa y, después, seguro el pan será muy sabroso.

. . .

Otro día, Isaac estaba solo en la casa. Sobre una pequeña mesa de piedra estaba encendida la vela del Sabat. Isaac miró la llanita, cómo ésta se movía. Con su mano derecha hacía aire y la llama se inclinaba hacia un lado. Hacía aire con la mano izquierda y ésta se inclinaba hacia el otro lado.

Isaac encontraba esto tan divertido que empezó a hacer viento cada vez más rápido, una vez desde la izquierda y otra vez desde la derecha, para hacer bailar a la llama.

Como eso no le era suficiente, empezó a soplar también con su boca. La llanita ya no sabía más a cuál de todos los vientos obedecer y se apagó.

En ese momento entró la madre Sara y vio esfumarse el humo de la vela apagada.

—¡Qué has hecho! —exclamó con tristeza—, ¡nuestra buena y querida luz del Sabat se ha apagado, se ha muerto!

Isaac estaba asustado.

—Madre, yo sólo la hice bailar. Ella se alegró, y ahora se fue bailando para el cielo. ¡Mira la huella de humo! ¿Por qué tiene que estar encendida siempre aquí?

Entonces la madre sonrió y replicó:

—Sí, algún día bailará también en el cielo la llanita de nuestra alma; pero por ahora queremos tener alegría todavía en la tierra.

Tomó una astilla, buscó fuego en la brasa de la cocina y volvió a encender la vela. Luego dijo:

—Cuando resplandece la luz del Sabat pensamos en la luz del alma que está dentro nuestro, ¡que también quiere brillar un poquito en la tierra!

Isaac comprendió esto y nunca más sopló la luz del Sabat.

10 el niño Isaac éxodo 35:1-3

35¹ Moisés reunió a toda la comunidad de los israelitas y les dijo: “Esto es lo que Yahveh ha mandado hacer.

² Durante seis días se trabajará, pero el día séptimo será sagrado para vosotros, día de descanso completo en honor de Yahveh. Cualquiera que trabaje en ese día, morirá.

³ En ninguna de vuestras moradas encenderéis fuego en día de sábado.”

11 el sacrificio de Isaac

Un dicho antiguo dice: “De cuando en cuando, el espíritu malvado de Satanás tiene que comparecer ante Dios nuestro Señor. Entonces el malvado tiene que justificar lo que hizo a los hombres. Él se burla de los hombres, y los incrimina.”

Una vez cuando Satanás estaba hablando en forma despreciativa de los hombres, acerca de cuán poco ellos piensan en su Creador, dijo el Señor:

—¿Conoces a Abraham, el padre de Isaac? Él es fiel y sincero. Su corazón resplandece claro. El sacrificaría por mí hasta lo más amado, su hijo Isaac.

No bien Satanás hubo oído esto, exclamó:

—Tan leal no es ningún hombre. Pregunta pues a tu Abraham. ¡Verás que rehusa!

Poco tiempo después despertó Abraham en la noche. El Señor le hablaba desde un rayo de luz:

—Abraham, toma a tu hijo Isaac, a quien tu amas. Ve con él al monte Moria. ¡Me lo ofrendarás en sacrificio!

Abraham se asustó. Las palabras se trababan en su lengua. Por fin replicó:

—¿Tiene... que... ser... él?

Pero el Señor ocultó su voz y ya no respondió. Abraham no concilió más el sueño. Al clarear la mañana, pensó: “¡Sea lo que fuere lo que Dios exija de mí, yo lo llevaré a cabo!” Le encomendó a su fiel servidor Eliezer:

—Carga un asno con leña. Ven conmigo e Isaac a un viaje hacia el monte Moria. Allí voy a hacer una ofrenda.

A Sara le dijo así:

—Dale a Isaac una vestidura festiva. Vamos al monte Moria a realizar una ofrenda.

Sara buscó un bonito paño recién tejido y con él vistió a su amado hijo Isaac. Enseguida acompañó a los viajeros un pequeño trecho del camino.

Sentía su corazón extrañamente pesado. No sabía por qué. Cuando se despidió de Isaac, lo abrazó, lo besó y rompió en llanto. Su sirvienta la acompañó de regreso a la casa.

Satanás había notado con claridad, que Abraham cumplía la palabra de Dios. En el primer día de viaje se le acercó a Abraham al anochecer como un caminante, bajo la forma de un anciano. Le habló así:

—Leo en tus pensamientos que quieres entregar a la muerte a tu único hijo. Él es la alegría de tus ojos, la esperanza de tu futuro. Esa no puede haber sido la voz de Dios, la que te dijo: “¡Ve, mata a tu hijo!”

Luego de estas palabras el anciano se retiró dejando a Abraham continuar su camino con dolor y vacilación.

Al tercer día, cuando los viajeros descansaban y Abraham y Eliezer dormitaban a la vera del camino, se acercó un hermoso joven a Isaac y le dijo así:

—Pobre muchacho, te he visto en sueños, y en ellos había verdad. Tu padre tiene en mente algo malo para ti. Él va a desenvainar su cuchillo de

sacrificios para ofrendarte, para matarte. ¡Permanece alerta en el día de hoy, huye de tu padre!

Después de pronunciar estas palabras, el joven continuó su camino. “Qué extraño,” pensó Isaac, “¿podría hacerme mi padre algo así.”

Cuando Abraham y Eliezer despertaron y todos se hubieron alejado de ese lugar, se irguió ante sus ojos el monte Moria. Padre e hijo se adelantaron y Eliezer los seguía con el asno.

Abraham dijo:

—¿Ves allí sobre el monte esa nube clara?

—Sí, padre, la veo.

—En ella brilla la luz de Dios. Ascendamos hasta allí, para consumir nuestra ofrenda.

Isaac se acercó a Eliezer y le preguntó:

—Eliezer, ¿ves la nube que está sobre el monte, cómo brilla y resplandece?

Eliezer respondió:

—No veo nube alguna. ¿Tienes acaso los ojos borrosos? Entonces Isaac se dio cuenta de que la luz divina sólo le aparecía a él y a su padre en una imagen espiritual y que él veía con más claridad que Eliezer; pues la nube brillaba ante él en forma poderosa sobre el monte.

Abraham encomendó a Eliezer quedarse al pie del monte descansando con el asno. Él e Isaac cargaron con la leña, Abraham tomó la vasija con el fuego y el cuchillo de los sacrificios. Así padre e hijo escalaron el monte. La brillante nube dejaba libre la cima.

Una vez arriba, dejaron a un lado su carga y apilaron leño por leño los maderos para la ofrenda. Isaac preguntó:

—Padre, tenemos leña y fuego, ¿pero dónde está el animal que será sacrificado?

Abraham colocó ambas manos en los hombros de su hijo:

—Isaac, Dios, el Señor, me ha pedido a ti como ofrenda. Pronto podrás entrar en su reino celestial. ¿Quieres tú también cumplir con el mandamiento de Dios y servirlo?

Como el ángel del Señor fortalecía el corazón de Isaac, éste habló así:

—Padre, yo estoy dispuesto. ¡Haz lo que te ordenó Dios!

Abraham abrazó a su amado hijo por última vez. Luego le preguntó:

—¿Quieres decirme aún una palabra de despedida?

Isaac respondió:

—Padre, lleva a mi madre mi saludo y entrégale en un paño algo de las cenizas del sacrificio. Ella podrá ponerlas a la luz del Sabat para recordarme.

Después de estas palabras Isaac subió a la pila de leña, cruzó sus manos y cerró sus ojos. Abraham tomó el cuchillo de los sacrificios y lo levantó. En ese instante bramó poderoso el ángel del Señor, tomó la mano levantada y exclamó:

—¡Abraham, cesa el sacrificio del muchacho! Dios ha visto tu obediencia, tu fidelidad. ¡Isaac puede vivir!

El cuchillo cayó al suelo. Abraham apretó a Isaac contra su corazón y así permanecieron largo rato abrazados a la luz de la nube resplandeciente.

Una vez que hubieron soltado los brazos, Isaac abrió los ojos. Su mirada recayó sobre unos arbustos.

—¡Padre, —exclamó— mira, allá en los arbustos un carnero se enredó los cuernos!

—Sí —dijo Abraham— ése es nuestro corde-ro para la ofrenda, nos lo ha enviado el ángel del Señor.

Liberaron al carnero de las ramas y lo condujeron a la pira de sacrificio. Cuando ambos estaban arrodia-

llados al lado del fuego, se acercó a ellos una vez más el ángel del Señor y les dijo:

—Abraham, te traigo la bendición de Dios, que se derramará también sobre tu hijo.

En ese instante sintieron ambos que el fuego de la nube los envolvía y los compenetraba con luz y calor. Y así fue como Dios renovó la alianza con Abraham.

Entretanto Satanás refunfuñando se ocultó en el lúgubre mundo inferior.

11 el sacrificio de Isaac génesis 22:1-18

22¹ Después de estas cosas sucedió que Dios tentó a Abraham y le dijo: “¡Abraham, Abraham!” El respondió: “Heme aquí.”

² Díjole: “Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga.”

³ Levantóse, pues, Abraham de madrugada, aparejó su asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios.

⁴ Al tercer día levantó Abraham los ojos y vio el lugar desde lejos.

⁵ Entonces dijo Abraham a sus mozos: “Quedaos aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos donde vosotros.”

⁶ Tomó Abraham la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos.

⁷ Dijo Isaac a su padre Abraham: “¡Padre!” Respondió: “¿qué hay, hijo?” — “Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?”

⁸ Dijo Abraham: “Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.” Y siguieron andando los dos juntos.

⁹ Llegados al lugar que le había dicho Dios, construyó allí Abraham el altar, y dispuso la leña; luego ató a Isaac, su hijo, y le puso sobre el ara, encima de la leña.

¹⁰ Alargó Abraham la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo.

¹¹ Entonces le llamó el Ángel de Yahveh desde los cielos diciendo: ¡Abraham, Abraham!” El dijo: “Heme aquí.”

¹² Dijo el Ángel: “No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único.”

¹³ Levantó Abraham los ojos, miró y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abraham, tomó el carnero, y lo sacrificó en holocausto en lugar de su hijo.

¹⁴ Abraham llamó a aquel lugar “Yahveh provee,” de donde se dice hoy en día: “En el monte “Yahveh provee””

¹⁵ El Ángel de Yahveh llamó a Abraham por segunda vez desde los cielos, ¹⁶ y dijo: “Por mí mismo juro, oráculo de Yahveh, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, ¹⁷ yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos.

¹⁸ Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz.”

12 Isaac y Rebeca

Cuando Isaac ya se había hecho hombre murió su madre, Sara.

Abraham llevó luto por ella. Escogió una cueva para prepararle allí dentro un sepulcro. Mientras Sara había vivido, una nubecita de luz había rodeado la casa iluminándola y había habido paz. Mientras Sara había vivido ardía una luz de Sabat a Sabat dentro de la casa.

Sobre la masa de pan que ella amasaba caía una bendición y el pan sabía exquisito. Como Sara había muerto, la nubecita desapareció. La luz que ardía de Sabat a Sabat se apagó y el pan sabía como todos los panes.

Entonces Abraham pensó en buscar una mujer para su hijo Isaac, una mujer que pudiera ser una madre para un pueblo. Le habló así a su fiel servidor Eliezer:

—Harás un largo viaje para mí. Llévate contigo camellos y dos sirvientes y parte para Arám en Siria, donde vive mi hermano Najor y descendientes de mi tribu. El ángel del Señor te acompañará. Si allí encuentras una joven noble, pídele que regrese contigo. Ella será la mujer de Isaac, el hijo de Abraham. ¡Dios así lo dispondrá!

(En tiempos remotos era común que los padres se ocuparan del casamiento de sus hijos.)

Diecisiete días duró el viaje de Eliezer hasta llegar a la morada de la tribu de Najor. Anochecía, y él descansaba con sus camellos en el campo junto a un pozo cuando vio que se acercaban unas mujeres a buscar agua. Eliezer pensó para sí:

“¡Si me apareciese un signo mostrándome cuál podría ser la novia indicada para Isaac!”

Por fin se le ocurrió la siguiente idea: “Yo me voy a acercar al pozo. Si una doncella no sólo recoge agua para darme de beber a mí, sino también a mis camellos, ¡entonces Dios concordará que ésa es la novia indicada!”

Así pues Eliezer se acercó al pozo. No bien se hubo sentado, se acercó una doncella con paso ligero, linda de rostro y figura. Cargaba una vasija vacía sobre su cabeza. Bajó ágilmente bajó los escalones que conducían al pozo. Cuando volvió a subir con su vasija llena, Eliezer se le acercó y le pidió:

—¿Puedo beber un poco de agua de tu vasija?

Ella lo miró un instante sorprendida de que un extranjero le dirigiera la palabra. Luego bajó la vasija con suavidad y le dio de beber.

—¿Quieres que les de también un poco de agua a tus sedientos animales? —preguntó amablemente.

—¡Con gusto! —replicó Eliezer.

Entonces ella vertió el resto del agua en el bebedero de los animales. Mientras que los camellos bebieron ella volvió a llenar su vasija una y otra vez para saciar a los animales. Eliezer la observaba y pensaba: “¡Es ella! ¡Por Dios, es ella!”

Una vez que los camellos hubieron bebido lo suficiente, él sacó de su bolso un brazaletes de oro. Cuando la joven tuvo la vasija nuevamente sobre su cabeza para encaminarse a su casa, Eliezer le colocó el brazaletes de oro en su mano libre y le preguntó:

—Dime, ¿de quién eres hija? ¿Cuál es tu nombre? Ella miraba sorprendida el brazaletes de oro y respondió:

—Mi nombre es Rebeca, mi padre se llama Betuel y es el hijo de Najor.

Así fue como Eliezer supo que su abuelo era Najor, el hermano de Abraham. Siguió preguntando:

—¿Hallaremos lugar en casa de tu padre para pasar esta noche?

Ella respondió:

—Bien puede ser. Espera aquí, y te enviaré un mensaje.

Y se alejó con paso ligero.

Una vez en casa, Rebeca contó a su padre sobre el extranjero y su pedido de alojamiento. Le mostró el brazaletes de oro que había recibido. Betuel envió al pozo al hermano de Rebeca de nombre Labán, para invitar a Eliezer con sus sirvientes y camellos a alojarse en su casa.

Antes de ir a comer, Eliezer le habló a Labán y al padre de Rebeca:

—Permitidme antes de comer darte un recado de Abraham, mi Señor.

Entonces Eliezer contó que había sido enviado por él para buscar entre la estirpe de Najor una novia para su hijo Isaac.

—Mirad, —dijo— todos los signos indican a Rebeca. ¡Ella fue la primera en salirme al encuentro, nos dio de beber a mí ya los camellos de Abraham!

Cuando el padre y el hermano de Rebeca hubieron oído esto, respondieron:

—¡Esto lo ha dispuesto Dios, el Señor! Nosotros nos alegramos todos por este destino tan bueno.

Luego de haberle consultado a Rebeca y una vez que ella se mostró de acuerdo, Betuel dijo:

—Fiel Eliezer, llévate a Rebeca contigo.
¡Condúcela a Isaac, a la casa de Abraham!

Entonces Eliezer sacó del cargamento que llevaban los camellos costosos obsequios y los entregó a la casa de Betuel. A continuación comieron y bebieron todos juntos, como si se tratara de una fiesta de compromiso. Los camellos ya estaban provisionados. Tarde en la noche Eliezer y los sirvientes se dirigieron a sus lugares de descanso.

Cuando después de tres días todo estaba preparado para el viaje, los padres de Rebeca bendijeron a su hija —su cuerpo, su alma y sus caminos— y se despidieron de ella. Eliezer escogió un camello manso de color gris plateado para Rebeca.

Semanas después, al anochecer, cuando Eliezer llegaba nuevamente a Canaán, Isaac se encaminaba hacia el campo abierto cuando de pronto vio sobre una colina una caravana de camellos. Al contarlos se dio cuenta de que debía tratarse de Eliezer y fue a su encuentro.

Cuando Rebeca iba descendiendo la colina vio con sus ojos claros un hombre que les salía al encuentro. Ella notó que alrededor de su cabeza había un brillo luminoso. Preguntó a Eliezer:

—¿Quién es el que viene por el campo hacia nosotros?

Entonces Eliezer se dio cuenta de que Isaac se acercaba, pues sus ojos se habían vuelto algo débiles con la edad. Lleno de alegría exclamó:

—¡Es Isaac, mi señor!

El corazón de Rebeca comenzó a latir con rapidez. La sangre coloreó sus mejillas y entonces ella cubrió su rostro con un velo. Eliezer había bajado del camello para el encuentro. Abrazó a su señor, señaló el camello gris claro y dijo:

—¡Ella es Rebeca, la hija de Betuel!

Isaac se inclinó ante ella como ante la hija de un rey. Entonces ella retiró el velo de su rostro y le sonrió. Eliezer le susurró a Isaac:

—¡Dios, el Señor, lo acordó!

El novio tomó las riendas del camello gris plateado y así se dirigieron a la casa de Abraham. Cuando Rebeca quiso descender, Isaac le ofreció sus dos fuertes manos. Entonces ella apoyó su pie primero en las manos de Isaac antes de pisar el suelo de Canaán.

Ante Abraham, Rebeca volvió a retirar el velo de su rostro para saludarlo y él se admiró de su belleza. Abraham colocó la mano de Rebeca en la de Isaac y bendijo la unión de su matrimonio.

Una vez en la casa, Rebeca encendió la luz del Sabat y ésta volvió a arder, como en tiempos de Sara, a lo largo de la semana. La nubecita de paz regresó a la casa, y en la masa del pan que Rebeca amasaba recaía nuevamente la bendición de antes.

12 Isaac y Rebeca

génesis 23:1-24:67

23¹ Sara vivió 127 años.

² Murió Sara en Quiryat Arbá —que es Hebrón— en el país de Canaán, y Abraham hizo duelo por Sara y la lloró.

³ Luego se levantó Abraham de delante de la muerta, y habló a los hijos de Het en estos términos:

⁴ “Yo soy un simple forastero que reside entre vosotros. Dadme una propiedad sepulcral entre vosotros, para retirar y sepultar a mi muerta.”

⁵ Respondieron los hijos de Het a Abraham diciéndole:

⁶ “A ver si nos entendemos, señor; tú eres un príncipe divino entre nosotros. En el mejor de nuestros sepulcros sepulta a tu muerta. Ninguno de nosotros te negará su sepulcro, para que entierres a tu muerta.”

⁷ Levantóse Abraham, e hizo una reverencia a los paisanos, a los hijos de Het, ⁸ y les habló en estos términos: “Si estáis de acuerdo con que yo retire y sepulte a mi muerta, escuchadme e interceded por mí ante Efrón, hijo de Sójar, ⁹ para que me dé la cueva de la Makpelá que es suya y que está al borde de su finca. Que me la dé por lo que valga en propiedad sepulcral entre vosotros.”

¹⁰ Efrón estaba sentado entre los hijos de Het. Respondió, pues, Efrón el hitita a Abraham, a oídas de los hijos de Het y de todos los que entraban por la puerta de la ciudad diciendo:

¹¹ “No, señor, escúchame: te doy la finca y te doy también la cueva que hay en ella. A la vista de los hijos de mi pueblo te la doy: sepulta a tu muerta.”

¹² Abraham hizo una reverencia a los paisanos, ¹³ y se dirigió a Efrón, a oídas de los paisanos, diciendo: “A ver si nos entendemos. Te doy el precio de la finca acéptamelo y enterraré allí a mi muerta.”

¹⁴ Respondió Efrón a Abraham:

¹⁵ “Señor mío, escúchame: Cuatrocientos siclos de plata por un terreno, ¿qué nos suponen a ti y a mí? Sepulta a tu muerta.”

¹⁶ Abraham accedió y pesó a Efrón la plata que éste había pedido a oídas de los hijos de Het: cuatrocientos siclos de plata corriente de mercader.

¹⁷ Así fue cómo la finca de Efrón que está en la Makpelá, frente a Mambré, la finca y la cueva que hay en ella y todos los árboles que rodean la finca por todos sus lindes, todo ello vino a ser ¹⁸ propiedad de Abraham, a la vista de los hijos de Het, y todos los que entraban por la puerta de la ciudad.

¹⁹ Después Abraham sepultó a su mujer Sara en la cueva del campo de la Makpelá frente a Mambré (es Hebrón), en Canaán.

²⁰ Así aquel campo y la cueva que hay en él llegaron a ser de Abraham como propiedad sepulcral, recibida de los hijos de Het.

24¹ Abraham era ya un viejo entrado en años, y Yahveh había bendecido a Abraham en todo.

² Abraham dijo al siervo más viejo de su casa y mayordomo de todas sus cosas: “Ea, pon tu mano debajo de mi muslo, ³ que voy a juramentarte por

Yahveh, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que no tomarás mujer para mi hijo de entre las hijas de los cananeos con los que vivo; ⁴ sino que irás a mi tierra y a mi patria a tomar mujer para mi hijo Isaac.”

⁵ Díjole el siervo: “Tal vez no quiera la mujer seguirme a este país. ¿Debo en tal caso volver y llevar a tu hijo a la tierra de donde saliste?”

⁶ Díjole Abraham: “Guárdate de llevar allá a mi hijo. ⁷ Yahveh, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que me tomó de mi casa paterna y de mi patria, y que me habló y me juró, diciendo: ‘A tu descendencia daré esta tierra,’ él enviará su Ángel delante de ti, y tomarás de allí mujer para mi hijo. ⁸ Si la mujer no quisiere seguirte, no responderás de este juramento que te tomo. En todo caso, no lleves allá a mi hijo.”

⁹ El siervo puso su mano debajo del muslo de su señor Abraham y le prestó juramento según lo hablado.

¹⁰ Tomó el siervo diez camellos de los de su señor y de las cosas mejores de su señor y se puso en marcha hacia Aram Naharáyim, hacia la ciudad de Najor.

¹¹ Hizo arrodillar a los camellos fuera de la ciudad junto al pozo, al atardecer, a la hora de salir las aguadoras, ¹² y dijo: “Yahveh, Dios de mi señor Abraham: dame suerte hoy, y haz favor a mi señor Abraham. ¹³ Voy a quedarme parado junto a la fuente, mientras las hijas de los ciudadanos salen a sacar agua. ¹⁴ Ahora bien, la muchacha a quien yo diga ‘Inclina, por favor, tu cántaro para que yo beba,’ y ella responda: ‘Bebe, y también voy a abrevar tus camellos,’ ésa sea la que tienes designada para tu siervo Isaac, y por ello conoceré que haces favor a mi señor.”

¹⁵ Apenas había acabado de hablar, cuando he aquí que salía Rebeca, hija de Betuel, el hijo de

Milká, la mujer de Najor, hermano de Abraham, con su cántaro al hombro.

¹⁶ La joven era de muy buen ver, virgen, que no había conocido varón. Bajó a la fuente, llenó su cántaro y subió.

¹⁷ El siervo corrió a su encuentro y dijo: “Dame un poco de agua de tu cántaro.”

¹⁸ “Bebe, señor,” dijo ella, y bajando en seguida el cántaro sobre su brazo, le dio de beber.

¹⁹ Y en acabando de darle, dijo: “También para tus camellos voy a sacar, hasta que se hayan saciado.”

²⁰ Y apresuradamente vació su cántaro en el abrevadero y corriendo otra vez al pozo sacó agua para todos los camellos.

²¹ El hombre la contemplaba callando para saber si Yahveh había dado éxito o no a su misión.

²² En cuanto los camellos acabaron de beber, tomó el hombre un anillo de oro de medio siclo de peso, que colocó en la nariz de la joven, y un par de brazaletes de diez siclos de oro en sus brazos, ²³ y dijo: “¿De quién eres hija? Dime: ¿hay en casa de tu padre sitio para hacer noche?”

²⁴ Ella le dijo: “Soy hija de Betuel, el hijo que Milká dio a Najor.”

²⁵ Y agregó: “También tenemos paja y forraje en abundancia, y sitio para pasar la noche.”

²⁶ Entonces se postró el hombre y adoró a Yahveh, ²⁷ diciendo: “Bendito sea Yahveh, el Dios de mi señor Abraham, que no ha retirado su favor y su lealtad para con mi señor. Yahveh me ha traído a parar a casa del hermano de mi señor.”

²⁸ La joven corrió a anunciar a casa de su madre todas estas cosas.

²⁹ Tenía Rebeca un hermano llamado Labán. Este corrió donde el hombre, afuera, a la fuente.

³⁰ En efecto, en cuanto vio el anillo y los brazaletes en los brazos de su hermana, y oyó decir a su hermana Rebeca: “Así me ha hablado aquel hombre,” se llegó a donde él. Le encontró todavía junto a los camellos cerca de la fuente, ³¹ y le dijo: “Ven, bendito de Yahveh. ¿Por qué te quedas parado fuera, si yo he desocupado la casa y he hecho sitio para los camellos?”

³² El hombre entró en la casa, y Labán desaparejó los camellos, les dio paja y forraje, y al hombre y a sus acompañantes agua para lavarse los pies.

³³ Después les sirvió de comer, pero el otro dijo: “No comeré hasta no haber dicho lo que tengo que decir.” A lo que respondió Labán: “Habla.”

³⁴ “Yo soy, dijo, siervo de Abraham. ³⁵ Yahveh ha bendecido con largueza a mi señor, que se ha hecho rico, pues le ha dado ovejas y vacas, plata y oro, siervos y esclavas, camellos y asnos. ³⁶ Y Sara, la mujer de mi señor, envejecida ya, dio a luz un hijo a mi señor, que le ha cedido todo cuanto posee. ³⁷ En cuanto a mí, mi señor me ha tomado juramento, diciendo: ‘No tomarás mujer para mi hijo de entre las hijas de los cananeos en cuyo país resido. ³⁸ ¡Como no vayas a casa de mi padre y a mi parentela a tomar mujer para mi hijo...!’

³⁹ Yo dije a mi señor: ‘¿Y si acaso no me sigue la mujer?’

⁴⁰ Y él me dijo: ‘Yahveh, en cuya presencia he andado, enviará su Ángel contigo, y dará éxito a tu viaje, y así tomarás mujer para mi hijo de mi parentela y de la casa de mi padre.

⁴¹ Entonces quedarás libre de mi maldición, cuando llegues a mi parentela; y si no te la dieren también quedarás libre de mi maldición.”

⁴² Pues bien: llego hoy a la fuente y me digo: “Yahveh, Dios de mi señor Abraham, si en efecto

das éxito a este mi viaje, ⁴³ aquí me quedo parado junto a la fuente. La doncella que salga a sacar agua, y yo le diga: ‘Dame de beber un poco de agua de tu cántaro’ ⁴⁴ y ella me responda: ‘Bebe tú, y voy a sacar también para tus camellos,’ ésa será la mujer que Yahveh tiene destinada para el hijo de mi señor.”

⁴⁵ Apenas había acabado de hablar conmigo mismo, cuando he aquí que Rebeca salía con su cántaro al hombre, bajó a la fuente y sacó agua. Yo le dije: “Ea, dame de beber,” ⁴⁶ y enseguida bajó su cántaro del hombro y dijo: “Bebe, y también voy a abrevar tus camellos.” Bebí, pues, y ella abrevó también los camellos.

⁴⁷ Yo le pregunté: “¿De quién eres hija?” Me respondió: “Soy hija de Betuel, el hijo que Milká dio a Najor.” Entonces puse el anillo en su nariz, y los brazaletes en sus brazos, ⁴⁸ y postrándome adoré a Yahveh, y bendije a Yahveh, el Dios de mi señor Abraham, que me había puesto en el buen camino para tomar a la hija del hermano de mi señor para su hijo.

⁴⁹ Ahora, pues, decidme si estáis dispuestos a usar de favor y lealtad para con mi señor, y si no, decidmelo también, para que yo tire por la derecha o por la izquierda.”

⁵⁰ Respondieron Labán y Betuel: “De Yahveh ha salido este asunto. Nosotros no podemos decirte está mal o está bien. ⁵¹ Ahí tienes delante a Rebeca: tómala y vete, y sea ella mujer del hijo de tu señor, como ha dicho Yahveh.”

⁵² Cuando el siervo de Abraham oyó lo que decían, adoró a Yahveh en tierra.

⁵³ Acto seguido sacó el siervo objetos de plata y oro y vestidos, y se los dio a Rebeca. También hizo regalos a su hermano y a su madre.

⁵⁴ Luego comieron y bebieron, él y los hombres que le acompañaban, y pasaron la noche. Por la

mañana se levantaron, y él dijo: “Permitidme que marche donde mi señor.”

⁵⁵ El hermano y la madre de Rebeca dijeron: “Que se quede la chica con nosotros unos días, por ejemplo diez. Luego se irá.”

⁵⁶ Mas él les dijo: “No me demoréis. Puesto que Yahveh ha dado éxito a mi viaje, dejadme salir para que vaya donde mi señor.”

⁵⁷ Ellos dijeron: “Llamemos a la joven y preguntémosle su opinión.”

⁵⁸ Llamaron, pues, a Rebeca, y le dijeron: “¿Qué? ¿te vas con este hombre?” “Me voy,” contestó ella.

⁵⁹ Entonces despidieron a su hermana Rebeca con su nodriza, y al siervo de Abraham y a sus hombres.

⁶⁰ Y bendijeron a Rebeca, y le decían: “¡Oh hermana nuestra, que llegues a convertirte en millares de miríadas, y conquiste tu descendencia la puerta de sus enemigos!”

⁶¹ Levantóse Rebeca con sus doncellas y, montadas en los camellos, siguieron al hombre. El siervo tomó a Rebeca y se fue.

⁶² Entretanto, Isaac había venido del pozo de Lajay Roí, pues habitaba en el país del Négueb.

⁶³ Una tarde había salido Isaac de paseo por el campo, cuando he aquí que al alzar la vista, vio que venían unos camellos.

⁶⁴ Rebeca a su vez alzó sus ojos y viendo a Isaac, se apeó del camello, ⁶⁵ y dijo al siervo: “¿Quién es aquel hombre que camina por el campo a nuestro encuentro?” Dijo el siervo: “Es mi señor.” Entonces ella tomó el velo y se cubrió.

⁶⁶ El siervo contó a Isaac todo lo que había hecho, ⁶⁷ e Isaac introdujo a Rebeca en la tienda, tomó a Rebeca, que pasó a ser su mujer, y él la amó. Así se consoló Isaac por la pérdida de su madre.

Jacob

13 Jacob y Esaú

Un buen día Rebeca dijo a Isaac:

—Alégrate, Dios el Señor ha escuchado nuestro ruego. ¡Llevo un niño bajo mi corazón!

Isaac estaba feliz por la noticia y respondió:

—Ahora el pueblo de Abraham ha empezado a existir en tu cuerpo. ¡Bendecida seas, Rebeca!

Después de algún tiempo Rebeca le dijo:

—¡Isaac, alégrate! Dos niños llevo en mi seno. ¡Siento como si alguna vez se fueran a pelear entre ellos!

Entonces Isaac rió y pensó que Rebeca soñaba. Cuando llegó el día del nacimiento ella trajo al mundo un niño cuya piel estaba toda cubierta de pelo. El niño recibió el nombre de Esaú, que significa ‘el peludo.’ No bien hubo salido del cuerpo, apareció una manita del otro que agarraba fuertemente al primogénito por el talón. Así Rebeca dio a luz dos varones. El segundo era delicado de piel y figura. Como en la lengua de Abraham el talón es llamado ‘acob,’ al segundo le dieron el nombre de Jacob, que significa algo así como ‘agarratalones.’

Esaú, el mayor, se hizo un muchacho fuerte y algo rudo. Atrapaba animales salvajes con sus manos y los mataba, asando su carne para comerla. A menudo le traía a su padre Isaac el resultado de su

caza y lo comían juntos. A Jacob no le daba nada de ello. Esaú aprendió pronto a tirar flechas y lanzas y empezó a ir a cazar armado.

Jacob tenía un alma tierna, era de figura noble, y poseía un bonito semblante. Ayudaba a su madre en las tareas del hogar. A menudo tenía hermosos sueños. Él le contaba a su madre lo que veía en ellos. Rebeca le dijo un día a Isaac:

—Esaú tiene un ojo agudo para conquistar el mundo afuera, Jacob, en cambio posee una mirada interior y lleva en él muchas imágenes sabias de los sueños.

Isaac prefería a Esaú y Rebeca a Jacob. Así ambos vivían bien. El anciano padre Abraham veía con alegría crecer a los dos varones gemelos. Abraham murió cuando tuvieron quince años. Su alma entró en el reino de Dios. Isaac llevó su cuerpo a la cueva donde Sara tenía su sepulcro. Muchos se reunieron para honrar a Abraham, el justo.

Después de la muerte de Abraham las vestiduras sacerdotales que él había recibido de Sem, el hijo de Noé, le correspondieron a Isaac. Cada vez que realizaba una ofrenda festiva, Isaac llevaba puestas estas vestiduras. Con reverencia invocaba a los sacerdotes anteriores: Abraham, Sem, Noé, Enoc, Set. Era como una escalera hasta el paraíso perdido.

Sucedió una vez que Esaú volvió a casa muy cansado y hambriento del trabajo en el campo. Jacob estaba justo en la casa cocinando lentejas. A Esaú le gustaban las lentejas sobremanera. Sin embargo se alimentaba casi siempre de la carne de los animales cazados por él y que después asaba en el asador. Pero en esos días no había cazado nada. No bien se acercó a la casa le llegó a su nariz el aroma de las lentejas. Su hambre aumentó su avidez. Así que se presentó a Jacob y le exigió:

—¡Dame un plato de lentejas para comer!

Jacob le preguntó:

—¿Qué me darás a cambio?

Esaú respondió:

—Píde lo que quieras.

Como se le antojaba mucho, Jacob dijo:

—¡Dame entonces el derecho de primogénito!

Esaú le respondió:

—¿De qué me sirve ser el primogénito? Todos debemos morir. ¡Dame el plato de lentejas y la primogenitura es tuya!

Jacob le respondió:

—Júrame que así es y será.

Entonces Esaú lo juró y Jacob le dio su plato de lentejas y también pan y vino. Esaú comió las lentejas con placer y no se hizo mayores problemas sobre lo ocurrido.

13 Jacob y Esaú

génesis 25:19-34

¹⁹ Esta es la historia de Isaac, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac.

²⁰ Tenía Isaac cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel, el arameo de Paddán Aram, y hermana de Labán el arameo.

²¹ Isaac suplicó a Yahveh en favor de su mujer, pues era estéril, y Yahveh le fue propicio, y concibió su mujer Rebeca.

²² Pero los hijos se entrechocaban en su seno. Ella se dijo: “Siendo así, ¿para qué vivir?” Y fue a consultar a Yahveh.

²³ Yahveh le dijo: “Dos pueblos hay en tu vientre, dos naciones que, al salir de tus entrañas, se dividirán. La una oprimirá a la otra; el mayor servirá al pequeño.”

²⁴ Cumpliéronse los días de dar a luz, y resultó que había dos mellizos en su vientre.

²⁵ Salió el primero, rubicundo todo él, como una pelliza de zalea, y le llamaron Esaú.

²⁶ Después salió su hermano, cuya mano agarraba el talón de Esaú, y se llamó Jacob. Isaac tenía sesenta años cuando los engendró.

²⁷ Crecieron los muchachos. Esaú llegó a ser un cazador experto, un hombre montaraz, y Jacob un hombre muy de la tienda.

²⁸ Isaac quería a Esaú, porque le gustaba la caza, y Rebeca quería a Jacob.

²⁹ Una vez, Jacob había preparado un guiso cuando llegó Esaú del campo, agotado.

³⁰ Dijo Esaú a Jacob: “Oye, dame a probar de lo rojo, de eso rojo, porque estoy agotado.” — Por eso se le llamó Edom. —

³¹ Dijo Jacob: “Véndeme ahora mismo tu primogenitura.”

³² Dijo Esaú: “Estoy que me muero. ¿Qué me importa la primogenitura?”

³³ Dijo Jacob: “Júramelo ahora mismo.” Y él se lo juró, vendiendo su primogenitura a Jacob.

³⁴ Jacob dio a Esaú pan y el guiso de lentejas, y éste comió y bebió, se levantó y se fue. Así desdeñó Esaú la primogenitura.

14 la bendición de Isaac

Esau desposó a dos mujeres de la tribu de los hititas, entre los cuales imperaba la idolatría. Estas mujeres seguían ofreciendo sacrificios a sus ídolos, lo que preocupaba mucho a Isaac y a Rebeca. Esau no se preocupaba por ello y en sus pensamientos había poca veneración para con Dios, el Señor. Los ojos de Isaac fueron enturbiándose con la edad hasta cegar por completo. Pero en su interior sus pensamientos eran cada vez más claros y ricos. Reflexionaba mucho sobre la tierra desde sus orígenes y sobre el género humano hasta sus tiempos. Como él sabía que su vida no iba a durar mucho más, le habló a Esau:

—Hijo mío, es costumbre que el primogénito reciba la bendición de su padre y de su linaje. Toma tu equipo de caza y caza un animal salvaje. Prepara para nosotros una buena comida. ¡Tráemela aquí dentro y entonces, antes de morir te daré la bendición del linaje!

Esau se fue de caza. Rebeca también había oído esas palabras. Ella sabía lo que se proponía Isaac. Enseguida fue a Jacob y le dijo:

—Tu padre quiere dar la bendición del primogénito a tu hermano; ¡eso no puede ser! Esau te la prometió a ti. Isaac le ha ordenado que cace un animal salvaje y una vez que haya preparado con él una

comida, la quiere comer con él y darle la bendición. Escúchame Jacob, haz lo que te digo: Ve a buscar dos cabritas del rebaño. Con ellas prepararé una buena comida que llevarás tú a tu padre para que él te dé a ti la bendición del linaje puesto se la has comprado a tu hermano a cambio del plato de lentejas.

Jacob replicó:

—Eso no va a salir bien, querida madre. Mira, mi hermano Esau es muy peludo y mi piel en cambio es lisa. Cuando mi padre me toque pensará que quiero burlarme de él y me maldecirá.

Rebeca respondió:

—Te voy a atar trozos de la piel de la cabrita alrededor de brazos y hombros y tú te pondrás las vestiduras festivas de Esau. Así tú recibirás la bendición que te pertenece.

Jacob hizo lo que le recomendaba su madre.

La carne de las cabritas fue cocinada, las pieles cortadas y atadas. Jacob se puso las vestiduras de Esau. Le llevó la comida al padre. Este descansaba sobre un lecho. Jacob se dirigió a él:

—Padre, he hecho lo que tú querías. Aquí te traigo el plato de carne. ¡Dame la bendición!

Isaac respondió:

—¡Acércate a mí para que pueda tocarte! Tu voz suena hoy como la voz de Jacob.

El padre pasó su mano por los brazos cubiertos con la piel de cabra y pensó: “Sí, éstos son los brazos de Esau y el olor de las ropas es el olor de Esau.” Pidió:

—¡Dame la comida!

Cuando Isaac hubo comido le habló así:

—¡Ven, mi primogénito, bien cerca de mi lecho para que pueda bendecirte!

Jacob se arrodilló e Isaac dio la bendición:

¡Dios te dé del rocío del cielo

*y de la fertilidad de la tierra!
Los pueblos deberán servirte.
¡Maldito sea quien te maldiga,
bendito sea quien te bendiga!*

No bien hubo salido Jacob y cambiado sus vestidos, regresó su hermano Esau de la caza con un venado con el cual preparó una buena comida y la llevó a su padre. Con su voz ruda dijo:

—Levántate, padre, traigo venado para que tus manos me bendigan.

Isaac se horrorizó por esas palabras y dijo:

—Entonces fue Jacob el que antes me trajo la comida. A él le di la bendición del primogénito. Él permanecerá bendito, pues una bendición sagrada es como un juramento y no puede ser retirada.

Entonces Esau lloró exclamando:

—Dos veces fue mi hermano más astuto que yo. ¡Me quitó la primogenitura y ahora me quita también la bendición!

Esau estaba tan encolerizado que un oscuro pensamiento lo fue sobrecogiendo. Una voz habló en él: “¡Pronto morirá tu padre, entonces podrás matar a tu hermano Jacob!”

Esau dijo estas palabras a sus mujeres. Pero una sirvienta las escuchó e informó a Rebeca de las malas intenciones de Esau. Ésta hizo llamar a Jacob y le transmitió el malvado deseo de Esau:

—Tu hermano quiere vengarse de ti y matarte. ¡Escúchame! Huye a la casa de mi hermano Labán en el país de Aram. Permanece allí hasta tanto se le haya pasado a tu hermano el deseo de venganza. Te enviaré un recado cuando puedas regresar sin riesgo.

Jacob conocía la ira salvaje de su hermano, así que hizo caso del consejo de su madre. A Isaac, Rebeca le habló así:

—Tenemos muchas preocupaciones con las esposas de Esaú, las hititas. Jacob debería buscarse una mujer en mi patria. Yo lo enviaré a Labán, mi hermano. De este modo no entrará más en pugna con Esaú por tu bendición.

Isaac halló que ella hablaba sabiamente. Llamó a Jacob y le dio la bendición para el viaje.

14 la bendición de Isaac *génesis 27:1-28:5*

27¹ Como hubiese envejecido Isaac, y no viese ya por tener debilitados sus ojos, llamó a Esaú, su hijo mayor: ¡Hijo mío! El cual le respondió: “Aquí estoy.”

² “Mira, dijo, me he hecho viejo e ignoro el día de mi muerte.

³ Así pues, toma tus saetas, tu aljaba y tu arco, sal al campo y me cazas alguna pieza.

⁴ Luego me haces un guiso succulento, como a mí me gusta, y me lo traes para que lo coma, a fin de que mi alma te bendiga antes que me muera.”

⁵ Ahora bien, Rebeca estaba escuchando la conversación de Isaac con su hijo Esaú. — Esaú se fue al campo a cazar alguna pieza para el padre, ⁶ y entonces Rebeca dijo a su hijo Jacob: “Acabo de oír a tu padre que hablaba con tu hermano Esaú diciendo: ⁷ Tráeme caza, y hazme un guiso succulento para que yo lo coma y te bendiga delante de Yahveh antes de morirme.” ⁸ Pues bien, hijo mío, hazme caso en lo que voy a recomendarte. ⁹ Ve al rebaño y tráeme de allí dos cabritos hermosos. Yo haré con ellos un guiso succulento para tu padre como a él le gusta, ¹⁰ y tú se lo

presentas a tu padre, que lo comerá, para que te bendiga antes de su muerte.”

¹¹ Jacob dijo a su madre Rebeca: “¡Pero si mi hermano Esaú es velludo, y yo soy lampiño! ¹² ¡A ver si me palpa mi padre, y le parece que estoy mofándome de él! ¡Entonces me habré buscado una maldición en vez de una bendición!”

¹³ Dícele su madre: “¡Sobre mí tu maldición, hijo mío! Tú, obedéceme, basta con eso, ve y me los traes.”

¹⁴ El fue a buscarlos y los llevó a su madre, y ella hizo un guiso succulento, como le gustaba a su padre.

¹⁵ Después tomó Rebeca ropas de Esaú, su hijo mayor, las más preciosas que tenía en casa, y vistió a Jacob, su hijo pequeño.

¹⁶ Luego, con las pieles de los cabritos le cubrió las manos y la parte lampiña del cuello, ¹⁷ y puso el guiso y el pan que había hecho en las manos de su hijo Jacob.

¹⁸ Este entró a donde su padre, y dijo: “¡Padre!” El respondió: “Aquí estoy; ¿quién eres, hijo?”

¹⁹ Jacob dijo a su padre: “Soy tu primogénito Esaú. He hecho como dijiste, Anda, levántate, siéntate, y come de mi caza, para que me bendiga tu alma.”

²⁰ Dice Isaac a su hijo: “¡Qué listo has andado en hallarla, hijo!” — Respondió: “Sí; es que Yahveh, tu Dios, me la puso delante.”

²¹ Dice Isaac a Jacob: “Acércate, que te palpe, hijo, a ver si realmente eres o no mi hijo Esaú.”

²² Acercóse Jacob a su padre Isaac, el cual le palpó y dijo: “La voz es la de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú.”

²³ Y no le reconoció, porque sus manos estaban velludas, como las de su hermano Esaú. Y se dispuso a bendecirle.

el profanador de textos

²⁴ Dijo, pues: “¿Eres tú realmente mi hijo Esaú?” Respondió: “El mismo.”

²⁵ Dijo entonces: “acércamelo, que coma de la caza, hijo, para que te bendiga mi alma.” Acercole, y comió; le trajo también vino, y bebió.

²⁶ Dícele su padre Isaac: “Acércate y bésame, hijo.”

²⁷ Él se acercó y le besó, y al aspirar Isaac el aroma de sus ropas, le bendijo diciendo: “Mira, el aroma de mi hijo como el aroma de un campo, que ha bendecido Yahveh. ²⁸ ¡Pues que Dios te dé el rocío del cielo y la grosura de la tierra, mucho trigo y mosto! ²⁹ Sírvante pueblos, adórente naciones, sé señor de tus hermanos y adórente los hijos de tu madre. ¡Quien te maldijere, maldito sea, y quien te bendijere, sea bendito!”

³⁰ Así que hubo concluido Isaac de bendecir a Jacob, y justo cuando acababa de salir Jacob de la presencia de su padre Isaac, llegó su hermano Esaú de su cacería.

³¹ Hizo también él un guiso suculento y llevándoselo a su padre le dijo: “Levántese mi padre y coma de la caza de su hijo, para que me bendiga tu alma.”

³² Dícele su padre Isaac: “¿Quién eres tú?” Contestole: “Soy tu hijo primogénito, Esaú.”

³³ A Isaac le entró un temblor fuerte, y le dijo: “Pues entonces, ¿quién es uno que ha cazado una pieza y me le ha traído? Porque de hecho yo he comido antes que tú vinieses, y le he bendecido, y bendito está.”

³⁴ Al oír Esaú las palabras de su padre, lanzó un grito fuerte y por extremo amargo, y dijo a su padre: “¡Bendíceme también a mí, padre mío!”

³⁵ Díjole éste: “Ha venido astutamente tu hermano, y se ha llevado tu bendición.”

³⁶ Dijo Esaú: “Con razón se llama Jacob, pues me ha suplantado estas dos veces: se llevó mi primogenitura, y he aquí que ahora se ha llevado mi bendición.” Y añadió: “¿No has reservado alguna bendición para mí?”

³⁷ Respondió Isaac y dijo a Esaú: “Mira, le he puesto por señor tuyo, le he dado por siervos a todos sus hermanos y le he abastecido de trigo y vino. Según eso, ¿qué voy a hacer por ti, hijo mío?”

³⁸ Dijo Esaú a su padre: “¿Es que tu bendición es única, padre mío? ¡Bendíceme también a mí, padre mío!” Isaac guardó silencio y Esaú alzó la voz y rompió a llorar.

³⁹ Su padre Isaac le dijo por respuesta: “He aquí que lejos de la grosura de la tierra será tu morada, y lejos del rocío que baja del cielo.

⁴⁰ De tu espada vivirás y a tu hermano servirás. Mas luego, cuando te hagas libre, partirás su yugo de sobre tu cerviz.”

⁴¹ Esaú se enemistó con Jacob a causa de la bendición con que le había bendecido su padre; y se dijo Esaú: “Se acercan ya los días del luto por mi padre. Entonces mataré a mi hermano Jacob.”

⁴² Se dio aviso a Rebeca de las palabras de Esaú, su hijo mayor; y ella envió a llamar a Jacob, su hijo pequeño, y le dijo: “Mira que tu hermano Esaú va a vengarse de ti matándote.

⁴³ Ahora, pues, hijo mío, hazme caso: levántate y huye a Jarán, a donde mi hermano Labán, ⁴⁴ y te quedas con él una temporada, hasta que se calme la cólera de tu hermano; ⁴⁵ hasta que se calme la ira de tu hermano contra ti, y olvide lo que has hecho. Entonces enviaré yo a que te traigan de allí. ¿Por qué he de perderos a los dos en un mismo día?”

⁴⁶ Rebeca dijo a Isaac: “Me da asco vivir al lado de las hijas de Het. Si Jacob toma mujer de las hijas

de Het como las que hay por aquí, ¿para qué seguir viviendo?”

28¹ Llamó, pues, Isaac a Jacob, le bendijo y le dio esta orden: “No tomes mujer de las hijas de Canaán. ² Levántate y ve a Paddán Aram, a casa de Betuel, padre de tu madre, y toma allí mujer de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre. ³ Que El Saddy te bendiga, te haga fecundo y te acreciente, y que te conviertas en asamblea de pueblos. ⁴ Que te dé la bendición de Abraham a ti y a tu descendencia, para que te hagas dueño de la tierra donde has vivido y que Dios ha dado a Abraham.”

⁵ Y despidió Isaac a Jacob, el cual se fue a Paddán Aram, a casa de Labán, hijo de Betuel el arameo, hermano de Rebeca, la madre de Jacob y de Esaú.

15 la huida de Jacob

Rebeca dio dos cosas a Jacob: el bastón con el que ya habían andado primero Abraham y luego Isaac, y una botellita con aceite bendecido; esto debía llevarselo a Labán a modo de saludo.

Esaú había oído del viaje que preparaba Jacob y pensó: “Voy a acecharlo en el camino, y allí donde éste se desvía a Aram lo mataré. Nadie lo sabrá si él queda enterrado en la arena.”

Munido de arco y flecha partió muy temprano de la casa, cuando aún estaba oscuro. A sus mujeres dijo:

—Voy a cazar.

Una hora más tarde, cuando amanecía, Jacob se puso en marcha.

Habiendo andado un trecho, se apartó del camino sin querer y se extravió. Caminó y caminó. El sol ascendía. El bastón le había hecho hacer una gran vuelta alejándolo del escondite de su hermano. Al anochecer encontró el camino correcto nuevamente.

Esaú en su escondite esperaba en vano a su hermano. Este no pasaba y no pasaba por allí. El sol ascendía. Esperó hasta muy entrada la mañana y luego regresó a su casa. Allí se enteró que Jacob había partido al amanecer. Sus mujeres se mofaron de él:

—¡Tanto rato estuviste de caza y no has traído a casa ni siquiera una perdiz!

Jacob anduvo días y días. Una tarde llegó a una cuesta. Era el monte Moria. Allí era donde Abraham había conducido a Isaac para sacrificarlo. Jacob no sabía adonde había llegado. Vio unas piedras esparcidas por allí en forma irregular, restos que quedaban aún del altar de Abraham. El sol ya se había puesto.

Jacob tomó una de las piedras y posó su cansada cabeza sobre ella para descansar. Cuando al dormir su alma se hubo elevado, se le acercó un asombroso sueño que se transformó en un acontecimiento verdadero. Por encima de él se abrió el cielo estrellado. Con los rayos de luz se tejió una escalera que bajaba hacia la tierra. Hacia arriba se perdía entre los torrentes de luz y abajo llegaba hasta la cabeza de Jacob. Y entonces vio que hacia él descendían ángeles por la escalera del cielo. En lo alto habían contemplado el rostro de Dios y abajo vieron la figura y el rostro del hombre. Jacob escuchó sus palabras:

—Mirad, el hombre es una pequeña réplica de Dios.

Subían y bajaban en gran número y Jacob respiraba su aroma celestial. De pronto, desde lo alto, resonó una voz que le habló a Jacob:

—Yo soy Dios, el Señor de Abraham y de tu padre Isaac. La tierra sobre la que descansas quiero entregártela a ti y a tus descendientes. Ellos serán numerosos como las estrellas en el cielo. Yo estaré contigo en tus caminos y te protegeré. Regresarás a esta tierra!

Entonces Jacob vio cómo la escalera de luz se desvanecía lentamente; resonaba música celestial. Los ángeles regresaban volando a las alturas. Sólo permaneció el brillo de las estrellas.

Jacob despertó de su visión. Su alma estaba profundamente conmovida con veneración. Se dijo así: “Esta es Betel, la ‘casa de Dios.’ Aquí está el portal, la entrada del cielo que acabo de ver.”

Cuando clareó el día, recogió las piedras que se hallaban esparcidas por allí y las apiló una sobre otra. Arriba de todo colocó la piedra sobre la cual había dormido. Echó sobre ellas tres gotas del aceite bendecido, ‘en el nombre de Abraham, en el nombre de Isaac y en el nombre de Jacob.’ Hizo un voto: “¡Por siempre, oh tú, mi Dios, que aquí te me has revelado, te guardaré fidelidad!”

A continuación tomó su bastón y continuó su viaje hacia Aram en Mesopotamia.

15 *la huida de Jacob*

génesis 28:6-22

⁶ Vio Esaú que Isaac había bendecido a Jacob, y le enviaba a Paddán Aram a tomarse mujer allí, y que al bendecirle le había dado esta orden: “No tomes mujer de las hijas de Canaán,” ⁷ y Jacob, obedeciendo a su padre y a su madre, había marchado a Paddán Aram.

⁸ Vio, pues, Esaú que las hijas de Canaán eran mal vistas de su padre Isaac, ⁹ y acudiendo Esaú a Ismael, tomó por mujer, además de las que tenía, a Majlat, hija de Ismael, el hijo de Abraham, y hermana de Nebayot.

¹⁰ Jacob salió de Berseba y fue a Jarán.

¹¹ Llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol. Tomó una de las piedras del lugar, se la puso por cabezal, y se acostó en aquel lugar.

¹² Y tuvo un sueño; soñó con una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella.

¹³ Y vio que Yahveh estaba sobre ella, y que le dijo: “Yo soy Yahveh, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia.

¹⁴ Tu descendencia será como el polvo de la tierra y te extenderás al poniente y al oriente, al norte y al mediodía; y por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra; y por tu descendencia.

¹⁵ Mira que yo estoy contigo; te guardaré por doquiera que vayas y te devolveré a este solar. No, no te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho.”

¹⁶ Despertó Jacob de su sueño y dijo: “¡Así pues, está Yahveh en este lugar y yo no lo sabía!”

¹⁷ Y asustado dijo: “¡Qué temible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!”

¹⁸ Levantóse Jacob de madrugada, y tomando la piedra que se había puesto por cabezal, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella.

¹⁹ Y llamó a aquel lugar Betel, aunque el nombre primitivo de la ciudad era Luz.

²⁰ Jacob hizo un voto, diciendo: “Si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que vestirme,

²¹ y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces Yahveh será mi Dios;

²² y esta piedra que he erigido como estela será Casa de Dios; y de todo lo que me dieres, te pagaré el diezmo.”

16 *Jacob en tierra extranjera*

Después de mucho andar, Jacob llegó al país de su tío Labán. Se acercó a un pozo que estaba cerrado con una gran piedra. Algunos pastores estaban con sus ovejas en la cercanía. Sólo cuando todos los pastores de los alrededores se hubieran reunido junto al pozo iba a ser suficiente la fuerza común para mover la piedra. Jacob les preguntó:

—¿Qué nombre le dan a esta tierra?

Ellos respondieron:

—Aram.

—¿Conocéis a Labán? ¿Cómo está?

Ellos respondieron:

—Está bien. Mira, ahí viene justo su hija Raquel.

Ella también dará de beber aquí a sus ovejas.

Jacob preguntó:

—¿Por qué no empezáis a abrevar?

—Porque aún somos muy pocos hombres para mover la piedra.

—¡Yo os ayudaré! —se ofreció Jacob; pero todos lo miraban incrédulos.

Entonces se acercó al pozo e hizo rodar la piedra a un lado, completamente solo. Los pastores quedaron boquiabiertos. Jacob se acercó a Raquel y le preguntó:

el profanador de textos

—¿Puedo darle de beber a tus ovejas? Soy el hijo de Rebeca, la hermana de tu padre.

Él tomó sus manos pleno de alegría por haber encontrado ya a alguien de la casa de Labán. Raquel le agradeció por la ayuda y se marchó con paso ligero a su casa para llevarle a su padre la novedad. Poco después llegó Labán cabalgando sobre un camello.

En el rostro de Jacob reconoció rasgos de su hermana. Jacob contó cómo estaba Rebeca y le entregó el aceite bendecido por ella. Labán le dijo:

—¡Sí, tu eres Jacob, el hijo de mi hermana! Sé bienvenido en mi casa y permanece aquí cuanto quieras.

Y Labán lo abrazó y lo besó.

Desde entonces Jacob servía a Labán como pastor. Le era permitido criar animales propios. Su rebaño aumentaba cada vez más. En aquellos países era costumbre, en aquel entonces, que un hombre desposase dos mujeres. Jacob se casó primero con Lía y más tarde con Raquel, las dos hijas de Labán. Así, permaneció catorce años con Labán y tuvo once hijos.

Año tras año esperaba en vano un mensaje de su madre Rebeca. “¿Aún no se habría disipado la ira de Esaú?” No llegaba señal alguna. Los nombres de sus once hijos eran: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón y José.

Labán y sus hijos estaban celosos de que los rebaños de Jacob prosperaran más que los de ellos, de que él enriqueciera y tuviera sirvientes y criadas, camellos y asnos.

Una noche la voz divina le habló a Jacob:

—Regresa a la tierra de tus padres; yo estaré contigo.

Jacob acostumbraba a andar de pradera en pradera, así que no fue difícil para él prepararse para

un largo viaje según el mandato de Dios. Se puso en camino hacia su tierra natal con todos sus rebaños, sus animales de carga, toda su servidumbre y su gran familia.

Fue por el mismo camino por el cual había venido solo. Se alegraba ante todo de volver a ver a su padre y a su madre aunque estaba algo inquieto de volver a encontrar a Esaú.

16 Jacob en tierra extranjera génesis 29:1-31:22

⁶Vio Esaú que Isaac había bendecido a Jacob, y le enviaba a Paddán Aram a tomarse mujer allí, y que al bendecirle le había dado esta orden: “No tomes mujer de las hijas de Canaán,” ⁷ y Jacob, obedeciendo a su padre y a su madre, había marchado a Paddán Aram.

⁸Vio, pues, Esaú que las hijas de Canaán eran mal vistas de su padre Isaac, ⁹ y acudiendo Esaú a Ismael, tomó por mujer, además de las que tenía, a Majlat, hija de Ismael, el hijo de Abraham, y hermana de Nebayot.

¹⁰Jacob salió de Berseba y fue a Jarán.

¹¹Llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol. Tomó una de las piedras del lugar, se la puso por cabezal, y se acostó en aquel lugar.

¹²Y tuvo un sueño; soñó con una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella.

¹³Y vio que Yahveh estaba sobre ella, y que le dijo: “Yo soy Yahveh, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia.

el profanador de textos

¹⁴Tu descendencia será como el polvo de la tierra y te extenderás al poniente y al oriente, al norte y al mediodía; y por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra; y por tu descendencia.

¹⁵Mira que yo estoy contigo; te guardaré por doquiera que vayas y te devolveré a este solar. No, no te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho.”

¹⁶Despertó Jacob de su sueño y dijo: “¡Así pues, está Yahveh en este lugar y yo no lo sabía!”

¹⁷Y asustado dijo: “¡Qué temible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!”

¹⁸Levantóse Jacob de madrugada, y tomando la piedra que se había puesto por cabezal, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella.

¹⁹Y llamó a aquel lugar Betel, aunque el nombre primitivo de la ciudad era Luz.

²⁰Jacob hizo un voto, diciendo: “Si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que vestirme, ²¹y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces Yahveh será mi Dios; ²²y esta piedra que he erigido como estela será Casa de Dios; y de todo lo que me dieres, te pagaré el diezmo.”

29¹Jacob se puso en marcha y se fue al país de los orientales.

²Cuando he aquí que divisa un pozo en el campo, y allí mismo tres rebaños de ovejas sesteando junto a él, pues de aquel pozo se abrevaban los rebaños. Sobre la boca del pozo había una gran piedra.

³Allí se reunían todos los rebaños: se revolvía la piedra de encima de la boca del pozo, abrevaban las ovejas, y devolvían la piedra a su sitio sobre la boca del pozo.

⁴Jacob les dijo (a los pastores): “Hermanos, ¿de dónde sois?” Dijeron ellos: “Somos de Jarán.”

⁵“¿Conocéis a Labán, hijo de Najor?” — “Lo conocemos.” — ⁶“¿Se encuentra bien?” — “Muy bien; precisamente ahí llega Raquel, su hija, con las ovejas.”

⁷Dijo él: “Todavía es muy de día, no es hora de recoger el ganado; abrevad las ovejas, e id a apacientarlas.”

⁸Contestaron: “No podemos hasta que se reúnan todos los rebaños y se revuelva la piedra de sobre la boca del pozo. Entonces abrevaremos las ovejas.”

⁹Aún estaba él hablando con ellos, cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues era pastora.

¹⁰En cuanto vio Jacob a Raquel, hija de Labán, el hermano de su madre, y las ovejas de Labán, hermano de su madre, se acercó Jacob y revolió la piedra de sobre la boca y abrevó las ovejas de Labán, el hermano de su madre.

¹¹Jacob besó a Raquel y luego estalló en sollozos.

¹²Jacob anunció a Raquel que era pariente de su padre e hijo de Rebeca. Ella se echó a correr y lo anunció a su padre.

¹³En cuanto oyó Labán hablar de Jacob, el hijo de su hermana, corrió a su encuentro, le abrazó, le besó y le llevó a su casa. Entonces él contó a Labán toda esta historia, ¹⁴y Labán le dijo: “En suma, que tú eres hueso mío y carne mía.” Y Jacob se quedó con él un mes cumplido.

¹⁵Labán dijo a Jacob: “¿Acaso porque seas pariente mío has de servirme de balde? Indícame cuál será tu salario.”

¹⁶Ahora bien, Labán tenía dos hijas: la mayor llamada Lía, y la pequeña, Raquel.

¹⁷Los ojos de Lía eran tiernos. Raquel, en cambio, era de bella presencia y de buen ver.

¹⁸Jacob estaba enamorado de Raquel. Así pues, dijo: “Te serviré siete años por Raquel, tu hija pequeña.”

¹⁹Dijo Labán: “Mejor es dártela a ti que dársela a otro. Quédate conmigo.”

²⁰Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años, que se le antojaron como unos cuantos días, de tanto que la amaba.

²¹Jacob dijo a Labán: “Dame mi mujer, que se ha cumplido el plazo, y quiero casarme con ella.”

²²Labán juntó a todos los del lugar y dio un banquete. ²³Luego a la tarde tomó a su hija Lía y la llevó a Jacob, y éste se unió a ella.

²⁴Labán dio su esclava Zilpá como esclava de su hija Lía.

²⁵Se hizo de mañana, ¡y resultó que aquella era Lía! Jacob dijo a Labán: “¿Qué es lo que has hecho conmigo? ¿No te he servido por Raquel? ¿Pues por qué me has hecho trampa?”

²⁶Labán dijo: “No se usa en nuestro lugar dar la menor antes que la mayor.

²⁷Cumple esta semana, y te daré también a la otra por el servicio que me prestarás todavía otros siete años.”

²⁸Así lo hizo Jacob; y habiendo cumplido aquella semana, le dio por mujer a su hija Raquel.

²⁹Labán dio su esclava Bilhá como esclava de su hija Raquel.

³⁰El se unió también a Raquel, y amó a Raquel más que a Lía, y sirvió en casa de su tío otros siete años más.

³¹Vio Yahveh que Lía era aborrecida y la hizo fecunda, mientras que Raquel era estéril.

³²Lía quedó encinta y dio a luz un hijo al que llamó Rubén, pues dijo: “Yahveh ha reparado en mi cuita: ahora sí que me querrá mi marido.”

³³ Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y dijo: Yahveh ha oído que yo era aborrecida y me ha dado también a éste.” Y le llamó Simeón.

³⁴ Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y dijo: “Ahora, esta vez, mi marido se aficionará a mí, ya que le he dado tres hijos.” Por eso le llamó Leví.

³⁵ Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y dijo: “Esta vez alabo a Yahveh.” Por eso le llamó Judá, y dejó de dar a luz.

30¹ Vio Raquel que no daba hijos a Jacob, y celosa de su hermana dijo a Jacob: “Dame hijos, o si no me muero.”

² Jacob se enfadó con Raquel y dijo: ¿Estoy yo acaso en el lugar de Dios, que te ha negado el fruto del vientre?”

³ Ella dijo: “Ahí tienes a mi criada Bilhá; únete a ella y que dé a luz sobre mis rodillas: así también yo ahijaré de ella.”

⁴ Le dió, pues, a su esclava Bilhá por mujer; y Jacob se unió a ella.

⁵ Concibió Bilhá y dio a Jacob un hijo.

⁶ Y dijo Raquel: “Dios me ha hecho justicia, pues ha oído mi voz y me ha dado un hijo.” Por eso le llamó Dan.

⁷ Otra vez concibió Bilhá, la esclava de Raquel, y dio a Jacob un segundo hijo.

⁸ Y dijo Raquel: “Me he trabado con mi hermana a brazo partido y la he podido”; y le llamó Neftalí.

⁹ Viendo Lía que había dejado de dar a luz, tomó a su esclava Zilpá, y se la dio a Jacob por mujer.

¹⁰ Y Zilpá, la esclava de Lía, dio a Jacob un hijo.

¹¹ Lía dijo: “¡Enhorabuena!” Y le llamó Gad.

¹² Zilpá, la esclava de Lía, dio a Jacob un segundo hijo, ¹³ y dijo Lía: “¡Feliz de mí! pues me felicitarán las demás.” Y le llamó Aser.

¹⁴ Una vez fue Rubén, al tiempo de la siega del trigo, y encontró en el campo unas mandrágoras que trajo a su madre Lía. Y dijo Raquel a Lía “¿Quieres darme las mandrágoras de tu hijo?”

¹⁵ Le respondió: “¿Es poco haberte llevado mi marido, que encima vas a llevarte las mandrágoras de mi hijo?” Dijo Raquel: “Sea: que se acueste contigo Jacob esta noche, a cambio de las mandrágoras de tu hijo.”

¹⁶ A la tarde, cuando Jacob volvió del campo, sale Lía a su encuentro y le dice: “Tienes que venir conmigo porque he pagado por ti unas mandrágoras de mi hijo.” Y él se acostó con ella aquella noche.

¹⁷ Dios oyó a Lía, que concibió y dio un quinto hijo a Jacob.

¹⁸ Y dijo Lía: “Dios me ha dado mi recompensa, a mí, que tuve que dar mi esclava a mi marido.” Y le llamó Isacar.

¹⁹ Lía concibió otra vez y dio el sexto hijo a Jacob.

²⁰ Y dijo Lía: “Me ha hecho Dios un buen regalo. Ahora sí que me apreciará mi marido, pues le he dado seis hijos.” Y le llamó Zabulón.

²¹ Después dio a luz una hija a la que llamó Dina.

²² Entonces se acordó Dios de Raquel. Dios la oyó y abrió su seno, ²³ y ella concibió y dio a luz un hijo. Y dijo: “Ha quitado Dios mi afrenta.”

²⁴ Y le llamó José, como diciendo: “Añádame Yahveh otro hijo.”

²⁵ Cuando Raquel hubo dado a luz a José, dijo Jacob a Labán: “Déjame que me vaya a mi lugar y a mi tierra.

²⁶ Dame a mis mujeres y a mis hijos por quienes te he servido, para que me vaya; pues bien sabes bajo qué condiciones te he servido.”

²⁷ Díjole Labán: “¡Si en algo me estimas!... Yo estaba bajo un maleficio, pero Yahveh me ha bendecido gracias a ti.”

²⁸ Y agregó: “Fíjame tu paga, y te la daré.”

²⁹ Le respondió: “Tu sabes cómo te he servido, y cómo le fue a tu ganado conmigo:

³⁰ bien poca cosa tenías antes de venir yo, pero ya se ha multiplicado muchísimo, y Yahveh te ha bendecido a mi llegada. Pues bien: ¿cuándo voy a hacer yo también algo por mi casa?”

³¹ Dijo Labán: “¿Qué he de darte?” Respondió Jacob: “No me des nada. Si haces por mí esta, volveré a apacentar tu rebaño. Fíjate bien:

³² Voy a desfilar hoy con todo tu rebaño. Aparta toda oveja negra y las cabras pintas y manchadas, y eso será mi paga, ³³ y la garantía de mi honradez el día de mañana. Cuando te presente a controlar mi paga, todo lo que no fuere pinto y manchado entre las cabras y negro entre los corderos, será lo que he robado.”

³⁴ Dijo Labán: “Bien, sea como dices.”

³⁵ Y aquel mismo día apartó los machos cabríos listados y manchados, todo lo que tenía en sí algo de blanco, así como todo lo negro entre las ovejas, y lo confió a sus hijos, ³⁶ interponiendo tres jornadas de camino entre él y Jacob. Este último apacentaba el resto del rebaño de Labán.

³⁷ Entonces Jacob se procuró unas vares verdes de álamo, de almendro y de plátano, y labró en ellas unas muescas blancas, dejando al descubierto lo blanco de las varas, ³⁸ e hincó las varas así labradas en las pilas o abrevaderos a donde venían las reses a beber, justo delante de las reses, con lo que éstas se calentaban al acercarse a beber.

³⁹ O sea, que se calentaban a la vista de las varas, y así parían crías listadas, pintas o manchadas.

⁴⁰ Luego separó Jacob los machos, echándolos a lo listado y negro que ahora había en el rebaño de Labán, y así se fue formando unos hatajos propios, que no mezclaba con el rebaño de Labán.

⁴¹ Además, siempre que se calentaban las reses vigorosas, les ponía Jacob las varas ante los ojos en las pilas, para que se calentaran bajo el influjo de las varas; ⁴² mas cuando el ganado estaba débil, no las ponía de modo que las crías débiles eran para Labán, y las vigorosas para Jacob.

⁴³ Así que éste medró muchísimo, y llegó a tener rebaños numerosos, y siervas y siervos y camellos y asnos.

31 ¹ Oyó Jacob que los hijos de Labán decían: “Jacob se ha apoderado de todo lo de nuestro padre, y con lo de nuestro padre ha hecho toda esa fortuna.”

² Jacob observó el rostro de Labán y vio que ya no era para con él como hasta entonces.

³ Entonces Yahveh dijo a Jacob: “Vuélvete a la tierra de tus padres, a tu patria, y yo estaré contigo.”

⁴ Jacob envió a llamar a Raquel y a Lía al campo, donde estaba su rebaño, ⁵ y les dijo: “Vengo observando que vuestro padre ya no me mira como antes; pero el Dios de mi padre ha estado conmigo.

⁶ Vosotras sabéis que he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas; ⁷ pero vuestro padre ha trapaceado conmigo y ha cambiado mi retribución una docena de veces, si bien Dios no le ha dejado perjudicarme.

⁸ Si él decía: Tu paga serán las reses pintas, entonces todas las ovejas parían pintas. Y si decía: Tu paga será lo listado, entonces todas las ovejas parían listado.

⁹ De esta suerte Dios ha quitado el ganado a vuestro padre y me lo ha dado a mí.

¹⁰ Pues bien: en la época de calentarse el rebaño, alcé los ojos y vi en un sueño cómo los machos que montaban al rebaño eran listados, pintos y salpicados.

¹¹ Y me dijo el Ángel de Dios en aquel sueño: “¡Jacob!” Yo respondí: “Aquí estoy.”

¹² Y dijo: Alza los ojos, y verás que todos los machos que montan al rebaño son listados, pintos y salpicados. Es que he visto todo lo que Labán te ha hecho.

¹³ Yo soy el Dios que se te apareció en Betel, donde ungiste una estela y donde me hiciste aquel voto. Ahora, levántate, sal de esta tierra y vuelve a tu país natal.”

¹⁴ Respondieron Raquel y Lía y le dijeron: “¿Es que tenemos aún parte o herencia en la casa de nuestro padre?”

¹⁵ ¿No hemos sido consideradas como extrañas para él, puesto que nos vendió y, por comerse, incluso se comió nuestra plata?

¹⁶ Así que toda la riqueza que ha quitado Dios a nuestro padre nuestra es y de nuestros hijos. Con que todo lo que te ha dicho Dios, hazlo.”

¹⁷ Levantóse Jacob, montó a sus hijos y a sus mujeres en los camellos, ¹⁸ y se llevó todo su ganado y toda la hacienda que había adquirido, el ganado de su propiedad, que había adquirido en Paddán Aram, para irse a donde su padre Isaac a Canaán.

¹⁹ Como Labán había ido a esquilarse sus ovejas, Raquel robó los ídolos familiares que tenía su padre,

²⁰ y Jacob actuó a hurtadillas de Labán el arameo, no dándole ningún indicio de que se fugaba.

²¹ En efecto, se fugó con todo lo suyo; se levantó, pasó el Río y enderezó hacia la montaña de Galaad.

17 la tierra de Canaán. la reconciliación

El viaje de Jacob con todos sus rebaños avanzaba en forma lenta. Por caravanas que viajaban más rápido llegó antes a oídos de Isaac la noticia de que su hijo Jacob estaba en camino de regreso a Canaán. Esto también lo escuchó Esaú.

Aún no había desaparecido en él todo rastro de ira. Tampoco sabía si Jacob venía a mandar por encima de él. Cuando escuchó que Jacob ya no estaba lejos, reunió a todos sus sirvientes, amigos y parientes. Con un gran grupo de hombres armados con palos y algunas espadas, fue al encuentro de su hermano. Esaú dijo:

—Si quiere violencia, tendrá violencia. Si quiere paz, hablaremos los dos.

Al ver acercarse a tantos hombres con Esaú, Jacob se ubicó al frente de los suyos con diez de sus hijos y su mujer Lía. Raquel permaneció atrás con José, el menor de los varones. Aproximándose, Jacob se inclinó tres veces en signo de paz. En ese momento desapareció el último rastro de ira de Esaú. Se apresuró al encuentro de Jacob y lo abrazó. Esaú le preguntó:

—¿Quiénes son éstos que van contigo?
Jacob respondió:

—Son mis hijos y sus madres.

Jacob obsequió a su hermano a modo de reconciliación varios animales de cada especie. Esaú regresó de inmediato a Hebrón. Empero Jacob acampó aún varias veces en el camino.

En su camino de regreso quería pasar por el monte Moria, donde le había aparecido la luz de Dios y sus huestes celestiales. Allí, en Betel, quería realizar una ofrenda y agradecer por todos los dones que había recibido.

Una vez que llegó al pie del monte Moria, Jacob armó sus carpas, y subió a la montaña con sus once hijos. Raquel los acompañaba a lomo de un asno, ya que ella llevaba en su seno al más pequeño de los niños que aún no había nacido.

Ya arriba, los hijos ayudaron al padre a construir un altar. No tocaron la pila de piedras que Jacob había construido antes. Él les había hablado acerca de la escalera celestial que había visto en ese santo lugar.

Cuando la llama de la ofrenda ascendió al cielo, Jacob se arrodilló con sus hijos. A Raquel le habían preparado una piedra para que se sentara. Jacob pensó: “¡Que el décimo segundo hijo que ella lleva en su seno se críe bien!”

En ese instante, en medio de su oración, Jacob oyó la voz divina:

—Hasta hoy tu nombre fue Jacob. Como padre del pueblo te llamarás Israel. De tu linaje saldrán reyes y profetas. Tú y tu pueblo harán suya la tierra de Abraham e Isaac.

Luego de estas palabras la voz enmudeció. Jacob descendió del monte con Raquel y los once hijos. El viaje continuó por Efrat, esto es, Belén.

Antes de alcanzar el lugar, Raquel dio a luz el décimo segundo hijo. Su nombre fue Benjamín. Pero

el nacimiento del niño fue tan difícil que el alma de Raquel se retiró y ella murió.

Con gran aflicción Jacob le erigió un sepulcro en Belén y todos los hijos, según la fuerza de cada uno, alcanzaron piedras. Aún hoy se puede ver la tumba de Raquel cerca de Belén.

Casi al mismo tiempo murió Rebeca, la madre de Jacob, y así fue como ella no pudo volver a ver a su amado hijo en esta vida terrenal.

Cuando Jacob llegó a Hebrón a casa de su anciano padre Isaac, éste se alegró de poder abrazarlo nuevamente. Jacob tuvo que presentar sus doce hijos a su padre ciego. El palpó sus cabezas, acarició sus cabellos, sus figuras y sus manos. Pronunció el nombre de cada uno dándoles su bendición. Luego exclamó:

—¡Alabado sea Dios! Se me ha permitido bendecir a las doce tribus del pueblo de Israel.

17 la tierra de Canaán. la reconciliación génesis 32:4-33:20

⁴ Jacob envió mensajeros por delante hacia su hermano Esaú, al país de Seír, la estepa de Edom, ⁵ encargándoles: “Diréis a mi señor Esaú: Así dice tu siervo Jacob: Fui a pasar una temporada con Labán, y me he demorado hasta hoy. ⁶ Me hice con bueyes, asnos, ovejas, siervos y siervas; y ahora mando a avisar a mi señor, para hallar gracia a sus ojos.”

⁷ Los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: “Hemos ido donde tu hermano Esaú, y él mismo viene a tu encuentro con cuatrocientos hombres.”

⁸ Jacob se asustó mucho y se llenó de angustia; dividió a sus gentes, las ovejas, vacas y camellos, en dos campamentos, ⁹ y dijo: “Si llega Esaú a uno de los campamentos y lo ataca, se salvará el otro.”

¹⁰ Y dijo Jacob: “¡Oh Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, Yahveh, que me dijiste: ‘Vuelve a tu tierra y a tu patria, que yo seré bueno contigo,’ ¹¹ qué poco merecía yo todas las mercedes y toda la confianza que has dado a tu siervo! Pues con solo mi cayado pasé este Jordán y ahora he venido a formar dos campamentos. ¹² Líbrame de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo, no sea que venga y nos ataque, a la madre junto

con los hijos. ¹³ Que fuiste tú quien dijiste: “Yo seré bueno de veras contigo y haré tu descendencia como la arena del mar, que no se puede contar de tanta como hay.”

¹⁴ Y Jacob pasó allí aquella noche. Tomó de lo que tenía a mano un regalo para su hermano Esaú, ¹⁵ consistente en doscientas cabras y veinte machos cabríos, doscientas ovejas y veinte carneros, ¹⁶ treinta camellas criando, junto con sus crías, cuarenta vacas y diez toros, veinte asnas y diez garañones, ¹⁷ y repartiéndolo en manadas independientes, los confió a sus siervos y les dijo: “Pasad delante de mí, dejando espacio entre manada y manada.”

¹⁸ Y al primero le encargó: “Cuando te salga al paso mi hermano Esaú y te pregunte ‘de quién eres y adónde vas, y para quién es eso que va delante de ti,’ ¹⁹ dices: ‘De tu siervo Jacob; es un regalo enviado para mi señor Esaú. Precisamente, él mismo viene detrás de nosotros.’”

²⁰ El mismo encargo hizo también al segundo, como asimismo al tercero y a todos los que iban tras las manadas diciendo: “En estos términos hablaréis a Esaú cuando le encontréis, ²¹ añadiendo: ‘Precisamente, tu siervo Jacob viene detrás de nosotros.’” Pues se decía: “Voy a ganármelo con el regalo que me precede, tras de lo cual me entrevistaré con él; tal vez me haga buena cara.”

²² Así, pues, mandó el regalo por delante, y él pasó aquella noche en el campamento.

²³ Aquella noche se levantó, tomó a sus dos mujeres con sus dos siervas y a sus once hijos y cruzó el vado de Yabboq.

²⁴ Les tomó y les hizo pasar el río, e hizo pasar también todo lo que tenía.

²⁵ Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar el alba.

²⁶ Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral, y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél.

²⁷ Este le dijo: “Suéltame, que ha rayado el alba.” Jacob respondió: “No te suelto hasta que no me hayas bendecido.”

²⁸ Dijo el otro: “¿Cuál es tu nombre?” “Jacob.”

²⁹ “En adelante no te llamarás Jacob sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido.”

³⁰ Jacob le preguntó: “Dime por favor tu nombre.” — “¿Para qué preguntas por mi nombre?” Y le bendijo allí mismo.

³¹ Jacob llamó a aquel lugar Penuel, pues (se dijo): “He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva.”

³² El sol salió así que hubo pasado Penuel, pero él cojeaba del muslo.

³³ Por eso los israelitas no comen, hasta la fecha, el nervio ciático, que está sobre la articulación del muslo, por haber sido tocado Jacob en la articulación femoral, en el nervio ciático.

33 ¹ Jacob levantó los ojos y al ver que venía Esaú con cuatrocientos hombres, repartió a los niños entre Lía y Raquel y las dos siervas.

² Puso a las siervas y sus niños al frente; después a Lía y sus niños, y a Raquel y José en la zaga, ³ y él se les adelantó y se inclinó en tierra siete veces, hasta llegar donde su hermano.

⁴ Esaú, a su vez, corrió a su encuentro, le abrazó, se le echó al cuello, le besó y lloró.

⁵ Levantó luego los ojos, y al ver a las mujeres y a los niños, dijo: “¿Qué son de ti éstos?” — “Son los hijos que ha otorgado Dios a tu siervo.”

⁶ Entonces se acercaron las siervas con sus niños, y se inclinaron.

⁷ Acercóse también Lía con sus niños, y se inclinaron. Y por último se acercaron José y Raquel y se inclinaron.

⁸ Dijo Esaú: “¿Qué pretendes con toda esta caravana que acabo de encontrar?” — “Es para hallar gracias a los ojos de mi señor.”

⁹ Dijo Esaú: “Tengo bastante, hermano mío; sea para ti lo tuyo.”

¹⁰ Replicó Jacob: “De ninguna manera. Si he hallado gracias a tus ojos, toma mi regalo de mi mano, ya que he visto tu rostro como quien ve el rostro de Dios, y me has mostrado simpatía.

¹¹ Acepta, pues, el obsequio que te he traído; pues Dios me ha favorecido y tengo de todo.” E insistióle tanto que aceptó.

¹² Dijo Esaú: “Vámonos de aquí, y yo te daré escolta.”

¹³ El le dijo: “Mi señor sabe que los niños son tiernos, y que tengo conmigo ovejas y vacas criando; un día de ajeteo bastaría para que muriese todo el rebaño.

¹⁴ Adelántese, pues, mi señor a su siervo, que yo avanzaré despacito, al paso del ganado que llevo delante, y al paso de los niños, hasta que llegue donde mi señor, a Seír.”

¹⁵ Dijo Esaú: “Entonces voy a destacar contigo a parte de la gente que me acompaña.” — “¿Para qué tal? Con que halle yo gracia a los ojos de mi señor...”

¹⁶ Rehízo, pues, Esaú aquel mismo día su camino rumbo a Seír, ¹⁷ y Jacob partió para Sukkot donde edificó para sí una casa y para su ganado hizo cabañas. Por donde se llamó aquel lugar Sukkot.

¹⁸ Jacob llegó sin novedad a la ciudad de Siquem, que está en el territorio cananeo, viniendo de Paddán Aram, y acampó frente a la ciudad.

¹⁹ Compró a los hijos de Jamor, padre de Siquem, por cien años la parcela de campo donde había desplegado su tienda, ²⁰ erigió allí un altar, y lo llamó de 'El,' Dios de Israel.

José

18 José es vendido

De sus doce hijos Jacob amaba más a José, el penúltimo. A José le gustaba estar cerca de su padre, servirle la comida y andar por el campo con él cuando los demás hermanos permanecían con los rebaños. Jacob podía ver también, con su ojo de profeta, que en el alma de José había una gran luminosidad. Pensaba: “Este será algún día un gobernante.”

Cierta vez, mientras José andaba por el campo, oyó gritar a una oveja en forma tremenda. Se trataba de algunos de sus hermanos menores arrancándole la piel al animal vivo, para luego asar su carne. Y se reían con ello. Al ver llegar a José, mataron enseguida a la oveja y lo invitaron al asado. José les gritó a todos:

—¡Eh, vosotros, torturadores de animales! ¡Yo no como con vosotros de la carne del cordero martirizado!

Regresó a su casa y contó entre lágrimas a su padre lo que había vivenciado. El padre trató duramente a sus hijos y sentenció su fechoría:

—Cuidaos de volver a atormentar en esa forma vergonzosa a un animal.

A partir de entonces los hermanos odiaron a José.

Cuando José ya era un joven y su túnica le quedaba muy justa, el padre Jacob le mandó hacer,

con seda multicolor, una túnica nueva con mangas. Los hermanos tenían para el pastoreo vestidos sin mangas, de lana.

En esa época José era un joven de diecisiete años. El padre Jacob pensó para sí: “Él es el más cuidadoso y también el más hermoso entre los doce hermanos, por tanto también debe tener la túnica más bonita.”

Como José sólo realizaba tareas domésticas livianas y hacía de servidor y recadero de su padre, podía mantener su vestido bien limpio.

De tiempo en tiempo, José tenía sueños maravillosos que a menudo le contaba a su padre durante el desayuno, y éste se admiraba por las imágenes sabias y hermosas con las que soñaba José. Una vez le contó a sus hermanos, en el campo, un sueño que había tenido la noche anterior:

—Estábamos los doce juntos en el campo de cereales y juntábamos gavillas de color dorado. De pronto se elevó del suelo mi gavilla y se colocó derecha con sus espigas. Todas vuestras gavillas se enderezaron también, vinieron saltando y formaron un círculo alrededor de mi gavilla. Yo pensé que iba a haber una danza de gavillas; pero no: vuestras gavillas permanecieron paradas en ronda y se inclinaron ante la mía. Entonces desperté.

Los hermanos refunfuñaron sobre el sueño de José y dijeron:

—¿Acaso tú quieres ser nuestro rey y soberano y dominar por encima de nosotros?

Y le guardaron aún más rencor por ese sueño.

Otra vez Jacob reunió a los doce para preparar la cosecha de cereales. Una vez reunidos todos, José dijo:

—Hoy de noche tuve un extraño sueño: el sol, la luna y once estrellas se inclinaron ante mí.

Entonces su padre lo reprendió delante de los demás hermanos diciendo:

—¿Es que acaso yo, tu madre y tus hermanos, tenemos que venir a caer a tus pies?

José replicó:

—Padre, yo no he inventado el sueño; él me ha sobrevenido. ¿Qué autoridad tenemos nosotros sobre nuestros sueños?

Pero sus hermanos estaban aún más enfadados con él.

Benjamín, el menor, era aún un niño de apenas diez años. Él era el único hermano que amaba a José; éste jugaba a menudo con él y le contaba sueños e historias que, como flores, brotaban en su alma. Al igual que José, Benjamín permanecía casi siempre en la casa y no estaba con los hermanos y los rebaños en el campo.

Una vez Jacob le dijo a José:

—Desde hace muchos días tus hermanos están en pasturas lejanas. Se quedan de noche con los rebaños, pues siempre hay peligro de animales salvajes. Ya desde hace días no recibo noticias de cómo están ellos y los rebaños. ¡Ve hasta donde están y tráeme noticias de si allá afuera todo está en orden!

José tuvo que andar largas horas hasta ver por fin los rebaños desde lejos. Al verlo acercarse con su túnica multicolor, completamente solo, sus hermanos se dijeron:

—Mirad, allá viene el soñador. Nos quiere volver a espiar para contarle a nuestro padre. Ya es hora de que lo hagamos desaparecer. ¡Con él no tenemos más que disgustos!

Uno propuso matarlo y enterrarlo en la arena. Rubén, el mayor, no estaba de acuerdo:

—¡No derramen sangre!

Otro opinó:

—Podríamos tirarlo allá en el pozo seco. Ahí se moriría solo.

Rubén pensó para sí: “Puedo rescatar a José del pozo durante la noche, y salvar su vida.” La propuesta tuvo aceptación entre los otros.

Cuando llegó José ante sus hermanos vio caras ensombrecidas. Nadie respondió a su saludo. Se sintió inquieto y pidió amigablemente:

—El calor me ha dado sed; seguramente tienen algo de leche o agua en algún cuenco. ¿Pueden darme?

Uno respondió:

—¡Te daremos suficiente de beber!

Algunos saltaron, agarraron a José, y le arrancaron en jirones la túnica multicolor. Lo cargaron hacia el pozo seco y lo dejaron caer en el hueco. José estaba tan asustado que no podía proferir sonido alguno. Sólo cuando lo llevaron al pozo, exclamó:

—¡Hermanos, queridos hermanos, déjenme vivir!

El piso del pozo estaba aún algo húmedo y barroso, así que sus huesos no se quebraron. Pero le dolían los miembros. Hacia arriba podía ver tan sólo la mancha redonda del cielo azul.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad escuchó un suave ruido. Notó cómo de las paredes del pozo se acercaba una víbora reptando y moviendo la lengua. José permaneció inmóvil y en silencio. La víbora se calmó y regresó a su escondite, del cual había sido ahuyentada por el ruido de la caída de José.

Entretanto, allá arriba, los hermanos comenzaron a asar una cabrita. Rubén se había apartado de ellos, dirigiéndose a la montaña cercana. Quería mirar el rebaño. Tenía la intención de liberar secretamente a José en la noche.

el profanador de textos

Una vez que los hermanos hubieron comido y se disponían a descansar, uno exclamó:

—¡Mirad allá los camellos! ¡Una caravana! Va a pasar por aquí. Son mercaderes que viajan a Egipto. Judá dijo:

—¿De qué nos sirve matar a José? Podríamos vendérselo a los comerciantes; entonces su sangre no caerá sobre nosotros.

Los demás estuvieron de acuerdo con esta propuesta. Después de un rato la caravana se detuvo donde estaban los hermanos. Les dieron de beber leche de cabra. Judá dijo:

—Tendríamos un joven para vender.

Y el comerciante preguntó:

—¿Dónde está? No veo ningún joven.

Judá replicó:

—Lo hemos castigado. Está en el pozo.

Entonces los hermanos bajaron una soga. Judá gritó:

—¡Agárrala, José!

Tiraron, sacando de las profundidades, bajo el asombro del comerciante, un bonito joven desnudo. Y allí estaba delante de los mercaderes con la cabeza gacha. El jefe de la caravana se dio cuenta de que se trataba de un joven bello e inteligente rara vez visto, de noble estirpe. Dijo:

—Así como está, sin vestidos, les pago por el muchacho veinte monedas de plata.

Entonces se dio cuenta José que lo estaban negociando. Imploró a sus hermanos:

—¡Por favor, dejadme aquí en mi patria! ¡No me vendan al país extranjero!

Pero todo ruego fue en vano. Los hermanos no le prestaban atención.

No regatearon mucho con el comerciante y Judá tomó las veinte monedas de plata. Un camellero le

ató un trapo sucio a modo de taparrabos, le puso un palo en la mano y le increpó:

—¡Adelante muchacho, empuja a los camellos!

Cuando José volvió a mirar hacia atrás contó sólo nueve hermanos. ¿Dónde estaba Rubén? Se detuvo por un instante y miró a su alrededor. Entonces resonó un latigazo sobre su espalda desnuda. Una voz exclamó:

—¡Adelante, muchacho, no hay que andar papando moscas!

José apretó los dientes de dolor y condujo los camellos por el desierto hirviente bajo el sol.

No muy lejos del pozo los hermanos tenían una tienda donde pernoctaban. En la mitad de la noche, cuando todo estaba en calma, regresó Rubén de la montaña para sacar a José del pozo. Se había enrollado una soga alrededor de su cintura, que sacó al llegar al pozo. Se inclinó por el borde del hueco y gritó suavemente:

—¡José, me escuchas?

Como nadie respondía, gritó algo más alto:

—¡José, soy yo, Rubén. Quiero liberarte!

Ninguna respuesta. Rubén pensó: “Seguramente duerme. Tiraré piedras pequeñas y eso lo despertará.” A la pálida luz de la luna se llenó una mano con piedrecitas y las tiró al pozo. Nada se movió. Entonces hizo bajar la soga haciéndola girar en círculos:

—¡José, agarra la soga!

Todo permaneció en silencio.

—Ya no está allí abajo —susurró Rubén—
¿adónde lo habrán llevado? Quizás lo mataron.
¡Tengo que tener la certeza de ello!

Se dirigió a la tienda de los hermanos y golpeó a Simeón de costado. Este se despertó asustado. Rubén preguntó en voz alta:

—¿Dónde está José? ¿Lo mataste?

Todos los hermanos despertaron con el alboroto. Simeón lo apaciguó:

—No, no hemos tocado su vida. Lo hemos vendido a los comerciantes de una caravana que viajaba a Egipto. De esta manera nos deshicimos de él y su sangre no caerá sobre nosotros.

Pero Rubén desconfiaba:

—¡Mostradme el dinero!

Simeón le puso dos monedas de plata en su mano.

—Recibimos veinte, dos para cada uno de nosotros. Aquí tienes las tuyas.

Entonces Rubén salió de la tienda para mirar las monedas a la luz de la luna. Sí, era plata egipcia. El corazón de Rubén latía con fuerza. Anduvo lentamente adentrándose en la noche y de pronto se encontró de nuevo frente al pozo. Se sentó sobre el borde de piedra. Pensó: “¿Qué debo decirle a mi padre que tanto ama a José?” Tomó las monedas de plata y las arrojó al pozo. Rubén se hacía reproches: “¡Yo debía haber intercedido antes con valentía por José!”

Pero lo que había sucedido, había sucedido. Al amanecer regresó a la tienda de los hermanos. Entretanto habían jurado entre ellos por cuerpo y vida, que ninguno podía revelar nada de la venta de José. Uno propuso ensuciar los jirones de la túnica con la sangre de una cabrita. Eso iban a presentar a su padre para que creyera que un animal salvaje había destrozado a José.

Cuando Rubén regresó a la tienda de los hermanos, lo presionaron para que él también prometiera callar. Así pues, él tuvo que tomar parte del juramento de silencio.

Los hermanos echaron suertes para ver quién iba a ir ante el padre con la túnica ensangrentada.

La suerte recayó sobre Judá y Aser. Cuando éstos llegaron ante el padre, Aser llevaba la túnica y Judá empezó a hablar con voz entrecortada:

—Mira, padre, encontramos... este vestido... allá afuera... lejos en el campo... hecho jirones. Hay sangre en él. ¿No se trata del vestido de José?

Jacob tomó los jirones de paño en su mano y exclamó fuertemente:

—¡Ay de mí! ¡Es la túnica de José! Un animal salvaje lo ha destrozado. ¡Ay, ay, ay de mí! ¡La alegría de mis ojos, la felicidad de mi corazón, José, está muerto!

Se levantó llorando, rompió desesperado el vestido y no tenía consuelo.

Desde ese día Jacob llevaba luto. Pero los hermanos evitaban al padre; su mala conciencia los atormentaba. Nadie más le contaba a Benjamín hermosos cuentos y él estaba con gran pena por el amado hermano.

18 José es vendido génesis 37:1-35

37¹ Jacob, por su parte, se estableció en el que fue país residencial de su padre, el país de Canaán.

² Esta es la historia de Jacob. José tenía diecisiete años. Estaba de pastor de ovejas con sus hermanos — él, muchacho todavía, con los hijos de Bilhá y los de Zilpá, mujeres de su padre. Y José comunicó a su padre lo mal que se hablaba de ellos.

³ Israel amaba a José más que a todos los demás hijos, por ser para él el hijo de la ancianidad. Le había hecho una túnica de manga larga.

⁴ Vieron sus hermanos cómo le prefería su padre a todos sus otros hijos, y le aborrecieron hasta el punto de no poder ni siquiera saludarle.

⁵ José tuvo un sueño y lo manifestó a sus hermanos, quienes le odiaron más aún.

⁶ Les dijo: “Oíd el sueño que he tenido. ⁷ Me parecía que nosotros estábamos atando gavillas en el campo, y he aquí que mi gavilla se levantaba y se tenía derecha, mientras que vuestras gavillas le hacían rueda y se inclinaban hacia la mía.”

⁸ Sus hermanos le dijeron: “¿Será que vas a reinar sobre nosotros o que vas a tenernos domeñados?” Y acumularon todavía más odio contra él por causa de sus sueños y de su palabras.

⁹ Volvió a tener otro sueño, y se lo contó a sus hermanos. Díjoles: “He tenido otro sueño: Resulta que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante mí.”

¹⁰ Se lo contó a su padre y a sus hermanos, y su padre le reprendió y le dijo: “¿Qué sueño es ése que has tenido? ¿Es que yo, tu madre y tus hermanos vamos a venir a inclinarnos ante ti hasta el suelo?”

¹¹ Sus hermanos le tenían envidia, mientras que su padre reflexionaba.

¹² Fueron sus hermanos a apacentar las ovejas de su padre en Siquem, ¹³ y dijo Israel a José: “¿No están tus hermanos pastoreando en Siquem? Ve de mi parte a donde ellos.” Dijo: “Estoy listo.”

¹⁴ Díjole: “Anda, vete a ver si tus hermanos siguen sin novedad, y lo mismo el ganado, y tráeme noticias.” Le envió, pues, desde el valle de Hebrón, y José fue a Siquem. ¹⁵ Se encontró con él un hombre mientras estaba discurriendo por el campo. El hombre le preguntó: “¿Qué buscas?”

¹⁶ Díjole: “Estoy buscando a mis hermanos. Indícame, por favor, dónde están pastoreando.”

¹⁷ El hombre le dijo: “Partieron de aquí, pues yo les oí decir: ‘Vamos a Dotán.’” José fue detrás de sus hermanos y los encontró en Dotán.

¹⁸ Ellos le vieron de lejos, y antes que se les acercara, conspiraron contra él para matarle, ¹⁹ y se decían mutuamente: “Por ahí viene el soñador. ²⁰ Ahora, pues, venid, matémosle y echémosle en un pozo cualquiera, y diremos que algún animal feroz le devoró. Veremos entonces en qué paran sus sueños.”

²¹ Rubén lo oyó y le libró de sus manos. Dijo: “No atentemos contra su vida.”

²² Rubén les dijo: “No derramáis sangre. Echadle a ese pozo que hay en el páramo, pero no pongáis la mano sobre él.” Su intención era de salvarle de sus hermanos para devolverle a su padre.

²³ Y ocurrió, que cuando llegó José donde sus hermanos, éstos despojaron a José de su túnica — aquella túnica de manga larga que llevaba puesta—, ²⁴ y echándole mano le arrojaron al pozo. Aquel pozo estaba vacío, sin agua.

²⁵ Luego se sentaron a comer. Y levantando los ojos divisaron una caravana de ismaelitas que venían de Galaad, con camellos cargados de almáciga, sándara y ládano, que iban bajando hacia Egipto.

²⁶ Entonces dijo Judá a sus hermanos: “¿Qué aprovecha el que asesinemos a nuestro hermano y luego tapemos su sangre? ²⁷ Venid vamos a venderle a los ismaelitas, pero no pongamos la mano en él, porque es nuestro hermano, carne nuestra.” Y sus hermanos asintieron.

²⁸ Pasaron unos madianitas mercaderes, y descubriéndole subieron a José del pozo. Vendieron a José a los ismaelitas por veinte piezas de plata, y éstos se llevaron a José a Egipto.

²⁹ Vuelve Rubén al pozo, y he aquí que José nos estaba en el pozo. El desgarró sus ropas, ³⁰ y volviendo donde sus hermanos les dijo: “El niño no aparece, y yo ¿qué hago ahora?”

³¹ Entonces tomaron la túnica de José, y degollando un cabrito, tiñeron la túnica en sangre, ³² y enviaron la túnica de manga larga, haciéndola llegar hasta su padre con este recado: “Esto hemos encontrado: examina si se trata de la túnica de tu hijo, o no.”

³³ El la examinó y dijo: “¿Es la túnica de mi hijo! ¿Algún animal feroz le ha devorado! ¡José ha sido despedazado!”

³⁴ Jacob desgarró su vestido, se echó un sayal a la cintura e hizo duelo por su hijo durante muchos días.

³⁵ Todos sus hijos e hijas acudieron a consolarle, pero él rehusaba consolarse y decía: “Voy a bajar en duelo al seol donde mi hijo.” Y su padre le lloraba.

19 José en Egipto

Cuando los mercaderes llegaron a Egipto con José, fueron al mercado de la ciudad a ofrecer en sus mercancías: resinas y especias aromáticas. Dos de los mercaderes llevaron a José al mercado de esclavos para venderlo allí como sirviente.

Le hicieron lavarse la tierra del desierto en una fuente y le entregaron un taparrabos blanco limpio que debió atarse con bonitos nudos. Un peluquero cortó y peinó sus cabellos. Cuanto más aseado y guapo se veía un esclavo tanto más alto era el precio de venta.

Una vez que los mercaderes llegaron con él al mercado de esclavos se percataron de que José era el joven más hermoso que se ofrecía para la venta. Fijaron el precio en doscientas monedas de plata. Esa suma sólo la podía pagar un comprador muy rico.

Se acercaron muchos, ya que la hermosa figura de José y su rostro noble llamaban la atención de todos. Pero cuando oían el precio tan alto perdían el entusiasmo.

De pronto se acercó un hombre muy distinguido, acompañado por dos guardias. Portaba una especie de yelmo adornado con oro, y costosos vestidos. Era Putifar, el principal de los guardianes del faraón, como era llamado el rey en Egipto. Se paró cerca y

miró a los esclavos que estaban a la venta. Su mirada se detuvo en José.

“¿Quién será este joven tan inteligente y bello? Como sirviente sería un adorno hermoso para mi casa,” pensó Putifar. “¿Seguramente no nació esclavo!” Le preguntó a uno de los mercaderes:

—¿De dónde has sacado este muchacho?

El mercader estaba impresionado de que un hombre tan importante le dirigiera la palabra y respondió:

—Honorable señor, él proviene de Canaán. Es un hebreo. No lo desfigura ningún signo de esclavitud; es un primerizo y aún no ha tenido dueño alguno. Fue expulsado de una casa noble y vendido.

Putifar replicó reflexionando:

—¿De Canaán? Eso no es en Egipto. ¿Cuánto cuesta?

El mercader notó que el noble estaba interesado y atacó:

—¿Doscientas cincuenta monedas de plata, señor!

Putifar reflexionó y dijo:

—Te ofrezco doscientas, es lo que traigo conmigo. ¿Sí o no?

El comerciante sabía que un señor tan distinguido no regatea mucho.

—De acuerdo, señor, doscientas monedas de plata; el esclavo le pertenece.

Entonces el señor se acercó a José y le dijo:

—¿Cuánto hablas del idioma egipcio?

José inclinó su cabeza a modo de saludo y respondió:

—¡Hablar egipci no muuy ben, aprender mucho mucho!

La manera de chapucear del muchacho le causó gracia a Putifar. Tomó el dinero del cinturón y pagó el precio.

Sus dos soldados ubicaron a José entre ellos. Lo guiaron a través de la ciudad hasta una grandiosa casa de piedra. Allí fue conducido ante el mayordomo a quien inmediatamente le cayó bien y lo colocó como sirviente para la mesa. Durante el viaje había aprendido de los mercaderes a decir algunas palabras en egipcio. Ahora, día a día, adquiriría más seguridad al hablar, puesto que tenía ganas de aprender.

Putifar tenía una bella esposa, que era muy caprichosa. El joven y bonito esclavo le agradaba mucho. Cuando él le servía el vino ella acariciaba su mano. Un buen día le dijo al mayordomo:

—José debe ser mi sirviente personal. Por la mañana debe llevarme el desayuno. Cuando yo tenga visitas debe ofrecerles refrescos.

José fue envidiado por los demás sirvientes del palacio por gozar de las simpatías de la señora. Esta le obsequió un vestido de seda labrado con el cual se veía aún más guapo que antes. José se daba bien cuenta que era el favorito de la distinguida dama. A pesar de ello cumplía con su trabajo con cortesía y no se aprovechaba de sus favores.

Un día, la señora invitó algunas damas amigas a su casa. Antes le había pedido a su peluquero:

—Prepárame a José con todo cuidado; mis amigas deben ver que yo tengo como sirviente al esclavo más hermoso de la ciudad.

También le mandó hacer un nuevo vestido de seda bordado con hilos de oro. Una vez que las damas estuvieron reunidas y mientras que una esclava cantaba acompañada por un arpa, ella ordenó que se les alcanzaran en platos, naranjas con cuchillos de fruta. A una señal de campana debía entrar José y levantar los platos de cada una.

Al entrar con toda su belleza, las damas quedaron cautivadas, tanto que una que lo miraba boquiabierta, se cortó el dedo y dejó caer el plato.

Raudo, José buscó lino fino y con él envolvió el dedo herido, al tiempo que consolaba a la dama con delicadas palabras. Con gracia juntó los añicos en un canasto junto con las cáscaras de naranja y agradeció a cada dama con una sonrisa. Una vez que hubo salido nuevamente, las visitantes mostraron su exaltación por el fino sirviente.

La señora se sentía halagada. Con gusto todas le hubieran comprado a José por doscientas monedas de plata.

De noche, cuando José estaba poniendo orden en el salón de las visitas, se le acercó la señora y le dijo:

—Hoy lo has hecho muy bien, mi querido.

Lo abrazó y le dio un beso. Él salió corriendo del susto. Sin embargo ella se rió de él. Entonces José se dio cuenta de que la esposa de su dueño se había enamorado de él.

De noche él no pudo dormir. Por fin, le sobrevino un sueño. Se le apareció su padre Jacob vestido de luto y lloraba. José quiso secar sus lágrimas pero no consiguió levantar sus brazos. La mujer de Putifar se los sostenía por la espalda. Despertó y supo con certeza: “Debo cuidarme de la mujer de Putifar.” Ya se había percatado, varias veces, de que en ella se mezclaban verdad y mentira.

Cierta vez, su señor Putifar pasó por la habitación de José. Escuchó un murmullo. Putifar se detuvo, aguzó el oído, levantó la cortina y preguntó:

—¿Qué conversas tú, ahí, en el silencio contigo mismo? ¿Haces magia?

José replicó:

—Señor, rezo todos los días a Dios, tal como me lo enseñó mi padre en Canaán. Rezo también para seguir teniendo siempre la gracia de Putifar.

Cuando éste vio que José era devoto y leal en su corazón, le habló así:

—Ven conmigo adonde está el mayordomo. A partir de hoy puedes llevar llaves en tu cinturón.

Así fue entonces como, a pesar de su juventud, José fue segundo mayordomo, o sea, su suplente. Podía ordenar a otros esclavos el trabajo que debían llevar a cabo.

En la medida de lo posible, José se mantenía alejado de la señora. Empero, una vez lo hizo llamar a sus aposentos. Él se disponía en ese momento a salir, por lo que se había puesto la capa roja. Al entrar en sus aposentos pensó: “Seguramente he de hacerle algún encargo en la ciudad.”

Enseguida ella lo envolvió con sus brazos, lo estrechó hacia sí y quiso besarlo; José se liberó con un fuerte tirón y huyó. Su capa se desgarró y ella cayó hacia atrás, sobre su cama. La capa le quedó en las manos. La señora, presa de ira, gritó bien fuerte:

—¡Auxilio, auxilio! ¡El sirviente José quiso hacerme daño!

Se arañó el cuello con sus uñas hasta sangrar y exclamó:

—¡Me ha querido estrangular!

De inmediato irrumpieron las sirvientas. La señora mandó buscar a su marido mostrándole la capa desgarrada de José y el arañazo en el cuello. Derramaba falsas lágrimas. Putifar le creyó todo. Tuvo un ataque de cólera por el sirviente infiel y encomendó a dos guardias que lo buscaran en la ciudad y lo encerraran inmediatamente en la prisión real, a pan y agua.

José fue atrapado en el mercado. Los sirvientes le encadenaron las manos a la espalda y lo condujeron a prisión. Así fue como José llegó al calabozo, siendo inocente. Su vestido de seda fue cambiado por sucios harapos.

19 José en Egipto génesis 39:1-20

39¹ José fue bajado a Egipto, y le compró un egipcio, Putifar, eunuco de Faraón y jefe de los guardias; le compró a los ismaelitas que le habían bajado allá.

² Yahveh asistió a José, que llegó a ser un hombre afortunado, mientras estaba en casa de su señor egipcio.

³ Este echó de ver que Yahveh estaba con él y que Yahveh hacía prosperar todas sus empresas.

⁴ José ganó su favor y entró a su servicio, y su señor le puso al frente de su casa y todo cuanto tenía se lo confió.

⁵ Desde entonces le encargó de toda su casa y de todo lo que tenía, y Yahveh bendijo la casa del egipcio en atención a José, extendiéndose la bendición de Yahveh a todo cuanto tenía en casa y en el campo.

⁶ El mismo dejó todo lo suyo en manos de José y, con él, ya no se ocupó personalmente de nada más que del pan que comía. José era apuesto y de buena presencia.

⁷ Tiempo más tarde sucedió que la mujer de su señor se fijó en José y le dijo: “Acuéstate conmigo.”

⁸ Pero él rehusó y dijo a la mujer de su señor: “He aquí que mi señor no me controla nada de lo que hay en su casa, y todo cuanto tiene me lo ha confiado. ⁹ ¿No es él mayor que yo en esta casa? Y sin embargo, no me ha vedado absolutamente nada más que a ti misma, por cuanto eres su mujer. ¿Cómo entonces voy a hacer este mal tan grande, pecando contra Dios?”

¹⁰ Ella insistía en hablar a José día tras día, pero él no accedió a acostarse y estar con ella.

¹¹ Hasta que cierto día entró él en la casa para hacer su trabajo y coincidió que no había ninguno de casa allí dentro.

¹² Entonces ella le asió de la ropa diciéndole: “Acuéstate conmigo.” Pero él, dejándole su ropa en la mano, salió huyendo afuera.

¹³ Entonces ella, al ver que había dejado la ropa en su mano, huyó también afuera y gritó a los de su casa diciéndoles:

¹⁴ “¡Mirad! Nos ha traído un hebreo para que se burle de nosotros. Ha venido a mí para acostarse conmigo, pero yo he gritado, ¹⁵ y al oírme levantar la voz y gritar, ha dejado su vestido a mi lado y ha salido huyendo afuera.”

¹⁶ Ella depositó junto a sí el vestido de él, hasta que vino su señor a casa, ¹⁷ y le repitió esto mismo: “Ha entrado a mí ese siervo hebreo que tú nos trajiste, para abusar de mí; ¹⁸ pero yo he levantado la voz y he gritado, y entonces ha dejado él su ropa junto a mí y ha huido afuera.”

¹⁹ Al oír su señor las palabras que acababa de decirle su mujer: —“Esto ha hecho conmigo tu siervo”— se encolerizó.

²⁰ Y el señor de José le prendió y le puso en la cárcel, en el sitio donde estaban los detenidos del rey. Allí se quedó en presidio.

20 José en prisión

Durante la primera noche en prisión, José reflexionó sobre el día transcurrido. La desesperación sobreco-
gió su alma. En silencio oró a Dios: “Señor, tú me
has elevado, Señor, tú me has humillado. Sólo tú
conoces el camino de mi vida. ¡Yo confío en ti!”

El celador de la cárcel se dio cuenta al poco tiem-
po de que José no era ningún malhechor. Le delegó
la tarea de llevar diariamente el pan y el agua a los
demás detenidos. Se sentía contento de que otro
realizara este trabajo por él.

Un día, los soldados trajeron dos detenidos
excepcionales. Uno llevaba vestidos de panadero y
tenía harina en los cabellos. Otro llevaba vestidos
distinguidos, como un sirviente real. Ambos estaban
infelices. José entabló conversación con ellos. El
panadero contó:

—Yo era panadero real en el palacio del faraón.
De casualidad quedó una pequeña piedra en la masa
del pan. El faraón mordió justo el trozo de pan con
la piedrecita. Se puso furioso y ordenó se me arrojara
a la prisión.

El otro contó:

—Yo era escanciador del faraón, siempre servía el
vino en la mesa durante la comida. Cuando estaba
llenando la copa del faraón, voló justo una mosca a

la jarra y cayó con el vino en la copa del supremo.
También ordenó que se me arrojara a la prisión. ¡No
fue mi culpa; yo no pedí a la mosca que volara en
ese instante a la jarra!

A la mañana siguiente cuando José les llevó a
ambos pan y agua, estaban malhumorados, sentados
en un rincón. José preguntó:

—¿Qué es esto de mirar tan desalentados el mun-
do? Para vosotros hay esperanza de que el faraón
vuelva a ser condescendiente con vosotros.

Entonces el escanciador replicó:

—Estoy reflexionando sobre un extraño sueño
que me sobrevino anoche. Sus imágenes vuelven
en forma clara una y otra vez ante mí. ¡Si tan sólo
alguien pudiera interpretármelo!

José respondió:

—La interpretación de los sueños está en Dios;
pero cuéntame de una vez, ¿qué has soñado?

El escanciador comenzó:

—Delante de mí vi una vid, de ella salieron tres
retoños verdes. No bien habían crecido, florecieron y
las flores se convirtieron delante de mis ojos en uvas.
Con una mano yo sostenía la copa del faraón, y con
la otra tomaba una uva y la apretaba. La copa se
llenaba con jugo y yo se la alcanzaba al faraón.

José se dirigió al narrador:

—Creo que yo puedo interpretarte ese sueño: los
tres retoños son tres días. En tres días el faraón en-
viará por ti. Podrás alcanzarle nuevamente las copas.
Serás su escanciador como antes.

El semblante del escanciador se regocijó al escu-
char tan buena interpretación. Pero José continuó:

—Escanciador, te ruego pienses en mí si te va
bien y muéstrame tu afecto, diciendo al faraón
algunas palabras en mi favor. Ayúdame a salir de este
calabozo, ya que he llegado aquí siendo inocente.

José contó al escanciador lo acontecido en la casa
de Putifar.

El panadero había escuchado atentamente cuán
favorablemente había interpretado José el sueño al
escanciador y le habló:

—Quisiera relatarte también el sueño que tuve
anoche: Yo llevaba tres canastos llenos de pan sobre
mi cabeza. En el canasto de más arriba había pasteles
finos para el faraón. Entonces vinieron pájaros vo-
lando y se comieron lo horneado de los tres canas-
tos. Dime, ¿qué puede significar eso?

José permaneció callado un rato. Se resistía a
explicar al panadero las imágenes. Por fin habló:

—Maestro panadero, ¡es mejor que no te inter-
prete el sueño!

Pero éste no lo dejó tranquilo y dijo:

—Sea lo que fuere, aunque se trate de un men-
saje malo, ¡dímelo, por favor! Ya vi que tú puedes
interpretar también mi sueño.

José comenzó suavemente:

—Los tres canastos son tres días. En tres días
por orden del faraón tu cabeza será elevada y serás
colgado de un poste. Los pájaros del cielo vendrán y
picotearán de tu carne.

El pobre panadero se hundió en la tristeza; pero
en el corazón del escanciador brillaba la llamita de la
esperanza.

Tres días más tarde el faraón cumplía años.
Ofreció una buena comida a todos sus servidores
y mandó sacar al escanciador de la prisión, quien
había realizado su trabajo siempre muy fielmente.
Lo puso de nuevo a su servicio. Empero, con el
panadero permanecía aún enojado. Mandó buscarlo
y lo hizo colgar, pues había amasado el pan en forma
descuidada.

20 José en prisión

génesis 39:21-40:23

²¹ Pero Yahveh asistió a José y le cubrió con su misericordia, haciendo que se ganase el favor del alcaide.

²² El alcaide confió a José todos los detenidos que había en la cárcel; todo lo que se hacía allí, lo hacía él.

²³ El alcaide no controlaba absolutamente nada de cuanto administraba José, ya que Yahveh le asistía y hacía prosperar todas sus empresas.

40¹ Después de estas cosas sucedió que el escanciador y el panadero del rey de Egipto ofendieron a su señor, el rey de Egipto.

² Faraón se enojó contra sus dos eunucos, contra el jefe de los escanciadores y el jefe de los panaderos, ³ y les puso bajo la custodia en casa del jefe de los guardias, en prisión, en el lugar donde estaba detenido José.

⁴ El jefe de los guardias encargó de ellos a José, para que les sirviese. Así pasaban los días en presidio.

⁵ Aconteció que ambos soñaron sendos sueños en una misma noche, cada cual con su sentido propio: el escanciador y el panadero del rey de Egipto que estaban detenidos en la prisión.

⁶ José vino a ellos por la mañana, y los encontró preocupados.

⁷ Preguntó, pues, a los eunucos de Faraón, que estaban con él en presidio en casa de su señor: “¿Por qué tenéis hoy mala cara?”

⁸ “Hemos soñado un sueño —le dijeron— y no hay quien lo interprete.” José les dijo: “¿No son de Dios los sentidos ocultos? Vamos, contádmelo a mí.”

⁹ El jefe de los escanciadores contó su sueño a José y le dijo: “Voy con mi sueño. Resulta que yo tenía delante una cepa, ¹⁰ y en la cepa tres sarmientos, que nada más echar yemas, florecían enseguida y maduraban las uvas en sus racimos. ¹¹ Yo tenía en la mano la copa de Faraón, y tomando aquellas uvas, las exprimía en la copa de Faraón, y ponía la copa en la mano de Faraón.”

¹² José dijo: “Esta es la interpretación: los tres sarmientos, son tres días. ¹³ Dentro de tres días levantará Faraón tu cabeza: te devolverá a tu cargo, y pondrás la copa de Faraón en su mano, lo mismo que antes, cuando eras su escanciador. ¹⁴ A ver si te acuerdas de mí cuando te vaya bien, y me haces el favor de hablar de mí a Faraón para que me saque de esta casa. ¹⁵ Pues fui raptado del país de los hebreos, y por lo demás, tampoco aquí hice nada para que me metieran en el pozo.”

¹⁶ Vio el jefe panaderos que era buena la interpretación y dijo a José: “Voy con mi sueño: Había tres cestas de pan candeal sobre mi cabeza. ¹⁷ En la cesta de arriba había de todo lo que come Faraón de panadería, pero los pájaros se lo comían de la cesta, de encima de mi cabeza.”

¹⁸ Respondió José: “Esta es su interpretación. Las tres cestas, son tres días. ¹⁹ A vuelta de tres días levantará Faraón tu cabeza y te colgará en un madero, y las aves se comerán la carne que te cubre.”

²⁰ Al tercer día, que era el natalicio de Faraón, dio éste un banquete para todos sus servidores, y levantó la cabeza del jefe de escanciadores y la del jefe de panaderos en presencia de sus siervos.

²¹ Al jefe de escanciadores le restituyó en su oficio, y volvió a poner la copa en manos de Faraón.

²² En cuanto al jefe de panaderos, le colgó: tal y como les había interpretado José.

²³ Pero el jefe de escanciadores no se acordó de José, sino que le echó en olvido.

21 los sueños del Faraón

Mes tras mes José sufría el cautiverio. No volvió a oír nada más del escanciador, quien con su nueva suerte lo había olvidado. Cada día José llevaba agua y pan a los otros prisioneros. De ellos aprendió diversas lenguas y se fue acostumbrando más y más a su suerte. Así pasó un año.

Una noche el faraón tuvo dos extraños sueños. Al despertar a la mañana siguiente su espíritu se hallaba intranquilo. Envió a llamar a sus adivinos para que le interpretaran ambos sueños. Los sabios se reunieron a una hora determinada y el faraón les narró el primer sueño:

—Yo estaba de pie a orillas del Nilo y vi siete vacas hermosas y gordas que salían del Nilo y pastaban en una pradera a la orilla del río. Detrás de ellas salían de la corriente siete vacas feas y flacas. Estas se acercaban a la pradera y se deglutían a las siete vacas hermosas y gordas. Yo sé que el sueño es importante. ¡Interpretenlo!

Los adivinos intentaban interpretarlo pero no se les ocurría nada, así que el faraón les contó el segundo sueño:

—Vi siete espigas ricas en buenos granos. Crecían todas del mismo tallo. Luego vi otro tallo del cual crecían siete espigas delgadas y quemadas; éstas se

devoraban a las espigas bonitas y todo se deshacía en polvo.

Otra vez murmuraron los sabios, fruncían el ceño, les caían gotas de sudor, pero no tenían ninguna interpretación. Desalentado el gobernante los hizo retirarse.

El escanciador oyó del asunto y de pronto recordó al interpretador de sueños de la prisión. ¿Estaría allí aún? Le contó al faraón cómo un joven hebreo le había interpretado a él y al panadero sus sueños en prisión, y cómo todo se había dado exactamente igual a como el joven lo había dicho. Entonces el faraón dio la orden de sacar al joven interpretador de sueños de su calabozo y llevarlo ante él.

Dos guardianes de palacio se encaminaron a la prisión; el escanciador fue con ellos. Encontró enseguida a José entre los muchos prisioneros. No bien José vio al escanciador lo miró como preguntándole. Pensó: “¿Querrá llevarme nuevamente ante Putifar?” El escanciador fue amigable, lo abrazó y le dijo:

—Mira, ahora me he acordado de ti.

El escanciador le mostró al celador de la prisión una hoja de papiro con el sello del faraón, por la cual éste entregó enseguida a José. José estaba temeroso de ser llevado nuevamente ante Putifar. Preguntó:

—Escanciador, ¿adónde me conduces?

Este replicó:

—Debes interpretarles dos sueños al faraón. Sus sabios no lo pudieron hacer. Tú nos has interpretado los sueños al panadero y a mí y todo se ha cumplido. Se lo he contado al faraón.

José preguntó:

—Pero ¿qué es lo que ha soñado? —y el escanciador respondió:

—Eso sólo lo saben él y sus sabios. Los sueños del faraón son un secreto. Él te los contará.

Entonces José no supo si debía alegrarse o si se le aproximaban nuevas desgracias.

En el edificio de los sirvientes del palacio José fue lavado, afeitado, frotado con aceites aromáticos y vestido con una fina indumentaria. Él no supo cómo sucedió todo, de tan rápida que fue su transformación. El escanciador lo condujo a los aposentos reales interiores. En el camino lo instruyó de cómo debía comportarse como sirviente ante el faraón.

Entraron en la pequeña sala del trono. Su Alteza estaba sentado en una silla de oro, rodeado de sus consejeros. José se tiró al suelo y tocó la tierra tres veces con su frente. Después se levantó y miró al faraón directamente a los ojos. Éste paseó su mirada sobre el joven examinándolo y le agradó.

—¡Acércate! —dijo—. He oído decir de ti que puedes interpretar sueños. ¿Es cierto?

José respondió:

—Alteza, soy capaz de hacerlo cuando el espíritu de Dios se enciende en mí.

—Entonces, ¡escucha mi sueño!

El faraón le contó de las siete vacas gordas y de las siete feas y flacas.

—Después tuve otra vez un sueño: Crecían siete espigas en un tallo llenas y hermosas. A continuación brotaban siete espigas delgadas, achicharradas por el viento del este. Las espigas delgadas se devoraban a las siete hermosas. Esto se lo he contado a mis adivinos pero ninguno me lo pudo aclarar. ¿Qué dices tú, hebreo?

José cerró sus ojos. Guardó silencio por un tiempo y escuchó en su interior. El faraón y sus sabios aguardaron con tensa atención en absoluto silencio. De pronto José abrió los ojos y comenzó a hablar:

—¡Elevado Señor! Ambos sueños significan lo mismo. Dios quería darle al faraón una señal de lo

que habrá de suceder en el futuro. Las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas significan que los próximos siete años serán bendecidos con gran abundancia. Luego vendrán siete años de hambre. Todo pasto secará. Mucho ganado morirá. El grano sembrado será quemado por el calor y la sequía. No se podrá hornear más pan. El hecho de que el elevado faraón haya tenido dos sueños iguales indica que Dios ya tomó una decisión inamovible. Entonces guíe el faraón sabiamente el destino de los próximos siete buenos años. Debe colocar capataces que se ocupen de las cosechas construyendo graneros en gran número. Sólo así podrá salvar a su pueblo a lo largo de los siete años de hambre.

José hizo silencio, cruzó sus brazos sobre el pecho y se inclinó.

Su interpretación del sueño tuvo un increíble efecto. El faraón estaba como atravesado por el rayo de la verdad. No dudó ni un instante; el hebreo había dicho la verdad. Los consejeros cabeceaban asintiendo y se elevó un murmullo de excitación.

Cuando el faraón se hubo recuperado de la sorpresa se levantó. Todos enmudecieron. Se dirigió a José:

—Hebreo, la voz de Dios ha hablado a través de ti. Como tú recibes la alta gracia de Dios y eres tan sabio, también recibirás mi mayor consideración. Te encargo mi reinado. Reinarás conmigo como la voz de la sabiduría sobre el pueblo. Solamente quiero estar más alto que tú en el trono. Durante los próximos siete años tienes que ocuparte de almacenar la abundancia de granos. A tu servicio estarán tantos constructores como necesites. Todos te obedecerán. Nadie en Egipto estará sobre ti salvo yo, el faraón.

Luego de estas palabras se quitó del dedo un anillo de oro con el sello, se lo colocó a José en la mano y dijo:

—Con este anillo regio te doy un nombre egipcio. De ahora en más se te llamará Safnat Panéai, ‘el que trae el pan.’

Luego hizo colocar alrededor de su cuello una cadena de oro con todos los signos de la dignidad. José no sabía lo que le estaba sucediendo. ¿Estaba soñando o estaba despierto? Se arrodilló ante el faraón, encandilado por sus palabras y por sus favores. Su alteza le hizo señal de que se le acercara y lo invitó a tomar asiento en un sillón a su lado.

A una señal los sirvientes trajeron una portentosa capa y se la pusieron a José sobre los hombros. Luego recibió una vivienda en el palacio, con sirvientes, carrozas y caballos. El faraón dispuso un día para mostrarse en su carroza real por la ciudad. A su lado estaba sentado José-Panéai. Resonaban instrumentos de música. Los heraldos anunciaban:

—Aquí viene el faraón y su virrey Safnat Panéai, el que trae el pan. ¡Hacedles honores!

El pueblo se inclinaba y saludaba con júbilo, cada uno a su manera; pues el faraón había permitido que se contara por doquier el milagro de la interpretación de los sueños.

En medio de la multitud festejante José vio una figura que lo miraba fijamente. Era la mujer de Putifar. Por un instante le atravesó el pensamiento: “¡Ahora puedes castigarla por sus mentiras!” Pero después este pensamiento dejó lugar a otro: “Fue también su amor lo que me condujo a la prisión; de otro modo no me hubiera encontrado jamás con el escanciador y con el faraón. También ella ha determinado mi camino. ¡Yo la perdono!”

Muy pronto José tuvo que atravesar todo el país, con su propia carroza y sus sirvientes, para conocerlo y para anotar los resultados de las ricas cosechas. Adonde llegaba ordenaba construir graneros. Allí

adentro se almacenaba el excedente del cereal. Como había sido anunciado, la cosecha de ese primer año fue tan abundante y rica que los constructores casi no conseguían hacer graneros para tanta cantidad de cereal. Y almacenaron mucho en cuevas secas. Y así fue año tras año.

El faraón le dio a José por esposa a la hija noble de un sacerdote. Ella le dio dos hijos, Manasés y Efraím. Así vivió Panéai con gran trabajo y actividad incesante, rodeado de brillo y magnificencia. Pero no le sobrevivieron orgullo ni arrogancia alguna. Él había experimentado en sí mismo, en profundidad, la maldad en el mundo.

21 **los sueños del Faraón**

génesis 41:1-52

41 ¹Al cabo de dos años. Faraón soñó que se encontraba parado a la vera del río.

²De pronto suben del río siete vacas hermosas y lustrosas que se pusieron a pacer en el carrizal.

³Pero he aquí que detrás de aquéllas subían del río otras siete vacas, de mal aspecto y macilentas, las cuales se pararon cabe las otras vacas en la margen del río, ⁴y las vacas de mal aspecto y macilentas se comieron a las siete vacas hermosas y lustrosas. Entonces Faraón se despertó.

⁵Y vuelto a dormirse soñó otra vez que siete espigas crecían en una misma caña, lozanas y buenas.

⁶Pero he aquí que otras siete espigas flacas y asolanadas brotaron después de aquéllas ⁷y las espigas flacas consumieron a las siete lozanas y llenas. Despertó Faraón, y he aquí que era un sueño.

⁸Aquella mañana estaba inquieto su espíritu y envió a llamar a todos los magos y a todos los sabios de Egipto. Faraón les contó su sueño, pero no hubo quien se lo interpretara a Faraón.

⁹Entonces el jefe de escanciadores habló a Faraón diciéndole: “Hoy me acuerdo de mi yerro. ¹⁰Faraón se había enojado contra sus siervos y me había pues-

to bajo custodia en casa del jefe de los guardias a mí y al jefe de panaderos. ¹¹Entonces tuvimos sendos sueños en una misma noche, tanto yo como él, cada uno con su sentido propio. ¹²Había allí con nosotros un muchacho hebreo, siervo del jefe de los guardias. Le contamos nuestro sueño, y él nos dio el sentido propio de cada cual. ¹³Y resultó que según nos lo había interpretado, así fue: A mí me restituyó Faraón en mi puesto, y a él le colgó.”

¹⁴Faraón mandó llamar a José y le sacaron del pozo con premura, se afeitó y mudó de vestido y compareció ante Faraón.

¹⁵Dijo Faraón a José: “He tenido un sueño y no hay quien lo interprete, pero he oído decir de ti que te basta oír un sueño para interpretarlo.”

¹⁶Respondió José a Faraón: “No hablemos de mí, que Dios responda en buena hora a Faraón.”

¹⁷Y refirió Faraón a José su sueño: “Resulta que estaba yo parado a la orilla del río, ¹⁸cuando de pronto suben del río siete vacas lustrosas y de hermoso aspecto, las cuales pacían en el carrizal. ¹⁹Pero he aquí que otras siete vacas subían detrás de aquéllas, de muy ruin y mala catadura y macilentas, que jamás vi como aquéllas en toda la tierra de Egipto, de tan malas. ²⁰Y las siete vacas macilentas y malas se comieron a las siete vacas primeras, las lustrosas. ²¹Pero una vez que las tuvieron dentro, ni se conocía que las tuviesen, pues su aspecto seguía tan malo como al principio. Entonces me desperté, ²²y volví a ver en sueños cómo siete espigas crecían en una misma caña, hinchidas y buenas. ²³Pero he aquí que otras siete espigas secas, flacas y asolanadas, brotaban después de aquéllas ²⁴y consumieron las espigas flacas a las siete espigas hermosas. Se lo he dicho a los magos, pero no hay quien me lo explique.”

²⁵José dijo a Faraón: “El sueño de Faraón es uno solo: Dios anuncia a Faraón lo que va a hacer.

²⁶Las siete vacas buenas son siete años de abundancia y las siete espigas buenas, siete años son: porque el sueño es uno solo. ²⁷Y las siete vacas macilentas y malas que subían después de aquéllas, son siete años; e igualmente las siete espigas flacas y asolanadas, es que habrá siete años de hambre.

²⁸Esto es lo que yo he dicho a Faraón. Lo que Dios va a hacer lo ha mostrado a Faraón. ²⁹He aquí que vienen siete años de gran hartura en todo Egipto.

³⁰Pero después sobrevendrán otros siete años de hambre y se olvidará toda la hartura en Egipto, pues el hambre asolará el país, ³¹y no se conocerá hartura en el país, de tanta hambre como habrá.

³²Y el que se haya repetido el sueño de Faraón dos veces, es porque la cosa es firme de parte de Dios, y Dios se apresura a realizarla. ³³Ahora, pues, fíjese Faraón en algún hombre inteligente y sabio, y póngalo al frente de Egipto. ³⁴Hágalo así Faraón: ponga encargados al frente del país y exija el quinto a Egipto durante los siete años de abundancia.

³⁵Ellos recogerán todo el comestible de esos años buenos que vienen, almacenarán el grano a disposición de Faraón en las ciudades, y lo guardarán.

³⁶De esta forma quedarán registradas las reservas de alimento del país para los siete años de hambre que habrá en Egipto, y así no perecerá el país de hambre.”

³⁷Pareció bien el discurso a Faraón y a todos sus servidores, ³⁸y dijo Faraón a sus servidores: “¿Acaso se encontrará otro como éste que tenga el espíritu de Dios?”

³⁹Y dijo Faraón a José: “Después de haberte dado a conocer Dios todo esto, no hay entendido ni sabio como tú. ⁴⁰Tú estarás al frente de mi casa, y de tu

boca dependerá todo mi pueblo. Tan sólo el trono dejaré por encima de ti.”

⁴¹ Dijo Faraón a José: “Mira: te he puesto al frente de todo el país de Egipto.”

⁴² Y Faraón se quitó el anillo de la mano y lo puso en la mano de José, le hizo vestir ropas de lino fino y le puso el collar de oro al cuello, ⁴³ luego le hizo montar en su segunda carroza, e iban gritando delante de él: “¡Abrek!” Así le puso al frente de todo el país de Egipto.

⁴⁴ Dijo Faraón a José: “Yo, Faraón: sin tu licencia no levantará nadie mano ni pie en todo Egipto.”

⁴⁵ Faraón llamó a José Safnat Panéai y le dio por mujer a Asnat, hija de Poti Fera, sacerdote de On. Y salió José con autoridad sobre el país de Egipto.

⁴⁶ Tenía José treinta años cuando compareció ante Faraón, rey de Egipto, y salió José de delante de Faraón, y recorrió todo Egipto.

⁴⁷ La tierra produjo con profusión durante los siete años de abundancia ⁴⁸ y él hizo acopio de todos los víveres de los siete años en que hubo hartura en Egipto poniendo en cada ciudad los víveres de la campiña circundante.

⁴⁹ José recolectó grano como la arena del mar, una enormidad, hasta tener que desistir de contar porque era innumerable.

⁵⁰ Antes que sobreviniesen los años de hambre, le nacieron a José dos hijos que le dio Asnat, la hija de Poti Fera, sacerdote de On.

⁵¹ Llamó José al primogénito Manasés, porque —decía— “Dios me ha hecho olvidar todo mi trabajo y la casa de mi padre,” ⁵² y al segundo le llamó Efraím, porque —decía— “me ha hecho fructificar Dios en el país de mi aflicción.”

22 los años de carestía

Cuando hubieron pasado los siete años de abundancia, comenzaron los tiempos malos tal como José lo había anunciado. La sequía hacía morir los verdes campos. No sólo no había cosechas en Egipto sino tampoco en los países aledaños. Hasta en Canaán, donde vivían el padre y los hermanos de José, había gran necesidad.

Muchas personas de los países cercanos se dirigían a Egipto para comprar cereal en los graneros de Panéaj. Cada año de mala cosecha crecía su fama en el pueblo egipcio. Se decía:

—Todos nosotros le debemos la vida a Panéaj, el que trae el pan. Sin sus graneros nos moriríamos de hambre.

En el país de Canaán ya no quedaba ni un resto de granos. Ocasionalmente pasaba por allí una caravana en su camino de regreso de Egipto; vendían por mucho dinero pequeñas cantidades del cereal que llevaban. Jacob, dijo a sus hijos:

—El hambre ha llegado también a nuestro pueblo. Ya tuvimos que sacrificar la mitad de nuestros rebaños. En Egipto, según hemos oído, se puede comprar cereal. Tomen algunos camellos y diríjense hacia allí. ¡Tratad de comprar cereal para nosotros!

Entonces diez de los hermanos se pusieron en camino, pues el padre quería que Benjamín permaneciese junto a él.

Cuando los hermanos llegaron a Egipto después de un viaje de largas semanas fueron conducidos a los graneros de la ciudad. Ese día Panéaj supervisaba personalmente la venta del cereal. De pronto, vio diez hombres con sus camellos, que pedían cereal. A pesar de haber pasado doce años reconoció de inmediato a sus hermanos. En cambio, ellos no podían reconocer de ningún modo a José-Panéaj en su atuendo egipcio, con su estilo de barba y cabello, y sus adornos.

Como José quería probar a sus hermanos no habló en su idioma sino que solicitó un traductor para hablar con ellos. Fue hacia ellos y les habló duramente:

—¿De dónde venís, extranjeros?

Ellos se asustaron y miraron confundidos al egipcio principesco que estaba rodeado de sirvientes. Rubén, el mayor, se inclinó y respondió:

—Venimos del país de Canaán, oh alteza, y pedimos se nos permita comprar cereal.

Panéaj respondió duramente:

—¿Acaso sois espías que venís a ver los puntos desguarnecidos del país y sus existencias de cereal?

Rubén respondió consternado:

—Señor, no es así. Nosotros somos todos hijos del mismo padre, doce en total, y personas honestas.

Panéaj no aflojó y continuó:

—¿Vive aún vuestro padre? ¿Dónde están los otros dos hermanos?

Rubén respondió:

—El menor permaneció con nuestro padre y el otro... no está más.

Panéaj replicó:

el profanador de textos

—Así como es cierto que el faraón vive, también es cierto que no os iréis de aquí hasta que uno de vosotros no haya traído hasta aquí al hermano menor. Mientras tanto, los demás permanecerán encerrados. Así podremos comprobar si vuestras palabras son ciertas.

Panéaj los hizo encarcelar y entregó los camellos a un sirviente para su cuidado. Los diez hermanos estaban muy confundidos. Pero Rubén les dijo a los otros:

—Nuestro crimen contra José es vengado ahora. Vosotros lo vendisteis a Egipto, ahora Egipto nos responde y nos llevará a la miseria.

Permanecieron tres días y tres noches casi sin dormir con miedo y contrición. Al tercer día apareció ante ellos Panéaj y les habló:

—He determinado otra cosa. Uno de vosotros permanecerá aquí encarcelado. Los demás viajarán de regreso con el cereal. Entonces regresaréis todos trayendo al menor. Consultad entre vosotros a quién dejaréis aquí.

Panéaj aguardó en la puerta. A través de la cortina podía comprender los susurros en su lengua hebrea. Rubén habló:

—¿No os había dicho que no pecaseis contra José? ¡Ahora su sangre cae sobre nosotros!

Y Simeón recordó:

—Cómo nos suplicó que no lo vendiéramos a Egipto. Nuestros oídos estaban sordos. Ahora nos castiga la justicia de Dios. ¡Yo permaneceré aquí en Egipto hasta que vosotros regreséis con Benjamín!

Panéaj hizo atar a Simeón delante de sus hermanos; luego liberó a los otros nueve. Había dado la orden de llenar los costales de los hebreos con cereal y volver a colocar el dinero encima de ellos. Asimismo había ordenado darle a los israelitas buenas provisio-

nes para el camino. Luego fueron liberados con sus camellos.

Cuando hubieron estado unos días en camino y quisieron darle algo de grano a un posadero, como pago por pasar la noche, uno de ellos abrió un costal y encima encontró el dinero de la compra. Los hermanos se asustaron sobremanera al descubrir esto y perdieron el valor; pues cada uno tenía el dinero encima del costal de cereal. Algo tenía que tener el egipcio en mente contra ellos. ¿Acaso quería a los once por esclavos?

Preocupados, continuaron su viaje. Una vez que llegaron a Canaán, donde vivía su padre Jacob, le contaron el transcurso de todo el viaje y que tuvieron que dejar allí a Simeón. El padre se lamentó:

—¡He perdido a José! Simeón no está, y ahora ¿tendré que entregaros a todos vosotros y también a Benjamín? Rubén dijo:

—¡Si no te traemos a Benjamín de regreso puedes matar a mis dos hijos!

Judá juró:

—Padre, ¡yo respondo por Benjamín!

Pero el padre, Jacob, no podía decidirse a dejar ir a sus hijos nuevamente a Egipto. Después de algún tiempo el cereal egipcio se había agotado y el hambre seguía acosando al país. Así que Jacob, con dolor, dejó ir a sus hijos con Benjamín.

Llevaron el doble del dinero por si acaso se les quisiera reclamar lo devuelto. Cuanto más se acercaban a Egipto, tanto más inquietante era y más contrariados estaban los hermanos. El anuncio de su llegada a la ciudad le llegó de inmediato a Panéaj:

—Los hebreos han regresado.

Él ordenó conducir a los hombres de Canaán a su casa. Los hermanos temían que fuera por el dinero. Uno dijo:

—¡Van a arremeter contra nosotros y nos harán esclavos a todos!

También Simeón había sido conducido a la casa. Cuando Panéaj apareció ante ellos, se tiraron los once al suelo inclinándose ante él. Amablemente los hizo ponerse en pie.

Cuando vio el rostro de su amado hermano Benjamín, que no era culpable, le asomaron las lágrimas a sus ojos. Su alma estaba tan profundamente conmovida que desapareció rápidamente en una cámara contigua y lloró.

Luego de haber lavado su rostro regresó y ordenó a los sirvientes de palacio que trajeran comida para todos los invitados que estaban en la sala. Por primera vez estaban reunidos los doce hermanos nuevamente para una comida, y los once aún no sabían quién era su anfitrión.

José quería probar nuevamente a sus hermanos. Le ordenó a los que entregaban el grano:

—Llenad los costales de los hebreos con cereales. Colocad el dinero de nuevo en sus costales. Encima del costal del menor poned mi copa de plata.

No bien los hermanos hubieron dejado la ciudad atrás, fueron alcanzados por una tropa que los obligó a detenerse. El que comandaba la tropa exclamó:

—¡Uno entre vosotros ha llevado consigo la copa de plata de nuestro príncipe Panéaj!

Rubén dijo:

—Eso no puede ser. Se trata de un error. Si se la encontraran a alguno, ¡para ése será la muerte!

Ellos abrieron sus costales. La copa se encontró en el de Benjamín. Todos se consternaron. El capitán dijo:

—A éste, vuestro hermano menor, lo llevo conmigo. Deberá ser el esclavo de mi señor y permanecer para siempre en Egipto. ¡Vosotros sois libres!

Sin embargo los hermanos no querían ni podían regresar a su patria y a su padre sin Benjamín, así que se dirigieron todos de regreso a la casa de Panéaj.

Y otra vez se arrodillaron ante el elevado señor. Judá se adelantó:

—Noble príncipe, no sabemos cómo llegó la copa al saco de cereal. Yo respondo con mi cabeza ante nuestro anciano padre por Benjamín, de que lo llevaremos de regreso sano. Tómame a mí por esclavo. Si Benjamín no regresa mi padre no sobrevivirá y se irá al reino de las sombras de los muertos. Eso ha dicho.

Entonces José-Panéaj no pudo contenerse más. Ordenó a los guardianes egipcios que salieran para poder estar solo con los hebreos. Fue hacia Benjamín, lo tomó por sus manos y habló en claro hebreo:

—¡Yo soy José, vuestro hermano perdido!

Entonces el miedo sobrecogió a los hermanos en todos sus miembros de tal forma que quedaron paralizados, menos Benjamín. El abrazó a su amado hermano, perdido hacía tanto tiempo. José no pudo esconder más sus lágrimas y dijo a los hermanos:

—Acercaos sin miedo a mí. Sí, vosotros me vendisteis a Egipto, pero estaba en la voluntad de Dios que así sucediera. Así me fue permitido conservar la vida a incontables hombres, que de otro modo habrían muerto de hambre. La escasez ya dura dos años y continuará aún cinco años más. Mirad, Dios, el Señor, me ha convertido en amigo y virrey del faraón. Vosotros debéis regresar de inmediato a nuestro padre. Llevadle mi saludo y comunicadle que deberá venir con vosotros, vuestras mujeres, hijos y toda la servidumbre a Egipto. Yo os daré tierra y casas y os alimentaré durante los próximos cinco años de carestía.

Los hermanos casi no podían comprender esas palabras y lo que ellas implicaban. Pero José fue hacia ellos, abrazó a cada uno y a cada uno le dio el beso fraternal de reconciliación. Entonces los corazones de los hermanos se deshicieron en arrepentimiento y gratitud y sus lágrimas acarrearón todo el miedo sufrido.

La noticia de que los hermanos de Panéaj habían venido se extendió por la ciudad rápidamente. Hasta el faraón los llamó ante sí y se alegró por la increíble vuelta del destino. Puso a disposición caballos y carros para que el padre de José-Panéaj, las mujeres y los pequeños niños pudieran ser conducidos. José les obsequió vestidos y les dio cuantiosas provisiones para el camino.

Así pues, a Canaán regresó una larga caravana. Rubén, el mayor, fue quien se adelantó poco antes de la llegada a su tierra natal, para preparar a su padre de lo que le esperaba.

Cuando se estaba acercando a las casas y a las tiendas le salieron al encuentro sus dos varones, quienes habían reconocido primero al viajero. Enseguida vinieron las mujeres y la servidumbre.

Rubén los saludó a todos, pero se encaminó de inmediato hacia la casa de su padre Jacob. Éste había escuchado el ruido de afuera y había ido hasta la entrada con su atuendo oscuro. Se asustó al ver a Rubén solo que venía hacia él. Pero el mayor lo apretó fuertemente en un abrazo con alegría y habló:

—¡Padre, vienen todos, todos! ¡También traemos a Simeón y a Benjamín! Yo me he adelantado para traerte la buena noticia.

Entonces el rostro de Jacob se iluminó. Miró hacia arriba y dijo:

—¡Gracias a ti, oh Dios!

Momentos después estaba Rubén sentado junto a su padre en la casa a solas y le contó lo que habían vivenciado en ese viaje a Egipto y lo que les había sucedido con el príncipe Panéaj, el que trae el pan. Le contó de la invitación a comer en casa de Panéaj.

—Y de pronto, oh padre, hizo que se retiraran todos sus sirvientes y empezó a hablar en hebreo. Dijo: “¿No me reconocéis? Soy José, vuestro décimo segundo hermano. ¡La voluntad de Dios me ha conducido a Egipto!”

No bien Rubén hubo dicho esto, los brazos del padre se elevaron; sus ojos se abrieron, grandes. Lentamente se los cubrió con sus manos. Le sobrecogió tal paz que Rubén temió que su alma quisiera elevarse al cielo; pero volvió a extender sus brazos. Sus ojos brillaban como si vieran a lo lejos el resplandor de la luz de la escalera celestial. Después salieron de sus labios las siguientes palabras:

—¡José vive! ¡Vive!

—¡Sí, padre, él vive! —asintió Rubén.

Rubén estuvo en silencio largo rato. La mirada de su padre se dirigió hacia él. Preguntó:

—¿Cómo llegó José a Egipto, y por qué no regresó antes?

Entonces Rubén se tiró a los pies de su anciano padre, abrazó sus rodillas y empezó a llorar. Cuando pudo hablar de nuevo, dijo:

—Padre, ¡perdónanos nuestra culpa, a nosotros, tus hijos!

Y le contó del día en que José fue arrojado al pozo. De cómo él, Rubén, anduvo rondando de noche para sacarlo a escondidas con una soga y liberarlo; y de cómo sus hermanos ya lo habían entregado a una caravana que iba en camino a Egipto. Rubén repitió las palabras que José les había dicho durante la comida: “Vosotros me vendisteis a Egipto, pero

estaba en la voluntad de Dios que así sucediera. Así me fue permitido conservar la vida a incontables hombres que de otro modo hubieran muerto de hambre. Dios lo ha determinado. Regresad a nuestro padre y llevadle mi saludo. Él deberá venir con vosotros y vuestras mujeres, hijos y toda la servidumbre a Egipto. Yo os daré tierra y casas y os alimentaré durante los próximos cinco años de carestía!”

Cuando Rubén hubo terminado se oyó afuera gran júbilo y griterío. Se acercaban los demás hermanos con la caravana con el cereal y los regalos de José. Rubén indicó a los hermanos que su padre Jacob lo sabía todo. Cada uno de ellos abrazó las rodillas del padre al saludarlo y pidió su perdón. Ese mismo día Jacob se vistió con una túnica de lana blanca.

22 los años de carestía *génesis 41:53-45:28*

⁵³ Concluyeron los siete años de hartura que hubo en Egipto,

⁵⁴ y empezaron a llegar los siete años de hambre como había predicho José. Hubo hambre en todas las regiones; pero en todo Egipto había pan.

⁵⁵ Toda la tierra de Egipto sintió también hambre, y el pueblo clamó a Faraón pidiendo pan. Y dijo Faraón a todo Egipto: “Id a José: haced lo que él os diga.”

⁵⁶ — El hambre cundió por toda la haz de la tierra. — Entonces José sacó todas las existencias y abasteció de grano a Egipto. Arreciaba el hambre en Egipto; ⁵⁷ de todos los países venían también a Egipto para proveerse comprando grano a José, porque el hambre cundía por toda la tierra.

42¹ Vio Jacob que se repartía grano en Egipto, y dijo Jacob a sus hijos: “¿Por qué os estáis ahí mirando? ² Yo tengo oído que hay reparto de grano en Egipto. Bajad a comprarnos grano allí, para que vivamos y no muramos.”

³ Bajaron, pues, los diez hermanos de José a proveerse de grano en Egipto; ⁴ pero a Benjamín, hermano de José, no le envió Jacob con sus her-

manos, pues se decía: “No vaya a sucederle alguna desgracia.”

⁵ Fueron, pues, los hijos de Israel a comprar con otros que iban, pues había hambre en el país cananeo.

⁶ José era el que regía en todo el país, y él mismo en persona era el que distribuía grano a todo el mundo. Llegaron los hermanos de José y se inclinaron rostro en tierra.

⁷ Vio José a sus hermanos y los reconoció, pero él no se dio a conocer, y hablándoles con dureza les dijo: “¿De dónde venís?” Dijeron: “De Canaán, para comprar víveres.”

⁸ O sea, que José reconoció a sus hermanos, pero ellos no le reconocieron.

⁹ José entonces se acordó de aquellos sueños que había soñado respecto a ellos, y les dijo: “Vosotros sois espías, que venís a ver los puntos desguarnecidos del país.”

¹⁰ Dijéronle: “No, señor, sino que tus siervos han venido a proveerse de víveres. ¹¹ Todos nosotros somos hijos de un mismo padre, y somos gente de bien: tus siervos no son espías.”

¹² Díjoles: “Nada de eso: a lo que venís es a ver los puntos desguarnecidos del país.”

¹³ Dijéronle: “Tus siervos somos doce hermanos, hijos de un mismo padre, en el país cananeo; sólo que el menor está actualmente con nuestro padre, y el otro no existe.”

¹⁴ José replicó: “Lo que yo os dije: sois espías.

¹⁵ Con esto seréis probados, ¡por vida de Faraón!, no saldréis de aquí mientras no venga vuestro hermano pequeño acá. ¹⁶ Enviad a cualquiera de vosotros y que traiga a vuestro hermano, mientras los demás quedáis presos. Así serán comprobadas vuestras afirmaciones, a ver si la verdad está con vosotros. Que si no, ¡por vida de Faraón!, espías sois.”

¹⁷ Y los puso bajo custodia durante tres días.

¹⁸ Al tercer día les dijo José: “Haced esto — pues yo también temo a Dios— y viviréis. ¹⁹ Si sois gente de bien, uno de vuestros hermanos se quedará detenido en la prisión mientras los demás hermanos vais a llevar el grano que tanta falta hace en vuestras casas. ²⁰ Luego me traéis a vuestro hermano menor; entonces se verá que son verídicas vuestras palabras y no moriréis.” —Así lo hicieron ellos.—

²¹ Y se decían el uno al otro: “A fe que somos culpables contra nuestro hermano, cuya angustia veíamos cuando nos pedía queuviésemos compasión y no le hicimos caso. Por eso nos hallamos en esta angustia.”

²² Rubén les replicó: “¿Nos os decía yo que no pecarais contra el niño y no me hicisteis caso? ¡Ahora se reclama su sangre!”

²³ Ignoraban ellos que José les entendía, porque mediaba un intérprete entre ellos.

²⁴ Entonces José se apartó de su lado y lloró; y volviendo donde ellos tomó a Simeón y le hizo amarrazar a vista de todos.

²⁵ Mandó José que se les llenaran los envases de grano, que se devolviera a cada uno su dinero en la talega, y que se les pusiera provisiones para el camino; así se hizo con ellos.

²⁶ Ellos pusieron su cargamento de grano sobre los burros, y se fueron de allí.

²⁷ Al ir a hacer noche, uno de ellos abrió su talega para dar pienso a su burro, y vio que su dinero estaba en la boca de la talega de grano.

²⁸ Y dijo a sus hermanos: “Me han devuelto el dinero; lo tengo aquí en mi talega.” Se quedaron sin aliento, y se miraban temblando y diciendo: “¿Qué es esto que ha hecho Dios con nosotros?”

²⁹ Llegaron donde su padre, a Canaán, y le manifestaron todas sus aventuras, diciéndole:

³⁰ “El hombre que es señor del país ha hablado con nosotros duramente y nos ha tomado por espías del país. ³¹ Nosotros le hemos dicho que éramos gente de bien y no espías, ³² que éramos doce hermanos, hijos del mismo padre; que uno de nosotros no existía, y que el otro se encontraba actualmente con nuestro padre en Canaán.

³³ Entonces nos dijo el hombre que es señor del país: ‘De este modo conoceré si sois gente de bien; dejad conmigo a uno de vosotros, tomad lo que hace falta en vuestras casas y marchaos ³⁴ a buscarme a vuestro hermano pequeño. Así conoceré que no sois espías, sino gente de bien. Entonces os entregaré a vuestro hermano y circularéis libremente por el país.’”

³⁵ Ahora bien, cuando estaban vaciando sus talegas, he aquí que cada uno tenía su dinero en la talega, y tanto ellos como su padre, al ver las bolsas, sintieron miedo.

³⁶ Su padre Jacob les dijo: “Me dejáis sin hijos: Falta José, falta Simeón, y encima vais a quitarme a Benjamín. Esto acabará conmigo.”

³⁷ Dijo Rubén a su padre: “Que mueran mis dos hijos si no te lo traemos. Confíalo a mí y yo te lo devolveré.”

³⁸ Replicó: “No bajará mi hijo con vosotros, pues su hermano está muerto y sólo me queda él. Si le ocurre cualquier desgracia en ese viaje que vais a hacer, entonces haríais bajar mi vejez con pena al seol.”

43¹ El hambre seguía abrumando la tierra.

² Así pues, en cuanto acabaron de consumir el grano traído de Egipto, les dijo su padre: “Volved y compradnos algo de comer.”

³ Judá le dijo: “Bien claro nos dio a entender aquel hombre que no veríamos su rostro si no estaba con nosotros nuestro hermano. ⁴ Si mandas a nuestro hermano con nosotros, bajaremos y te compraremos víveres; ⁵ pero si no le mandas, no bajamos, porque aquel hombre nos dijo: ‘No os presentéis a mí si no está vuestro hermano con vosotros.’”

⁶ Dijo Israel: “¿Por qué para desgracia mía hicisteis saber a ese hombre que teníais otro hermano?”

⁷ Dijeron: “¡Él empezó preguntándonos por nuestra familia, diciéndonos: ¿Tenéis aún padre? ¿Vive todavía vuestro padre? ¿Tenéis algún otro hermano? Y nosotros nos limitamos a responder a sus palabras. ¿Podíamos saber que iba a decirnos: Bajad a vuestro hermano?”

⁸ Dijo Judá a su padre Israel: “Deja ir al chico conmigo; deja que vayamos para vivir y no morir ni nosotros, ni tú, ni nuestros pequeños. ⁹ Yo respondo de él, de mi mano lo exigirás si no lo trajere aquí y te lo presentare, y estaría yo en falta contigo a perpetuidad. ¹⁰ Que lo que es, si no nos hubiéramos entretenido, para estas horas ya estaríamos de vuelta.”

¹¹ Díjoles su padre Israel: “Siendo así, hacedlo; llevaos de lo más fino del país en vuestras cestas, y bajad a aquel hombre un regalo, un poco de sandá cara, un poco de miel, almáciga y ládano, pistachos y almendras. ¹² Tomáis también con vosotros el doble de plata y devolvéis personalmente la plata devuelta en la boca de vuestras talegas, por si se trata de un error. ¹³ Tomad, pues, a vuestro hermano y volved inmediatamente donde ese hombre; ¹⁴ que El Saddy os haga hallar misericordia ante ese hombre, y que él os despache y suelte a vuestro otro hermano, y a Benjamín. Por mi parte, si he de perder a mis hijos, qué le vamos a hacer.”

¹⁵ Ellos tomaron dicho regalo y el doble de plata consigo, y asimismo a Benjamín, y poniéndose en marcha bajaron a Egipto y se presentaron a José.

¹⁶ José vio con ellos a Benjamín, y dijo a su mayordomo: “Lleva a esos hombres a casa, mata algún animal y lo preparas, porque esos hombres van a comer conmigo a mediodía.”

¹⁷ El hombre hizo como le había dicho José, y llevó a los hombres a casa de José.

¹⁸ Ellos se asustaron porque se les llevaba a casa de José, y dijeron: “Es por lo de la plata devuelta en nuestros sacos la otra vez, por lo que se nos trae acá, para ponernos alguna trampa, caer sobre nosotros y reducirnos a esclavitud, junto con nuestros asnos.”

¹⁹ Y acercándose al mayordomo de José le dijeron a la puerta de la casa:

²⁰ “Por favor, señor, nosotros bajamos anteriormente a comprar víveres. ²¹ Pero resultó que cuando fuimos a hacer noche y abrimos nuestras talegas de grano, nos encontramos con que la plata de cada uno estaba en la boca de su talega, nuestra plata bien pesada, y la hemos devuelto con nosotros, ²² y además traemos con nosotros más plata para comprar víveres. Ignoramos quién puso nuestra plata en nuestras talegas.”

²³ Díjoles: “La paz sea con vosotros, no temáis. Vuestro Dios y el Dios de vuestro padre os puso ese tesoro en las talegas. Vuestra plata ya me llegó.” Y les sacó a Simeón.

²⁴ Luego los introdujo en casa de José, les dio agua y se lavaron los pies, y les dio pienso para sus asnos.

²⁵ Entonces ellos prepararon el regalo, mientras llegaba José a mediodía, pues oyeron que iban a comer allí.

²⁶ Al entrar José en casa, le presentaron el regalo que llevaban consigo y se inclinaron hasta el suelo.

²⁷ El les saludó y les preguntó: “Vuestro anciano padre de quien me hablasteis, ¿vive aún?”

²⁸ Y le dijeron: “Está bien tu siervo, nuestro padre: todavía vive.” Y postrándose se inclinaron.

²⁹ Entonces José volvió los ojos y vio a Benjamín, su hermano de madre, y dijo: “¿Este es vuestro hermano menor, de quien me hablasteis?” Y añadió: “Dios te guarde, hijo mío.”

³⁰ José tuvo que darse prisa, porque le daban ganas de llorar de emoción por su hermano, y entrando en el cuarto lloró allí.

³¹ Luego se lavó la cara, salió y conteniéndose dijo: “Servid la comida.”

³² Y le sirvieron a él aparte, aparte a ellos, y aparte a los egipcios que comían con él, porque los egipcios no soportan comer con los hebreos, cosa detestable para ellos.

³³ Se sentaron, pues, delante de él por orden de antigüedad, de mayor a menor, y unos a otros se daban muestras de asombro.

³⁴ Él fue tomando de delante de sí raciones para ellos, y la ración de Benjamín era cinco veces mayor que la de todos los demás. Ellos bebieron y se alegraron en su compañía.

44¹ Entonces él dio esta orden a su mayordomo: “Llena de víveres las talegas de estos hombres, cuanto quepa en ellas, y pones el dinero de cada uno en la boca de su talega. ² Y mi copa, la copa de plata, la pones en la boca del saco del pequeño, además del dinero de su compra.” Y él hizo conforme a lo que había dicho José. ³ Alumbró el día, y se les despachó a ellos con sus asnos.

⁴ Salieron de la ciudad, y no bien se habían alejado, cuando José dijo a su mayordomo: “Levántate y persigue a esos hombres, les das alcance y les dices: ¿Por qué habéis pagado mal por bien? ⁵ ¿Se trata nada menos que de lo que utiliza mi señor para beber, y también para sus adivinaciones! ¿Qué mal habéis obrado!”

⁶ El les alcanzó y les habló a este tenor.

⁷ Ellos le dijeron: “¿Por qué habla mi señor de ese modo? ¿Lejos de tus siervos hacer semejante cosa!”

⁸ De modo que te hemos devuelto desde Canaán la plata que encontramos en la boca de nuestras talegas, ¿e íbamos a robar ahora de casa de nuestro señor plata ni oro? ⁹ Aquel de tus siervos a quien se le encuentre, que muera; y también los demás nos haremos esclavos del señor.”

¹⁰ Dijo: “Sea así como decís: aquel a quien se le encuentre, será mi esclavo; pero los demás quedaréis disculpados.”

¹¹ Ellos se dieron prisa en bajar sus talegas a tierra y fueron abriendo cada cual la suya; ¹² él les registró empezando por el grande y acabando por el chico, y apareció la copa en la talega de Benjamín.

¹³ Entonces rasgaron ellos sus túnicas, y cargando cada cual su burro regresaron a la ciudad.

¹⁴ Judá y sus hermanos entraron a casa de José, que todavía estaba allí, y cayeron rostro en tierra.

¹⁵ José les dijo: “¿Qué habéis hecho? ¿Ignorabais que uno como yo tenía que adivinarlo sin falta?”

¹⁶ Judá dijo: “¿Qué vamos a decir al señor, qué vamos a hablar, qué excusa vamos a dar? Dios ha hallado culpables a sus siervos, y henos aquí como esclavos de nuestro señor, tanto nosotros como aquel en cuyo poder ha aparecido la copa.”

¹⁷ Replicó: “¿Lejos de mí, hacer eso! Aquel a quien se le ha hallado la copa, ése será mi esclavo,

que los demás subiréis sin novedad donde vuestro padre.”

¹⁸ Entonces se le acercó Judá y le dijo: “Con permiso, señor, tu siervo va a pronunciar una palabra a los oídos de mi señor, y que no se encienda tu ira contra tu siervo, pues tú eres como el mismo Faraón.

¹⁹ Mi señor preguntó a sus siervos: ‘¿Tenéis padre o algún hermano?’ ²⁰ Y nosotros dijimos a mi señor: ‘Sí, tenemos padre anciano, y un hijo pequeño de su ancianidad. Otro hermano de éste murió; sólo le ha quedado éste de su madre, y su padre le quiere.’

²¹ Entonces tú dijiste a tus siervos: ‘Bajádmelo, que ponga mis ojos sobre él.’ ²² Y dijimos a mi señor: ‘Imposible que el muchacho deje a su padre, pues si le dejara, éste moriría.’ ²³ Pero dijiste a tus siervos: ‘Pues si no baja vuestro hermano menor con vosotros, no volveréis a verme la cara.’ ²⁴ Así pues, cuando subimos nosotros a mi padre, tu siervo, le expusimos las palabras de mi señor. ²⁵ Nuestro padre dijo: ‘Volved y compradnos algo de comer.’

²⁶ Dijimos: ‘No podemos bajar, a menos que nuestro hermano pequeño vaya con nosotros. En ese caso sí bajaríamos. Porque no podemos presentarnos a aquel hombre si no está con nosotros nuestro hermano el pequeño.’ ²⁷ Mi padre, tu siervo, nos dijo: ‘Bien sabéis que mi mujer me dio a los dos: ²⁸ el uno se me marchó, y dije que seguramente habría sido despedazado, y no le he vuelto a ver más hasta ahora. ²⁹ Y ahora os lleváis también a éste de mi presencia, y le ocurre alguna desgracia, y habréis hecho bajar mi ancianidad al seol con amargura.’ ³⁰ Ahora, pues, cuando yo llegue a donde mi padre, tu siervo, y el muchacho no esté con nosotros, teniendo como tiene el alma tan apegada a la suya, ³¹ en cuanto vea que falta el muchacho morirá, y tus siervos habrán hecho bajar la ancianidad de nuestro padre, tu sier-

vo, con tristeza al seol. ³² La verdad es que tu siervo ha traído al muchacho de junto a su padre bajo palabra de que: ‘Si no te lo traigo, quedaré en falta para con mi padre a perpetuidad.’ ³³ Ahora, pues, que se quede tu siervo en vez del muchacho como esclavo de mi señor, y suba el muchacho con sus hermanos. ³⁴ Porque ¿cómo subo yo ahora a mi padre sin el muchacho conmigo? ¡No quiero ni ver la aflicción en que caerá mi padre!”

45¹ Ya no pudo José contenerse delante de todos los que en pie le asistían y exclamó: “Echad a todo el mundo de mi lado.” Y no quedó nadie con él mientras se daba a conocer José a sus hermanos.

² (Y se echó a llorar a gritos, y lo oyeron los egipcios, y lo oyó hasta la casa de Faraón.)

³ José dijo a sus hermanos: “Yo soy José. ¿Vive aún mi padre?” Sus hermanos no podían contestarle, porque se habían quedado atónitos ante él.

⁴ José dijo a sus hermanos: “Vamos, acercaos a mí.” Se acercaron, y él continuó: “Yo soy vuestro hermano José, a quien vendisteis a los egipcios.

⁵ Ahora bien, no os pese mal, ni os dé enojo el haberme vendido acá, pues para salvar vidas me envié Dios delante de vosotros. ⁶ Porque con éste van dos años de hambre por la tierra, y aún quedan cinco años en que no habrá arada ni siega. ⁷ Dios me ha enviado delante de vosotros para que podáis sobrevivir en la tierra y para salvaros la vida mediante una feliz liberación. ⁸ O sea, que no fuisteis vosotros los que me enviasteis acá, sino Dios, y él me ha convertido en padre de Faraón, en dueño de toda su casa y amo de todo Egipto.

⁹ Subid de prisa a donde mi padre, y decidle: ‘Así, dice tu hijo José: Dios me ha hecho dueño de todo

Egipto; baja a mí sin demora. ¹⁰ Vivirás en el país de Gosen, y estarás cerca de mí, tú y tus hijos y nietos, tus ovejas y tus vacadas y todo cuanto tienes. ¹¹ Yo te sustentaré allí, pues todavía faltan cinco años de hambre, no sea que quedéis en la miseria tú y tu casa y todo lo tuyo.’ ¹² Con vuestros propios ojos estáis viendo, y también mi hermano Benjamín con los suyos, que es mi boca la que os habla. ¹³ Notificad, pues, a mi padre toda mi autoridad en Egipto y todo lo que habéis visto, y en seguida bajad a mi padre acá.”

¹⁴ Y echándose al cuello de su hermano Benjamín, lloró; también Benjamín lloraba sobre el cuello de José.

¹⁵ Luego besó a todos sus hermanos, llorando sobre ellos; después de lo cual sus hermanos estuvieron conversando con él.

¹⁶ En el palacio de Faraón corrió la voz: “Han venido los hermanos de José.” La cosa cayó bien a Faraón y sus siervos, ¹⁷ y Faraón dijo a José: “Di a tus hermanos: Haced esto: Cargad vuestras acémilas y poneos inmediatamente en Canaán, ¹⁸ tomad a vuestro padre y vuestras familias, y venid a mí, que yo os daré lo mejor de Egipto, y comeréis lo más pingüe del país. ¹⁹ Por tu parte, ordénales: ‘Haced esto: Tomad de Egipto carretas para vuestros pequeños y mujeres, y os traéis a vuestro padre.’ ²⁰ Y vosotros mismos no tengáis pena de vuestras cosas, que lo mejor de Egipto será para vosotros.”

²¹ Así lo hicieron los hijos de Israel; José les proporcionó carretas por orden de Faraón; y les dio provisiones para el camino.

²² A todos ellos dio sendas mudas, pero a Benjamín le dio trescientas piezas de plata y cinco mudas.

²³ A su padre le envió asimismo diez burros cargados de lo mejor de Egipto y diez asnas cargadas de trigo, pan y víveres para el viaje de su padre.

²⁴ Luego despidió a sus hermanos, y cuando se iban les dijo: “No os excitéis en el camino.”

²⁵ Subieron, pues, de Egipto y llegaron a Canaán, a donde su padre Jacob, ²⁶ y le anunciaron: “Todavía vive José, y es el amo de todo Egipto.” Pero él se quedó impassible, porque no les creía.

²⁷ Entonces le repitieron todas las palabras que José les había dicho, vio las carretas que José había enviado para trasportarle, y revivió el espíritu de su padre Jacob.

²⁸ Y dijo Israel: “¡Esto me basta! Todavía vive mi hijo José: iré y le veré antes de morirme.”

23 el gran viaje a Egipto

Durante la noche la voz divina le habló a Jacob:

—No temas por viajar a Egipto. Yo estaré con vosotros y haré de ti y tus hijos un gran pueblo. A su tiempo os conduciré nuevamente a la tierra de Canaán.

Así entonces Jacob y sus once hijos dejaron atrás su tierra natal en una enorme fila de carros, camellos de carga y camellos para montar. El largo viaje fue penoso, pero los acompañaba una buena estrella.

En cuanto la caravana pisó suelo egipcio, rápidos mensajeros avisaron a José-Panéaj de la llegada de los hebreos. Éste hizo enganchar una carroza a los caballos más veloces y salió al encuentro de la caravana. No bien vio a su padre, cayó en sus brazos sin avergonzarse de llorar delante de todo el pueblo.

El faraón asignó la fértil tierra de Gosen a los hermanos de José como lugar para establecerse. Hizo comparecer ante sí al anciano padre y le aseguró la amistad del pueblo egipcio. Jacob vivió aún diecisiete años en Egipto. Pudo vivenciar cómo la descendencia de sus doce hijos se convertía en un pequeño pueblo. Le dio a ese pueblo el nombre de Israel, el cual le había manifestado Dios en el monte Moria. José hubo de prometerle a su padre que después de su muerte enterraría su cuerpo en la tierra de Canaán, en el sepulcro de Sara. Y así ocurrió.

23 el gran viaje a Egipto génesis 46:1-47:31

46¹ Partió Israel con todas sus pertenencias y llegó a Berseba, donde hizo sacrificios al Dios de su padre Isaac.

² Y dijo Dios a Israel en visión nocturna: “¡Jacob, Jacob!” —“Heme aquí,” respondió.— ³ “Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas bajar a Egipto, porque allí te haré una gran nación. ⁴ Y bajaré contigo a Egipto y yo mismo te subiré también. José te cerrará los ojos.”

⁵ Jacob partió de Berseba y los hijos de Israel montaron a su padre Jacob, así como a sus pequeños y mujeres, en las carretas que había mandado Faraón para trasportarle.

⁶ También tomaron sus ganados y la hacienda lograda en Canaán, y fueron a Egipto, Jacob y toda su descendencia con él.

⁷ Sus hijos y nietos, sus hijas y nietas: a toda su descendencia se la llevó consigo a Egipto.

⁸ Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto: Jacob y sus hijos. El primogénito de Jacob: Rubén, ⁹ y los hijos de Rubén: Henoc, Pallú, Jesrón y Karmí; ¹⁰ los hijos de Simeón: Yemuel, Yamín, Ohad, Yakín, Sójar y Saúl, hijo de la cananea; ¹¹ los hijos de Leví: Guersón, Quehat y Merarí; ¹² los hijos de Judá:

Er, Onán, Selá, Peres y Zéraj, (¡pero Er y Onán ya habían muerto en Canaán!) y los hijos de Peres: Jesrón y Jamul; ¹³ los hijos de Isacar: Tolá, Puvá, Yasub y Simrón; ¹⁴ los hijos de Zabulón: Séred, Elón, Yajleel.

¹⁵ Estos fueron los hijos que Lía había dado a Jacob en Paddán Aram, y también su hija Dina. Sus hijos y sus hijas eran en total 33 personas.

¹⁶ Los hijos de Gad: Sefón, Jagguí, Suní, Esbón, Erí, Arodí y Arelí.

¹⁷ Los hijos de Aser: Yimná, Yisvá, Yisví, Beriá y Séraj, hermana de ellos. Hijos de Beriá: Jéber y Malkiel.

¹⁸ Estos son los hijos de Zilpá, la que Labán diera a su hija Lía; ella engendró para Jacob estas dieciséis personas.

¹⁹ Los hijos de Raquel, mujer de Jacob: José y Benjamín.

²⁰ A José le nacieron en Egipto Manasés y Efraím, de Asnat, hija de Poti Fera, sacerdote de On.

²¹ Los hijos de Benjamín: Belá, Béker, Asbel, Guerá, Naamán, Ejí, Ros, Muppim, Juppim y Ard.

²² Estos son los hijos que Raquel dio a Jacob. En total catorce personas.

²³ Los hijos de Dan: Jusim.

²⁴ Los hijos de Neftalí: Yajseel, Guní, Yéser y Sillem.

²⁵ Estos son los hijos de Bilhá, la que Labán diera a su hija Raquel, y que aquélla engendró para Jacob: en total siete personas.

²⁶ Todas las personas que entraron con Jacob en Egipto, nacidas de sus entrañas, —salvo las mujeres de los hijos de Jacob— hacían un total de 66 personas.

²⁷ Los hijos de José, que le habían nacido en Egipto, eran dos. Todas las personas de la casa de Jacob que entraron en Egipto eran setenta.

²⁸ Israel mandó a Judá por delante a donde José, para que éste le precediera a Gosen: y llegaron al país de Gosen.

²⁹ José engancho su carroza y subió a Gosen, al encuentro de su padre Israel; y viéndole se echó a su cuello y estuvo llorando sobre su cuello.

³⁰ Y dijo Israel a José: “Ahora ya puedo morir, después de haber visto tu rostro, pues que tú vives todavía.”

³¹ José dijo a sus hermanos y a la familia de su padre: “Voy a subir a avisar a Faraón y decirle: ‘Han venido a mí mis hermanos y la casa de mi padre que estaban en Canaán.’ ³² Son pastores de ovejas, pues siempre fueron ganaderos, y, han traído ovejas, vacadas y todo lo suyo.”

³³ Así, cuando os llame Faraón y os diga. “¿Cuál es vuestro oficio?” ³⁴ le decís: ‘Ganaderos hemos sido tus siervos desde la mocedad hasta ahora, lo mismo que nuestros padres.’ De esta suerte os quedaréis en el país de Gosen.” Porque los egipcios detestan a todos los pastores de ovejas.

47¹ Vino, pues, José a dar parte a Faraón, diciendo: “Mi padre, mis hermanos, sus ovejas y vacadas y todo lo suyo han venido de Canaán, y ya están en el país de Gosen.”

² Luego, de entre todos sus hermanos tomó consigo a cinco varones y se los presentó a Faraón.

³ Dijo Faraón a los hermanos: “¿Cuál es vuestro oficio?” Respondieron a Faraón: “Pastores de ovejas son tus siervos, lo mismo que nuestros padres.”

⁴ Y dijeron a Faraón: “Hemos venido a residir en esta tierra, porque no hay pastos para los rebaños que tienen tus siervos, por ser grave el hambre en Canaán. Así pues, deja morar a tus siervos en el país de Gosen.”

^{5-a} Y dijo Faraón a José: ^{5-b} “Jacob, y sus hijos vinieron a Egipto donde José. Faraón, rey de Egipto, se enteró y dijo a José: ‘Tu padre y tus hermanos han venido a ti. ^{6-a} Tienes el territorio egipcio por delante: en lo mejor del país instala a tu padre y tus hermanos.’ ^{6-b} Que residan en el país de Gosen. Y si te consta que hay entre ellos gente capacitada, ponles por rabadanes de lo mío.”

⁷ José llevó a su padre Jacob y le presentó delante de Faraón, y Jacob bendijo a Faraón.

⁸ Dijo Faraón a Jacob: “¿Cuántos años tienes?”

⁹ Respondió Jacob a Faraón: “Los años de mis andanzas hacen 130 años: pocos y malos han sido los años de mi vida, y no han llegado a igualar los años de vida de mis padres, en el tiempo de sus andanzas.”

¹⁰ Bendijo, pues, Jacob a Faraón, y salió de su presencia.

¹¹ José instaló a su padre y sus hermanos, asignándoles predio en territorio egipcio, en lo mejor del país, en el país de Ramsés, según lo había mandado Faraón.

¹² Y José proveyó al sustento familiar de su padre y sus hermanos y toda la casa de su padre.

¹³ No había pan en todo el país, porque el hambre era gravísima y tanto Egipto como Canaán estaban muertos de hambre.

¹⁴ Entonces José se hizo con toda la plata existente en Egipto y Canaán a cambio del grano que ellos compraban, y llevó José aquella plata al palacio de Faraón.

¹⁵ Agotada la plata de Egipto y de Canaán, acudió Egipto en masa a José diciendo: “Danos pan. ¿Por qué hemos de morir en tu presencia ahora que se ha agotado la plata?”

¹⁶ Dijo José: “Entregad vuestros ganados y os daré pan por vuestros ganados, ya que se ha agotado la plata.”

¹⁷ Trajeron sus ganados a José y José les dio pan a cambio de caballos, ovejas, vacas y burros. Y les abasteció de pan a trueque de todos sus ganados por aquel año.

¹⁸ Cumplido el año, acudieron al año siguiente y le dijeron: “No disimularemos a nuestro señor que se ha agotado la plata, y también los ganados pertenecen ya a nuestro señor; no nos queda a disposición de nuestro señor nada, salvo nuestros cuerpos y nuestras tierras.

¹⁹ ¿Por qué hemos de morir delante de tus ojos así nosotros como nuestras tierras? Aprópiate de nosotros y de nuestras tierras a cambio de pan, y nosotros con nuestras tierras pasaremos a ser esclavos de Faraón. Pero danos simiente para que vivamos y no muramos, y el suelo no quede desolado.”

²⁰ De este modo se apropió José todo el suelo de Egipto para Faraón, pues los egipcios vendieron cada uno su campo porque el hambre les apretaba, y la tierra vino a ser de Faraón.

²¹ En cuanto al pueblo, lo redujo a servidumbre, de cabo a cabo de las fronteras de Egipto.

²² Tan sólo las tierras de los sacerdotes no se las apropió, porque los sacerdotes tuvieron tal privilegio de Faraón, y comieron de dicho privilegio que les concedió Faraón. Por lo cual no vendieron sus tierras.

²³ Dijo entonces José al pueblo: “He aquí que os he adquirido hoy para Faraón a vosotros y vuestras tierras. Ahí tenéis simiente: sembrad la tierra, ²⁴ y luego, cuando la cosecha, daréis el quinto a Faraón y las otras cuatro partes serán para vosotros, para siembra del campo, y para alimento vuestro y de vuestros familiares, para alimento de vuestras criaturas.”

²⁵ Dijeron ellos: “Nos has salvado la vida. Hallemos gracia a los ojos de mi señor, y seremos siervos de Faraón.”

²⁶ Y José les impuso por norma, vigente hasta la fecha respecto a todo el agro egipcio, dar el quinto a Faraón. Tan sólo el territorio de los sacerdotes no pasó a ser de Faraón.

²⁷ Israel residió en Egipto, en el país de Gosen; se afincaron en él y fueron fecundos y se multiplicaron sobremanera.

²⁸ Jacob vivió en Egipto diez y siete años, siendo los días de Jacob, los años de su vida, 147 años.

²⁹ Cuando los días de Israel tocaron a su fin, llamó a su hijo José y le dijo: “Si he hallado gracia a tus ojos, pon tu mano debajo de mi muslo y hazme este favor y lealtad: No me sepultes en Egipto. ³⁰ Cuando yo me acueste con mis padres, me llevarás de Egipto y me sepultarás en el sepulcro de ellos.” Respondió: “Yo haré según tu palabra.”

³¹ “Júramelo,” dijo. Y José se lo juró. Entonces Israel se inclinó sobre la cabecera de su lecho.

24 un nuevo faraón

Mientras vivió José le fue bien al pueblo de sus hermanos, los israelitas. Construyeron casas, trabajaron los campos y criaron rebaños. Su número fue cada vez mayor. Los hermanos tuvieron hijos e hijos de sus hijos, así como también la servidumbre que había venido con ellos de Canaán. Un nuevo faraón ejercía el mando.

Cuando José murió y su alma se reunió con los padres en el mundo superior, su cadáver fue embalsamado según las costumbres egipcias. Se le construyó un sepulcro digno en las cercanías del Nilo. En todos los rincones del país imperaba la tristeza cuando su sarcófago fue conducido a la fosa en la tierra.

Y pasaron los tiempos. Una generación seguía a la otra. Otra vez hubo un nuevo faraón en el trono que ya no sabía nada acerca de José. Entretanto los israelitas se habían convertido en un pueblo fuerte. Había egipcios que temían que algún día el pueblo de Israel se levantara contra Egipto y les arrebatara el poder.

Los consejeros le hablaron al faraón:

—Mira, el pueblo de Israel será pronto tan fuerte como nosotros, los egipcios. Nosotros mismos hemos entrenado a muchos como guerreros en nues-

tro ejército. Son combatientes valientes y osados. Permítenos tramar cómo podemos debilitar a ese pueblo, pues algún día podrían levantarse contra nosotros.

El faraón propuso:

—Haremos amurallar las dos grandes ciudades Pitóm y Ramsés, lo cual significa un gigantesco trabajo. Eso hará mermar sus fuerzas. Proclama este trabajo en el país de Gosen. Retribuid al principio con un buen sueldo. Se irán intercalando poco a poco agudos vigilantes. Cuando tengamos a los albañiles israelitas bajo un puño les pagaremos cada vez menos sueldo, solamente la comida. Les obligaremos a trabajar; entonces se convertirán en nuestros esclavos.

La propuesta del faraón fue bien acogida y entonces los israelitas fueron contratados de a miles como obreros. Los hornos de ladrillos ardían día y noche. Tenían que acarrear bloques de piedra desde muy lejos para amurallar las ciudades. El sueldo era cada vez menor hasta que al final se suspendió. Y entonces fueron obligados a trabajar por guardianes y capataces duros, que usaban látigos y varas. El que se oponía era reo de muerte.

Los consejeros del faraón tramaron algo aún peor para debilitar al pueblo: las parteras de los hebreos, que ayudaban a las madres en el parto a dar a luz a sus hijos, recibieron la orden de matar y echar inmediatamente a un lado a cada varón que naciera. Las niñas podían permanecer con vida. Pero a escondidas, siempre que podían, las parteras dejaban a los varones con vida.

En esa época el faraón tuvo un extraño sueño. Vio la alta figura de un anciano. Este tenía en una mano una gran balanza con dos platillos. Con la otra mano tomaba a los soberanos de Egipto y los

ponía sobre un platillo. En el otro platillo ponía un cordero y éste pesaba más que todos los poderosos del reino.

El faraón mandó llamar a su mago Balaam para que interpretase su sueño. Este dijo:

—El cordero es el símbolo del pueblo de Israel. No puedes debilitarlos con fuego pues su Dios salvó a Abraham del horno candente. No puedes exterminarlos con la espada, pues Isaac fue salvado de la espada. Puedes debilitarlos con agua: en adelante haz tirar al agua del Nilo a los niños recién nacidos.

Así habló el mago Balaam, y el faraón dio la orden a los soldados de llevar esto a cabo. Todos los varones pequeños que aún no podían caminar eran echados a la corriente del Nilo cuando se les descubría. Así recayó gran aflicción sobre las madres de Israel.

24 un nuevo faraón

éxodo 1:6-22

⁶ Murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación; ⁷ pero los israelitas fueron fecundos y se multiplicaron; llegaron a ser muy numerosos y fuertes y llenaron el país.

⁸ Se alzó en Egipto un nuevo rey, que nada sabía de José; ⁹ y que dijo a su pueblo: “Mirad, los israelitas son un pueblo más numeroso y fuerte que nosotros. ¹⁰ Tomemos precauciones contra él para que no siga multiplicándose, no sea que en caso de guerra se una también él a nuestros enemigos para luchar contra nosotros y salir del país.”

¹¹ Les impusieron pues, capataces para aplastarlos bajo el peso de duros trabajos; y así edificaron para Faraón las ciudades de depósito: Pitom y Ramsés.

¹² Pero cuanto más les oprimían, tanto más crecían y se multiplicaban, de modo que los egipcios llegaron a temer a los israelitas.

¹³ Y redujeron a cruel servidumbre a los israelitas, ¹⁴ les amargaron la vida con rudos trabajos de arcilla y ladrillos, con toda suerte de labores del campo y toda clase de servidumbre que les imponían por crueldad.

¹⁵ El rey de Egipto dio también orden a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifrá,

y la otra Puá, ¹⁶ diciéndoles: “Cuando asistáis a las hebreas, observad bien las dos piedras: si es niño, hacedle morir; si es niña dejadla con vida.”

¹⁷ Pero las parteras temían a Dios, y no hicieron lo que les había mandado el rey de Egipto, sino que dejaban con vida a los niños.

¹⁸ Llamó el rey de Egipto a las parteras y les dijo: “¿Por qué habéis hecho esto y dejáis con vida a los niños?”

¹⁹ Respondieron las parteras a Faraón: “Es que las hebreas no son como las egipcias. Son más robustas, y antes que llegue la partera, ya han dado a luz.”

²⁰ Y Dios favoreció a las parteras. El pueblo se multiplicó y se hizo muy poderoso.

²¹ Y por haber temido las parteras a Dios, les concedió numerosa prole.

²² Entonces Faraón dio a todo su pueblo esta orden: “Todo niño que nazca lo echaréis al Río; pero a las niñas las dejaréis con vida.”

Moisés

25 nacimiento y niñez de Moisés

La familia hebrea de Amram tenía dos hijos, el varón Aarón y su hermana Myriam. Un día la mujer de Amram dio a luz otro varón, justo cuando se había promulgado la ley de la matanza. Cuando la madre se llevó el niño al pecho notó a su alrededor un suave resplandor. Tomó la determinación de salvar a su hijo.

Ya había conseguido mantenerlo oculto a lo largo de tres meses cuando comenzó una nueva matanza de niños por parte de los sirvientes del faraón. A la madre le vino una idea. Hizo un canastito de juncos y lo recubrió con resina y brea, de manera que no pudiera entrarle agua. Allí colocó al niño. El canastito fue escondido en la orilla del Nilo. Su hija Myriam debía mantener guardia con un poco de distancia.

Era un día muy caluroso. Bithja, la hija del faraón, se dirigía con sus doncellas a bañarse a orillas del Nilo. Cuando entró al agua en una pequeña bahía, vio allí cerca entre los juncos, un canastito flotando. Ordenó a una doncella que se lo trajese. Cuando lo abrió, vio un niño que comenzó a llorar. Bithja se inclinó sobre el canastito. Entonces el niño comenzó a sonreír y extendió sus brazos hacia la princesa.

—Oh, —dijo— éste es un niño hebreo que debía ser matado.

Lo tomó entre sus brazos y se alegró por el pequeño. Sin ser notada, Myriam se había acercado y le habló a Bithja:

—¿Quieres que busque una mujer hebrea que calme su sed?

—Con gusto, —respondió la princesa— ¡el niño es tan dulce!

Entonces Myriam se apresuró a buscar a su madre. Cuando ambas llegaron ante la princesa, ésta estaba rodeada de sus compañeras de juegos. Estaba jugando con el niño y dijo:

—Este será mi juguete preferido. ¡Quiero quedármelo! Su nombre será Moisés.

(En egipcio, esta palabra significa: ‘el que fue salvado de las aguas.’)

A la hebrea le dijo:

—Este niño está bajo mi protección. Llévatelo a tu casa. Hoy recibirás una carta mía de protección para el niño. De tanto en tanto me lo traerás al palacio para que pueda alegrarme y jugar con él. Por cada día te pagaré una moneda de plata.

Todo ocurrió tal como lo dijo Bithja, pues su padre satisfacía todos sus deseos. ¡Cuánta felicidad colmó a la madre y a Myriam! Moisés estaba a salvo y la carta de protección estaba sellada por el mismo faraón.

Cuando el niño llegó a la edad de dos años, la princesa Bithja dijo:

—De ahora en adelante quiero tenerlo siempre en palacio junto a mí.

Myriam y la madre podían visitar a Moisés de tanto en tanto y hablar hebreo con él. Bithja hablaba egipcio con él. Ella seguía sin saber que la nodriza era la madre de Moisés y Myriam, la hermana.

25 nacimiento y niñez de Moisés

éxodo 2:1-10

2¹ Un hombre de la casa de Leví fue a tomar por mujer una hija de Leví.

² Concibió la mujer y dio a luz un hijo; y viendo que era hermoso lo tuvo escondido durante tres meses.

³ Pero no pudiendo ocultarlo ya por más tiempo, tomó una cestilla de papiro, la calafateó con betún y pez, metió en ella al niño, y la puso entre los juncos, a la orilla del Río.

⁴ La hermana del niño se apostó a lo lejos para ver lo que le pasaba.

⁵ Bajó la hija de Faraón a bañarse en el Río y, mientras sus doncellas se paseaban por la orilla del Río, divisó la cestilla entre los juncos, y envió una criada suya para que la cogiera.

⁶ Al abrirla, vio que era un niño que lloraba. Se compadeció de él y exclamó: “Es uno de los niños hebreos.”

⁷ Entonces dijo la hermana a la hija de Faraón: “¿Quieres que yo vaya y llame una nodriza de entre las hebreas para que te críe este niño?”

⁸ “Vete,” le contestó la hija de Faraón. Fue, pues, la joven y llamó a la madre del niño.

⁹ Y la hija de Faraón le dijo: “Toma este niño y críamelo que yo te pagaré.” Tomó la mujer al niño y lo crió.

¹⁰ El niño creció, y ella lo llevó entonces a la hija de Faraón, que lo tuvo por hijo, y le llamó Moisés, diciendo: ‘De las aguas lo he sacado.’

26 el carbón ardiente

Habían pasado tres años desde el nacimiento de Moisés. El faraón estaba sentado a la mesa, a su derecha la reina, a su izquierda la princesa Bithja con el niño Moisés en su falda. También estaban invitados a comer altos mandatarios y, como siempre, el mago Balaam. En la mitad de la comida, el niño Moisés quitó la diadema de oro al faraón y se la puso sobre su cabeza.

Esto ocurrió rápido como un rayo. El miedo se apoderó de los nobles que estaban sentados a la mesa. Bithja colocó la corona de inmediato, otra vez a su padre. Este tenía la cara sombría y preguntó:

—¿Qué le debe suceder a un niño hebreo que hace tal cosa?

Balaam, que desde el principio no había soportado a Moisés, dijo:

—Faraón, no creas que éste fue un mero juego. Este pequeño Moisés ya comprende muy bien. Cuando sea grande ambicionará el dominio sobre Egipto. ¡Yo sugiero regar con su sangre la tierra!

A la mesa estaba también un alto juez del país. El ángel de Dios le envió a éste un buen pensamiento. Dijo:

—Faraón, el niño es aún pequeño. Comprueba primero si lo hizo con conocimiento de causa. Haz

traer dos platillos. Coloca sobre uno piedras preciosas y sobre el otro carbón ardiente. El niño deberá elegir. Si elige las piedras preciosas, significará su muerte, pues entonces sabe lo que es valioso. Si toma los carbones ardientes es aún inocente y puede conservar su vida, pues lo hizo sin conocimiento de causa.

El faraón estuvo de acuerdo con esta sugerencia. Cuando trajeron los dos platillos, Moisés extendió su mano en dirección a las piedras brillantes, pero el ángel lo desvió invisiblemente hacia los carbones ardientes. Moisés los tocó y gritó. Se había quemado un poco la piel de un dedo. Bithja le pasó aceite por la herida y lo consoló.

El faraón estuvo entonces convencido de que el niño había tomado lo brillante de su cabeza sólo a modo de juego. Moisés conservó la vida a pesar del enojo de Balaam que no estaba de acuerdo. A partir de entonces el mago anidó malos pensamientos acerca de cómo podría eliminar al niño Moisés.

27 Moisés y los egipcios

Mientras Moisés era joven usaba lindos vestidos como los príncipes del faraón. Al igual que ellos recibía instrucción de sabios maestros. Como mostraba gran comprensión y buen arte servía de ejemplo a los príncipes, cosa que el faraón valoraba mucho. Así obtuvo también sus favores. Cuando Moisés tuvo catorce años visitó a Myriam y a sus padres. Cuando estuvieron todos sentados juntos le contó la hermana:

—Te hemos guardado hasta ahora un secreto. Ahora ya eres lo suficientemente mayor para saberlo. Moisés, tú eres mi hermano, mi verdadero hermano, y he aquí mi madre que es tu madre. Amram es tu padre y tu hermano se llama Aarón.

A continuación Myriam le contó la historia de sus primeros meses de vida y le describió el dolor de las madres israelitas a quienes les mataban sus hijos varones. Por primera vez Moisés oyó hablar de José, Jacob e Isaac, de Abraham, quien venía del país de Ur y Babilonia. Moisés recibió esto con gran asombro. Dijo:

—Ahora yo sé por qué siempre vine a vosotros con tanto gusto y por qué mi corazón está más cerca de vosotros que del faraón y de Bithja. Mi sangre me lo decía: ¡Yo soy un israelita!

Moisés sentía gratitud hacia Bithja y el faraón y sobre todo, Bithja era para él como una hermana mayor.

Siempre volvía de tiempo en tiempo a la casa de su madre, hermana y padre. Su hermano Aarón debía realizar duros trabajos como esclavo para los egipcios. Moisés vio cómo su pueblo era maltratado y no tenía ni un día de descanso. Pensaba cómo se podría cambiar esta situación.

Cuando Moisés era ya un joven adulto, se presentó un día ante el faraón y le dijo:

—Altísimo Señor, tú siempre eres bueno conmigo. ¿Puedo hacerte hoy un pedido especial?

El faraón respondió:

—¡Dime lo que te conmueve!

Moisés respondió:

—No sería posible que mi pueblo, los hebreos, reciban por tu merced la gracia de tener cada semana un día de descanso? De este modo podrían volver al trabajo con renovada fuerza.

Después de cavilar un poco el faraón respondió:

—Voy a satisfacer tu pedido.

Así fue como los israelitas pudieron tener el Sabat, el día de descanso. No obstante, Balaam se molestó por esta concesión.

Un día se dirigió Moisés nuevamente de visita al país de Gosen donde ahora vivían su padre, madre y hermanos. En el camino pasó por un lugar donde los israelitas trabajaban casi desnudos bajo el sol abrasador. De pronto resonaron gritos provenientes de un lugar un poco alejado. Un vigilante estaba haciendo sangrar a un israelita con su látigo.

La ira se apoderó de Moisés. Saltó, quitándole al egipcio el látigo de la mano y con fiereza le pegó en la cabeza con el mango del látigo, tan infelizmente

que el atacado cayó al suelo muerto. El ensangrentado hebreo ayudó a Moisés a enterrar enseguida el cadáver en la arena.

Pero la acción de Moisés no había quedado sin ser vista. Se le avisó al faraón. Balaam dijo:

—Ves, ahora ya empieza a pegarle a los egipcios. ¡Pronto le llegará el turno al faraón!

El faraón se asustó y ordenó en secreto matar a Moisés. Bithja también estaba en conocimiento de la queja contra Moisés. Cuando éste regresó de noche ella tomó una lámpara y se dirigió hacia su habitación y le contó que su vida estaba en peligro:

—Vete, abandona el palacio por un tiempo, y también la ciudad. Yo tengo la esperanza de que la ira del faraón se disipe, entonces le avisaré a Myriam; pero ahora tu vida no estará segura en ningún lugar.

El ángel del Señor le insufló tal miedo a Moisés, que en la misma noche partió y abandonó Egipto. Desde ese día se hizo sentir aún más la mano pesada del faraón sobre los israelitas, y también les fue quitado nuevamente el Sabat.

27 Moisés y los egipcios

éxodo 2:11-15

¹¹ En aquellos días, cuando Moisés ya fue mayor, fue a visitar a sus hermanos, y comprobó sus penosos trabajos; vio también cómo un egipcio golpeaba a un hebreo, a uno de sus hermanos.

¹² Miró a uno y a otro lado, y no viendo a nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena.

¹³ Salió al día siguiente y vio a dos hebreos que reñían. Y dijo al culpable: “¿Por qué pegas a tu compañero?”

¹⁴ El respondió: “¿Quién te ha puesto de jefe y juez sobre nosotros? ¿Acaso estás pensando en matarme como mataste al egipcio?” Moisés, lleno de temor, se dijo: “La cosa ciertamente se sabe.”

¹⁵ Supo Faraón lo sucedido y buscaba a Moisés para matarle; pero él huyó de la presencia de Faraón, y se fue a vivir al país de Madián. Se sentó junto a un pozo.

28 Moisés en Madián

Moisés hubo de errar por largos caminos hasta llegar a la tierra de Madián. El ángel del Señor le hizo saber que podía permanecer en ese país. Una noche llegó a un pozo y se dispuso a descansar allí cerca. Justo en ese momento unas jovencitas del lugar comenzaban a abrevar sus rebaños de ovejas. Entonces llegaron pastores que echaron a las jóvenes del pozo. Moisés —en quien siempre estaba despierto el sentido de la justicia— reprendió a los pastores y ayudó a las asediadas a abrevar sus ovejas.

Los pastores no se animaron a atacar al extranjero, que tenía una complexión grande y fuerte. Entre las pastoras se encontraban siete hermanas, las siete hijas del sacerdote Jetró. Cuando regresaron a su casa le contaron a su padre:

—Un hombre vestido como egipcio nos protegió hoy de los pastores, por eso regresamos tan temprano.

Jetró preguntó:

—¿Por qué no habéis traído a ese hombre como nuestro huésped?

Envió inmediatamente a buscar al extranjero y lo invitó a su casa.

A Moisés le gustó estar en la casa de Jetró. Al día siguiente ya ayudó a cuidar los rebaños y a abrevar

los animales y se quedó allí. Pudo aprender mucho de la sabiduría del sacerdote y como éste confiaba en Moisés, le dio a su hija Séfora por esposa. Ella le dio dos hijos, Guersom y Eliser.

Un día estaba Moisés haciendo pastar el rebaño al lado del desierto de Sin. Ocurrió que al anochecer se le escapó un cabrito en dirección a la montaña Horeb. Esta montaña en el pueblo era llamada la ‘montaña de Dios.’ Moisés se encaminó a buscar al cabrito.

De pronto vislumbró no muy lejos un arbusto de espinos que parecía arder. ¿Quién habría encendido allí fuego? Moisés se apresuró a ir en esa dirección. No podía comprender que no subiera humo y que el arbusto no se quemara. Cuando estuvo cerca, las llamas de luz se hicieron más altas. Desde el fuego resonó una voz divina:

—¡Moisés, Moisés!

Él respondió:

—Aquí estoy.

La voz continuó:

—No te acerques. El lugar sobre el cual tú estás pisando es tierra sagrada. Quita las sandalias de tus pies.

Así lo hizo Moisés y clavó su cayado en la tierra.

La voz continuó:

—Tú has sido elegido para liberar a tu pobre pueblo del dominio de los egipcios. Regresa a Egipto y preséntate ante el faraón. Yo estaré contigo.

Moisés replicó:

—¿Y si el faraón y el pueblo no quieren creerme?

Dios, el Señor, respondió:

—Yo te daré fuerza para mostrar señales y milagros ante ellos. Te crearán. Ve con los ancianos del pueblo al faraón. Exígele que permita irse al pueblo de Israel. ‘Yo soy el que soy,’ el Dios de tus padres y de Israel; al pueblo podrás darle mi nombre ‘Yahveh.’

Moisés vaciló una vez más y dijo:

—Oh Señor, no soy fuerte en palabras, mi lengua muchas veces es pesada.

El Señor respondió:

—Lleva contigo a tu hermano Aarón. Él ya se encuentra en camino hacia ti. Su palabra es poderosa. Yo les pondré, a ti y a él, las palabras en la boca. Yo bendigo tu vara; ¡con ella harás milagros!

Entonces el fuego desapareció del arbusto y se extinguió arriba en las estrellas. Moisés permaneció arrodillado. Sentía que el fuego que lo atravesaba con su calor continuaba brillando en su corazón.

Era el fuego del coraje que ardía dentro de él. Tomó su vara, se arrodilló nuevamente en ese sitio con veneración, pues Dios, el Señor, le había hablado allí desde el fuego. Cuando volvió a ponerse sus sandalias, apareció saltando el cabrito. Moisés lo tomó en sus brazos y lo devolvió al rebaño.

Como Jetró era sacerdote, Moisés pudo contarle su experiencia en el arbusto de espinos, y también le habló a Séfora de la misión que debía cumplir en Egipto. Ella le acompañó con gusto con sus dos hijos. Séfora iba montada en un burro. Moisés llevaba su vara sagrada y los hijos caminaban alegremente con ellos.

A Aarón, el hermano de Moisés, se le había aparecido el Señor en la noche y le había dicho:

—Ve al encuentro de Moisés en el desierto. El viene de regreso a Egipto.

El ángel del Señor lo guió de tal manera que se encontraron en el camino. Moisés hizo saber a su hermano lo que ambos debían realizar por encargo de Dios para liberar al pueblo de Israel y conducirlo fuera de Egipto. Moisés supo por Aarón que durante su ausencia había muerto el viejo faraón y el país era reinado por un nuevo gobernante más duro aún. Así supieron que les esperaba una lucha difícil.

28 Moisés en Madián

éxodo 2:16-4:28

¹⁶Tenía un sacerdote de Madián siete hijas, que fueron a sacar agua y llenar los pilones para abreviar las ovejas de su padre.

¹⁷Pero vinieron los pastores y las echaron. Entonces, levantándose Moisés, salió en su defensa y les abrevó el rebaño.

¹⁸Al volver ellas a donde su padre Reuel, éste les dijo: “Cómo es que venís hoy tan pronto?”

¹⁹Respondieron: “Un egipcio nos libró de las manos de los pastores, y además sacó agua para nosotras y abrevó el rebaño.”

²⁰Preguntó entonces a sus hijas: “¿Y dónde está? ¿Cómo así habéis dejado a ese hombre? Llamadle para que coma.”

²¹Aceptó Moisés morar con aquel hombre, que dio a Moisés su hija Séfora.

²²Esta dio a luz un hijo y le llamó Guersom, pues dijo: “Forastero soy en tierra extraña.”

²³Durante este largo período murió el rey de Egipto; los israelitas, gimiendo bajo la servidumbre, clamaron, y su clamor, que brotaba del fondo de su esclavitud, subió a Dios.

²⁴Oyó Dios sus gemidos, y se acordó Dios de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob.

²⁵Y miró Dios a los hijos de Israel y conoció...

3¹ Moisés era pastor del rebaño de Jetró su suegro, sacerdote de Madián. Una vez llevó las ovejas más allá del desierto; y llegó hasta Horeb, la montaña de Dios.

² El ángel de Yahveh se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza. Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que la zarza no se consumía.

³ Dijo, pues, Moisés: “Voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza.”

⁴ Cuando vio Yahveh que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza, diciendo: “¡Moisés, Moisés!” El respondió: “Heme aquí.”

⁵ Le dijo: “No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada.”

⁶ Y añadió: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.” Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios.

⁷ Dijo Yahveh: “Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. ⁸ He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los jivitas y de los jebuseos. ⁹ Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. ¹⁰ Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto.”

¹¹ Dijo Moisés a Dios: “¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?”

¹² Respondió: “Yo estaré contigo y esta será para ti la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte.”

¹³ Contestó Moisés a Dios: “Si voy a los israelitas y les digo: ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’, cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?”

¹⁴ Dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy.” Y añadió: “Así dirás a los israelitas: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros.”

¹⁵ Siguió Dios diciendo a Moisés: “Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación. ¹⁶ Ve, y reúne a los ancianos de Israel, y diles: ‘Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se me apareció y me dijo: Yo os he visitado y he visto lo que os han hecho en Egipto. ¹⁷ Y he decidido sacaros de la tribulación de Egipto al país de los cananeos, los hititas, los amorreos, perizitas, jivitas y jebuseos, a una tierra que mana leche y miel.’ ¹⁸ Ellos escucharán tu voz, y tú irás con los ancianos de Israel donde el rey de Egipto; y le diréis: ‘Yahveh, el Dios de los hebreos, se nos ha aparecido. Permite, pues, que vayamos camino de tres días al desierto, para ofrecer sacrificios a Yahveh, nuestro Dios.’ ¹⁹ Ya sé que el rey de Egipto no os dejará ir sino forzado por mano poderosa. ²⁰ Pero yo extenderé mi mano y heriré a Egipto con toda suerte de prodigios que obraré en medio de ellos y después os dejará salir. ²¹ Yo haré que este pueblo halle gracia a los ojos de los egipcios, de modo que cuando partáis, no saldréis con las manos vacías, ²² sino que cada mujer pedirá a su vecina y a la que mora en su casa objetos de plata, objetos

el profanador de textos

de oro y vestidos, que pondréis a vuestros hijos y a vuestras hijas, y así despojaréis a los egipcios.”

4¹ Respondió Moisés y dijo: “No van a creerme, ni escucharán mi voz; pues dirán: ‘No se te ha aparecido Yahveh.’”

² Dígole Yahveh: “¿Qué tienes en tu mano?” “Un cayado,” respondió él.

³ Yahveh le dijo: “Échalo a tierra.” Lo echó a tierra y se convirtió en serpiente; y Moisés huyó de ella.

⁴ Dijo Yahveh a Moisés: “Extiende tu mano y agárrala por la cola.” Extendió la mano, la agarró, y volvió a ser cayado en su mano...

⁵ “Para que crean que se te ha aparecido Yahveh, el Dios de sus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.”

⁶ Y añadió Yahveh: “Mete tu mano en el pecho.” Metió él la mano en su pecho y cuando la volvió a sacar estaba cubierta de lepra, blanca como la nieve.

⁷ Y le dijo: “Vuelve a meter la mano en tu pecho.” La volvió a meter y, cuando la sacó de nuevo, estaba ya como el resto de su carne.

⁸ “Así pues, si no te creen ni escuchan la voz por la primera señal, creerán por la segunda.

⁹ Y si no creen tampoco por estas dos señales y no escuchan tu voz, tomarás agua del Río y la derramarás en el suelo; y el agua que saques del Río se convertirá en sangre sobre el suelo.”

¹⁰ Dijo Moisés a Yahveh: “¡Por favor, Señor! Yo no he sido nunca hombre de palabra fácil, ni aun después de haber hablado tú con tu siervo; sino que soy torpe de boca y de lengua.”

¹¹ Le respondió Yahveh: “¿Quién ha dado al hombre la boca? ¿Quién hace al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, Yahveh?” ¹² Así pues, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir.”

¹³ El replicó: “Por favor, envía a quien quieras.”

¹⁴ Entonces se encendió la ira de Yahveh contra Moisés, y le dijo: “¿No tienes a tu hermano Aarón el levita? Sé que él habla bien; he aquí que justamente ahora sale a tu encuentro, y al verte se alegrará su corazón. ¹⁵ Tu le hablarás y pondrás las palabras en su boca; yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. ¹⁶ El hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás su dios. ¹⁷ Toma también en tu mano este cayado, porque con él has de hacer las señales.”

¹⁸ Moisés volvió y regresó a casa de Jetró, su suegro, y le dijo: “Con tu permiso, me vuelvo a ver a mis hermanos de Egipto para saber si viven todavía.” Dijo Jetró a Moisés: “Vete en paz.”

¹⁹ Yahveh dijo a Moisés en Madián: “Anda, vuelve a Egipto; pues han muerto todos los que buscaban tu muerte.”

²⁰ Tomó, pues, Moisés a su mujer y a su hijo y, montándolos sobre un asno, volvió a la tierra de Egipto. Tomó también Moisés el cayado de Dios en su mano.

²¹ Y dijo Yahveh a Moisés: “Cuando vuelvas a Egipto, harás delante de Faraón todos los prodigios que yo he puesto en tu mano; yo, por mi parte, endureceré su corazón, y no dejará salir al pueblo. ²² Y dirás a Faraón: Así dice Yahveh: Israel es mi hijo, mi primogénito. ²³ Yo te he dicho: ‘Deja ir a mi hijo para que me dé culto,’ pero como tú no quieres dejarle partir, mira que yo voy a matar a tu hijo, a tu primogénito.”

²⁴ Y sucedió que en el camino le salió al encuentro Yahveh en el lugar donde pasaba la noche y quiso darle muerte.

²⁵ Tomó entonces Seforá un cuchillo de pederrial y, cortando el prepucio de su hijo, tocó los pies

de Moisés, diciendo: “Tú eres para mí esposo de sangre.”

²⁶ Y Yahveh le soltó; ella había dicho: ‘esposo de sangre,’ por la circuncisión.

²⁷ Dijo Yahveh a Aarón: “Vete al desierto al encuentro de Moisés.” Partió, pues, y le encontró en el monte de Dios y le besó.

²⁸ Moisés contó a Aarón todas las palabras que Yahveh le había encomendado y todas las señales que le había mandado hacer.

29 la lucha con el faraón

Moisés y Aarón reunieron a los ancianos del pueblo de Israel. Contaron la misión recibida de Dios de conducir al pueblo lejos de Egipto. Los ancianos se alegraron de ello y también todos los que lo escucharon.

A la mañana siguiente los hermanos se dirigieron al faraón. Moisés portaba con él la vara sagrada. Delante del portón del palacio había sentados dos leones como guardianes, atados con cadenas. Moisés pasó sobre ellos su vara y éstos se volvieron mansos. El abrió sus cadenas y los leones lo siguieron como perros.

Los guardianes de palacio, asustados, les abrieron camino y así pudieron llegar ante el faraón. También éste se asustó ante los hombres con los leones, pues sus rostros estaban iluminados de coraje. ¿Qué clase de poder ejercían esos dos sobre los leones?

Los guardianes de su alteza levantaron sus lanzas en posición por si los leones llegaban a mostrar signos de atacar. El faraón dijo:

—¿Qué deseáis? ¿Quiénes sois? ¿Qué tenéis que ver con mis leones?

Moisés respondió:

—Somos mensajeros del Dios de Israel. Así te habla este Dios: “¡Deja ir a mi pueblo para que pueda brindarme ofrendas en el desierto!”

El faraón respondió:

—Yo no conozco a vuestro Dios. Veo que sois hebreos. Id a acarrear piedras y a hornear ladrillos como los demás. He de consultarlo con mis sabios, por tres días, si permito irse al pueblo judío.

El faraón no se animó a poner mano sobre los dos, pues notó que disponían de poderes especiales con los que podían amansar a los leones.

Para no provocar al faraón, Moisés volvió a colocar las cadenas a los leones, pero tenía pocas esperanzas de que el consejo del faraón resolviera algo beneficioso para el pueblo de Israel.

Cuando Moisés y Aarón se habían retirado del palacio del faraón, éste hizo llamar a su mago Balaam. Le contó lo sucedido con los dos israelitas y los leones. Balaam dijo:

—Estos hombres son también magos, pero mi magia es más fuerte y los vencerá. Ya regresarán.

Tres días después llegó la respuesta: los vigilantes recibieron la orden de hacer aún más duro el trabajo de los israelitas.

Entonces Moisés y Aarón comparecieron nuevamente ante el faraón, pero esta vez sin los leones. El faraón hizo llamar de inmediato a Balaam y les dijo:

—¡Mostradme algún milagro!

Aarón tomó la vara sagrada y la tiró ante el faraón. Esta se transformó enseguida en una víbora.

Entonces Balaam a su vez tiró su vara que también se transformó en una víbora. Pero la víbora de Aarón devoró a la víbora de Balaam y volvió a convertirse en una vara. Balaam abrió grandes sus ojos y chistó:

—¡Demonios, su poder es grande!

Nuevamente exigió Moisés que el faraón permitiera irse a su pueblo para que éste realizara ofrendas en el desierto, pero el faraón volvió a necesitar tiempo de reflexión.

Esa noche el Señor le dijo a Moisés:

—Mañana temprano el faraón irá a las aguas del Nilo. Dirígete hacia allí. Si no quiere dejar ir al pueblo golpea con tu vara el agua y se convertirá en sangre.

A la mañana siguiente Moisés y Aarón salieron al encuentro del faraón a orillas del Nilo. De buena gana éste hubiera dado la orden a sus guerreros de derribarlos a ambos, pero no se atrevió, pues había visto sus señales. Sin embargo quería permanecer obstinado y no consentirles en nada.

Entonces Moisés le dijo:

—El Señor, el Dios de Israel, me envía a ti.

¡Permite que el pueblo se marche para poder ofender en el desierto! Si no estás dispuesto a hacer lo que se te pide golpearé con mi vara el agua del Nilo y será convertida en sangre. Los peces morirán, y el agua no podrá ser bebida.

Pero el faraón permaneció insensible. Entonces Moisés entregó la vara a Aarón y éste golpeó el agua. Esta se volvió roja y hedionda. Los egipcios debieron escarbar la tierra por doquier para poder beber agua. La plaga duró siete días.

Entonces el Señor le dijo a Moisés:

—Ve al palacio del faraón. Si él no quiere dejar que el pueblo salga, llenaré toda la región con ranas.

No obstante el gobernante continuó inamovible en su decisión. Entonces Aarón pasó la vara por las aguas y canales del reino. Pronto emergieron innumerables ranas de las aguas que saltaron a las calles y hasta las habitaciones más internas de las casas. Pero las ranas no fueron donde estaban los israelitas y también Bithja quedó libre de todas las plagas. Esta fue la segunda plaga.

El faraón hizo comparecer a Moisés y Aarón ante sí y dijo:

—¡Quitad la plaga de ranas del país! Podéis ir a hacer vuestras ofrendas en el desierto.

Entonces las ranas murieron en el lugar donde estaban, en las casas, en las calles y en las plazas. Fueron juntadas en montones malolientes.

No bien hubieron desaparecido las ranas, el faraón quebró su palabra y no permitió a los israelitas ir a hacer ofrendas. Entonces el Señor dijo a Moisés:

—Golpea con la vara el polvo de la tierra y grandes hordas de mosquitos acosarán a los egipcios.

Así ocurrió; mas el faraón se mantuvo inflexible. Esta era la tercer plaga.

Y el Señor siguió enviando plagas: tábanos, muerte de ganado, enfermedades y granizadas, langostas que cubrían todos los campos y una gran oscuridad.

El faraón le dijo a Moisés:

—¡Si apareces de nuevo ante mis ojos te haré matar!

Moisés replicó:

—¡No apareceré de nuevo ante tus ojos!

29 la lucha con el faraón

éxodo 4:29-31; 7:1-10:29

²⁹ Fueron, pues, Moisés y Aarón y reunieron a todos los ancianos de los israelitas.

³⁰ Aarón refirió todas las palabras que Yahveh había dicho a Moisés, el cual hizo las señales delante del pueblo.

³¹ El pueblo creyó, y al oír que Yahveh había visitado a los israelitas y había visto su aflicción, se postraron y adoraron.

7¹ Dijo Yahveh a Moisés: “Mira que te he constituido como dios para Faraón y Aarón, tu hermano, será tu profeta; ² tú le dirás cuanto yo te mande; y Aarón, tu hermano, se lo dirá a Faraón, para que deje salir de su país a los israelitas. ³ Yo, por mi parte, endureceré el corazón de Faraón, y multiplicaré mis señales y mis prodigios en el país de Egipto. ⁴ Faraón no os escuchará, pero yo pondré mi mano sobre Egipto y sacaré de la tierra de Egipto a mi ejército, mi pueblo, los israelitas, a fuerza de duros castigos. ⁵ Y los egipcios reconocerán que yo soy Yahveh, cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque de en medio de ellos a los hijos de Israel.”

⁶ Moisés y Aarón hicieron lo que les mandó Yahveh.

⁷ Tenía Moisés ochenta años, y Aarón 83 cuando hablaron a Faraón.

⁸ Habló Yahveh a Moisés y Aarón, y dijo:

⁹ “Cuando Faraón os diga: Haced algún prodigio, dirás a Aarón: ‘Toma tu cayado y échalo delante de Faraón, y que se convierta en serpiente.’”

¹⁰ Se presentaron, pues, Moisés y Aarón a Faraón, e hicieron lo que Yahveh había ordenado: Aarón echó su cayado delante de Faraón y de sus servidores, y se convirtió en serpiente.

¹¹ También Faraón llamó a los sabios y a los hechiceros, y también ellos, los sabios egipcios, hicieron con sus encantamientos las mismas cosas.

¹² Echó cada cual su vara, y se trocaron en serpientes; pero el cayado de Aarón devoró sus varas.

¹³ Sin embargo el corazón de Faraón se endureció, y no les escuchó, conforme había predicho Yahveh.

¹⁴ Entonces dijo Yahveh a Moisés: “El corazón de Faraón es obstinado; se niega a dejar salir al pueblo.

¹⁵ Preséntate a Faraón por la mañana, cuando vaya a la ribera. Le saldrás al encuentro a la orilla del Río, llevando en tu mano el cayado que se convirtió en serpiente. ¹⁶ Y le dirás: Yahveh, el Dios de los hebreos, me ha enviado a ti para decirte: ‘Deja partir a mi pueblo, para que me den culto en el desierto’; pero hasta el presente no has escuchado. ¹⁷ Así dice Yahveh: ‘En esto conocerás que yo soy Yahveh: Mira que voy a golpear con el cayado que tengo en la mano las aguas del Río, y se convertirán en sangre.

¹⁸ Los peces del Río morirán, y el Río quedará apesadado de modo que los egipcios no podrán ya beber agua del Río.”

¹⁹ Yahveh dijo a Moisés: “Di a Aarón: ‘Toma tu cayado, y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto, sobre sus canales, sobre sus ríos, sobre sus lagunas y sobre todos sus depósitos de agua. Se con-

vertirán en sangre; y habrá sangre en toda la tierra de Egipto, hasta en los árboles y la piedras.”

²⁰ Moisés y Aarón hicieron lo que Yahveh les había mandado: alzó el cayado y golpeó las aguas que hay en el Río en presencia de Faraón y de sus servidores, y todas las aguas del Río se convirtieron en sangre.

²¹ Los peces del Río murieron, el Río quedó apesado de modo que los egipcios nos pudieron beber el agua del Río; hubo sangre en todo el país de Egipto.

²² Pero lo mismo hicieron con sus encantamientos los magos de Egipto; y el corazón de Faraón se endureció y no les escuchó, como había dicho Yahveh.

²³ Se volvió Faraón y entró en su casa sin hacer caso de ello.

²⁴ Y todos los egipcios tuvieron que cavar en los alrededores del Río en busca de agua potable, porque no podían beber las aguas del Río.

²⁵ Pasaron siete días desde que Yahveh hirió el Río.

²⁶ Y dijo Yahveh a Moisés: “Preséntate a Faraón y dile: ‘Así dice Yahveh: ‘Deja salir a mi pueblo para que me dé culto.’ ²⁷ Si te niegas a dejarle partir infestaré de ranas todo tu país. ²⁸ El Río bullirá de ranas, que subirán y entrarán en tu casa, en tu dormitorio y en tu lecho, en las casas de tus servidores y en tu pueblo, en tus hornos y en tus artesas. ²⁹ Subirán las ranas sobre ti, sobre tu pueblo, y sobre tus siervos.”

8¹ Dijo Yahveh a Moisés: “Di a Aarón: ‘Extiende tu mano con tu cayado sobre los canales, sobre los ríos y sobre las lagunas, y haz que suban las ranas sobre la tierra de Egipto.’”

² Aarón extendió su mano sobre las aguas de Egipto; subieron las ranas y cubrieron la tierra de Egipto.

³ Pero los magos hicieron lo mismo con sus encantamientos, e hicieron subir las ranas sobre la tierra de Egipto.

⁴ Faraón llamó a Moisés y a Aarón y dijo: “Pedid a Yahveh que aparte las ranas de mí y de mi pueblo, y yo dejaré salir al pueblo para que ofrezca sacrificios a Yahveh.”

⁵ Respondió Moisés a Faraón: “Dígnate indicarme cuándo he de rogar por ti, por tus siervos y por tu pueblo, para que se alejen las ranas de ti y de tus casas, y queden solamente en el Río.”

⁶ “Mañana,” contestó el. Replicó Moisés: “Será conforme a tu palabra, para que sepas que no hay como Yahveh, nuestro Dios.

⁷ Las ranas se apartarán de ti, de tus casas, de tus siervos y de tu pueblo, y quedarán sólo en el Río.”

⁸ Salieron Moisés y Aarón de la presencia de Faraón, invocó Moisés a Yahveh acerca de las ranas que afligían a Faraón, ⁹ y Yahveh hizo lo que Moisés pedía: murieron las ranas de las casas, de los patios y de los campos.

¹⁰ Las juntaron en montones y el paísapestaba.

¹¹ Pero Faraón viendo que tenía este respiro, endureció su corazón, y no les escuchó como había predicho Yahveh.

¹² Dijo Yahveh a Moisés: “Di a Aarón: ‘Extiende tu cayado y golpea el polvo de la tierra que se convertirá en mosquitos sobre todo el país de Egipto.’”

¹³ Así lo hicieron: Aarón extendió su mano con el cayado y golpeó el polvo de la tierra; y hubo mosquitos sobre los hombres y sobre los ganados. Todo el polvo de la tierra se convirtió en mosquitos sobre todo el país de Egipto.

¹⁴ Los magos intentaron con sus encantamientos hacer salir mosquitos, pero no pudieron. Hubo, pues, mosquitos sobre hombres y ganados.

¹⁵ Dijeron los magos a Faraón: “¡Es el dedo de Dios!” Pero el corazón de Faraón se endureció, y no les escuchó, como había dicho Yahveh.

¹⁶ Yahveh dijo a Moisés: “Levántate muy de mañana, preséntate a Faraón cuando vaya a la ribera, y dile: Así dice Yahveh: ‘Deja salir a mi pueblo, para que me dé culto.’ ¹⁷ Si no dejas salir a mi pueblo, mira que voy a enviar tábanos contra ti, contra tus siervos, tu pueblo y tus casas, de manera que las casas de los egipcios y hasta el suelo sobre el cual están se llenarán de tábanos. ¹⁸ Pero exceptuaré ese día la región de Gosen, donde está mi pueblo, para que no haya allí tábanos, a fin de que sepas que yo soy Yahveh en medio de la tierra; ¹⁹ haré distinción entre mi pueblo y el tuyo. Este prodigio sucederá mañana.”

²⁰ Así lo hizo Yahveh, y un enorme enjambre de tábanos vino sobre la casa de Faraón y la casas de sus siervos; y toda la tierra de Egipto; la tierra fue devastada por los tábanos.

²¹ Entonces llamó Faraón a Moisés y a Aarón y les dijo: “Id y ofreced sacrificios a vuestro Dios en este país.”

²² Moisés respondió: “No conviene que se haga así, porque el sacrificio que ofrecemos a Yahveh, nuestro Dios, es abominación para los egipcios. ¿Nos apedrearían los egipcios si ofreciéramos ante sus ojos un sacrificio que para ellos es abominable? ²³ Iremos tres jornadas de camino por el desierto, y allí ofreceremos sacrificios a Yahveh, nuestro Dios, según él nos ordena.”

²⁴ Contestó Faraón: “Os dejaré ir, para que ofrecáis en el desierto sacrificios a Yahveh, vuestro Dios, con tal que no vayáis demasiado lejos. Rogad por mí.”

²⁵ Moisés respondió: “En cuanto salga rogaré a Yahveh, y mañana los tábanos se alejarán de Faraón, de sus siervos y de su pueblo; pero que no nos siga

engañando Faraón, impidiendo que el pueblo vaya a ofrecer sacrificios a Yahveh.”

²⁶ Salió, pues, Moisés de la presencia de Faraón, y rogó a Yahveh.

²⁷ Hizo Yahveh lo que Moisés pedía, y alejó los tábanos del Faraón, de sus siervos y de su pueblo, sin quedar ni uno.

²⁸ Pero también esta vez endureció Faraón su corazón y no dejó salir al pueblo.

9¹ Yahveh dijo a Moisés: “Preséntate a Faraón y dile: Así dice Yahveh, el Dios de los hebreos: ‘Deja salir a mi pueblo para que me den culto.’”

² Si te niegas a dejarles salir y los sigues reteniendo, ³ mira que la mano de Yahveh caerá sobre tus ganados del campo, sobre los caballos, sobre los asnos, sobre los camellos, sobre la vacadas y sobre las ovejas; habrá una grandísima peste. ⁴ Pero Yahveh hará distinción entre el ganado de Israel y el ganado de los egipcios, de modo que nada perecerá de lo perteneciente a Israel.”

⁵ Y Yahveh fijó el plazo, diciendo: “Mañana hará esto Yahveh en el país.”

⁶ Al día siguiente cumplió Yahveh su palabra y murió todo el ganado de los egipcios; mas del ganado de los israelitas no murió ni una sola cabeza.

⁷ Faraón mandó hacer averiguaciones, y se vio que del ganado de Israel no había muerto ni un solo animal. Sin embargo, se endureció el corazón de Faraón y no dejó salir al pueblo.

⁸ Dijo Yahveh a Moisés y a Aarón: “Tomad dos grandes puñados de hollín de horno, y que Moisés lo lance hacia el cielo, en presencia de Faraón; ⁹ se convertirá en polvo fino sobre todo el territorio de Egipto, y formará erupciones pustulosas, en hombres y ganados, por toda la tierra de Egipto.”

¹⁰ Tomaron, pues, hollín de horno y presentándose ante Faraón, lo lanzó Moisés hacia el cielo, y hubo erupciones pustulosas en hombres y ganados.

¹¹ Ni los magos pudieron permanecer delante de Moisés a causa de las erupciones; pues los magos tenían las mismas erupciones que todos los egipcios.

¹² Pero Yahveh endureció el corazón de Faraón, que nos les escuchó, según Yahveh había dicho a Moisés.

¹³ Dijo Yahveh a Moisés: “Levántate de mañana, preséntate a Faraón y dile: Así dice Yahveh, el Dios de los hebreos: ‘Deja salir a mi pueblo para que me den culto.’” ¹⁴ Porque esta vez voy a enviar todas mis plagas sobre ti, sobre tus siervos y sobre tu pueblo para que sepas que no hay como yo en toda la tierra. ¹⁵ Si yo hubiera extendido mi mano y te hubiera herido a ti y a tu pueblo con peste, ya habrías desaparecido de la tierra; ¹⁶ pero te he dejado con vida, para hacerte ver mi poder, y para que sea celebrado mi nombre sobre toda la tierra.

¹⁷ Tú te opones todavía a mi pueblo, para no dejarle salir. ¹⁸ Pues mira que mañana, a esta hora, haré llover una granizada tan fuerte, como no hubo otra en Egipto desde el día en que fue fundado hasta el presente. ¹⁹ Ahora, pues, manda poner a salvo tu ganado y cuanto tienes en del campo; porque el granizo descargará sobre todos los hombres y animales que se hallan en el campo, y cuantos no se hayan recogido bajo techumbre perecerán.”

²⁰ Aquéllos de los siervos de Faraón que temieron la palabra de Yahveh pusieron al abrigo a sus siervos y su ganado; ²¹ mas los que no hicieron caso de la palabra de Yahveh, dejaron en el campo a sus siervos y su ganado.

²² Dijo Yahveh a Moisés: “Extiende tu mano hacia el cielo, y que caiga granizo en toda la tierra de Egipto,

sobre los hombres, sobre los ganados y sobre todas las hierbas del campo que hay en la tierra de Egipto.”

²³ Extendió Moisés su cayado hacia el cielo, y Yahveh envió truenos y granizo; cayeron rayos sobre la tierra, y Yahveh hizo llover granizo sobre el país de Egipto.

²⁴ El granizo y los rayos mezclados con el granizo cayeron con fuerza tan extraordinaria que nunca hubo semejante en toda la tierra de Egipto desde que comenzó a ser nación.

²⁵ El granizo hirió cuanto había en el campo en todo el país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados. El granizo machacó también toda la hierba del campo, y quebró todos los árboles del campo.

²⁶ Tan sólo en la región de Gosen, donde habitaban los israelitas, no hubo granizo.

²⁷ Faraón hizo llamar a Moisés y a Aarón y les dijo: “Ahora sí, he pecado; Yahveh es el justo, y yo y mi pueblo somos inícuos. ²⁸ Rogad a Yahveh que cesen ya los truenos y el granizo; y os dejaré salir. No tendréis que quedaros más tiempo aquí.”

²⁹ Moisés le respondió: “Cuando salga de la ciudad extenderé mis manos hacia Yahveh, cesarán los truenos, y no habrá más granizo, para que sepas que la tierra es de Yahveh. ³⁰ Pero bien sé que ni tú ni tus siervos teméis todavía a Yahveh, Dios.”

³¹ Fueron destrozados el lino y la cebada, pues la cebada estaba ya en espiga, y el lino en flor.

³² El trigo y la espelta no fueron destrozados por ser tardíos.

³³ Dejando a Faraón, salió Moisés de la ciudad, extendió las manos hacia Yahveh, y cesaron los truenos y granizos, y no cayó más lluvia sobre la tierra.

³⁴ Cuando Faraón vio que había cesado la lluvia, el granizo y los truenos, volvió a pecar, endureciendo su corazón, tanto él como sus siervos.

³⁵ Se endureció, pues, el corazón de Faraón y no dejó salir a los israelitas como Yahveh había dicho por boca de Moisés.

10¹ Dijo Yahveh a Moisés: “Ve a Faraón, porque he endurecido su corazón y el corazón de sus siervos, para obrar estas señales mías en medio de ellos; ² y para que puedas contar a tu hijo, y al hijo de tu hijo, cómo me divertí con Egipto y las señales que realicé entre ellos, y sepáis que yo soy Yahveh.”

³ Fueron, pues, Moisés y Aarón donde Faraón y le dijeron: “Así dice Yahveh, el Dios de los hebreos: ‘¿Hasta cuándo te resistirás a humillarte ante mí? Deja salir a mi pueblo para que me dé culto. ⁴ Si te niegas a dejar salir a mi pueblo, mira que mañana traeré langostas sobre tu territorio; ⁵ y cubrirán la superficie del país, de suerte que ni podrá verse el suelo. Devorarán lo que os quedó de la granizada, y comerán todos los árboles que os crecen en el campo. ⁶ Llenarán tus casas, las casas de todos los egipcios, como nunca vieron tus padres, ni los padres de tus padres, desde el día en que existieron sobre la tierra hasta el día de hoy.’” Y retirándose salió de la presencia de Faraón.

⁷ Dijeron entonces a Faraón sus siervos: “¿Hasta cuándo ha de ser este hombre causa de nuestra ruina? Deja salir a esa gente y que den culto a Yahveh, su Dios. ¿Te darás cuenta a tiempo de que Egipto se pierde?”

⁸ Hicieron, pues, volver a Moisés y a Aarón a la presencia de Faraón; el cual les dijo: “Id a dar culto a Yahveh, vuestro Dios. ¿Quiénes van a ir?”

⁹ Respondió Moisés: “Saldremos con nuestros niños y nuestros ancianos, con nuestros hijos y nuestras hijas, con nuestras ovejas y nuestras vacadas; porque es nuestra fiesta de Yahveh.”

¹⁰ Les contestó: “¿Así esté Yahveh con vosotros como voy a dejaros salir a vosotros con vuestros pequeños! Ved cómo a la vista están vuestras malas intenciones. ¹¹ No será así; salid si queréis los varones solos y dad culto a Yahveh, pues eso es lo que buscabais.” Y fueron echados de la presencia de Faraón.

¹² Yahveh dijo a Moisés: “Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para que venga la langosta; que suba sobre el país de Egipto y coma toda la hierba del país, todo lo que dejó el granizo.”

¹³ Moisés extendió su cayado sobre la tierra de Egipto; y Yahveh hizo soplar el solano sobre el país todo aquel día y toda la noche. Y cuando amaneció, el solano había traído la langosta.

¹⁴ La langosta invadió todo el país de Egipto, y se posó en todo el territorio egipcio, en cantidad tan grande como nunca había habido antes tal plaga de langosta ni la habría después.

¹⁵ Cubrieron toda la superficie del país hasta oscurecer la tierra; devoraron toda la hierba del país y todos los frutos de los árboles que el granizo había dejado; no quedó nada verde ni en los árboles ni en las hierbas del campo en toda la tierra de Egipto.

¹⁶ Entonces Faraón llamó a toda prisa a Moisés y a Aarón, y dijo: “He pecado contra Yahveh, vuestro Dios, y contra vosotros. ¹⁷ Ahora, pues, perdonad por favor mi pecado, siquiera por esta vez; rogad a Yahveh, vuestro Dios, que aparte de mí al menos esta mortandad.”

¹⁸ Salió Moisés de la presencia de Faraón y rogó a Yahveh.

¹⁹ Yahveh hizo que soplara con gran violencia un viento del mar que se llevó la langosta y la echó al mar de Suf. No quedó ni una langosta en todo el territorio de Egipto.

²⁰ Pero Yahveh endureció el corazón de Faraón, que no dejó salir a los israelitas.

²¹ Yahveh dijo a Moisés: “Extiende tu mano hacia el cielo, y haya sobre la tierra de Egipto tinieblas que puedan palpase.”

²² Extendió, pues, Moisés su mano hacia el cielo, y hubo por tres días densas tinieblas en todo el país de Egipto.

²³ No se veían unos a otros, y nadie se levantó de su sitio por espacio de tres días, mientras que todos los israelitas tenían luz en sus moradas.

²⁴ Llamó Faraón a Moisés y dijo: “Id y dad culto a Yahveh; que se queden solamente vuestras ovejas y vuestras vacadas. También vuestros pequeños podrán ir con vosotros.”

²⁵ Respondió Moisés: “Nos tienes que conceder también sacrificios y holocaustos, para que los ofrendemos a Yahveh, nuestro Dios. ²⁶ También nuestro ganado ha de venir con nosotros. No quedará ni una pezuña; porque de ellos hemos de tomar para dar culto a Yahveh, nuestro Dios. Y no sabemos todavía qué hemos de ofrecer a Yahveh hasta que lleguemos allá.”

²⁷ Yahveh endureció el corazón de Faraón, que no quiso dejarles salir.

²⁸ Y dijo Faraón a Moisés: “¿Retírate de mi presencia! ¿Guárdate de volver a ver mi rostro, pues el día en que veas mi rostro, morirás!”

²⁹ Respondió Moisés: “Tú lo has dicho: no volveré a ver tu rostro.”

30 la salida

Entonces habló el Señor:

—Enviaré una última plaga, entonces os dejarán partir. A cada familia egipcia, el día diez del mes, le perecerá durante la noche su primer hijo varón, inclusive el primogénito del faraón. Cuando llegue el día diez, cada familia israelita debe tomar un cordero. Este debe ser carneado y comido como cena de despedida. Con sangre del cordero se pintará el poste de la puerta. Cuando el ángel de la muerte ande por la región respetará vuestras casas con la marca de sangre.

Así ocurrió. A media noche murieron todos los primogénitos egipcios. Se elevaron fuertes y lastimosos gritos. No hubo casa egipcia en la que no hubiera un muerto que llorar.

El ángel de la muerte pasó suave por las casas de los hebreos; eso fue llamado 'Pesaj' (Pascua). Por ello, el comer cordero fue denominado cena de 'pascua,' y se hace como recuerdo hasta hoy.

Esa fue entonces la cena de despedida de Israel en Egipto. Esa misma noche llegaron presurosos mensajeros del faraón a Moisés y Aarón. La orden era la siguiente:

—¡Marchad con todo el pueblo fuera del país! ¡Abandonad Egipto para siempre!

A los egipcios les apremiaba verse libres enseguida de los israelitas. Todo el pueblo había preparado la partida. Asnos y camellos fueron cargados con comida y odres de agua. Se reunieron los rebaños. Eran un enorme número de hombres, mujeres y niños.

Moisés ordenó la caravana del pueblo según las castas de los doce hermanos. Abriendo la marcha estaba la tribu de Rubén, y la de Benjamín la cerraba. Todos estaban animados y con gran alegría; Moisés y Aarón les dieron a todos la confianza de que la mano segura de Dios los conducía.

Moisés hizo sacar de su sepultura los restos mortales de José con su ataúd para enterrarlo en la tierra de su antigua patria.

La caravana había dejado atrás ciudades y pueblos y pasó a través de un trecho de desierto.

Ocurrió al anochecer que delante de los israelitas apareció una estrecha nube brillante, cual pilar o cual poderosa vara de nubes. Moisés ordenó el alto y dijo:

—¡Preparemos una ofrenda de agradecimiento! Mirad, en el cielo apareció la señal de nuestro Dios; ella nos guiará.

El pueblo puso las tiendas para la noche, mientras Aarón preparó la ofrenda; después Moisés dijo las oraciones y el pueblo entonó cánticos de agradecimiento.

Cuando amaneció, el brillo de luz resplandeciente se volvió a convertir en la nube que desde entonces guió siempre al pueblo. Cuando oscurecía el brillo de luz volvía a resplandecer en la nube.

Cuando el faraón se percató de que todo el pueblo de los israelitas se había marchado y que el trabajo había sido abandonado en las ciudades y en las construcciones, se arrepintió de haber exhortado a los israelitas a marcharse. Balaam aconsejó:

—Envíales un gran ejército que los obligue a regresar al trabajo después de que hayan realizado sus ofrendas en el desierto.

Entonces el faraón envió la orden a todos los comandantes del ejército de perseguir al pueblo de Israel con el ejército entero, la caballería y los carros de guerra, y obligarlos a regresar.

Los israelitas se hallaban ya en las cercanías del Mar Rojo cuando se acercaron con estrépito los mensajeros de los egipcios. Pidieron hablar con Moisés y Aarón y les urgieron:

—En nombre del faraón les exigimos regresar a Egipto. Su alteza sólo les permitió realizar ofrendas en el desierto por el lapso de tres días. Detrás de nosotros viene un poderoso ejército. ¡Si no acatan voluntariamente la orden, fluirá la sangre! ¡Ay de vosotros si no obedecéis!

Moisés respondió:

—Decid al faraón y a los comandantes del ejército que Dios nos ha encargado conducir al pueblo de Israel a su antigua patria. ¡No regresaremos nunca jamás!

Los mensajeros giraron furiosos sus rápidos caballos y llevaron esa respuesta a la gran expedición guerrera. En muchos israelitas irrumpieron el miedo y las lamentaciones, pero los guerreros hablaron entre ellos:

—¡Cuando vengan lucharemos!

Empero Moisés recibió otras indicaciones de Dios. Extendió su vara en dirección al mar, hizo una señal y de pronto comenzaron a resoplar vientos retirando las aguas de un lugar poco profundo. La nube dejó de guiar a los israelitas y descendió entre ellos y el ejército egipcio, de forma que en la delantera, los guerreros egipcios quedaron sumergidos con en una espesa niebla. No podían seguir adelante.

el profanador de textos

Los israelitas comenzaron a avanzar por el camino que el mar dejaba libre, pues los vientos mantenían retiradas las aguas. Cuando la nube volvió a ascender, los últimos israelitas estaban llegando a la orilla opuesta. Los egipcios vieron esto con gran asombro. Su comandante exclamó:

—¡Vamos detrás de ellos!

Lanzaron los corceles con los carros de guerra, seguidos del resto del ejército, al camino entre las aguas del mar. No bien estuvieron todos los egipcios dentro, las aguas comenzaron a regresar. Los cascos de los caballos y las ruedas de los carros se hundieron en la arena lodosa. Los guerreros fueron cubiertos por el agua y se ahogaron. Todo el ejército egipcio se hundió en el agua.

Desde la otra orilla, los israelitas siguieron el portentoso espectáculo de esta desaparición. Cada uno de ellos reconoció la voluntad de Dios y muchos comenzaron a entonar cánticos de alabanzas. Myriam, la hermana de Moisés, cantó un largo himno:

*Comenzad a cantar, los tambores tocad,
hundido está el ejército del faraón.
Comenzad a cantar, los tambores tocad,
ahogado en el Rojo Mar
está hombre y corcel,
el orgulloso tropel
en las aguas profundas,
en el lecho del mar.
Ante nuestro pie, el agua mermó
y un ancho camino se abrió.
La nube nuestro paso cubrió
como la vara de Moisés lo ordenó.
Oh pilar de fuego de Dios,
tú guías con claro brillar.
¡Acompaña nuestros pasos*

*a la lejana tierra natal!
Comenzad a cantar, los tambores tocad,
hundido está el ejército del faraón,
comenzad a cantar, los tambores tocad,
ahogado en el Rojo Mar.
Por tanto agradeced y alabad al Señor
con cantos y tambor.*

Mientras Myriam cantaba así la seguían detrás muchas mujeres con timbales, danzando en ronda. Una y otra vez, día tras día, resonaba y se cantaba:

*Cantad al Señor,
grande y excelso es,
corceles y jinetes
a los mares echó.*

30 la salida

éxodo 11:1-15:21

11 ¹ Dijo Yahveh a Moisés: “Todavía traeré una plaga más sobre Faraón y sobre Egipto; tras de lo cual os dejaré marchar de aquí y cuando, por fin, os deje salir del país, él mismo os expulsará de aquí. ² Habla, pues, al pueblo y que cada hombre pida a su vecino, y cada mujer a su vecina, objetos de plata y objetos de oro.”

³ Yahveh hizo que el pueblo se ganase el favor de los egipcios. Además, Moisés era un gran personaje en la tierra de Egipto, tanto a los ojos de los servidores de Faraón como a los ojos del pueblo.

⁴ Moisés dijo: “Así dice Yahveh: ‘Hacia media noche pasaré yo a través de Egipto; ⁵ y morirá en el país de Egipto todo primogénito, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono hasta el primogénito de la esclava encargada de moler, así como todo primer nacido del ganado. ⁶ Y se elevará en todo el país de Egipto un alarido tan grande como nunca lo hubo, ni lo habrá. ⁷ Pero entre los israelitas ni siquiera un perro ladrará ni contra hombre ni contra bestia; para que sepáis cómo Yahveh hace distinción entre Egipto e Israel.’ ⁸ Entonces vendrán a mí todos estos siervos tuyos y se postrarán delante de

mí, diciendo: ‘Sal, tú y todo el pueblo que te sigue. Y entonces, saldré.’” Y, ardiendo en cólera, salió de la presencia de Faraón.

⁹Y dijo Yahveh a Moisés: “No os escuchará Faraón, para que así pueda yo multiplicar mis prodigios en la tierra de Egipto.”

¹⁰Moisés y Aarón obraron todos estos prodigios ante Faraón; pero Yahveh endureció el corazón de Faraón, que no dejó salir de su país a los israelitas.

12¹Dijo Yahveh a Moisés y Aarón en el país de Egipto:

²“Este mes será para vosotros el comienzo de los meses; será el primero de los meses del año. ³Hablad a toda la comunidad de Israel y decid: El día diez de este mes tomará cada uno para sí una res de ganado menor por familia, una res de ganado menor por casa.

⁴Y si la familia fuese demasiado reducida para una res de ganado menor, traerá al vecino más cercano a su casa, según el número de personas y conforme a lo que cada cual pueda comer.

⁵El animal será sin defecto, macho, de un año. Lo escogeréis entre los corderos o los cabritos.

⁶Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes; y toda la asamblea de la comunidad de los israelitas lo inmolará entre dos luces.

⁷Luego tomarán la sangre y untarán las dos jambas y el dintel de las casas donde lo coman.

⁸En aquella misma noche comerán la carne. La comerán asada al fuego, con ázimos y con hierbas amargas.

⁹Nada de él comeréis crudo ni cocido, sino asado, con su cabeza, sus patas y sus entrañas.

¹⁰Y no dejaréis nada de él para la mañana; lo que sobre al amanecer lo quemaréis.

¹¹Así lo habéis de comer: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies, y el bastón en vuestra mano; y lo comeréis de prisa. Es Pascua de Yahveh.

¹²Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos del país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, Yahveh.

¹³La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora cuando yo hiera el país de Egipto.

¹⁴Este será un día memorable para vosotros, y lo celebraréis como fiesta en honor de Yahveh de generación en generación. Decretaréis que sea fiesta para siempre.”

¹⁵“Durante siete días comeréis ázimos; ya desde el primer día quitaréis de vuestras casas la levadura. Todo el que desde el día primero hasta el día séptimo coma pan fermentado, ese tal será exterminado de en medio de Israel.

¹⁶El primer día tendréis reunión sagrada; también el día séptimo os reuniréis en reunión sagrada. Ningún trabajo se hará en esos días, salvo la comida para cada uno. Esto es lo único que podréis hacer.

¹⁷Guardad la fiesta de los Ázimos, porque en ese mismo día saqué yo vuestros ejércitos de la tierra de Egipto. Guardad este día de generación en generación como decreto perpetuo.

¹⁸Comeréis ázimos en el mes primero, desde la tarde del día catorce del mes hasta la tarde del día veintiuno.

¹⁹No habrá levadura en vuestras casas por espacio de siete días; todo aquel que coma algo fermentado, sea forastero o natural del país, será exterminado de la comunidad de Israel.

²⁰No comeréis nada fermentado; en todo lugar donde habitéis, comeréis ázimos.”

²¹Llamó Moisés a todos los ancianos de Israel y les dijo: “Id en busca de reses menores para vuestras familias e inmolad la pascua.

²²Tomaréis un manojo de hisopo, lo mojaréis en la sangre que está en la vasija y untaréis el dintel y las dos jambas con la sangre de la vasija; y ninguno de vosotros saldrá de la puerta de su casa hasta la mañana.

²³Yahveh pasará y herirá a los egipcios, pero al ver la sangre en el dintel y en las dos jambas, Yahveh pasará de largo por aquella puerta y no permitirá que el Exterminador entre en vuestras casas para herir.

²⁴Guardad este mandato como decreto perpetuo para vosotros y vuestros hijos.

²⁵También guardaréis este rito cuando entréis en la tierra que os dará Yahveh, según su promesa.

²⁶Y cuando os pregunten vuestros hijos: ‘¿Qué significa para vosotros este rito?’ ²⁷responderéis: ‘Este es el sacrificio de la Pascua de Yahveh, que pasó de largo por las casas de los israelitas en Egipto cuando hirió a los egipcios y salvó nuestras casas.’” Entonces el pueblo se postró para adorar.

²⁸Fueron los israelitas e hicieron lo que había mandado Yahveh a Moisés y a Aarón; así lo hicieron.

²⁹Y sucedió que, a media noche, Yahveh hirió en el país de Egipto a todos los primogénitos, desde el primogénito de Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel, y a todo primer nacido del ganado.

³⁰Levantóse Faraón aquella noche, con todos sus servidores y todos los egipcios; y hubo grande alarido en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto.

³¹ Llamó Faraón a Moisés y a Aarón, durante la noche, y les dijo: “Levantaos y salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los israelitas, e id a dar culto a Yahveh, como habéis dicho.” ³² Tomad también vuestros rebaños y vuestras vacadas, como dijisteis. Marchaos y bendecidme también a mí.”

³³ Los egipcios por su parte instaban al pueblo para acelerar su salida del país, pues decían: “Vamos a morir todos.”

³⁴ Tomó, pues, el pueblo la masa, antes que fermentara y, envolviendo en los mantos las artesas de la harina, se las cargaron a hombros.

³⁵ Los israelitas hicieron lo que les dijo Moisés y pidieron a los egipcios objetos de plata, objetos de oro y vestidos.

³⁶ Yahveh hizo que el pueblo se ganara el favor de los egipcios, los cuales se los prestaron. Así despojaron a los egipcios.

³⁷ Los israelitas partieron de Ramsés hacia Sukkot, unos 600.000 hombres de a pie, sin contar los niños.

³⁸ Salió también con ellos una muchedumbre abigarrada y grandes rebaños de ovejas y vacas.

³⁹ De la masa que habían sacado de Egipto cocieron tortas ázimas, porque no había fermentado todavía; pues al ser echados de Egipto no pudieron tomar víveres ni provisiones para el camino.

⁴⁰ Los israelitas estuvieron en Egipto 430 años.

⁴¹ El mismo día que se cumplían los 430 años, salieron de la tierra de Egipto todos los ejércitos de Yahveh.

⁴² Noche de guardia fue ésta para Yahveh, para sacarlos de la tierra de Egipto. Esta misma noche será la noche de guardia en honor de Yahveh para todos los israelitas, por todas sus generaciones.

⁴³ Dijo Yahveh a Moisés y a Aarón: “Estas son las normas sobre la Pascua: no comerá de ella ningún

extranjero. ⁴⁴ Todo siervo, comprado por dinero, a quien hayas circuncidado, podrá comerla. ⁴⁵ Pero el residente y el jornalero no la comerán. ⁴⁶ Se ha de comer dentro de casa; no sacaréis fuera de casa nada de carne, ni le quebraréis ningún hueso. ⁴⁷ Toda la comunidad de Israel la celebrará. ⁴⁸ Si un forastero que habita contigo quiere celebrar la Pascua de Yahveh, que se circunciden todos sus varones, y entonces podrá acercarse para celebrarla, pues será como los nativos; pero ningún incircunciso podrá comerla. ⁴⁹ Una misma ley habrá para el nativo y para el forastero que habita en medio de vosotros.”

⁵⁰ Así lo hicieron todos los israelitas. Tal como había mandado Yahveh a Moisés y a Aarón, así lo hicieron.

⁵¹ Y en aquel mismo día sacó Yahveh del país de Egipto a los israelitas en orden de campaña.

13 ¹ Habló Yahveh a Moisés, diciendo: ² “Conságrame todo primogénito, todo lo que abre el seno materno entre los israelitas. Ya sean hombres o animales, míos son todos.”

³ Dijo, pues, Moisés al pueblo: “Acordaos de este día en que salisteis de Egipto, de la casa de servidumbre, pues Yahveh os ha sacado de aquí con mano fuerte; y no comáis pan fermentado. ⁴ Salís hoy, en el mes de Abib. ⁵ Así, cuando Yahveh te haya introducido en la tierra de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los jivitas y de los jebuseos, que juró a tus padres que te daría, tierra que mana leche y miel, celebrarás ese rito en este mes. ⁶ Siete días comerás ázimos y el día séptimo será fiesta de Yahveh. ⁷ Se comerán ázimos durante siete días, y no se verá pan fermentado en tu casa, ni levadura en tu casa, en todo tu territorio. ⁸ En aquel día harás saber a tu hijo: ‘Esto es con motivo de lo que hizo conmi-

go Yahveh cuando salí de Egipto.’ ⁹ Y esto te servirá como señal en tu mano, y como recordatorio ante tus ojos, para que la ley de Yahveh esté en tu boca; porque con mano fuerte te sacó Yahveh de Egipto. ¹⁰ Guardarás este precepto, año por año, en el tiempo debido.” ¹¹ Cuando Yahveh te haya introducido en la tierra del cananeo, como lo tiene jurado a ti y a tus padres, y te la haya dado, ¹² consagrarás a Yahveh todo lo que abre el seno materno. Todo primer nacido de tus ganados, si son machos, pertenecen también a Yahveh. ¹³ Todo primer nacido del asno lo rescatarás con un cordero; y si no lo rescatas lo desnucará. Rescatarás también todo primogénito de entre tus hijos. ¹⁴ Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: ‘¿Qué significa esto?’ le dirás: ‘Con mano fuerte nos sacó Yahveh de Egipto, de la casa de servidumbre.’ ¹⁵ Como Faraón se obstinó en no dejarnos salir, Yahveh mató a todos los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado. Por eso sacrifico a Yahveh todo macho que abre el seno materno, y rescato todo primogénito de mis hijos. ¹⁶ Esto será como señal en tu mano y como insignia entre tus ojos; porque con mano fuerte nos sacó Yahveh de Egipto.”

¹⁷ Cuando Faraón dejó salir al pueblo, Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, aunque era más corto; pues se dijo Dios: “No sea que, al verse atacado, se arrepienta el pueblo y se vuelva a Egipto.”

¹⁸ Hizo Dios dar un rodeo al pueblo por el camino del desierto del mar de Suf. Los israelitas salieron bien equipados del país de Egipto.

¹⁹ Moisés tomó consigo los huesos de José, pues éste había hecho jurar solemnemente a los israelitas, diciendo: “Ciertamente Dios os visitará, y entonces llevaos de aquí mis huesos con vosotros.”

²⁰ Partieron de Sukkot y acamparon en Etam, al borde del desierto.

²¹ Yahveh iba al frente de ellos, de día en columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche.

²² No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche.

14¹ Habló Yahveh a Moisés, diciendo:

² “Di a los israelitas que se vuelvan y acampen frente a Pi Hajiro, entre Migdol y el mar, enfrente de Baal Sefón. Frente a ese lugar acamparéis, junto al mar. ³ Faraón dirá de los israelitas: ‘Andan errantes en el país, y el desierto les cierra el paso.’

⁴ Yo endureceré el corazón de Faraón, y os perseguirá; pero yo manifestaré mi gloria a costa de Faraón y de todo su ejército, y sabrán los egipcios que yo soy Yahveh.” Así lo hicieron.

⁵ Cuando anunciaron al rey de Egipto que había huido el pueblo, se mudó el corazón de Faraón y de sus servidores respecto del pueblo, y dijeron: “¿Qué es lo que hemos hecho dejando que Israel salga de nuestro servicio?”

⁶ Faraón hizo enganchar su carro y llevó consigo sus tropas.

⁷ Tomó seiscientos carros escogidos y todos los carros de Egipto, montados por sus combatientes.

⁸ Endureció Yahveh el corazón de Faraón rey de Egipto, el cual persiguió a los israelitas, pero los israelitas salieron con la mano alzada.

⁹ Los egipcios los persiguieron: todos los caballos, los carros de Faraón, con la gente de los carros y su ejército; y les dieron alcance mientras acampaban junto al mar, cerca de Pi Hajiro, frente a Baal Sefón.

¹⁰ Al acercarse Faraón, los israelitas alzaron sus ojos, y viendo que los egipcios marchaban tras ellos, temieron mucho los israelitas y clamaron a Yahveh.

¹¹ Y dijeron a Moisés: “¿Acaso no había sepulturas en Egipto para que nos hayas traído a morir en el desierto? ¿Qué has hecho con nosotros sacándonos de Egipto? ¹² ¿No te dijimos claramente en Egipto: ‘Déjanos en paz, queremos servir a los egipcios?’ Porque mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto.”

¹³ Contestó Moisés al pueblo: “No temáis; estad firmes, y veréis la salvación que Yahveh os otorgará en este día, pues los egipcios que ahora veis, no los volveréis a ver nunca jamás. ¹⁴ Yahveh peleará por vosotros, que vosotros no tendréis que preocuparos.”

¹⁵ Dijo Yahveh a Moisés: “¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los israelitas que se pongan en marcha. ¹⁶ Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los israelitas entren en medio del mar a pie enjuto. ¹⁷ Que yo voy a endurecer el corazón de los egipcios para que los persigan, y me cubriré de gloria a costa de Faraón y de todo su ejército, de sus carros y de los guerreros de los carros. ¹⁸ Sabrán los egipcios que yo soy Yahveh, cuando me haya cubierto de gloria a costa de Faraón, de sus carros y de sus jinetes.”

¹⁹ Se puso en marcha el Ángel de Yahveh que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube de delante se desplazó de allí y se colocó detrás, ²⁰ poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de los israelitas. La nube era tenebrosa y transcurrió la noche sin que pudieran trabar contacto unos con otros en toda la noche.

²¹ Moisés extendió su mano sobre el mar, y Yahveh hizo soplar durante toda la noche un fuerte

viento del Este que secó el mar, y se dividieron las aguas.

²² Los israelitas entraron en medio del mar a pie enjuto, mientras que las aguas formaban muralla a derecha e izquierda.

²³ Los egipcios se lanzaron en su persecución, entrando tras ellos, en medio del mar, todos los caballos de Faraón, y los carros con sus guerreros.

²⁴ Llegada la vigilia matutina, miró Yahveh desde la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios, y sembró la confusión en el ejército egipcio.

²⁵ Trastornó la ruedas de sus carros, que no podían avanzar sino con gran dificultad. Y exclamaron los egipcios: “Huyamos ante Israel, porque Yahveh pelea por ellos contra los egipcios.”

²⁶ Yahveh dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre el mar, y las aguas volverán sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre los guerreros de los carros.”

²⁷ Extendió Moisés su mano sobre el mar, y al rayar el alba volvió el mar a su lecho; de modo que los egipcios, al querer huir, se vieron frente a las aguas. Así precipitó Yahveh a los egipcios en medio del mar, ²⁸ pues al retroceder las aguas cubrieron los carros y a su gente, a todo el ejército de Faraón, que había entrado en el mar para perseguirlos; no escapó ni uno siquiera.

²⁹ Mas los israelitas pasaron a pie enjuto por en medio del mar, mientras las aguas hacían muralla a derecha e izquierda.

³⁰ Aquel día salvó Yahveh a Israel del poder de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a orillas del mar.

³¹ Y viendo Israel la mano fuerte que Yahveh había desplegado contra los egipcios, temió el pueblo a Yahveh, y creyeron en Yahveh y en Moisés, su siervo.

15¹ Entonces Moisés y los israelitas cantaron este cántico a Yahveh. Dijeron:

“Canto a Yahveh pues se cubrió de gloria arrojando en el mar caballo y carro.

² Mi fortaleza y mi canción es Yah.

El es mi salvación.

El, mi Dios, yo le glorifico,

el Dios de mi padre, a quien exalto.

³ ¡Un guerrero Yahveh,

Yahveh es su nombre!

⁴ Los carros de Faraón y sus soldados precipitó en el mar.

La flor de sus guerreros tragó el mar de Suf;

⁵ cubriólos el abismo,

hasta el fondo cayeron como piedra.

⁶ Tu diestra, Yahveh, relumbra por su fuerza;

tu diestra, Yahveh, aplasta al enemigo.

⁷ En tu gloria inmensa

derribas tus contrarios,

desatas tu furor y los devora como paja.

⁸ Al sople de tu ira se apiñaron las aguas,

se irguieron las olas como un dique,

los abismos cuajaron en el corazón del mar.

⁹ Dijo el enemigo: “Marcharé a su alcance,

repartiré despojos,

se saciará mi alma,

sacaré mi espada y los aniquilará mi mano.”

¹⁰ Mandaste tu sople, cubriólos el mar;

se hundieron como plomo en las terribles aguas.

¹¹ ¿Quién como tú, Yahveh, entre los dioses?

¿Quién como tú, glorioso en santidad,

terrible en prodigios, autor de maravillas?

¹² Tendiste tu diestra y los tragó la tierra.

¹³ Guiaste en tu bondad al pueblo rescatado.

Tu poder los condujo a tu santa morada.

¹⁴ Oyéronlo los pueblos, se turbaron, dolor como de parto en Filistea.

¹⁵ Los príncipes de Edom se estremecieron,

se angustiaron los jefes de Moab

y todas las gentes de Canaán temblaron.

¹⁶ Pavor y espanto cayó sobre ellos.

La fuerza de tu brazo

los hizo enmudecer como una piedra,

hasta que pasó tu pueblo, oh Yahveh,

hasta pasar el pueblo que compraste.

¹⁷ Tú le llevas y le plantas

en el monte de tu herencia,

hasta el lugar que tú te has preparado

para tu sede, ¡oh Yahveh!

Al santuario, Adonay,

que tus manos prepararon.

¹⁸ ¡Yahveh reinará por siempre jamás!”

¹⁹ Porque cuando los caballos de Faraón y los carros con sus guerreros entraron en el mar, Yahveh hizo que las aguas del mar volvieran sobre ellos, mientras que los israelitas pasaron a pie enjuto por medio del mar.

²⁰ María, la profetisa, hermana de Aarón tomó en sus manos un tímpano y todas la mujeres la seguían con tímpanos y danzando en coro.

²¹ Y María les entonaba el estribillo:

“Cantad a Yahveh pues se cubrió de gloria.

arrojando en el mar caballo y carro.”

31 Mará y Sin

Desde el mar Suf la marcha continuó hacia el desierto de Sur. El pueblo y los rebaños ya habían andado tres días sin encontrar agua. Llegaron a un sitio llamado Mará, que significa algo así como ‘fuente amarga.’ Efectivamente, había allí nada más que agua salada y amarga. Nadie podía beberla. Entonces las gentes comenzaron a murmurar contra Moisés.

Mientras el pueblo estaba acampando en Mará exprimieron de las odres las últimas gotas de agua. Moisés llamó a Dios y el Señor le indicó una madera la cual tenía que ser arrojada al agua. Así el agua perdió su amargor y se hizo potable.

Cuando la caravana alcanzó el desierto de Sin, se les había acabado la comida. Hubo que carnear animales para poder comer. El pueblo comenzó nuevamente a murmurar. Entonces el Señor ayudó con dos milagros: al anochecer bajó allí una gran bandada de codornices. Pudieron cazarlas y asarlas. A la mañana, cuando se disiparon las nieblas, el suelo del desierto estaba cubierto con algo fino, granuloso, como si sobre la tierra hubiese escarcha.

Entonces Moisés dijo:

—Este es el pan del desierto, el maná, nos lo ha obsequiado Dios. Cada uno debe recoger antes de

que salga el sol tan sólo lo necesario para acallar el hambre por un día. Cada mañana habrá de nuevo.

Estaba sabroso. Empero algunos juntaron en recipientes provisión para el siguiente día. Cuando tomaron los recipientes esa noche el maná estaba en mal estado y olía mal. Entonces al día siguiente obedecieron a Moisés y sólo llenaron sus recipientes con el maná que necesitaban para un día.

La caravana llegó al desierto de piedras. Nuevamente faltaba el agua. Comenzó un fuerte murmullo. Dios le dijo a Moisés:

—¡Ve y golpea con tu vara la piedra al pie de la montaña de rocas!

Moisés lo llevó a cabo. La roca se abrió y surgió de allí una vertiente.

31 *Mará y Sin* éxodo 15:22-17:7

²² Moisés hizo partir a los israelitas del mar de Suf y se dirigieron hacia el desierto de Sur: caminaron tres días por el desierto sin encontrar agua.

²³ Luego llegaron a Mará, porque era amarga. Por eso se llama aquel lugar Mará.

²⁴ El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: “¿Qué vamos a beber?”

²⁵ Entonces Moisés invocó a Yahveh, y Yahveh le mostró un madero que Moisés echó al agua, y el agua se volvió dulce. Allí dio a Israel decretos y normas, y allí le puso a prueba.

²⁶ Y dijo: “Si de veras escuchas la voz de Yahveh, tu Dios, y haces lo que es recto a sus ojos, dando oídos a sus mandatos y guardando todos sus preceptos, no traeré sobre ti ninguna de las plagas que envié sobre los egipcios; porque yo soy Yahveh, el que te sana.”

²⁷ Después llegaron a Elim, donde hay doce fuentes de agua y setenta palmeras, y acamparon allí junto a las aguas.

16¹ Partieron de Elim, y toda la comunidad de los israelitas llegó al desierto de Sin, que está

entre Elim y el Sinaí, el día quince del segundo mes después de su salida del país de Egipto.

² Toda la comunidad de los israelitas empezó a murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto.

³ Los israelitas les decían: “¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Yahveh en la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos! Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea.”

⁴ Yahveh dijo a Moisés: “Mira, yo haré llover sobre vosotros pan del cielo; el pueblo saldrá a recoger cada día la porción diaria; así le pondré a prueba para ver si anda o no según mi ley. ⁵ Mas el día sexto, cuando preparen lo que hayan traído, la ración será doble que la de los demás días.”

⁶ Dijeron, pues, Moisés y Aarón a toda la comunidad de los israelitas: “Esta tarde sabréis que es Yahveh quien os ha sacado del país de Egipto; ⁷ y por la mañana veréis la gloria de Yahveh. Porque ha oído vuestras murmuraciones contra Yahveh; pues ¿qué somos nosotros para que murmuréis contra nosotros?”

⁸ Y añadió Moisés: “Yahveh os dará esta tarde carne para comer, y por la mañana pan en abundancia; porque Yahveh ha oído vuestras murmuraciones contra él; pues ¿qué somos nosotros? No van contra nosotros vuestras murmuraciones, sino contra Yahveh.”

⁹ Dijo entonces Moisés a Aarón: “Ordena a toda la comunidad de los israelitas: Acercaos a Yahveh, pues él ha oído vuestras murmuraciones.”

¹⁰ Aún estaba hablando Aarón a toda la comunidad de los israelitas, cuando ellos miraron hacia el desierto, y he aquí que la gloria de Yahveh se apareció en forma de nube.

¹¹ Y Yahveh habló a Moisés, diciendo:

¹² “He oído las murmuraciones de los israelitas. Diles: Al atardecer comeréis carne y por la mañana os hartaréis de pan; y así sabréis que yo soy Yahveh, vuestro Dios.”

¹³ Aquella misma tarde vinieron las codornices y cubrieron el campamento; y por la mañana había una capa de rocío en torno al campamento.

¹⁴ Y al evaporarse la capa de rocío apareció sobre el suelo del desierto una cosa menuda, como granos, parecida a la escarcha de la tierra.

¹⁵ Cuando los israelitas la vieron, se decían unos a otros: “¿Qué es esto?” Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: “Este es el pan que Yahveh os da por alimento.

¹⁶ He aquí lo que manda Yahveh: Que cada uno recoja cuanto necesite para comer, un gomor por cabeza, según el número de los miembros de vuestra familia; cada uno recogerá para la gente de su tienda.”

¹⁷ Así lo hicieron los israelitas; unos recogieron mucho y otros poco.

¹⁸ Pero cuando lo midieron con el gomor, ni los que recogieron poco tenían de menos. Cada uno había recogido lo que necesitaba para su sustento.

¹⁹ Moisés les dijo: “Que nadie guarde nada para el día siguiente.”

²⁰ Pero no obedecieron a Moisés, y algunos guardaron algo para el día siguiente; pero se llenó de gusanos y se pudrió; y Moisés se irritó contra ellos.

²¹ Lo recogían por las mañanas, cada cual según lo que necesitaba; y luego, con el calor del sol, se derretía.

²² El día sexto recogieron doble ración, dos gomor por persona. Todos los jefes de la comunidad fueron a decirselo a Moisés; ²³ él les respondió: “Esto

es lo que manda Yahveh: ‘Mañana es sábado, día de descanso consagrado a Yahveh. Coced lo que se deba cocer, hervid lo que se tenga que hervir; y lo sobrante, guardadlo como reserva para mañana.’”

²⁴ Ellos lo guardaron para el día siguiente, según la orden de Moisés; y no se pudrió, ni se agusanó.

²⁵ Dijo entonces Moisés: “Hoy comeréis esto, porque es sábado de Yahveh; y en tal día no hallaréis nada en el campo. ²⁶ Seis días podéis recogerlo, pero el día séptimo, que es sábado, no habrá nada.”

²⁷ A pesar de todo, salieron algunos del pueblo a recogerlo el séptimo día, pero no encontraron nada.

²⁸ Yahveh dijo a Moisés: “¿Hasta cuándo os negaréis a guardar mi mandatos y mis leyes? ²⁹ Mirad que Yahveh os ha puesto el sábado; por eso el día sexto os da ración para dos días. Quédese cada uno en su sitio, y que nadie se mueva de su lugar el día séptimo.”

³⁰ Y el día séptimo descansó el pueblo.

³¹ La casa de Israel lo llamó maná. Era como semilla de cilantro, blanco, y con sabor a torta de miel.

³² Dijo Moisés: “Esto manda Yahveh: Llenad un gomor de maná, y conservadlo, para vuestros descendientes, para que vean el pan con que os alimenté en el desierto cuando os saqué del país de Egipto.”

³³ Dijo, pues, Moisés a Aarón: “Toma una vasija, pon en ella un gomor lleno de maná, y colócalo ante Yahveh, a fin de conservarlo para vuestros descendientes.”

³⁴ Tal como Yahveh se lo mandó a Moisés, Aarón lo puso ante el Testimonio para conservarlo.

³⁵ Los israelitas comieron el maná por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada. Lo estuvieron comiendo hasta que llegaron a los confines del país de Canaán.

³⁶ El gomor es la décima parte de la medida.¹

17¹ Toda la comunidad de los israelitas partió del desierto de Sin, a la orden de Yahveh, para continuar sus jornadas; y acamparon en Refidim, donde el pueblo no encontró agua para beber.

² El pueblo entonces se querelló contra Moisés, diciendo: “Danos agua para beber.” Les respondió Moisés: “¿Por qué os querelláis conmigo? ¿Por qué tentáis a Yahveh?”

³ Pero el pueblo, torturado por la sed, siguió murmurando contra Moisés: “¿Nos has hecho salir de Egipto para hacerme morir de sed, a mí, a mis hijos y a mis ganados?”

⁴ Clamó Moisés a Yahveh y dijo: “¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen.”

⁵ Respondió Yahveh a Moisés: “Pasa delante del pueblo, llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el Río y vete, ⁶ que allí estaré yo ante ti, sobre la piña, en Horeb; golpearás la peña, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo.” Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel.

⁷ Aquel lugar se llamó Massá y Meribá,² a causa de la querella de los israelitas, y por haber tentado a Yahveh, diciendo: “¿Está Yahveh entre nosotros o no?”

1 Una ‘medida,’ ‘efa’ en lengua judía, equivale a 45 litros. [n. del pr.]

2 ‘Massá’ significa ‘tentación’; ‘Meribá’ significa ‘querella.’ [n. del pr.]

32 los amalecitas

Entre los israelitas había un valeroso guerrero llamado Josué. El había aprendido el arte de la guerra de los egipcios y había sido un capitán entre ellos. Moisés le dijo:

—Pronto pasaremos con nuestra caravana por el país de los amalecitas. Son un pueblo guerrero y no nos querrán dejar pasar. Tú, Josué, sé nuestra espada fulminante cuando seamos atacados. Ocúpate de que todos los hombres capaces de portar armas estén dispuestos cuando vengan los amalecitas.

Josué envió de inmediato exploradores para que avisaran si había algún peligro inminente. Regresaron a toda prisa e informaron:

—¡A una hora de camino están los amalecitas al acecho, bien escondidos, y tienen un ejército enorme!

Josué hizo sonar una trompeta para que se reunieran los guerreros. El resto del pueblo se ubicó en una colina. Moisés subió a la colina con Aarón y un sirviente, para poder seguir desde allí el combate. Cuando hubo estado arriba, vio acercarse a los amalecitas.

Entonces alzó con ambos brazos la vara sagrada hacia las alturas y pidió ayuda a Dios. Mientras

mantuvo en alto los brazos con la vara, les fue bien a Josué y sus guerreros.

Pero si Moisés bajaba sus brazos para descansar un poco, les iba mejor a los amalecitas. Moisés pidió entonces a Aarón y a su sirviente que lo acompañaban:

—¡Sostenedme los brazos!

Entonces Aarón y el sirviente sostenían cada uno un brazo de Moisés. Josué obtuvo la victoria.

Alrededor del anochecer los amalecitas estaban vencidos, y los tres en la montaña pudieron por fin bajar la vara y los brazos. El pueblo de Israel pudo continuar su camino sin ser molestado. Muchos guerreros habían tenido que dejar su vida en la lucha. Los israelitas cavaron un sepulcro para sus muertos en el desierto y sintieron gratitud hacia ellos, que habían salvado al pueblo con sus vidas.

32 los amalecitas

éxodo 17:8

⁸ Vinieron los amalecitas y atacaron a Israel en Refidim.

⁹ Moisés dijo a Josué: “Elígete algunos hombres, y sal mañana a combatir contra Amalec. Yo me pondré en la cima del monte, con el cayado de Dios en mi mano.”

¹⁰ Josué cumplió las órdenes de Moisés, y salió a combatir contra Amalec. Mientras tanto, Moisés, Aarón y Jur subieron a la cima del monte.

¹¹ Y sucedió que, mientras Moisés tenía alzadas las manos, prevalecía Israel; pero cuando las bajaba, prevalecía Amalec.

¹² Se le cansaron las manos a Moisés, y entonces ellos tomaron una piedra y se la pusieron debajo; él se sentó sobre ella, mientras Aarón y Jur le sostenían las manos, uno a un lado y otro al otro. Y así resistieron sus manos hasta la puesta del sol.

¹³ Josué derrotó a Amalec y a su pueblo a filo de espada.

¹⁴ Yahveh dijo Moisés: “Escribe esto en un libro para que sirva de recuerdo, y haz saber a Josué que yo borraré por completo la memoria de Amalec de debajo de los cielos.”

¹⁵ Después edificó Moisés un altar, al que puso por nombre Yahveh Nissí ¹⁶ diciendo: “La bandera de Yahveh en la mano; Yahveh está en guerra con Amalec de generación en generación.”

33 en el Sinaí

El viaje duró tres meses hasta que el pueblo llegó, en el desierto, al monte Sinaí. La nube que abría el camino rodeó su cima y todos sintieron: aquí nos quedaremos por un largo tiempo.

Dios, el Señor, le dijo a Moisés:

—Sube a la montaña, ven hacia mí. Recibirás la ley para el pueblo.

Moisés ordenó:

—¡Israelitas: nadie, ni hombre ni animal, podrá acercarse a la montaña mientras yo esté en ella!

Ubicó guardianes que hiciesen respetar la orden e hizo construir un cerco para que todos supieran dónde estaban los límites. Ordenó al pueblo que durante tres días evitara toda maldad y toda mala palabra:

—¡Sed devotos como durante las ofrendas, pues el Señor quiere hablarme con el trueno y el rayo!

A Aarón, Josué y los setenta ancianos les fue permitido ascender un trecho de la montaña con Moisés. Debían estar cerca de la revelación. Pero no podían ir más allá de donde comenzaba la nube, y Moisés continuó solo hacia las alturas. La nube lo envolvía. Llegó a una abertura en las rocas, entró y su cuerpo se sumergió en un profundo sueño. Dos ángeles de Dios, Miguel y Gabriel, elevaron su alma.

Como su espíritu había bebido fuego divino en la zarza ardiente permaneció despierto cuando fue conducido a los cielos superiores. Vio desplegarse delante de sí todo el esplendor del mundo divino.

Primero fue conducido ante un portentoso portal. Allí se encontraba el estricto guardián Camuel, quien sólo permite entrar a la región de los siete cielos a las almas que están maduras para ello. Moisés había sido llamado por Dios y podía pasar.

En la luz más elevada brillaban ahí arriba, como templo celestial, los colores azul púrpura, rojo púrpura, rojo escarlata y blanco. Al mismo tiempo en que Moisés se elevaba, desde abajo de la montaña el pueblo vio y oyó fuertes truenos y relámpagos. Todos se arrodillaron y la tierra tembló. Muchos perdieron el sentido por el imponente bramido. Pero ningún hombre ni ningún animal gritó. Todos los pájaros dejaron de surcar los aires y buscaron sus nidos.

Allá arriba Moisés fue conducido, grada tras grada, a través de la bóveda celeste.

En el primer cielo Moisés pudo, como los ángeles, contemplar la alegría y el sufrimiento de los hombres sobre la tierra. Oyó las palabras de sus oraciones y de sus agradecimientos. Oyó también sus blasfemias y sus disconformidades. Vio la acción del odio, de la misericordia y del amor.

En el segundo cielo contempló el obrar de los elementos, los vientos y el tiempo, las tormentas y el poder del rayo.

En el tercer cielo contempló las imágenes primordiales de las plantas, de los árboles, de los frutos y los cereales. Vio a los ángeles del tercer día de la creación en su obrar en el reino vegetal.

En el cuarto cielo contempló los espíritus estelares del cuarto día de la creación, quienes dirigen y acompañan el curso del sol, la luna y las estrellas.

En el quinto cielo contempló los poderes del calor, del fuego y los del frío y del hielo.

Y Moisés siguió siendo conducido hacia los rectores del sexto y el séptimo cielo. Estos crearon con Dios en el principio al hombre y dirigen ahora los destinos de los pueblos y de los hombres. Allí brillaba a su alrededor la luz primigenia del paraíso en bienaventurada paz, de tal forma que fue tentado de permanecer en las alturas y no volver a bajar a la tierra.

Pero entonces fue conducido hacia abajo, hacia las profundidades.

Llegó al portal del mundo diabólico. Pudo ver adentro el oscuro actuar de los espíritus satánicos, que se alegran cuando los hombres actúan mal y caen en la miseria. En el umbral vio Moisés la balanza del bien y del mal, la balanza del juicio, y vio y oyó el sufrir de las almas que debían purificarse en ese lugar de todo lo malo que habían llevado a cabo durante su vida. Y se dijo:

—¡Cuando regrese a la tierra indicaré a los hombres que sólo hagan lo correcto y lo bueno!

En ese momento Gabriel volvió a conducirlo hacia arriba, a la región de la bienaventuranza, que en la Biblia es llamada el ‘jardín del Edén.’ Allí, en las cercanías del árbol de la vida, encontró tres figuras nobles: Abraham, Isaac y Jacob. Pudo hablar con ellos como de hombre a hombre. Los tres patriarcas se alegraron de que allí abajo en la tierra su pueblo tuviera en Moisés un guía tan recto y fuerte.

33 en el Sinaí éxodo 19:1-25

19¹ Al tercer mes después de la salida de Egipto, ese mismo día, llegaron los hijos de Israel al desierto de Sinaí.

² Partieron de Refidim, y al llegar al desierto de Sinaí acamparon en el desierto. Allí acampó Israel frente al monte.

³ Moisés subió hacia Dios. Yahveh le llamó desde el monte, y le dijo: “Así dirás a la casa de Jacob y esto anunciarás a los hijos de Israel: ⁴ ‘Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. ⁵ Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; ⁶ seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.’ Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel.”

⁷ Fue, pues, Moisés y convocó a los ancianos del pueblo y les expuso todas estas palabras que Yahveh le había mandado.

⁸ Todo el pueblo a una respondió diciendo: “Haremos todo cuanto ha dicho Yahveh.” Y Moisés llevó a Yahveh la respuesta del pueblo.

⁹ Dijo Yahveh a Moisés: “Mira: Voy a presentarme a ti en una densa nube para que el pueblo me oiga hablar contigo, y así te dé crédito para siempre.” Y Moisés refirió a Yahveh las palabras del pueblo.

¹⁰ Yahveh dijo a Moisés: “Ve donde el pueblo y haz que se santifiquen hoy y mañana; que laven sus vestidos ¹¹ y estén preparados para el tercer día; porque al día tercero descenderá Yahveh a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. ¹² Deslinda el contorno de la montaña, y di: ‘Guardaos de subir al monte y aun de tocar su falda. Todo aquel que toque el monte morirá. ¹³ Pero nadie pondrá la mano sobre el culpable, sino que será lapidado o asaeteado; sea hombre o bestia, no quedará con vida. Cuando resuene el cuerno, subirán ellos al monte.’”

¹⁴ Bajó, pues, Moisés del monte, adonde estaba el pueblo, y ellos lavaron sus vestidos.

¹⁵ Y dijo al pueblo: “Estad preparados para el tercer día, y absteneos de mujer.”

¹⁶ Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta; y todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar.

¹⁷ Entonces Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios, y se detuvieron al pie del monte.

¹⁸ Todo el monte Sinaí humeaba, porque Yahveh había descendido sobre él en el fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte temblaba con violencia.

¹⁹ El sonar de la trompeta se hacía cada vez más fuerte; Moisés hablaba y Dios le respondía con el trueno.

²⁰ Yahveh bajó al monte Sinaí, a la cumbre del monte; llamó Yahveh a Moisés a la cima de la montaña y Moisés subió.

²¹ Dijo Yahveh a Moisés: “Baja y conjura al pueblo que no traspase las lindes para ver a Yahveh, porque morirían muchos de ellos; ²² aun los sacerdotes que se acercan a Yahveh deben santificarse para que Yahveh no irrumpa contra ellos.”

²³ Moisés respondió a Yahveh: “El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos lo has prohibido, diciendo: ‘Señala un límite alrededor del monte y decláralo sagrado.’”

²⁴ Yahveh le dijo: “Anda, baja, y luego subes tú y Aarón contigo; pero los sacerdotes y el pueblo no traspasarán las lindes para subir hacia Yahveh a fin de que no irrumpa contra ellos.”

²⁵ Bajó, pues, Moisés adonde estaba el pueblo y les dijo...

34 los diez mandamientos

Cuarenta días y cuarenta noches permaneció Moisés en el monte Sinaí y en el mundo superior. Luego de que su espíritu hubo sido conducido por alturas y profundidades, Dios, el Señor, habló con él:

—Para que allá abajo tu pueblo sepa cómo cada cual debe andar su camino en la tierra, te entrego diez mandamientos.

Dios, el Señor, se los hizo ver a Moisés como en una escritura de fuego. Moisés los grabó sobre dos tablas de piedra. Los mandamientos debían indicar al pueblo de Israel cómo poder permanecer en la rectitud:

Primer mandamiento

No tendrás otros Dioses aparte de mí.

Segundo mandamiento

No harás ídolos ni los adorarás.

Tercer mandamiento

No usarás en vano el nombre de Dios, ni blasfemarás.

Cuarto mandamiento

Santificarás el día del Sabat.

Quinto mandamiento

Honrarás a tu padre y a tu madre.

Sexto mandamiento

No matarás.

Séptimo mandamiento

No adulterarás.

Octavo mandamiento

No robarás.

Noveno mandamiento

No mentirás acerca de tu prójimo.

Décimo mandamiento

No codiciarás los bienes de tu prójimo.

Estos diez mandamientos hubo de llevar Moisés a su pueblo.

34 los diez mandamientos

éxodo 20:1-26

20¹Entonces pronunció Dios todas estas palabras diciendo:

²“Yo, Yahveh, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre.

³No habrá para ti otros dioses delante de mí.

⁴No te harás escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra.

⁵No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque yo Yahveh, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, ⁶y tengo misericordia por millares con los que me aman y guardan mis mandamientos.

⁷No tomarás en falso el nombre de Yahveh, tu Dios; porque Yahveh no dejará sin castigo a quien toma su nombre en falso.

⁸Recuerda el día del sábado para santificarlo.

⁹Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, ¹⁰pero el día séptimo es día de descanso para Yahveh, tu Dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad.

¹¹Pues en seis días hizo Yahveh el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahveh el día del sábado y lo hizo sagrado.

¹²Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Yahveh, tu Dios, te va a dar.

¹³No matarás.

¹⁴No cometerás adulterio.

¹⁵No robarás.

¹⁶No darás testimonio falso contra tu prójimo.

¹⁷No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo.”

¹⁸Todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante, y temblando de miedo se mantenía a distancia.

¹⁹Dijeron a Moisés: “Habla tú con nosotros, que podremos entenderte, pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos.”

²⁰Respondió Moisés al pueblo: “No temáis, pues Dios ha venido para ponerlos a prueba, para que su temor esté ante vuestros ojos, y no pequéis.”

²¹Y el pueblo se mantuvo a distancia, mientras Moisés se acercaba a la densa nube donde estaba Dios.

²²Dijo Yahveh a Moisés: “Así dirás a los israelitas: Vosotros mismos habéis visto que os he hablado desde el cielo.

²³No haréis junto a mí dioses de plata, ni os haréis dioses de oro.

²⁴Hazme un altar de tierra para ofrecer sobre él tus holocaustos y tus sacrificios de comunión, tus ovejas y tus bueyes. En todo lugar donde haga yo memorable mi nombre, vendré a ti y te bendeciré.

²⁵Y si me haces un altar de piedra, no lo edificarás de piedras labradas; porque al alzar tu cincel sobre ella queda profanada.

²⁶Tampoco subirás por gradas a mi altar, para que no se descubra tu desnudez sobre él.”

35 el becerro de oro

El pueblo aguardó semanas el regreso de Moisés. Al ver que no descendía del monte, muchos imaginaron que nunca habría de regresar. Semael, el espíritu malvado, pensó:

—Moisés no está allí. ¡Ahora podré tentar a los israelitas!

En Egipto ellos habían tenido en el templo como símbolo de la divinidad un toro sagrado. Semael le llenó la cabeza a algunos con el pensamiento de que debían poner como símbolo divino un becerro de oro como los egipcios. Hombres y mujeres entregaron sus adornos de oro para ello. Algunos artesanos hicieron con ellos un becerro de oro y lo colocaron en un altar de piedra. Encendieron un fuego de ofrenda y comenzaron a bailar alrededor.

Era justamente el cuadragésimo día, día en que Moisés debía descender del monte. En la despedida la voz de Dios le dijo:

—Ve abajo, hacia tu pueblo. Están tramando algo malo. Han hecho un becerro de oro y lo están adorando.

En el camino hacia abajo Moisés encontró a Josué. Todos esos días había aguardado fielmente el regreso de Moisés. Cuando ambos llegaron a una saliente entre las rocas, miraron hacia abajo donde

estaba el pueblo. Oyeron un ruidoso cantar. Moisés vio cómo hombres y mujeres realizaban rondas y danzas alrededor del becerro de oro. En su ira rompió las tablas de los mandamientos contra una roca.

Luego se apresuró a bajar y arremetió como un león rugiente contra las personas, de manera que se desbandaron para todos lados. Tomó un martillo e hizo trizas el ídolo. A los artesanos que lo habían hecho, les ordenó que con los pedazos hicieran polvo de oro. Moisés hizo que este polvo fuera echado en un gran recipiente con agua y revuelto. Todos los que habían ofrendado y bailado alrededor del becerro tuvieron que beber de esa agua con polvo de oro.

Moisés le habló al pueblo:

—Habéis cometido un grave pecado. Yo hablaré con Dios para ver cómo se puede remediar esto. Aún no estáis maduros para llegar a Canaán. Deberéis pasar todavía por muchas pruebas. ¡Vuestro camino durará aún muchos años más!

Del rostro y la frente de Moisés resplandecía un claro brillo que no se le había visto antes. Lo traía del monte Sinaí, donde había estado sumergido en la luz primordial. Entonces muchos se avergonzaron de haber olvidado en tan poco tiempo a su liberador iluminado y de haber cambiado al Dios del Sinaí por un becerro de oro.

35 el becerro de oro

éxodo 32:1-35

32¹ Cuando el pueblo vio que Moisés tardaba en bajar del monte, se reunió el pueblo en torno a Aarón y le dijeron: “Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, ya que no sabemos qué ha sido de Moisés, el hombre que nos sacó de la tierra de Egipto.”

² Aarón les respondió: “Quitad los pendientes de oro de las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y vuestras hijas, y traédmelos.”

³ Y todo el pueblo se quitó los pendientes de oro que llevaba en las orejas, y los entregó a Aarón.

⁴ Los tomó él de sus manos, hizo un molde y fundió un becerro. Entonces ellos exclamaron: “Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto.”

⁵ Viendo esto Aarón, erigió un altar ante el becerro y anunció: “Mañana habrá fiesta en honor de Yahveh.”

⁶ Al día siguiente se levantaron de madrugada y ofrecieron holocaustos y presentaron sacrificios de comunión. Luego se sentó el pueblo a comer y beber, y después se levantaron para solazarse.

⁷ Entonces habló Yahveh a Moisés, y dijo: “¡Anda, baja! Porque tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, ha pecado. ⁸ Bien pronto se han apartado el

camino que yo les había prescrito. Se han hecho un becerro fundido y se han postrado ante él; le han ofrecido sacrificios y han dicho: ‘Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto.’”

⁹ Y dijo Yahveh a Moisés: “Ya veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. ¹⁰ Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio, haré un gran pueblo.”

¹¹ Pero Moisés trató de aplacar a Yahveh su Dios, diciendo: “¿Por qué, oh Yahveh, ha de encenderse tu ira contra tu pueblo, el que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y mano fuerte? ¹² ¿Van a poder decir los egipcios: ‘Por malicia los ha sacado, para matarlos en las montañas y exterminarlos de la faz de la tierra? Abandona el ardor de tu cólera y renuncia a lanzar el mal contra tu pueblo. ¹³ Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, siervos tuyos, a los cuales juraste por ti mismo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; toda esta tierra que os tengo prometida, la daré a vuestros descendientes, y ellos la poseerán como herencia para siempre.”

¹⁴ Y Yahveh renunció a lanzar el mal con que había amenazado a su pueblo.

¹⁵ Se volvió Moisés y bajó del monte, con las dos tablas del Testimonio en su mano, tablas escritas por ambos lados; por una y otra cara estaban escritas.

¹⁶ Las tablas eran obra de Dios, y la escritura, grabada sobre las mismas, era escritura de Dios.

¹⁷ Cuando Josué oyó la voz del pueblo que gritaba, dijo a Moisés: “Gritos de guerra en el campamento.”

¹⁸ Respondió Moisés: “No son gritos de victoria, ni alarido de derrota. Cantos a coro es lo que oigo.”

¹⁹ Cuando Moisés llegó cerca del campamento y vio el becerro y las danzas, ardió en ira, arrojó de su mano las tablas y las hizo añicos al pie del monte.

²⁰ Luego tomó el becerro que habían hecho, lo quemó y lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció en el agua, y se lo dio a beber a los israelitas.

²¹ Y dijo Moisés a Aarón: “¿Qué te hizo este pueblo para que hayas traído sobre él tan gran pecado?”

²² Aarón respondió: “No se encienda la ira de mi señor. Tú mismo sabes que este pueblo es inclinado al mal. ²³ Me dijeron: ‘Haznos un dios que vaya delante de nosotros, ya que no sabemos qué le ha sucedido a Moisés, el hombre que nos sacó de la tierra de Egipto.’ ²⁴ Yo les contesté: ‘El que tenga oro despréndase.’ Ellos se lo quitaron y me lo dieron; yo lo eché al fuego y salió este becerro.”

²⁵ Vio Moisés al pueblo desenfrenado —pues Aarón les había permitido entregarse a la idolatría en medio de sus adversarios— ²⁶ y se puso Moisés a la puerta del campamento, y exclamó: “¡A mí los de Yahveh!” y se le unieron todos los hijos de Leví.

²⁷ El les dijo: “Así dice Yahveh, el Dios de Israel: ‘Cíñase cada uno su espada al costado; pasad y repasad por el campamento de puerta en puerta, y matad cada uno a su hermano, a su amigo y a su pariente.’”

²⁸ Cumplieron los hijos de Leví la orden de Moisés; y cayeron aquel día unos 3000 hombres del pueblo.

²⁹ Y dijo Moisés: “Hoy habéis recibido la investidura como sacerdotes de Yahveh, cada uno a costa de vuestros hijos y vuestros hermanos, para que él os dé hoy la bendición.”

³⁰ Al día siguiente dijo Moisés al pueblo: “Habéis cometido un gran pecado. Yo voy a subir ahora donde Yahveh; acaso pueda obtener la expiación de vuestro pecado.”

³¹ Volvió Moisés donde Yahveh y dijo: “¡Ay! Este pueblo ha cometido un gran pecado al hacerse un dios de oro.

³² Con todo, si te dignas perdonar su pecado..., y si no, bórrame del libro que has escrito.”

³³ Yahveh respondió a Moisés: Al que peque contra mí, le borraré yo de mi libro.

³⁴ Ahora ve y conduce al pueblo adonde te he dicho. He aquí que mi ángel irá delante de ti, mas en el día de mi visita los castigaré yo por su pecado.”

³⁵ Y Yahveh castigó al pueblo a causa del becerro fabricado por Aarón.

36 el tabernáculo

Moisés volvió a subir al monte y escribió de nuevo los diez mandamientos en dos tablas de piedra. Dios le volvió a hablar a Moisés:

—El pueblo necesita un santuario para la adoración. Construid una tienda sagrada, ella será vuestro templo ambulante.

Y Dios dio a Moisés forma y medida para la tienda sagrada y le dijo cómo debía montar todo; y lo llamó el tabernáculo.

Los israelitas que no habían malgastado su oro en el becerro, pudieron obsequiarlo ahora para el tabernáculo. Aquél que no tenía oro podía donar telas de colores y alfombras. Artesanos habilidosos erigieron la tienda sagrada e hicieron todo lo que debía contener.

Había un espacio interior, el santísimo, en el cual pusieron un arcón de madera con las tablas de los diez mandamientos. Fue denominada Arca de la Alianza, porque con los diez mandamientos Dios había hecho una nueva alianza con el pueblo. Sobre esa arca se veían dos figuras de ángeles arrodillados, hechas de oro. Adelante estaba la silla de la gracia; en ella se sentaba Moisés cuando quería hablar con Dios. Sólo él podía entrar en el santísimo. Delante de este espacio oculto se hallaba el santuario, templo para los sacer-

dotes. Adentro estaba el candelabro de siete brazos, que reflejaba los siete días de la creación y también los siete planetas. Había dos incensarios desde donde emanaba la fragancia del incienso como imagen del sacrificio. Había doce panes de la presencia colocados como símbolo de las doce tribus y al mismo tiempo de los doce signos del zodiaco en el cielo.

Las paredes consistían en cortinas y alfombras. Pilares de madera sostenían la tienda. Moisés instituyó, según la voluntad de Dios, a su hermano Aarón como sumo sacerdote del tabernáculo y con él a sus hijos como sacerdotes. Afuera, delante del tabernáculo, se hallaba el altar de los sacrificios. Todos los días ardía una ofrenda de agradecimiento. Cerca de allí se hallaba el gran caldero de agua para que los sacerdotes purificaran sus manos antes de preparar el sacrificio. La tienda sagrada estaba construida de tal modo que podía ser desarmada cuando continuaran su camino.

Cuando Moisés regresó del Sinaí con los mandamientos reunió a todo el pueblo y los leyó con voz tan poderosa que les llegó al corazón. Todos prometieron atenerse a estos mandamientos. Aarón los leía cada día y sus hijos sacerdotes lo ayudaban, de modo que en poco tiempo, muchos los supieron de memoria.

Cuando el tabernáculo estuvo terminado hubo un festejo de consagración. Todas las tribus se agruparon frente al altar y Moisés hizo la ofrenda con Aarón. En ese momento ocurrió algo inolvidable: la nube bajó del monte Sinaí y permaneció cual pilar de nubes sobre el santísimo. Ahora el pueblo supo:

—¡Dios está con nosotros! No adoraremos más a becerros de oro, sino que dirigiremos nuestras oraciones y ofrendas al Dios viviente que nos ha guiado fuera de Egipto.

El santísimo estaba colmado de luz divina cuando Moisés permanecía adentro para hablar con Dios. Así entonces la tienda sagrada fue el signo de que Dios caminaba con el pueblo desde el Sinaí. Cada vez que debían buscar un nuevo paradero donde se pudiera escarbar para obtener agua, la nube volvía a bajar; allí se armaba de nuevo la tienda y el campamento, y cuando la nube ascendía era la señal de continuar el camino.

36 el tabernáculo

éxodo 24:12-28:43

¹² Dijo Yahveh a Moisés: “Sube hasta mí, al monte; quédate allí, y te daré las tablas de piedra —la ley y los mandamientos— que tengo escritos para su instrucción.”

¹³ Se levantó Moisés, con Josué, su ayudante; y subieron al monte de Dios.

¹⁴ Dijo a los ancianos: “Esperadnos aquí que volvamos a vosotros. Ahí quedan con vosotros Aarón y Jur. El que tenga alguna cuestión que recurra a ellos.”

¹⁵ Y subió Moisés al monte. La nube cubrió el monte. ¹⁶ La gloria de Yahveh descansó sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, llamó Yahveh a Moisés de en medio de la nube.

¹⁷ La gloria de Yahveh aparecía a la vista de los hijos de Israel como fuego devorador sobre la cumbre del monte.

¹⁸ Moisés entró dentro de la nube y subió al monte. Y permaneció Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches.

25 ¹ Yahveh habló a Moisés diciendo: ² Di a los israelitas que reserven ofrendas para mí. Me reservaréis la ofrenda de todo aquel a quien su corazón mueva.

³ De ellos reservaréis lo siguiente: oro, plata y bronce; ⁴ púrpura violeta y escarlata, carmesí, lino fino y pelo de cabra; ⁵ pieles de carnero teñidas de rojo, cueros finos y maderas de acacia; ⁶ aceite para el alumbrado, aromas para el óleo de la unción y para el incienso aromático; ⁷ piedras de ónice y piedras de engaste para el efod³ y el pectoral.

⁸ Me harás un Santuario para que yo habite en medio de ellos.

⁹ Lo haréis conforme al modelo de la Morada y al modelo de todo su mobiliario que yo voy a mostrarte.

¹⁰ Harás un arca de madera de acacia de dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y codo y medio de alto.

¹¹ La revestirás de oro puro; por dentro y por fuera la revestirás; y además pondrás en su derredor una moldura de oro.

¹² Fundirás para ella cuatro anillas de oro, que pondrás en sus cuatro pies, dos anillas a un costado, y dos anillas al otro.

¹³ Harás también varales de madera de acacia, que revestirás de oro,

¹⁴ y los pasarás por las anillas de los costados del arca, para transportarla.

¹⁵ Los varales deben quedar en las anillas del arca, y no se sacarán de allí.

¹⁶ En el arca pondrás el Testimonio que yo te voy a dar.

3 efod. 1. m. Vestidura de lino fino, corta y sin mangas, más o menos lujosa, que se ponen los sacerdotes del judaísmo sobre todas las otras y les cubre especialmente las espaldas. Diccionario RAEL [n. del pr.]

¹⁷ Harás asimismo uno propiciatorio de oro puro, de dos codos y medio de largo y codo y medio de ancho.

¹⁸ Harás, además, dos querubines de oro macizo; los harás en los dos extremos del propiciatorio:

¹⁹ haz el primer querubín en un extremo y el segundo en el otro. Los querubines formarán un cuerpo con el propiciatorio, en sus dos extremos.

²⁰ Estarán con las alas extendidas por encima, cubriendo con ellas el propiciatorio, uno frente al otro, con las caras vueltas hacia el propiciatorio.

²¹ Pondrás el propiciatorio encima del arca; y pondrás dentro del arca el Testimonio que yo te daré.

²² Allí me encontraré contigo; desde encima del propiciatorio, de en medio de los dos querubines colocados sobre el arca del Testimonio, te comunicaré todo lo que haya de ordenarte para los israelitas.

²³ Harás una mesa de madera de acacia, de dos codos de largo, uno de ancho, y codo y medio de alto.

²⁴ La revestirás de oro puro y le pondrás alrededor una moldura de oro.

²⁵ Harás también en torno de ella un reborde de una palma de ancho, con una moldura de oro alrededor del mismo.

²⁶ Le harás cuatro anillas de oro, y pondrás las anillas en los cuatro ángulos correspondientes a sus cuatro pies.

²⁷ Estarán las anillas junto al reborde, para pasar por ellas los varales y transportar la mesa.

²⁸ Harás los varales de madera de acacia y los revestirás de oro. Con ellos se transportará la mesa.

²⁹ Harás también las fuentes, los vasos, los jarros y las tazas para las libaciones. De oro puro los harás.

el profanador de textos

³⁰ Y sobre la mesa pondrás perpetuamente delante de mí el pan de la Presencia.

³¹ Harás también un candelabro de oro puro. Harás de oro macizo el candelabro, su pie y su tallo. Sus cálices —corolas y flores— formarán un cuerpo con él.

³² Saldrán seis brazos de sus lados: tres brazos de un lado y tres del otro.

³³ El primer brazo tendrá tres cálices en forma de flor de almendro, con corola y flor; también el segundo brazo tendrá tres cálices en forma de flor de almendro, con corola y flor; y así los seis brazos que salen del candelabro.

³⁴ En el mismo candelabro habrá cuatro cálices en forma de flor de almendro, con sus corolas y sus flores: ³⁵ una corola debajo de los dos primeros brazos que forman cuerpo con el candelabro; una corola, debajo de los dos siguientes, y una corola, debajo de los dos últimos brazos; así con los seis brazos que salen del candelabro.

³⁶ Las corolas y los brazos formarán un cuerpo con el candelabro. Todo ello formará un cuerpo de oro puro macizo.

³⁷ Harás sus siete lámparas que colocarás encima de manera que den luz al frente.

³⁸ Sus despabiladeras y sus ceniceros serán de oro puro.

³⁹ Se empleará un talento de oro puro para hacer el candelabro con todos estos utensilios.

⁴⁰ Fíjate para que lo hagas según los modelos que te han sido mostrados en el monte.

26¹ Harás la Morada con diez tapices, de lino fino torzal, de púrpura violeta y escarlata y de carmesí; bordarás en ellos unos querubines.

² La longitud de cada tapiz será de veintiocho codos y la anchura de cuatro. Todos los tapices tendrán las mismas medidas.

³ Cinco tapices estarán unidos entre sí y lo mismo los otros cinco.

⁴ Pondrás lazos de púrpura violeta en el borde del tapiz con que termina la primera serie, y lo mismo harás en el borde del tapiz con que termina el segundo conjunto.

⁵ Pondrás cincuenta lazos en el primer tapiz y otros cincuenta en el borde del último tapiz del segundo conjunto, correspondiéndose los lazos unos a otros.

⁶ Harás cincuenta broches de oro y con los broches enlazarás entre sí los tapices, para que la Morada forme un espacio único.

⁷ Tejerás también piezas de pelo de cabra para que a modo de tienda cubran la Morada. Tejerás once de estas piezas.

⁸ La longitud de cada pieza será de treinta codos; de cuatro, la anchura. Las once piezas tendrán las mismas medidas.

⁹ Juntarás cinco piezas en una parte y seis en la otra y doblarás la sexta pieza ante la fachada de la Tienda.

¹⁰ Harás cincuenta lazos en el borde de la última pieza del primer conjunto, y cincuenta lazos en el borde de la última pieza del segundo conjunto.

¹¹ Harás cincuenta broches de bronce e introducirás los broches en los lazos, uniendo así la Tienda de modo que forme un espacio único.

¹² Como las piezas de la Tienda exceden en amplitud, harás extender la mitad de la pieza excedente por detrás de la Morada.

¹³ Lo que excede en longitud de las piezas de la Tienda —un codo por cada lado— se extenderá a

ambos lados de la Morada, a un lado y a otro, para cubrirla.

¹⁴ También harás para la Tienda un toldo de pieles de carnero teñidas de rojo; y encima otro toldo de cueros finos.

¹⁵ También harás para la Morada tableros de madera de acacia, y los pondrás de pie.

¹⁶ Cada tablero tendrá diez codos de largo y codo y medio de ancho.

¹⁷ Tendrá además dos espigas paralelas. Harás lo mismo para todos los tableros de la Morada.

¹⁸ Pondrás veinte de los tableros en el flanco del Négueb, hacia el sur.

¹⁹ Harás cuarenta basas de plata para colocarlas debajo de los veinte tableros: dos basas debajo de un tablero para sus dos espigas y dos basas debajo del otro tablero para sus dos espigas.

²⁰ Para el segundo flanco de la Morada, la parte del norte, otros veinte tableros, ²¹ con sus cuarenta basas de plata: dos basas debajo de un tablero y dos basas debajo de otro tablero.

²² Para la parte posterior de la Morada, hacia el occidente, harás seis tableros; ²³ y para los ángulos de la Morada, en su parte posterior, dos más, ²⁴ que estarán unidos, desde abajo hasta arriba, hasta la primera anilla. Así se hará con los dos tableros destinados a los dos ángulos.

²⁵ Serán, pues, ocho tableros con sus basas de plata; dieciséis basas, dos debajo del otro tablero.

²⁶ Harás, además, cinco travesaños de madera de acacia para los tableros de un flanco de la Morada, ²⁷ cinco travesaños para los tableros del otro flanco, y cinco travesaños para los tableros de la parte posterior de la Morada, hacia el occidente.

²⁸ El travesaño central pasará a media altura de los tableros, de un extremo al otro.

el profanador de textos

²⁹ Revestirás de oro los tableros y les harás anillas de oro, para pasar los travesaños. También revestirás de oro los travesaños.

³⁰ Erigirás la Morada según la norma que te ha sido mostrada en el monte.

³¹ Harás un velo de púrpura violeta y escarlata, de carmesí y lino fino torzal; bordarás en él unos querubines.

³² Lo colgarás de cuatro postes de acacia, revestidos de oro, provistos de ganchos de oro y de sus cuatro basas de plata.

³³ Colgarás el velo debajo de los broches; y allá, detrás del velo, llevarás el arca del Testimonio, y el velo os servirá para separar el Santo del Santo de los Santos.

³⁴ Pondrás el propiciatorio sobre el arca del Testimonio, en el Santo de los Santos.

³⁵ Fuera del velo colocarás la mesa, y frente a la mesa, en el lado meridional de la Morada, el candelabro; pondrás la mesa en el lado norte.

³⁶ Harás para la entrada de la Tienda una cortina de púrpura violeta y escarlata, de carmesí y lino fino torzal, labor de recamador.

³⁷ Para la cortina harás cinco postes de acacia, que revestirás de oro; sus ganchos serán también de oro, y fundirás para ellos cinco basas de bronce.

27¹ Harás el altar de madera de acacia de cinco codos de largo y cinco de ancho; será cuadrado y tendrá tres codos de alto.

² Harás sobresalir de sus cuatro ángulos unos cuernos, que formarán un cuerpo con él; lo revestirás de bronce.

³ Le harás ceniceros para la grasa incinerada, badiles y acetres, tenedores y braseros. Fundirás de bronce todos estos utensilios.

⁴ Fabricarás para él una rejilla de bronce, en forma de red; y en los cuatro extremos de la red fijarás cuatro anillas de bronce.

⁵ La colocarás bajo la cornisa inferior del altar, de modo que llegue desde abajo hasta la mitad del altar.

⁶ Harás varales para el altar, varales de madera de acacia, que revestirás de bronce.

⁷ Para transportar el altar, se pasarán estos varales por las anillas de ambos lados del altar.

⁸ Harás el altar hueco, de paneles; conforme a lo que se te ha mostrado en el monte, así lo harás.

⁹ También harás el atrio de la Morada. Del lado del Négueb, hacia el sur, el atrio tendrá un cortinaje de lino fino torzal, en una longitud de cien codos a uno de los lados.

¹⁰ Sus veinte postes descansarán sobre veinte basas de bronce; sus ganchos y varillas serán de plata.

¹¹ A lo largo del lado septentrional habrá igualmente un cortinaje en una longitud de cien codos, con sus veinte postes que descansarán sobre veinte basas de bronce; los ganchos de los postes y sus varillas serán de plata.

¹² A lo ancho del atrio, por el lado occidental, habrá un cortinaje de cincuenta codos; sus postes serán diez, y diez igualmente las basas en que descansarán.

¹³ La anchura del atrio, al este, al oriente, será de cincuenta codos.

¹⁴ Quince codos tendrá el cortinaje de un lado, con sus tres postes y sus tres basas.

¹⁵ Por el otro lado, otro cortinaje de quince codos, con sus tres postes y sus tres basas.

¹⁶ La puerta del atrio tendrá un tapiz de veinte codos, de púrpura violeta y escarlata, de carmesí y lino fino torzal, labor de recamador. Tendrá cuatro postes y cuatro basas.

¹⁷ Todos los postes que rodean al atrio tendrán varillas de plata; sus ganchos serán de plata y sus basas de bronce.

¹⁸ El atrio tendrá cien codos de largo, cincuenta codos de ancho y cinco codos de alto; todo de lino fino torzal y con sus basas de bronce.

¹⁹ Todos los utensilios de la Morada para toda clase de servicios con todo su clavazón y toda la clavazón del atrio, serán de bronce.

²⁰ Mandarás a los israelitas que te traigan aceite puro de oliva molida para el alumbrado, para alimentar continuamente la llama.

²¹ Aarón y sus hijos lo tendrán dispuesto delante de Yahveh desde la tarde hasta la mañana en Tienda del Encuentro, fuera del velo que cuelga delante del Testimonio. Decreto perpetuo será éste para las generaciones de los israelitas.

28¹ Manda acercarse a ti de en medio de los israelitas a tu hermano Aarón, con sus hijos, para que ejerza mi sacerdocio: Aarón, con Nadab y Abihú, Eleazar e Itamar, hijos de Aarón.

² Harás para Aarón, tu hermano, vestiduras sagradas, que le den majestad y esplendor.

³ Hablarás tú con todos los artesanos hábiles a quienes he llenado de espíritu de sabiduría; ellos harán las vestiduras de Aarón para que sea consagrado sacerdote mío.

⁴ Harán las vestiduras siguientes: un pectoral, un efod, un manto, una túnica bordada, una tiara y una faja. Harán, pues, a tu hermano Aarón y a sus hijos vestiduras sagradas para que ejerzan mi sacerdocio.

⁵ Tomarán para ello oro, púrpura violeta y escarlata, carmesí y lino fino.

el profanador de textos

⁶ Bordarán el efod de oro, púrpura violeta y escarlata, carmesí y lino fino torzal.

⁷ Se le pondrán dos hombreras y se fijará por sus dos extremos.

⁸ La cinta con que se ciña el efod será de la misma hechura y formará con él una misma pieza: de oro, púrpura violeta y escarlata, carmesí y lino fino torzal.

⁹ Tomarás dos piedras de ónice, sobre las cuales grabarás los nombres de los hijos de Israel: ¹⁰ seis de sus nombres en una piedra y los seis restantes en la otra, por orden de nacimiento.

¹¹ Como se tallan las piedras y se graban los sellos, así harás grabar esas dos piedras con los nombres de los hijos de Israel; las harás engarzar en engastes de oro.

¹² Después pondrás las dos piedras sobre las hombreras del efod, como piedras que me hagan recordar a los hijos de Israel, y así llevará Aarón sus nombres sobre sus dos hombros para recuerdo delante de Yahveh.

¹³ Harás engarces de oro; ¹⁴ y también dos cadenas de oro puro; las harás trenzadas a manera de cordones, y fijarás las cadenas trenzadas en los engarces.

¹⁵ Bordarás también el pectoral del juicio; lo harás al estilo de la labor del efod. Lo harás de oro, púrpura violeta y escarlata, de carmesí y lino fino torzal.

¹⁶ Será cuadrado y doble, de un palmo de largo y otro de ancho.

¹⁷ Lo llenarás de pedrería, poniendo cuatro filas de piedras: en la primera fila, un sardio, un topacio y una esmeralda; ¹⁸ en la segunda fila, un rubí, un zafiro y un diamante; ¹⁹ en la tercera fila, un ópalo, una ágata y una amatista; ²⁰ en la cuarta fila, un crisólito, un ónice y un jaspé; todas estarán engastadas en oro.

²¹ Las piedras corresponderán a los nombres de los hijos de Israel: doce, como los nombres de ellos. Estarán grabadas como los sellos, cada una con su nombre, conforme a las doce tribus.

²² Para el pectoral harás cadenillas de oro puro, trenzadas a manera de cordones; ²³ y harás también para el pectoral dos anillas de oro que fijarás en sus dos extremos.

²⁴ Pasarás los dos cordones de oro por las dos anillas, en los extremos del pectoral; ²⁵ unirás los dos extremos de los dos cordones a los dos engarces, y los fijarás en la parte delantera de las hombreras del efod.

²⁶ Harás otras dos anillas de oro que pondrás en los dos extremos del pectoral, en el borde interior que mira hacia el efod.

²⁷ Harás otras dos anillas de oro y las fijarás en la parte inferior de las dos hombreras del efod, por delante, cerca de su unión encima de la cinta del efod.

²⁸ Sujetarán el pectoral por sus anillas a las anillas del efod, con un cordón de púrpura violeta, para que el pectoral quede sobre la cinta del efod y no se desprenda del efod.

²⁹ Así llevará Aarón sobre su corazón los nombres de los hijos de Israel, en el pectoral del juicio, siempre que entre en el Santuario, para recuerdo perpetuo delante de Yahveh.

³⁰ En el pectoral del juicio pondrás el Urim y el Tummim, ⁴ que estarán sobre el corazón de Aarón cuando se presente ante Yahveh. Así llevará Aarón

⁴ 'Urim y el Tummim,' La mayoría de los estudiosos sostienen que la frase se refiere a objetos utilizados para discernir la voluntad divina, asociados con el Pectoral del juicio del sumo sacerdote, la videncia en general, y ceromancia en particular. [n. del pr.]

constantemente sobre su corazón, delante de Yahveh, el oráculo de los hijos de Israel.

³¹ Tejerás el manto del efod todo él de púrpura violeta.

³² Habrá en su centro una abertura para la cabeza; esta abertura llevará en derredor una orla, tejida como el cuello de una cota, para que no se rompa.

³³ En todo su ruedo inferior harás granadas de púrpura violeta y escarlata, de carmesí y lino fino torzal; y entre ellas, también alrededor, pondrás campanillas de oro: ³⁴ una campanilla de oro y una granada; otra campanilla de oro y otra granada; así por todo el ruedo inferior del manto.

³⁵ Aarón lo llevará en su ministerio y se oirá el tintineo cuando entre en el Santuario, ante Yahveh, y cuando salga; así no morirá.

³⁶ Harás, además, una lámina de oro puro y en ella grabarás como se graban los sellos: "Consagrado a Yahveh."

³⁷ La sujetarás con un cordón de púrpura violeta, de modo que esté fija sobre la tiara; estará en la parte delantera de la tiara.

³⁸ Quedará sobre la frente de Aarón; pues Aarón cargará con las faltas cometidas por los israelitas en las cosas sagradas; es decir, al ofrecer toda clase de santas ofrendas. La tendrá siempre sobre su frente, para que hallen favor delante de Yahveh.

³⁹ Tejerás la túnica con lino fino; harás también la tiara de lino fino, y la faja con brocado.

⁴⁰ Para los hijos de Aarón harás túnicas. Les harás también fajas y mitras que les den majestad y esplendor.

⁴¹ Vestirás así a tu hermano Aarón y a sus hijos; los ungirás, los investirás y los consagrarás para que ejerzan mi sacerdocio.

⁴² Hazles también calzones de lino, para cubrir su desnudez desde la cintura hasta los muslos.

⁴³ Aarón y sus hijos los llevarán al entrar en la Tienda del Encuentro, o al acercarse al altar para officiar en el Santuario, para que no incurran en culpa y mueran. Decreto perpetuo será éste para él y su posteridad.

37 el desierto de Sin

En el desierto de Sin sufrieron mucha sed hombres y animales. Se oían voces:

—¡Si nos hubiéramos quedado en Egipto tendríamos agua suficiente! ¿Acaso debemos morir de sed en el desierto?

Moisés habló en el santísimo con Dios. La voz divina dijo:

—Reúne a la población. Delante de ellos habla con la roca para que te dé su agua.

De acuerdo a este consejo Moisés reunió a todo el pueblo junto a una roca del desierto. Golpeó dos veces con su vara sobre la roca y ésta se abrió. De allí salió una vertiente cristalina de la que todos pudieron beber, hombres y ganado. Entonces muchos se avergonzaron de haber dudado de Moisés.

Cuando el pueblo estaba acampado al pie de la montaña Hor, Dios le manifestó a Moisés:

—Sube con Aarón y su hijo Eleazar a esta montaña. El tiempo de vida de Aarón se acaba. Dale allí a su hijo el vestido sacerdotal de su padre.

Así lo hizo Moisés. Mientras andaba con su hermano el último trecho del camino hacia arriba, Moisés pensaba cómo Amón lo había acompañado

ante el faraón y cómo había sido siempre valeroso a su lado en todos los caminos y contiendas. En la montaña Hor, Aarón le dio su vestido sacerdotal a su hijo Eleazar y Moisés bendijo a ambos.

El alma de Aarón abandonó su cuerpo y se elevó de inmediato por encima de la montaña hacia el cielo, a reunirse con sus padres.

Eleazar le preparó el sepulcro a su padre en la montaña Hor.

37 el desierto de Sin

números 20:1-29

20¹ Los israelitas, toda la comunidad, llegaron al desierto de Sin el mes primero, y se quedó todo el pueblo en Cadés. Allí murió María y allí la enterraron.

² No había agua para la comunidad, por lo que se amotinaron contra Moisés y contra Aarón.

³ El pueblo protestó contra Moisés, diciéndole: “Ojalá hubiéramos perecido igual que perecieron nuestros hermanos delante de Yahveh.

⁴ ¿Por qué habéis traído la asamblea de Yahveh a este desierto, para que muramos en él nosotros y nuestros ganados?

⁵ ¿Por qué nos habéis subido de Egipto, para traernos a este lugar pésimo: un lugar donde no hay sembrado, ni higuera, ni viña, ni ganado, y donde no hay ni agua para beber?”

⁶ Moisés y Aarón dejaron la asamblea, se fueron a la entrada de la Tienda del Encuentro, y cayeron rostro en tierra. Y se les apareció la gloria de Yahveh.

⁷ Yahveh habló con Moisés y le dijo: ⁸ “Toma la vara y reúne a la comunidad, tú con tu hermano Aarón. Hablad luego a la peña en presencia de ellos, y ella dará sus aguas. Harás brotar para ellos agua

de la peña, y darás de beber a la comunidad y a sus ganados.”

⁹ Tomó Moisés la vara de la presencia de Yahveh como se lo había mandado.

¹⁰ Convocaron Moisés y Aarón la asamblea ante la peña y él les dijo: “Escuchadme, rebeldes. ¿Haremos brotar de esta peña agua para vosotros?”

¹¹ Y Moisés alzó la mano y golpeó la peña con su vara dos veces. El agua brotó en abundancia, y bebió la comunidad y su ganado.

¹² Dijo Yahveh a Moisés y Aarón: “Por no haber confiado en mí, honrándome ante los israelitas, os aseguro que no guiaréis a esta asamblea hasta la tierra que les he dado.”

¹³ Estas son las aguas de Meribá, donde protestaron los israelitas contra Yahveh, y con las que él manifestó su santidad.

¹⁴ Envió Moisés mensajeros desde Cadés: “Al rey de Edom. Así dice tu hermano Israel: ‘Ya sabes por qué gran calamidad hemos pasado. ¹⁵ Nuestros padres bajaron a Egipto y nos quedamos en Egipto mucho tiempo. Pero los egipcios nos trataron mal, a nosotros igual que a nuestros padres. ¹⁶ Clamamos entonces a Yahveh, y escuchó nuestra voz: envió un ángel, y nos sacó de Egipto. Ahora estamos en Cadés, ciudad fronteriza de tu territorio. ¹⁷ Déjanos, por favor, pasar por tu tierra. No cruzaremos por campo ni por viñado, ni beberemos agua de pozo. Seguiremos el camino real, sin torcer ni a la derecha ni a la izquierda hasta que crucemos tus fronteras.’”

¹⁸ Edom le respondió: “No pasarás por mí. Si lo haces, saldré espada en mano a tu encuentro.”

¹⁹ Le respondieron los israelitas: “Seguiremos por la calzada, y si bebemos agua tuya, yo y mis rebaños, pagaremos su precio. Se trata de pasar a pie: no tiene importancia.”

²⁰ Respondió él: “No pasarás.” Y salió Edom a su encuentro con mucha gente y mano poderosa.

²¹ Como Edom negó el paso a Israel por su territorio, Israel dio un rodeo.

²² Partieron de Cadés los israelitas, toda la comunidad, y llegaron a Hor de la Montaña.

²³ Y dijo Yahveh a Moisés y Aarón en Hor de la Montaña, en la frontera del país de Edom:

²⁴ “Que se reúna Aarón con los suyos, porque no debe entrar en la tierra que he dado a los israelitas, por haberos rebelado contra mi voz en las aguas de Meribá. ²⁵ Toma a Aarón y a su hijo Eleazar y súbelos a la montaña de Hor. ²⁶ Le quitarás a Aarón sus vestiduras y se las pondrás a su hijo Eleazar. Entonces Aarón se reunirá con los suyos: allí morirá.”

²⁷ Moisés hizo como le había mandado Yahveh. Subieron a Hor de la Montaña a la vista de toda la comunidad.

²⁸ Quitó Moisés a Aarón sus vestiduras y se las puso a su hijo Eleazar. Y murió allí Aarón, en la cumbre del monte. Moisés y Eleazar bajaron de la montaña.

²⁹ Toda la comunidad se dio cuenta de que había fallecido Aarón, y lloró a Aarón toda la casa de Israel durante treinta días.

38 la serpiente de bronce

El pueblo murmuró y se quejó muchas veces durante el largo viaje por el desierto. Cuando dejaron la montaña Hor atravesaron parajes secos y estériles. De nuevo murmuraban los israelitas no sólo contra Moisés sino también contra Dios. Surgió una gran rebelión.

Entonces Dios les envió un castigo para hacerlos entrar en razón: de todas partes y desde muy lejos se acercaron víboras al campamento. Mordieron a los revoltosos y muchos debieron morir. El pueblo fue a Moisés y exclamó:

—Hemos pecado al hablar mal del Señor y de ti. ¡Dios se apiade de nosotros!

Moisés mandó erigir un alto poste con una serpiente de bronce amarrada en forma de S. Al que miraba este signo la mordedura de la víbora no le traía la muerte y las víboras se fueron de nuevo.

38 la serpiente de bronce números 21:4-9

⁴ Partieron de Hor de la Montaña, camino del mar de Suf, rodeando la tierra de Edom. El pueblo se impacientó por el camino.

⁵ Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: “¿Por qué nos habéis subido de Egipto para morir en el desierto? Pues no tenemos ni pan ni agua, y estamos cansados de ese manjar miserable.”

⁶ Envío entonces Yahveh contra el pueblo serpientes abrasadoras, que mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel.

⁷ El pueblo fue a decirle a Moisés: “Hemos pecado por haber hablado contra Yahveh y contra ti. Intercede ante Yahveh para que aparte de nosotros las serpientes,” Moisés intercedió por el pueblo.

⁸ Y dijo Yahveh a Moisés: “Hazte un Abrasador⁵ y ponlo sobre un mástil. Todo el que haya sido mordido y lo mire, vivirá.”

⁹ Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida.

5 ‘Abrasador’ es traducción de ‘saraf,’ que Is 30:6 representa como una serpiente alada o dragón. Es la misma raíz lingüística de ‘serafines.’ [n. del pr.]

39 Balaam vuelve a aparecer

El pueblo de los moabitas y su rey Balaq tuvieron temor cuando les llegó la noticia de que el pueblo de Israel iba a pasar en su camino cerca de ese país. Balaq mandó buscar al mago Balaam, quien hacía tiempo había dejado Egipto. El mensaje de Balaq era:

—Balaam, cuando este pueblo pase por aquí con tu magia tú debes maldecirlo y echarlo. Por ello serás muy bien remunerado.

Balaam montaba un burro para dirigirse hacia el palacio del rey Balaq. Lo acompañaban dos sirvientes. Entonces un ángel del Señor se le puso en el camino al burro.

Balaam no podía ver al ángel, pero su burro lo veía. El animal saltó asustado hacia un lado en el campo y se detuvo duro como un palo. Balaam le pegó y los sirvientes lo arrastraron al camino. Por un rato pudieron avanzar nuevamente.

Pero el ángel se puso otra vez en su camino junto a un muro que lo bordeaba; el burro no podía escabullirse ni a la izquierda ni a la derecha. Entonces apretó a Balaam tan fuertemente contra el muro del camino que le lastimó un pie. Balaam gritó y volvió a pegarle al burro, y los sirvientes volvieron a tironearlo. El asno tuvo, quiéralo o no, que seguir andando.

Pero el ángel volvió a ponerse delante por tercera vez en una parte angosta del camino. El burro se dejó caer sobre sus rodillas y Balaam quedó parado sobre sus pies. Entonces su ira fue enorme.

Tomó la vara con ambas manos para pegarle al burro. Pero éste soltaba unos sonidos muy extraños que Balaam no había escuchado jamás. Dejó caer la vara y oyó claramente cómo resonaba desde el burro una voz gutural:

—¿Por qué le pegas a tu fi...el bu...rro? ¡Mira delante de ti, Ba...la...am!

Entonces Balaam fue iluminado. Por fin vio también al ángel con la espada, de pie, en el camino. Se postró ante él. El ángel le habló:

—Ve con Balaq, pero no podrás decir otra cosa más que lo que yo te diga, pues ¡el pueblo de Israel está bajo la gracia de Dios!

Cuando Balaq oyó que Balaam se acercaba se salió a su encuentro para saludarlo. Lo condujo hasta una altura desde la cual se podía ver el campamento de los israelitas a lo lejos. De inmediato, Balaq tuvo que construirle a Balaam un altar. Cuando se preparó la ofrenda, Balaam volvió a oír la voz:

—¡El pueblo de Israel está bajo la gracia de Dios! Balaq presionaba:

—¡Vamos, Balaam, comienza ahora con tu maldición!

Y Balaam respondió:

—¿Cómo puedo maldecir lo que Dios bendice? Entonces Balaq se encolerizó terriblemente:

—¡Te he hecho venir para maldecir a mis enemigos y tú los bendices! ¡Regresa al lugar de donde has venido!

Balaam se montó nuevamente en su asno, el cual trotaba y trotaba tan contento y alegre como si hubiese comido setenta y siete cardos.

39 Balaam vuelve a aparecer números 22:1-24:25

22¹ Luego partieron los israelitas y acamparon en las Estepas de Moab, al otro lado del Jordán, a la altura de Jericó.

² Vio Balaq, hijo de Sippor, todo lo que había hecho Israel con los amorreos³ y se estremeció Moab ante pueblo, pues era muy numeroso. Tuvo miedo Moab de los israelitas⁴ y dijo a los ancianos de Madián: “Ahora veréis cómo esa multitud va a devastarlo todo a nuestro alrededor, como devasta el buey la hierba del campo.” Balaq, hijo de Sippor, era rey de Moab por aquel tiempo.

⁵ Envio mensajeros a buscar a Balaam, hijo de Beor, a Petor del Río, en tierra de los hijos de Ammav, para decirle: “He aquí que el pueblo que ha salido de Egipto ha cubierto la superficie de la tierra y se ha establecido frente a mí. ⁶ Ven, pues, por favor, maldíceme a ese pueblo, pues es más fuerte que yo, a ver si puedo vencerle y lo arrojo del país. Pues sé que el que tú bendices queda bendito y el que maldices, maldito.”

⁷ Fueron los ancianos de Moab y los ancianos de Madián, con la paga del vaticinio en sus manos. Llegaron donde Balaam y le dijeron las palabras de Balaq.

⁸ El les contestó: “Pasad aquí la noche y os responderé según lo que me diga Yahveh.” Los jefes de Moab se quedaron en casa de Balaam.

⁹ Entró Yahveh donde Balaam y le dijo: “¿Qué hombres son éstos que están en tu casa?”

¹⁰ Le respondió Balaam a Dios: “Balaq, hijo de Sippor, rey de Moab, me ha enviado a decir: ¹¹ ‘El pueblo que ha salido de Egipto ha cubierto la superficie de la tierra. Ven, pues, maldícemelo, a ver si puedo vencerlo y expulsarlo.’”

¹² Pero dijo Dios a Balaam: “No vayas con ellos, no maldigas a ese pueblo porque es bendito.”

¹³ Se levantó Balaam de madrugada y dijo a los jefes de Balaq: “Id a vuestra tierra, porque Yahveh no quiere dejarme ir con vosotros.”

¹⁴ Se levantaron, pues, los jefes de Moab, volvieron donde Balaq y le dijeron: “Balaam se ha negado a venir con nosotros.”

¹⁵ Balaq envió otra vez jefes en mayor número y más ilustres que los anteriores.

¹⁶ Fueron donde Balaam y le dijeron: “Así dice Balaq, hijo de Sippor: No rehúses, por favor, venir a mí, ¹⁷ que te recompensaré con grandes honores y haré todo lo que me digas. Ven, por favor, y maldíceme a ese pueblo.”

¹⁸ Respondió Balaam a los siervos de Balaq: “Aunque me diera Balaq su casa llena de plata y oro, no podría traspasar la orden de Yahveh mi Dios en nada, ni poco ni mucho. ¹⁹ Quedaos aquí también vosotros esta noche y averiguaré qué más me dice Yahveh.”

²⁰ Entró Dios donde Balaam por la noche y le dijo: “¿No han venido esos hombres a llamarte? Levántate y vete con ellos. Pero has de cumplir la palabra que yo te diga.”

²¹ Se levantó Balaam de madrugada, aparejó su asna y se fue con los jefes de Moab.

el profanador de textos

²² Cuando iba, se encendió la ira de Yahveh y el Ángel de Yahveh se puso en el camino para estorbarle. Él montaba la burra y sus dos muchachos iban con él.

²³ La burra vio al Ángel de Yahveh plantado en el camino, la espada desenvainada en la mano. La burra se apartó del camino y se fue a campo travesía. Balaam pegó a la burra para hacerla volver al camino.

²⁴ Pero el Ángel de Yahveh se puso en un sendero entre las viñas, con una pared a un lado y otra a otro.

²⁵ Al ver la burra al Ángel de Yahveh, se arrimó a la pared y raspó el pie de Balaam contra la pared. El le pegó otra vez.

²⁶ Volvió el Ángel de Yahveh a cambiar de sitio, y se puso en un paso estrecho, donde no había espacio para apartarse ni a la derecha ni a la izquierda.

²⁷ Vio la burra al Ángel de Yahveh y se echó con Balaam encima. Balaam se enfureció y pegó a la burra con un palo.

²⁸ Entonces Yahveh abrió la boca de la burra, que dijo a Balaam: “¿Qué te he hecho yo para que me pegues con ésta ya tres veces?”

²⁹ Respondió Balaam a la burra: “Porque te has burlado de mí. Ojalá tuviera una espada en la mano; ahora mismo te mataba.”

³⁰ Respondió la burra a Balaam: “¿No soy yo tu burra, y me has montado desde siempre hasta el día de hoy? ¿Acaso acostumbro a portarme así contigo?” Respondió él: “No.”

³¹ Entonces abrió Yahveh los ojos de Balaam, que vio al Ángel de Yahveh, de pie en el camino, la espada desenvainada en la mano; y se inclinó y postró rostro en tierra.

³² El Ángel de Yahveh le dijo: “¿Por qué has pegado a tu burra con ésta ya tres veces? He sido yo

el que he salido a cerrarte el paso, porque delante de mí se tuerce el camino. ³³ La burra me ha visto y se ha apartado de mí tres veces. Gracias a que se ha desviado, porque si no, para ahora te habría matado y a ella la habría dejado con vida.”

³⁴ Dijo entonces Balaam al Ángel de Yahveh: “He pecado, pues no sabía que tú te habías puesto en mi camino. Pero ahora mismo, si esto te parece mal, me vuelvo.”

³⁵ Respondió el Ángel de Yahveh a Balaam: “Vete con esos hombres, pero no dirás nada más que lo que yo te diga.” Balaam marchó con los jefes de Balaq.

³⁶ Oyó Balaq que llegaba Balaam y salió a su encuentro hacia Ar Moab, en la frontera del Arnón, en los confines del territorio.

³⁷ Dijo Balaq a Balaam: “¿No te mandé llamar? ¿Por qué no viniste donde mí? ¿Es que no puedo recompensarte?”

³⁸ Respondió Balaam a Balaq: “Mira que ahora ya he venido donde ti. A ver si puedo decir algo. La palabra que ponga Dios en mi boca es la que diré.”

³⁹ Marchó Balaam con Balaq y llegaron a Quiryat Jusot.

⁴⁰ Sacrificó Balaq una vaca y una oveja y le envió porciones a Balaam y a los jefes que le acompañaban.

⁴¹ A la mañana, tomó Balaq a Balaam y lo hizo subir a Bamot Baal, desde donde se veía un extremo del campamento.

23¹ Dijo Balaam a Balaq: “Constrúyeme aquí siete altares y prepárame siete novillos y siete carneros.”

² Balaq hizo lo que le había dicho Balaam, y ofreció en holocausto un novillo y un carnero en cada altar.

³ Dijo entonces Balaam a Balaq: “Quédate junto a tus holocaustos, mientras yo voy a ver si me sale al encuentro Yahveh. La palabra que me manifeste, te la comunicaré.” Y se fue a un monte pelado.

⁴ Salió Dios al encuentro de Balaam y éste le dijo: “Siete altares he preparado y he ofrecido en holocausto un novillo y un carnero sobre cada altar.”

⁵ Yahveh entonces puso una palabra en la boca de Balaam y le dijo: “Vuelve donde Balaq y esto le dirás.”

⁶ Volvió donde él y estaba aún de pie junto a su holocausto, con todos los príncipes de Moab.

⁷ El entonó su trova y dijo:

*“De Aram me hace venir Balaq,
el rey de Moab desde los montes de Quédem:
“Ven, maldíceme a Jacob;
ven, execra a Israel.”*

⁸ *¿Cómo maldeciré, si no maldice Dios?*

¿Cómo execraré, si no execra Yahveh?

⁹ *De la cumbre de las peñas lo diviso,
de lo alto de las colinas lo contemplo:*

es un pueblo que vive aparte;

no es contado entre las naciones.

¹⁰ *¿Quién contará el polvo de Jacob,
quién numerará la polvareda de Israel?*

Muera mi alma con la muerte de los justos,

Sea mi paradero como el suyo.”

¹¹ Dijo Balaq a Balaam: “¿Qué me has hecho? ¿Para maldecir a mis enemigos te he traído y los has colmado de bendiciones!”

¹² Le respondió diciendo: “¿No tengo yo que esmerarme en hablar todo lo que Yahveh me pone en la boca?”

el profanador de textos

¹³ Le respondió Balaq: “Ven, pues, a otro sitio conmigo porque lo que ves desde aquí no es más que un extremo, no lo ves entero. Maldícemelo desde allí.”

¹⁴ Y le llevó al Campo de los Centinelas, hacia la cumbre del Pisgá. Construyó siete altares y ofreció en holocausto un novillo y un carnero en cada altar.

¹⁵ Balaam dijo a Balaq: “Quédate aquí junto a tus holocaustos, mientras yo salgo al encuentro.”

¹⁶ Salió Yahveh al encuentro de Balaam, puso una palabra en su boca y le dijo: “Vuelve donde Balaq y esto le dirás.”

¹⁷ Volvió donde él y lo encontró aún de pie junto a sus holocaustos, con los príncipes de Moab. Le dijo Balaq: “¿Qué ha dicho Yahveh?”

¹⁸ El entonó su trova diciendo:

*“Levántate, Balaq, y escucha,
préstame oídos, hijo de Sippor.*

*¹⁹ No es Dios un hombre, para mentir,
ni hijo de hombre, para volverse atrás.*

*¿Es que él dice y no hace,
habla y no lo mantiene?*

*²⁰ He aquí que me ha tocado bendecir;
bendeciré y no me retractaré.*

*²¹ No he divisado maldad en Jacob,
ni he descubierto infortunio en Israel.*

*Yahveh su Dios está con él,
y en él se oye proclamar a un rey.*

*²² Dios le hace salir de Egipto,
como cuernos de búfalo es para él.*

*²³ No hay presagio contra Jacob,
ni sortilegio contra Israel.*

*Según se le está diciendo a Jacob
y a Israel: “¿Qué hace tu Dios?”*

²⁴ he aquí que un pueblo se levanta como leona,

*se yergue como león:
no se acostará hasta devorar la presa
y beber la sangre de sus víctimas.”*

²⁵ Balaq dijo a Balaam: “Ya que no le maldices, por lo menos no le bendigas.”

²⁶ Respondió Balaam y dijo a Balaq: “¿No te he dicho que hago todo lo que me dice Yahveh?”

²⁷ Dijo Balaq a Balaam: “Ven, por favor, que te lleve a otro sitio, a ver si le place a Dios que me lo maldigas desde allí.”

²⁸ Llevó Balaq a Balaam a la cumbre del Peor, que domina la parte del desierto.

²⁹ Dijo Balaam a Balaq: “Constrúyeme aquí siete altares y prepárame aquí siete novillos y siete carneros.”

³⁰ Balaq hizo lo que le había dicho Balaam, y ofreció en holocausto un novillo y un carnero en cada altar.

24¹ Vio Balaam que agradaba a Yahveh bendecir a Israel, y ya no fue como las otras veces al encuentro de los augurios, sino que se volvió cara al desierto.

² Y al alzar los ojos, vio Balaam a Israel acampado por tribus. Y le invadió el espíritu de Dios.

³ Entonó su trova y dijo:

*“Oráculo de Balaam, hijo de Beor,
oráculo del varón clarividente.*

*⁴ Oráculo del que oye los dichos de Dios,
del que ve la visión de Sadday*

del que obtiene respuesta, y se le abren los ojos.

*⁵ ¿Qué hermosas son tus tiendas, Jacob,
y tus moradas, Israel!*

⁶ Como valles espaciosos,

*como jardines a la vera del río,
como álces que plantó Yahveh,
como cedros a la orilla de las aguas.*

*⁷ Sale un héroe de su descendencia,
domina sobre pueblos numerosos.*

*Se alza su rey por encima de Agag,
se alza su reinado.*

*⁸ Dios le hace salir de Egipto,
como cuernos de búfalo es para él.
Devora el cadáver de sus enemigos
y les quebranta los huesos.*

*⁹ Se agacha, se acuesta,
como león, como leona,
¿quién le hará levantar?
¡Bendito el que te bendiga!
¡Maldito el que te maldiga!”*

¹⁰ Se enfureció Balaq contra Balaam, palmoteó fuertemente, y dijo a Balaam: “Te he llamado para maldecir a mis enemigos y he aquí que los has llenado de bendiciones ya por tercera vez. ¹¹ Lárgate ya a tu tierra. Te dije que te colmaría de honores, pero Yahveh te ha privado de ellos.”

¹² Respondió Balaam a Balaq: “¿No les dije yo a los mensajeros que me enviaste:

¹³ ‘Aunque me diera Balaq su casa llena de plata y oro, no podría salirme de la orden de Yahveh, ni hacer por mi cuenta nada, bueno ni malo; lo que me diga Yahveh, eso es lo que diré?’ ¹⁴ Ahora, pues, que me marchó a mi pueblo, ven, que te voy a anunciar lo que hará este pueblo al cabo del tiempo.”

¹⁵ Entonó su trova y dijo:

*“Oráculo de Balaam, hijo de Beor,
oráculo del varón clarividente.*

¹⁶ oráculo del que escucha los dichos de Dios,

*del que conoce la ciencia del Altísimo;
del que ve lo que le hace ver Sadday,
del que obtiene la respuesta, y se le abren los ojos.*

¹⁷ *Lo veo, aunque no para ahora,
lo divisó, pero no de cerca:
de Jacob avanza una estrella,
un cetro surge de Israel.*

*Aplasta las sienas de Moab,
el cráneo de todos los hijos de Set.*

¹⁸ *Será Edom tierra conquistada,
tierra conquistada Seír.*

Israel despliega su poder,

¹⁹ *Jacob domina a sus enemigos,
aniquila a los fugitivos de Ar.”*

²⁰ Vio Balaam a Amalec, entonó su trova y dijo:

*“Primicias de las naciones, Amalec;
pero al cabo perecerá para siempre.”*

²¹ Vio luego a los quenitas, entonó su trova y dijo:

*“Firme es tu morada, Caín,
en la peña está puesto tu nido.*

²² *Pero el nido es de Beor;
¿hasta cuándo te tendrá cautivo Asur?*

²³ *Entonó luego su trova y dijo:*

Pueblos del Mar reviven por el Norte,

²⁴ *barcos por el lado de Kittim.*

*Oprimen a Asur, oprimen a Héber;
también él perecerá para siempre.”*

²⁵ Luego se levantó Balaam, y se fue de vuelta a su país. También Balaq se fue por su camino.

Josué

40 Josué sucesor de Moisés

El Señor le dijo a Moisés:

—También tú te reunirás pronto con tus padres al igual que Aarón, aún antes de que el pueblo pise la tierra de Canaán. Dale a Josué, delante de todo el pueblo, tu bendición y tu mandato. Cuando tú hayas dejado la tierra y no puedas guiar más a las tribus, él deberá hacerlo.

Entonces Moisés ordenó al pueblo que se reuniera delante del tabernáculo. Eso ocurría sólo cuando había que anunciar algo muy importante. Nadie sabía de qué se trataba esta vez, a excepción de Eleazar, hijo de Aarón, y sumo sacerdote. A él Moisés le había contado del mandato de Dios para Josué.

Sacerdotes jóvenes encendieron delante del tabernáculo el fuego de la ofrenda festiva. Moisés, Eleazar y Josué aparecieron. Moisés dijo:

—¡Israelitas! Dios, el Señor, me ha revelado que podré guiaros tan sólo un corto tiempo más en la tierra. Así, ahora os anuncio su voluntad: Josué será quien os guíe después de mí en vuestro camino a Canaán.

Al terminar estas palabras Moisés colocó sus manos sobre los hombros de Josué. El nombrado cayó de rodillas. Moisés lo bendijo e hizo ver a todo

el pueblo cómo le pasaba su misión y dignidad. Se dirigió a Josué:

—Sé firme y resuelto, pues tú llevarás a este pueblo a la tierra que el Señor le otorgará. ¡El va delante de ti, no temas, sé firme y valiente!

40 *Josué sucesor de Moisés* *deuteronomio 31:1-23*

31¹ Moisés acabó diciendo estas palabras a todo Israel:

² “He cumplido 120 años. Ya no puedo salir ni entrar. Y Yahveh me ha dicho: Tú no pasarás este Jordán. ³ Yahveh tu Dios pasará delante de ti, él destruirá ante ti esas naciones y las desalojará. Será Josué quien pasará delante de ti, como ha dicho Yahveh. ⁴ Yahveh las tratará como trató a Sijón y a Og, reyes amorreos, y a su país, a los cuales destruyó. ⁵ Yahveh os los entregará, y vosotros los trataréis exactamente conforme a la orden que yo os he dado. ⁶ ¡Sed fuertes y valerosos!, no temáis ni os asustéis ante ellos, porque Yahveh tu Dios marcha contigo: no te dejará ni te abandonará.”

⁷ Después Moisés llamó a Josué y le dijo en presencia de todo Israel: “¡Se fuerte y valeroso!, tú entrarás con este pueblo en la tierra que Yahveh juró dar a sus padres, y tú se la darás en posesión. ⁸ Yahveh marchará delante de ti, él estará contigo; no te dejará ni te abandonará. No temas ni te asustes.”

⁹ Moisés puso esta Ley por escrito y se la dio a los sacerdotes, hijos de Leví, que llevaban el arca de la alianza de Yahveh, así como a todos los ancianos de Israel.

¹⁰ Y Moisés les dio esta orden: “Cada siete años, tiempo fijado para el año de la Remisión, en la fiesta de las Tiendas, ¹¹ cuando todo Israel acuda, para ver el rostro de Yahveh tu Dios, al lugar elegido por él, leerás esta Ley a oídos de todo Israel. ¹² Congrega al pueblo, hombres, mujeres y niños, y al forastero que vive en tus ciudades, para que oigan, aprendan a temer a Yahveh vuestro Dios, y cuiden de poner en práctica todas las palabras de esta Ley. ¹³ Y sus hijos, que todavía no la conocen, la oirán y aprenderán a temer a Yahveh vuestro Dios todos los días que viváis en el suelo que vais a tomar en posesión al pasar el Jordán.”

¹⁴ Yahveh dijo a Moisés: “Ya se acerca el día de tu muerte; llama a Josué y presentaos en la Tienda del Encuentro, para que yo le dé mis órdenes.” Fue, pues, Moisés con Josué a presentarse en la Tienda del Encuentro.

¹⁵ Y Yahveh se apareció en la Tienda, en una columna de nube; la columna de nube estaba parada a la entrada de la Tienda.

¹⁶ Yahveh dijo a Moisés: “He aquí que vas a acostarte con tus padres, y este pueblo se levantará para prostituirse yendo en pos de dioses extraños, los de la tierra en la que va a entrar. Me abandonará y romperá mi alianza, que yo he concluido con él.

¹⁷ Aquel día montaré en cólera contra él, los abandonaré y les ocultaré mi rostro. Será pasto y presa de un sinfín de males y adversidades, de suerte que dirá aquel día: “¿No me habrán llegado estos males porque mi Dios no está en medio de mí?”

¹⁸ Pero yo ocultaré mi rostro aquel día, a causa de todo el mal que habrá hecho, yéndose en pos de otros dioses.

¹⁹ “Y ahora escribid para vuestro uso el cántico siguiente; enséñaselo a los israelitas, ponlo en su

boca para que este cántico me sirva de testimonio contra los israelitas, ²⁰ cuando yo les lleve a la tierra que bajo juramento prometí a sus padres, tierra que mana leche y miel, y ellos, después de comer hasta hartarse y engordar bien, se vuelvan hacia otros dioses, les den culto, y a mí me desprecien y rompan mi alianza.

²¹ Y cuando les alcancen males y adversidades sin número, este cántico dará testimonio contra él, porque no caerá en olvido en la boca de su descendencia. Pues sé muy bien los planes que está tramando hoy, incluso antes de haberle introducido en la tierra que le tengo prometida bajo juramento.”

²² Y Moisés escribió aquel día este cántico y se lo enseñó a los israelitas.

²³ Luego dio esta orden a Josué, hijo de Nun: “¡Sé fuerte y valeroso!, porque tú llevarás a los israelitas a la tierra que yo les tengo prometida bajo juramento, y yo estaré contigo.”

41 el sepulcro desconocido

Cuando Moisés con Eleazar y Josué hubieron ordenado todo, el pueblo acampó al pie de la montaña Nebo. Dios le habló a Moisés:

—Sube a la montaña. Desde allí podrás mirar la tierra de Canaán, la que será la patria de tu pueblo. Tu pie no la pisará, pues en la montaña yo liberaré tu alma para su resurrección en el mundo celestial.

Al despedirse Moisés de Josué y Eleazar, Josué le pidió:

—¡Moisés, si debes abandonarnos en la tierra, permanece junto a nosotros en espíritu!

Moisés bendijo nuevamente a Josué. Poco después abandonó el campamento del pueblo. Ascendió cada vez más alto a la montaña Nebo. Desde arriba vió la tierra fértil de Canaán, donde verdeaban los árboles. Extendió sus brazos, como si quisiera abarcarla en su corazón.

Y sobre Canaán vió un lejano resplandor de luz. Desde arriba resonó como un cántico:

—Aquí nacerá un día el Mesías, de este pueblo que tú has guiado!

Entonces el alma de Moisés se elevó a las alturas; su cuerpo cayó suavemente a la tierra. Se dijo que

Miguel y Gabriel condujeron su alma hacia arriba, los mismos ángeles que lo habían llevado una vez en el Sinaí al mundo divino.

No se conoce sepulcro alguno de Moisés, pues no encontraron su cuerpo, aunque fue buscado para erigirle un sepulcro. Muchos opinan que la tierra abrió una grieta y se lo tragó. Pero su espíritu se apareció una vez más a Josué y volvió a despedirse con estas palabras:

—¡No temas, sé firme y valiente!

41 el sepulcro desconocido
deuteronomio 34:1-12

manos. A él obedecieron los israelitas, cumpliendo la orden que Yahveh había dado a Moisés.

¹⁰No ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien Yahveh trataba cara a cara, ¹¹nadie como él en todas las señales y prodigios que Yahveh le envió a realizar en el país de Egipto, contra Faraón, todos sus siervos y todo su país, ¹²y en la mano tan fuerte y el gran terror que Moisés puso por obra a los ojos de todo Israel.

34¹ Moisés subió de las Estepas de Moab al monte Nebo, cumbre del Pisgá, frente a Jericó, y Yahveh le mostró la tierra entera: Galaad hasta Dan, ²todo Neftalí, la tierra de Efraím y de Manasés, toda la tierra de Judá, hasta el mar Occidental, ³el Négueb, la vega del valle de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Soar.

⁴Y Yahveh le dijo: “Esta es la tierra que bajo juramento prometí a Abraham, Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia se la daré. Te dejo verla con tus ojos, pero no pasarás a ella.”

⁵Allí murió Moisés, servidor de Yahveh, en el país de Moab, como había dispuesto Yahveh.

⁶Le enterró en el Valle, en el País de Moab, frente a Bet Peor. Nadie hasta hoy ha conocido su tumba.

⁷Tenía Moisés 120 años cuando murió; y no se había apagado su ojo ni se había perdido su vigor.

⁸Los israelitas lloraron a Moisés treinta días en las Estepas de Moab; cumplieron así los días de llanto por el duelo de Moisés.

⁹Josué, hijo de Nun, estaba lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés le había impuesto las

42 la travesía del Jordán

Con la bendición de Moisés recayó sobre Josué la revelación del Señor. La voz interior le hablaba ahora también a Josué. Le ordenó:

—¡Haz que el Arca de la Alianza con las Tablas de la Ley sean llevadas delante del pueblo! Cuando los que la carguen lleguen al río Jordán deberán entrar al agua sin temor.

—Josué pidió doce sacerdotes como portadores. Estos doce debían abrir el camino con el arca y el pueblo debía seguirlos. La larga caravana se acercó al río. Adelante, los sacerdotes entraron valerosamente en el agua la cual comenzó lentamente a retroceder. Depositaron el Arca de la Alianza en medio del lecho del río. Los israelitas pudieron atravesar el río con sus pies secos.

Entonces, Josué ganó la confianza del pueblo, pues vieron que la palabra y la conducción de Dios iban con él y todos obedecieron sus órdenes.

Josué hizo colocar doce piedras altas a orillas del Jordán en recuerdo de este acontecimiento.

42 *la travesía del Jordán*

Josué 3:1-4:24

3¹ Josué se levantó de mañana, partieron de Sittim y llegaron hasta el Jordán, él y todos los israelitas. Allí pernoctaron antes de pasar.

² Al cabo de tres días, los escribas pasaron por medio del campamento ³ y dieron al pueblo esta orden: “Cuando veáis el arca de la alianza de Yahveh vuestro Dios y a los sacerdotes levitas que la llevan, partiréis del sitio donde estáis e iréis tras ella,

⁴ para que sepáis qué camino habéis de seguir, pues no habéis pasado nunca hasta ahora por este camino. Pero que haya entre vosotros y el arca una distancia de unos 2.000 codos: no os acerquéis.”

⁵ Josué dijo al pueblo: “Purificaos, porque mañana Yahveh va a obrar maravillas en medio de vosotros.”

⁶ Y dijo Josué a los sacerdotes: “Tomad el arca de la alianza y pasad al frente del pueblo.” Ellos tomaron el arca de la alianza y partieron al frente del pueblo.

⁷ Yahveh dijo a Josué: “Hoy mismo voy a empezar a engrandecerte a los ojos de todo Israel, para que sepan que, lo mismo que estuve con Moisés, estoy contigo.

⁸ Tú darás esta orden a los sacerdotes que llevan el arca de la alianza: “En cuanto lleguéis a la orilla del agua del Jordán, os pararéis en el Jordán.”

⁹ Josué dijo a los Israelitas: “Acercaos y escuchad las palabras de Yahveh vuestro Dios.”

¹⁰ Y dijo Josué: “En esto conoceréis que el Dios vivo está en medio de vosotros y que arrojará ciertamente de delante de vosotros al cananeo, al hitita, al jivita, al perizita, al guirgasita, al amorreo y al jebuseo.

¹¹ He aquí que el arca de Yahveh, Señor de toda la tierra, va a pasar el Jordán delante de vosotros.

¹² Escoged, pues, doce hombres de las tribus de Israel, un hombre por cada tribu.

¹³ En cuanto las plantas de los pies de los sacerdotes que llevan el arca de Yahveh, Señor de toda la tierra, pisen las aguas del Jordán, las aguas del Jordán las que vienen de arriba, quedarán cortadas y se pararán formando un solo bloque.”

¹⁴ Cuando el pueblo partió de sus tiendas para pasar el Jordán, los sacerdotes llevaban el arca de la alianza a la cabeza del pueblo.

¹⁵ Y en cuanto los que llevaban el arca llegaron al Jordán, y los pies de los sacerdotes que llevaban el arca tocaron la orilla de las aguas, y el Jordán baja crecido hasta los bordes todo el tiempo de la siega, ¹⁶ las aguas que bajaban de arriba se detuvieron y formaron un solo bloque a gran distancia, en Adam, la ciudad que está al lado de Sartán, mientras que las que bajaban hacia el mar de la Arabá, o mar de la Sal, se separaron por completo, y el pueblo pasó frente a Jericó.

¹⁷ Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza de Yahveh se estuvieron a pie firme, en seco, en medio del Jordán, mientras que todo Israel pasaba en seco, hasta que toda la gente acabó de pasar el Jordán.

4¹ Cuando todo el pueblo acabó de pasar el Jordán, Yahveh habló a Josué y le dijo:

² “Escoged doce hombres del pueblo, un hombre por cada tribu, ³ y dadles esta orden: ‘Sacad de aquí, del medio del Jordán, doce piedras, que pasaréis con vosotros y depositaréis en el lugar donde paséis la noche.’”

⁴ Llamó Josué a los doce hombres que había elegido entre los israelitas, uno por cada tribu, ⁵ y les dijo: “Pasad delante del arca de Yahveh vuestro Dios, hasta el medio del Jordán, y cada uno de vosotros cargue sobre sus hombros una piedra, según el número de las tribus israelitas, ⁶ para que sea esto una señal en medio de vosotros; cuando el día de mañana vuestros hijos os pregunten: ‘¿Qué significan para vosotros estas piedras?’ ⁷ les diréis: ‘Es que las aguas del Jordán se separaron delante del arca de la alianza de Yahveh; cuando atravesó el Jordán, las aguas del Jordán se separaron. Estas piedras serán para los israelitas memorial para siempre.’”

⁸ Así lo hicieron los israelitas, según las órdenes de Josué: sacaron doce piedras del medio del Jordán, según el número de las tribus israelitas, como había mandado Yahveh a Josué, las llevaron al lugar donde iban a pasar la noche y las depositaron allí.

⁹ Y Josué levantó doce piedras en medio del Jordán, donde habían pisado los pies de los sacerdotes portadores del arca de la alianza, y allí están todavía hoy.

¹⁰ Los sacerdotes portadores del arca estaban parados en medio del Jordán hasta que se cumpliera todo lo que Yahveh había mandado a Josué que dijera al pueblo (según todo lo que Moisés había ordenado a Josué); y el pueblo se apresuró a pasar.

¹¹ En cuanto terminó de pasar todo el pueblo, pasó el arca de Yahveh, yendo los sacerdotes a la cabeza del pueblo.

¹² Los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés pasaron en orden de batalla al frente de los israelitas, como les había dicho Moisés.

¹³ Pasaron unos 40.000 guerreros armados, dispuestos al combate, delante de Yahveh, hacia la llanura de Jericó.

¹⁴ Aquel día Yahveh engrandeció a Josué delante de todo Israel; y le respetaron a él como habían respetado a Moisés durante toda su vida.

¹⁵ Yahveh dijo a Josué: ¹⁶ “Manda a los sacerdotes que llevan el arca del Testimonio que salgan del Jordán.”

¹⁷ Josué mandó a los sacerdotes: “Salid del Jordán.”

¹⁸ Cuando los sacerdotes portadores del arca de la alianza de Yahveh salieron del Jordán, apenas las plantas de sus pies tocaron la orilla, las aguas del Jordán volvieron a su cauce y empezaron a correr como antes, por todas sus riberas.

¹⁹ El pueblo salió del Jordán el día diez del mes primero y acamparon en Guilgal al oriente de Jericó.

²⁰ Las doce piedras que habían sacado del Jordán las erigió Josué en Guilgal.

²¹ Y dijo a los israelitas: “Cuando el día de mañana vuestros hijos pregunten a sus padres: ‘¿Qué significan estas piedras?’ ²² se lo explicaréis a vuestros hijos diciendo: ‘A pie enjuto pasó Israel ese Jordán, ²³ porque Yahveh vuestro Dios secó delante de vosotros las aguas del Jordán hasta que pasarais, lo mismo que había hecho Yahveh vuestro Dios con el mar de Suf, que secó delante de nosotros hasta que pasamos, ²⁴ para que todos los pueblos de la tierra reconozcan lo fuerte que es la mano de Yahveh, y para que teman siempre a Yahveh vuestro Dios.’”

43 la conquista de la ciudad de Jericó

En el camino a la tierra de Canaán se elevaba la ciudad de Jericó fuertemente amurallada. Su rey había recibido la noticia de que se acercaban los israelitas. Dijo:

—No dejaremos pasar en paz a este pueblo extranjero, lucharemos contra ellos.

Josué había mandado a Jericó a dos hombres jóvenes como espías, que eran inteligentes y hábiles para reconocer la ciudad. Les había dado unas monedas de plata para el camino. Cuando ambos llegaron a las puertas de la ciudad, el guardián preguntó huraño:

—¿Qué queréis aquí en la ciudad?

Ellos respondieron amigables:

—¿Podemos apagar nuestra sed con agua y llenar nuestras odres a cambio de buen dinero?

Le regalaron al guardián una moneda de plata y los dejó pasar.

Anduvieron aguzando sus miradas por la ciudad y tomaron nota de la dirección de las calles y el grosor de las murallas. Llenaron sus odres en un pozo. Una mujer, llamada Rajab, comenzó a hablar con los jóvenes. Como ya era casi de noche y los muchachos le eran agradables los invitó a pernoctar en su casa.

Otra mujer oyó esto en el pozo y sospechó de que los dos podían ser israelitas, pues el tono de su voz no era de esos parajes. Al rey le fue informada esta sospecha:

—Rajab llevó a su casa dos jóvenes israelitas.

Rajab había preparado a ambos un lecho oculto arriba, bajo el techo. Les dijo:

—Sé que sois israelitas, pero Dios está con vosotros. Nos hemos enterado cómo habéis pasado a través del Jordán. ¡Dios está con vosotros!

No bien hubo hablado así, se sintieron fuertes golpes abajo, en la puerta de la casa. Asustada, Rajab ordenó:

—Escondeos en la terraza bajo el lino. ¡Os buscan! ¡Van a mataros!

Fue a abrir la puerta. Afuera había un guerrero del rey con sus soldados armados. Le gritó a Rajab:

—Entrégame a los hombres que han venido a ti. ¡Son espías israelitas!

Ella respondió con absoluta calma:

—Sí, aquí estuvieron dos hombres; pero justo cuando oscureció y se disponían a cerrar el portón de la ciudad, se fueron. No sé adónde. No hace mucho de esto. No pueden estar muy lejos. Dense prisa e id detrás de ellos, así podréis alcanzarlos.

Entonces dieron la vuelta, hicieron abrir rápidamente el portón de la ciudad y corrieron en la noche en dirección al Jordán.

Cuando Rajab fue otra vez donde los había escondido les dijo:

—Si podéis conquistar nuestra ciudad, prometme que no les ocurrirá nada a mis padres, hermanos, hermanas y sus hijos. ¿Me lo juráis?

Los jóvenes respondieron:

—Responderemos por ello con nuestras vidas, pues tú nos has salvado del peligro y de una muerte segura.

Como Rajab supuso que los guardianes vendrían nuevamente de noche a revisar toda la casa, hizo bajar a los dos con una soga desde su ventana al otro lado de la muralla, pues su casa estaba justo junto a la muralla.

Al despedirse le dijeron:

—Tu soga es de color escarlata. Cuando vengan los israelitas ata la soga escarlata a una ventana y mantén en tu casa a todos tus parientes. Nosotros os protegeremos.

Al día siguiente Rajab volvió a anudar la soga escarlata a la ventana y un trozo de ella también a la puerta de casa, puesto que no sabía ni día ni hora en que vendrían los israelitas.

Cuando los exploradores regresaron hasta Josué le contaron todo lo ocurrido en Jericó. Dijo:

—¡A Rajab y los suyos no se les tocará ni un pelo! El rey de Jericó pensó:

—Dejaremos pasar a los israelitas y nosotros permaneceremos dentro de la seguridad de las murallas de la ciudad. Cuando hayan pasado, podremos caer sobre sus espaldas y vencerlos poco a poco.

Sin embargo Josué quería sitiar y conquistar la ciudad de Jericó.

Cuando los israelitas se acercaron, Jericó cerró el gran portón de la ciudad. Josué armó un campamento delante de ella. El Señor le indicó no atacar, sino que durante seis días tenían que dar una vuelta grande con todo el pueblo alrededor de la ciudad, en silencio absoluto. El séptimo día los sacerdotes dieron siete vueltas alrededor de la ciudad con el Arca de la Alianza. Delante abría el paso el grupo de soldados con siete trompetas y cornos. Detrás iba la retaguardia protectora.

Josué había dado la orden de que a una señal, todo el pueblo y todos los guerreros debían estallar

en un fuerte griterío. No podían acercarse demasiado a las murallas, pues los soldados de Jericó tiraban flechas y piedras con hondas contra los israelitas. Cuando a la señal de Josué sonaron las trompetas y los cornos y de cien mil gargantas se elevó el griterío, temblaron los aires.

Y ocurrió entonces un milagro: las murallas de la ciudad comenzaron a derribarse. Los guerreros israelitas pudieron pasar veloces por los escombros. Los dos jóvenes se apresuraron a ir a la casa de Rajab para protegerla a ella y a los suyos.

La ciudad cayó en manos de los israelitas. Se prendió fuego y éste la destruyó por completo. Sus habitantes perecieron; pero Rajab y sus parientes pudieron continuar el viaje con Israel.

De Jericó quedaron sólo escombros. Nunca más fue reconstruida. Aún hoy se encuentran los restos de sus murallas en las cercanías del Mar Muerto.

43 la conquista de la ciudad de Jericó

Josué 2:1-24; 6:1-27

2¹ Josué, hijo de Nun, envió secretamente desde Sittim dos espías con esta orden: “Id y explora el país y Jericó.” Fueron y entraron en casa de una prostituta, llamada Rajab, y durmieron allí.

² Se le dijo al rey de Jericó: “Mira que unos hombres israelitas han entrado aquí por la noche para explorar el país.”

³ Entonces el rey de Jericó mandó decir a Rajab: “Haz salir a los hombres que han entrado donde ti —que han entrado a tu casa— porque han venido para explorar todo el país.”

⁴ Pero la mujer tomó a los dos hombres y los escondió. Luego respondió: “Es verdad que esos hombres han venido a mi casa, pero yo no sabía de dónde eran.

⁵ Cuando se iba a cerrar la puerta por la noche, esos hombres salieron y no sé adónde han ido. Perseguidles aprisa, que los alcanzaréis.”

⁶ Pero ella los había hecho subir al terrado y los había escondido entre unos haces de lino que tenía amontonados en el terrado.

⁷ Salieron algunos hombres en su persecución camino del Jordán, hacia los vados, y se cerró la puerta en cuanto los perseguidores salieron tras ellos.

⁸ Todavía ellos no se habían acostado cuando Rajab subió al terrado, donde ellos ⁹ y les dijo: “Ya sé que Yahveh os ha dado la tierra, que nos habéis aterrorizado y que todos los habitantes de esta región han temblado ante vosotros: ¹⁰ porque nos hemos enterado de cómo Yahveh secó las aguas del mar de Suf delante de vosotros a vuestra salida de Egipto, y lo que habéis hecho con los dos reyes amorreos del otro lado del Jordán, Sijón y Og, a quienes consagrasteis al anatema.

¹¹ Al oírlo, ha desfallecido nuestro corazón y no se encuentra ya nadie con aliento en vuestra presencia, porque Yahveh vuestro Dios, es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra.

¹² Juradme, pues, ahora por Yahveh, ya que os he tratado con bondad, que vosotros también trataréis con bondad a la casa de mi padre, y dadme una señal segura; ¹³ que respetaréis la vida de mi padre y de mi madre, de mis hermanos y hermanas, y de todos los suyos, y que libraréis nuestras vidas de la muerte.”

¹⁴ Los hombres le respondieron: “Muramos nosotros en vez de vosotros, con tal de que no divulguéis nuestro asunto. Cuando Yahveh no haya entregado la tierra, te trataremos a ti con bondad y lealtad.”

¹⁵ Ella los descolgó con una cuerda por la ventana, pues su casa estaba en la pared de la muralla y vivía en la misma muralla.

¹⁶ Les dijo: “Id hacia la montaña, para que no os encuentren los que os persiguen. Estad escondidos allí tres días hasta que vuelvan los perseguidores: después podéis seguir vuestro camino.”

¹⁷ Los hombres le respondieron: “Nosotros quedaremos libres de ese juramento que nos has exigido.

¹⁸ Cuando estemos entrando en el país, atarás este cordón de hilo escarlata a la ventana por la que nos has descolgado, y reunirás junto a ti en casa a tu padre, a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre. ¹⁹ Si alguno sale fuera de las puertas de tu casa, caiga su sangre sobre su cabeza. Nosotros seremos inocentes. Pero la sangre de todos los que estén contigo en casa, caiga sobre nuestras cabezas, si alguien pone su mano sobre ellos. ²⁰ Mas si divulgas nuestro asunto, quedaremos libres del juramento que nos has exigido.”

²¹ Ella respondió: “Sea según vuestras palabras.” Y los hizo marchar; ellos se fueron, y ella ató el cordón escarlata a la ventana.

²² Marcharon ellos y se metieron en el monte. Se quedaron allí tres días, hasta que regresaron los perseguidores. Estos los habían buscado por todo el camino, pero no los encontraron.

²³ Entonces los dos hombres volvieron a bajar del monte, pasaron el río y fueron donde Josué, hijo de Nun, a quien contaron todo lo que les había ocurrido.

²⁴ Dijeron a Josué: “Cierto que Yahveh ha puesto en nuestras manos todo el país; todos los habitantes del país tiemblan ya ante nosotros.”

6¹ Jericó estaba cerrada a cal y canto por mielo a los israelitas: nadie salía ni entraba.

² Yahveh dijo a Josué: “Mira, yo pongo en tus manos a Jericó y a sus rey. Vosotros, valientes guerreros, ³ todos los hombres de guerra, rodearéis la ciudad, (dando una vuelta alrededor. Así harás durante seis días. ⁴ Siete sacerdotes llevarán las siete trompetas de cuerno de carnero delante del arca. El séptimo día daréis la vuelta a la ciudad siete veces y los sacerdotes tocarán las trompetas). ⁵ Cuando el cuerno de

carnero suene (cuando oigáis la voz de la trompeta), todo el pueblo prorrumpirá en un gran clamoreo y el muro de la ciudad se vendrá abajo. Y el pueblo se lanzará al asalto cada uno por frente a sí.”

⁶ Josué, hijo de Nun, llamó a los sacerdotes y les dijo: “Tomad el arca de la alianza y que siete sacerdotes lleven las trompetas de cuerno de carnero delante del arca de Yahveh.”

⁷ Al pueblo le dijo: “Pasad y dad la vuelta a la ciudad y que la vanguardia pase delante del arca de Yahveh.”

⁸ (Se hizo según la orden dada por Josué al pueblo). Siete sacerdotes llevando las siete trompetas de cuerno de carnero delante de Yahveh pasaron y tocaron las trompetas; el arca de la alianza de Yahveh iba tras ellos; ⁹ la vanguardia iba delante de los sacerdotes que tocaban las trompetas y la retaguardia marchaba detrás del arca. Según iban caminando, tocaban las trompetas.

¹⁰ Josué había dado esta orden al pueblo: “No gritéis, ni dejéis oír vuestras voces (que no salga ni una palabra de vuestra boca) hasta el día en que yo os diga: “Gritad.” Entonces gritaréis.”

¹¹ Hizo que el arca de Yahveh diera la vuelta a la ciudad (rodeándola una vez); luego volvieron al campamento, donde pasaron la noche.

¹² Josué se levantó de mañana y los sacerdotes tomaron el arca de Yahveh.

¹³ Siete sacerdotes, llevando las siete trompetas de cuerno de carnero delante del arca de Yahveh, iban caminando y tocando las trompetas según caminaban. La vanguardia iba delante de ellos y la retaguardia detrás del arca de Yahveh, desfilando al son de las trompetas.

¹⁴ Dieron (el segundo día) una vuelta a la ciudad y volvieron al campamento. Se hizo lo mismo los seis días.

¹⁵ El séptimo día, se levantaron con el alba y dieron la vuelta a la ciudad (según el mismo rito) siete veces. (Sólo aquel día dieron la vuelta a la ciudad siete veces.)

¹⁶ La séptima vez, los sacerdotes tocaron la trompeta y Josué dijo al pueblo: “¡Lanzad el grito de guerra, porque Yahveh os ha entregado la ciudad!” ¹⁷ La ciudad será consagrada como anatema⁶ a Yahveh con todo lo que haya en ella; únicamente, Rajab, la prostituta, quedará con vida, así como todos los que están con ella en su casa, por haber ocultado a los emisarios que enviamos. ¹⁸ Pero vosotros guardaos del anatema, no vayáis a quedaros, llevados de la codicia, con algo de lo que es anatema, porque convertiríais en anatema todo el campamento de Israel y le acarrearíais la desgracia. ¹⁹ Toda la plata y todo el oro, todos los objetos de bronce y de hierro, están consagrados a Yahveh: ingresarán en su tesoro.”

²⁰ El pueblo clamó y se tocaron las trompetas. Al escuchar el pueblo la voz de la trompeta, prorrumpió en gran clamor, y el muro se vino abajo. La gente escaló la ciudad, cada uno frente a sí, y se apoderaron de ella.

²¹ Consagraron al anatema todo lo que había en la ciudad, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos, a filo de espada.

²² Josué dijo a los dos hombres que habían explorado el país: “Entrad en la casa de la prostituta y haced salir de ella a esa mujer con todos los suyos, como se lo habéis jurado.”

²³ Los jóvenes espías fueron e hicieron salir a Rajab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y a

todos los suyos. También hicieron salir a todos los de su familia y los pusieron a salvo, fuera del campamento de Israel.

²⁴ Prendieron fuego a la ciudad con todo lo que contenía. Sólo la plata, el oro y los objetos de bronce y de hierro los depositaron el tesoro de la casa de Yahveh.

²⁵ Pero a Rajab, la prostituta, así como a la casa de su padre y a todos los suyos, Josué los conservó con vida. Ella se quedó en Israel hasta el día de hoy, por haber escondido a los emisarios que Josué había enviado a explorar Jericó.

²⁶ En aquel tiempo Josué pronunció este juramento:

“¡Maldito sea delante de Yahveh el hombre que se levante

y reconstruya esta ciudad (de Jericó)! ¡Sobre su primogénito echará su cimienta

y sobre su pequeño colocará las puertas!

²⁷ Y Yahveh estuvo con Josué, cuya fama se extendió por toda la tierra.”

44 en la tierra de Canaán

El pueblo de Israel tuvo que soportar muchas pruebas y luchas en su viaje de cuarenta años por el desierto. Pero por fin ahora podía establecerse en Canaán. La tienda sagrada con el Arca de la Alianza, el tabernáculo, fue llevada al monte Ebal. Diariamente los sacerdotes llevaban ofrendas al altar, de generación en generación. Más adelante el rey David fue quien llevó el santuario a Jerusalén. Su hijo, el rey Salomón, construyó el templo allí mismo. Hizo llevar a ese templo el Arca de la Alianza y todo lo que contenía el tabernáculo, pues Dios había prometido que un día el Mesías aparecería en Jerusalén para traer una buena nueva no sólo para Israel sino también para todos los pueblos de la tierra.

⁶ anatema. 3. amb. En el Antiguo Testamento, condena al exterminio de las personas o cosas afectadas por la maldición atribuida a Dios. Diccionario RAEL [n. del pr.]

³⁰ Entonces Josué construyó un altar a Yahveh, Dios de Israel, en el monte Ebal, ³¹ como había mandado Moisés, siervo de Yahveh, a los israelitas, según está escrito en el libro de la Ley de Moisés: un altar de piedras sin labrar, a las que no haya tocado el hierro. Ofrecieron sobre él holocaustos a Yahveh e inmolaron sacrificios de comunión.

³² Josué escribió allí mismo, sobre las piedras, una copia de la Ley que Moisés había escrito delante de los israelitas.

³³ Y todo Israel, sus ancianos, sus escribas y sus jueces, de pie a los lados del arca, delante de los sacerdotes levitas que llevaban el arca de la alianza de Yahveh, todos, tanto forasteros como ciudadanos, se colocaron la mitad en la falda del monte Garizim y la otra mitad en la falda del monte Ebal, según la orden de Moisés, siervo de Yahveh, para bendecir por primera vez al pueblo de Israel.

³⁴ Luego, Josué leyó todas las palabras de la Ley —la bendición y la maldición— a tenor de cuanto está escrito en el libro de la Ley.

³⁵ No hubo ni una palabra de cuanto Moisés había mandado que no la leyera Josué en presencia de toda la asamblea de Israel, incluidas las mujeres, los niños y los forasteros que vivían en medio de ellos.

Saúl y David

45 Samuel y Saúl

Cuando el pueblo de Israel ya había vivido largo tiempo en Canaán, cada vez más personas hablaban de lo mismo:

—¡Deberíamos tener un rey como los otros pueblos!

En ese entonces vivía en Israel un sacerdote que también era el juez principal, de nombre Samuel. Este podía escuchar la voz de Dios. A Samuel no le gustaba que muchos en el pueblo clamaran por un rey. Dijo:

—¡Vuestro rey es Dios, el Señor!

Pero el pueblo añoraba un rey visible que pudiera reinar entre ellos.

Samuel oró a Dios para que le diera una indicación. Dios le habló a Samuel:

—Pues tendrán su rey terrenal. Habrá una señal.

Samuel no conocía hombre alguno al que considerase digno de ser rey, así que esperó la señal prometida.

En esos días vivía en la tribu de Benjamín un hombre que se llamaba Quis. Era rico en rebaños y tenía un hijo de nombre Saúl que era tan alto que les pasaba una cabeza a todos los hombres jóvenes. También sobrepasaba a todos en belleza y era bien visto donde iba.

Un día su padre Quis le habló:

—Saúl, se nos han escapado nuestras tres burras. Lleva contigo un peón y ve a buscarlas. Llenad vuestros morrales con suficiente pan pues el camino puede ser largo.

Saúl y el peón subieron al monte y buscaron en las montañas. Aquí y allá, donde encontraban a alguien y preguntaban por sus animales desaparecidos la respuesta era la misma:

—Sí, hemos visto asnos que corrían al trote.

Saúl y el peón les seguían las huellas. Se alegraban cuando de tanto en tanto descubrían estiércol de burro. La noche llegó y ambos pernoctaron a campo abierto. Al día siguiente continuaron su búsqueda.

De pronto perdieron toda huella y se fueron alejando cada vez más de su casa. Al tercer día, cuando ya querían regresar, un caminante, al que preguntaron por las burras, les dijo:

—En la próxima ciudad vive un hombre sabio, un vidente. Es juez y también percibe cosas ocultas. Id a preguntarle a él. ¡Tal vez pueda también hallar asnos perdidos!

Cuando el caminante se hubo marchado, Saúl le dijo a su peón:

—¿Qué tenemos para llevarle al hombre sabio si queremos consejo de él? Ya nos hemos comido nuestro pan.

Pero el peón respondió:

—Señor, en mi morral siempre llevo una moneda de plata por si acaso. Podrás obsequiársela al vidente si recibimos consejo de él.

Saúl estuvo de acuerdo, y se encaminaron hacia la ciudad.

El día anterior, Dios, el Señor, le había dado una señal a Samuel:

—Mañana por la mañana te va a salir al encuentro en el portón de la ciudad aquél al que tú debes ungir como rey del pueblo judío.

Samuel estuvo desde temprano en el portón de la ciudad. Cuando la esbelta figura de Saúl atravesó el portón, Samuel lo observó detenidamente. Y he aquí que el desconocido se le acercó y le preguntó:

—Señor, ¿podéis decirme dónde encuentro la casa del vidente Samuel en esta ciudad?

El le respondió:

—Soy yo mismo. Venid conmigo. Podéis comer ambos en mi casa. Mañana podréis continuar y hoy os daré respuesta a todo lo que vuestro corazón ansía saber. Por las burras que se le escaparon a tu padre hace tres días, no os preocupéis, pues han sido encontradas y están nuevamente en casa.

Saúl estaba asombrado de la seguridad que tenía el vidente al decir esto y de que sabía lo sucedido con las burras. Pensó:

—Me parece que quiere decirme aún algo más.

¡Pero ni se imaginaba lo que Samuel tenía en mente! Samuel llevó a ambos a comer a su casa. Durante la comida Saúl ocupó el lugar de honor a la cabecera de la mesa. Pensó:

—Yo soy tan sólo un mero peón de la tribu de Benjamín; ¿por qué el vidente me otorga tan alto honor?

Samuel tenía una casa con terraza, como era la costumbre en todas las casas del país. Había una escalera que conducía a ella. Samuel le dijo a Saúl:

—Puedes dormir arriba en la terraza, bajo el cielo estrellado; tu peón, en la paja con las ovejas. Mañana temprano te despertaré.

Hizo colocar una alfombra blanda sobre el suelo de la terraza como lecho para Saúl. Saúl no pudo conciliar el sueño durante largo rato, pensaba sobre

todo lo que había hablado con el vidente y sobre lo que éste podría tener todavía en mente acerca de él, ya que lo trataba con tantos honores. Cuando aparecieron las estrellas de medianoche, Saúl se durmió.

Comenzó a clarear el día. Samuel subió por la escalera y despertó a Saúl. Le dijo que se levantara. Cuando el sol estiraba sus primeros rayos hacia el cielo volcó de una botellita algunas gotas de óleo consagrado sobre su cabeza. Besó a Saúl y le habló solemnemente:

—Dios, el Señor, te ha escogido para que te conviertas en rey del pueblo de Israel.

Saúl no sabía lo que le estaba sucediendo. Samuel continuó:

—Cuando hoy partas de aquí, delante de Belén, en la tumba de Raquel, encontrarás dos hombres. Ellos te dirán: “Las burras han sido encontradas, pero tu padre se aflige por ti, pues has permanecido tanto tiempo lejos.” Y cuando sigas andando y llegues a la encina del Tabor te saldrán al encuentro tres hombres: uno llevará tres cabritos, el otro tres hormas de pan, el tercero un odre con vino. Te saludarán y te darán dos panes. ¡Tómalos! Luego llegarás a la ciudad de Guibeá. Allí encontrarás un grupo de sacerdotes. Harán resonar arpas, timbales, flautas y cítaras y cantarán y danzarán en devoto éxtasis. ¡Ve con ellos! Te transformarás en otro hombre. En el séptimo día iré hacia ti y realizaremos sacrificios de salvación.

Todas estas palabras y señales de Samuel atravesaron el alma de Saúl como chispas de fuego. Cuando abandonó la casa con su peón, Dios le transformó su corazón a través de estas vivencias. Todas las señales anunciadas por el vidente se cumplieron: en la tumba de Raquel le dijeron que las burras estaban en casa, en la encina del Tabor recibió los dos panes

y en Guibeá encontró al grupo de sacerdotes con quienes continuó el camino. Algunas personas de Guibeá que conocían a Saúl, dijeron:

—¿Qué ha sucedido con Saúl, el hijo de Quis? ¿Está también entre los profetas?

Después de la ofrenda que Samuel fue a hacer, Saúl se dirigió nuevamente a casa de su padre. Las burras ya habían regresado. Saúl guardó absoluto silencio sobre todo lo que Samuel le había confiado.

45 Samuel y Saúl

1 Samuel 9:1-10:16

9¹ Había un hombre de Benjamín, llamado Quis, hijo de Abiel, hijo de Seror, hijo de Bekorat, hijo de Afaj. Era un benjaminita y hombre bien situado.

² Tenía un hijo llamado Saúl, joven aventajado y apuesto. Nadie entre los israelitas le superaba en gallardía; de los hombros arriba aventajaba a todos.

³ Se habían extraviado unas asnas pertenecientes a su padre Quis. Dijo Quis a su hijo Saúl: “Toma contigo uno de los criados y vete a buscar las asnas.”

⁴ Atravesaron la montaña de Efraím y cruzaron el territorio de Salisá sin encontrar nada; cruzaron el país de Saalim, pero no estaban allí, atravesaron el país de Benjamín sin encontrar nada.

⁵ Cuando llegaron a la comarca de Suf, dijo Saúl a su criado que le acompañaba: “Vamos a volvernos, no sea que mi padre olvidando las asnas se inquiete por nosotros.”

⁶ Pero él respondió: “Cabalmente hay en esta ciudad un hombre de Dios. Es hombre acreditado: todo lo que dice se cumple con seguridad. Vamos, pues, allá y acaso nos oriente acerca del viaje que hemos emprendido.”

⁷ Saúl dijo a su criado: “Vamos a ir, pero ¿qué ofreceremos a ese hombre? No queda pan en nuestros zurroneos y no tenemos ningún regalo que llevar al hombre de Dios. ¿Qué le podemos dar?”

⁸ Replicó el criado y dijo a Saúl: “Es el caso que tengo en mi poder un cuarto de siclo de plata; se lo daré al hombre de Dios y nos orientará sobre nuestro viaje.”

⁹ Antes, en Israel, cuando alguien iba a consultar a Dios, decía: “Vayamos al vidente,” porque en vez de “profeta” como hoy, antes se decía “vidente.”

¹⁰ Saúl dijo a su criado: “Tienes razón; vamos, pues.” Y se fueron a la ciudad donde se encontraba el hombre de Dios.

¹¹ Cuando subían por la cuesta de la ciudad, encontraron a unas muchachas que salían a sacar agua y les preguntaron: “¿Está aquí el vidente?”

¹² Ellas les respondieron con estas palabras: “Sí, ahí delante está el vidente. Cabalmente acaba de llegar ahora a la ciudad, porque hay hoy un sacrificio por el pueblo en el alto.”

¹³ En cuanto entréis en la ciudad, le encontraréis antes de que suba al alto para la comida. El pueblo no comerá antes que él llegue, porque es él quien ha de bendecir el sacrificio; y a continuación comerán los invitados. Subid ahora y al momento le encontraréis.”

¹⁴ Subieron, pues, a la ciudad. Entraban ellos por la puerta, cuando Samuel salía en dirección a ellos para subir al alto.

¹⁵ Ahora bien, la víspera de la venida de Saúl había hecho Yahveh esta revelación a Samuel:

¹⁶ “Mañana, a esta misma hora, te enviaré un hombre de la tierra de Benjamín, le ungirás como jefe de mi pueblo Israel y él libraré a mi pueblo de la mano de los filisteos, porque he visto la aflicción de mi pueblo y su clamor ha llegado hasta mí.”

el profanador de textos

¹⁷Y cuando Samuel vio a Saúl, Yahveh le indicó: “Este es el hombre del que te he hablado. El regirá a mi pueblo.”

¹⁸Saúl se acercó a Samuel en medio de la puerta, y le dijo: “Indícame, por favor, dónde está la casa del vidente.”

¹⁹Samuel respondió a Saúl: Yo soy el vidente; sube delante de mí al alto y comeréis hoy conmigo. Mañana por la mañana te despediré y te descubriré todo lo que hay en tu corazón.

²⁰No te preocupes por las asnas que perdiste hace tres días, porque ya han aparecido. Por lo demás, ¿para quién es lo mejor de Israel? ¿No es para ti y para la casa de tu padre?”

²¹Saúl respondió: ¿No soy yo de Benjamín, la menor de las tribus de Israel? ¿No es mi familia la más pequeña de todas las de la tribu de Benjamín? ¿Cómo me dices estas cosas?”

²²Tomó Samuel a Saúl y a su criado y los hizo entrar en la sala, y les dio un asiento a la cabecera de los invitados, que eran unos treinta.

²³Después dijo Samuel al cocinero: “Sirve la porción que te entregué, la que te dije que pusieras aparte.”

²⁴Tomó el cocinero la pierna y el rabo poniéndolos delante de Saúl. Y dijo: “Aquí tienes, ante ti, lo que se guardó. Come...” Aquel día Saúl comió con Samuel.

²⁵Bajaron del alto a la ciudad. Se extendió una estera para Saúl en el terrado,

²⁶y se acostó. Cuando apuntó el alba, llamó Samuel a Saúl en el terrado y le dijo: “Levántate, que voy a despedirte.” Se levantó Saúl y salieron ambos afuera, Samuel y Saúl.

²⁷Habían bajado hasta las afueras de la ciudad, cuando Samuel dijo a Saúl: “Manda a tu criado

que se adelante, y tú quédate ahora para que te de a conocer la palabra de Dios.”

10¹Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl, y después le besó diciendo: “¿No es Yahveh quien te ha ungido como jefe de su pueblo Israel? Tú regirás al pueblo de Yahveh y le librarás de la mano de los enemigos que le rodean. Y ésta será para ti la señal de que Yahveh te ha ungido como caudillo de su heredad.

²En cuanto te separes hoy de mí, encontrarás dos hombres junto a la tumba de Raquel, sobre la frontera de Benjamín... y ellos te dirán: “Las asnas que has ido a buscar ya han aparecido. Ahora tu padre ha olvidado el asunto de las asnas y está preocupado por vosotros, diciendo: ¿Qué debo hacer por mi hijo?”

³Pasando más allá, y en llegando a la Encina del Tabor, encontrarás tres hombres que suben hacia Dios, a Betel, uno llevará tres cabritos, otro llevará tres tortas de pan, y el tercero llevará un odre de vino.

⁴Te saludarán y te darán dos panes, que tú tomarás de su mano.

⁵Llegarás después a Guibeá de Dios (donde se encuentra el gobernador de los filisteos) y a la entrada de la ciudad tropezarás con un grupo de profetas que bajan del alto, precedidos del añafil, el adufe, la flauta y la cítara, en trance profético.

⁶Te invadirá entonces el espíritu de Yahveh, entrarás en trance con ellos y quedarás cambiado en otro hombre.

⁷Cuando se te hayan cumplido estas señales, haz lo que te viniere a mano, porque Dios está contigo.

⁸Bajarás delante de mí a Guilgal, y yo me reuniré allí contigo para ofrecer holocaustos y sacrificios de

comuni3n. Esperarás siete días a que yo vaya a tu encuentro y te diré lo que debes hacer.”

⁹Apenas volvió las espaldas para dejar a Samuel, le cambió Dios el corazón y todas las señales se realizaron aquel mismo día.

¹⁰Desde allí fueron a Guibeá, y he aquí que venía frente a él un grupo de profetas; le invadió el espíritu de Dios y se puso en trance en medio de ellos.

¹¹Los que le conocían de toda la vida le vieron profetizando con los profetas, y todos los del pueblo se decían entre sí: “¿Qué le ha pasado al hijo de Quis? ¿Conque también Saúl anda entre los profetas?”

¹²Replicó uno de allá: “Y ¿quién es su padre?” Y así pasó a proverbio: “¿Conque también Saúl entre los profetas?”

¹³Y cuando salió del trance se fue a casa.

¹⁴El tío de Saúl le dijo a él y a su criado: “¿A dónde habéis ido?” Contestó: “A buscar las asnas. Y como no vimos nada, acudimos a Samuel.”

¹⁵Dijo el tío de Saúl: Vamos, cuéntame qué os ha dicho Samuel.”

¹⁶Saúl dijo a su tío: “Sencillamente, nos avisó que las asnas habían aparecido.” Pero no le dijo ni palabra de lo que le había dicho Samuel acerca del reino.

46 Saúl se convierte en rey

Samuel, el vidente y profeta, pidió a los representantes de las doce tribus hacer un consejo del pueblo. Hizo saber: “¡Será elegido un rey!”

Primero se echó a suertes para ver de cuál de las doce tribus habría de ser el rey. La suerte recayó sobre la de Benjamín. A continuación se escogió por sorteo la estirpe. Fue la estirpe de Matrí. De ésta, hombre tras hombre, tuvieron que probar suerte. Esta recayó sobre Saúl, el hijo de Quis. El padre había echado la suerte por él y en ese momento Saúl estaba siendo buscado pues se había escondido entre los equipajes.

Como no fue encontrado de inmediato, Samuel dijo:

—¡Buscadlo entre los equipajes!, —y allí estaba. Fue conducido ante Samuel en medio del pueblo al que sobrepasaba en altura. Samuel dijo:

—¿Veis a quién ha escogido el Señor? ¡No hay otro igual en todo el pueblo!

Entonces el pueblo lanzó gritos de júbilo y exclamó:

—¡Que viva el rey! —y muchos hombres se adelantaron presurosos y dijeron:

—¡Queremos ser tus sirvientes, tus peones!

Samuel escribió las prerrogativas del rey, de cómo se debe obedecer al rey y cuáles son las obligaciones de un rey. Se lo leyó al pueblo y lo agregó en el tabernáculo a los diez mandamientos.

A partir de entonces Saúl protegió al pueblo con sus guerreros cuando era amenazado por príncipes y reyes extranjeros. Se veía obligado a ir a menudo al campo de batalla; pero siempre vencía a sus enemigos. Estos éxitos llevaron gran orgullo al corazón del rey Saúl. Se mandó hacer un arco de triunfo y se enriqueció con los botines de guerra. Después hizo ir también al pueblo a la lucha en busca de tales botines.

Luego de estos acontecimientos la voz divina exigió a Samuel que buscara un rey mejor. Samuel se asustó, pues Saúl tenía ya gran poder en el pueblo. Pero el Señor era inflexible:

—¡Llena tu cuerno con óleo! En Belén encontrarás uno de los hijos de la estirpe de Jesé, quien debe ser elegido como futuro rey. ¡Úngelo con el óleo consagrado como señal!

46 Saúl se convierte en rey

1 Samuel 10:17-11:15

¹⁷ Samuel convocó al pueblo en Mispá junto a Yahveh.

¹⁸ Y dijo a los israelitas: “Así ha dicho Yahveh, el Dios de Israel: ‘Yo hice subir a Israel de Egipto y os libré de los egipcios y de todos los reinos que os tenían oprimidos.’ ¹⁹ Pero vosotros ahora habéis rechazado a vuestro Dios, a aquel mismo que os salvó de todos vuestros males y aprietos, y le habéis dicho: ‘No: tú ponnos un rey.’ Ahora, pues, compareced delante de Yahveh distribuidos por tribus y familias.”

²⁰ Samuel hizo acercarse a todas las tribus de Israel y fue designada la tribu de Benjamín.

²¹ Hizo que se acercara la tribu de Benjamín por familias y fue designada la familia de Matrí, y luego mandó acercarse a la familia de Matrí por individuos y quedó finalmente Saúl, hijo de Quis, y le buscaron, pero no le encontraron.

²² Entonces volvieron a interrogar a Yahveh: “¿Ha venido ése?” Dijo Yahveh: “Aquí le tenéis escondido entre la impedimenta.”⁷

7 impedimenta. 1. f. Bagaje que suele llevar la tropa, e impide la celeridad de las marchas y operaciones.

²³ Corrieron y lo sacaron de allí y, puesto en medio del pueblo, les llevaba a todos la cabeza.

²⁴ Dijo Samuel a todo el pueblo: “¿Veis al que ha elegido Yahveh? No hay como él en todo el pueblo.” Y todo el pueblo gritó: “¡Viva el rey!”

²⁵ Samuel dictó al pueblo el fuero real y lo puso por escrito, depositándolo delante de Yahveh, y despidió Samuel a cada cual a su casa.

²⁶ También Saúl se fue a su casa, a Guibeá; le acompañaron algunos valientes a quienes Dios tocó el corazón.

²⁷ Pero algunos malvados dijeron: “¡Qué nos va a salvar ése!” Y le despreciaron y no le llevaron regalos. Cosa de un mes más tarde,

1¹ subió Najás el ammonita, y acampó contra Yabés de Galaad. Y todos los de Yabés dijeron a Najás. “Ponnos condiciones y te serviremos.”

² Dijo Najás el ammonita: “Estas son mis condiciones: saltar a todos el ojo derecho y quedará en ridículo todo Israel.”

³ Y los ancianos de Yabés le dijeron: “Danos una tregua de siete días y mandaremos mensajeros por todo el territorio de Israel y, si no hay quien nos socorra, entonces nos rendiremos a ti.”

⁴ Llegaron los mensajeros a Guibeá de Saúl, y dijeron estas palabras a oídos del pueblo, y todo el pueblo lloró a voces.

⁵ He aquí que venía Saúl del campo detrás de los bueyes y dijo: “¿Qué tiene el pueblo que esta llorando?” y le contaron las palabras de los de Yabés.

⁶ Invadió a Saúl el espíritu de Dios en oyendo estas palabras, y se irritó sobremanera.

⁷ Y tomando una yunta de bueyes los despedazó y los repartió por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros, diciendo: “Así se hará con los bueyes del que no salga detrás de Saúl.” Y el temor de Yahveh cayó sobre el pueblo, y salieron como un solo hombre.

⁸ Les pasó revista en Bézeq, y eran los israelitas 300.000 y los de Judá 30.000.

⁹ Dijeron a los mensajeros que habían venido: “Así diréis a los de Yabés de Galaad: ‘Mañana, cuando el sol apriete, seréis liberados.’” Fueron los mensajeros y lo anunciaron a los de Yabés, que se alegraron.

¹⁰ Y dijeron los de Yabés a Najás: “Mañana salimos a vosotros y hacéis con nosotros lo que mejor os parezca.”

¹¹ A la mañana siguiente dispuso Saúl a sus hombres en tres columnas que irrumpieron en el campamento durante la guardia de la madrugada, y batieron a los ammonitas hasta que apretó el sol. Y los demás huyeron no quedando dos juntos.

¹² El pueblo dijo a Samuel: “¿Quién andaba preguntando si Saúl iba a reinar sobre nosotros? Dadnos esos hombres y los haremos morir.”

¹³ Pero Saúl dijo: “Que no muera nadie en este día, porque Yahveh ha realizado hoy una liberación en Israel.”

¹⁴ Samuel dijo al pueblo: “Vamos todos a Guilgal e inauguraremos allí la monarquía.”

¹⁵ Fue todo el pueblo a Guilgal, y allí en Guilgal, proclamaron rey a Saúl delante de Yahveh, ofreciendo allí sacrificios de comunión delante de Yahveh; y Saúl y todos los israelitas se alegraron en extremo.

47 el pastor David

El padre Jesé tenía ocho hijos. El mayor se llamaba Eliab, el menor David y era el más pequeño entre ellos. Los hijos mayores comerciaban, viajaban por el país y decían:

—El hermano menor debe hacer el trabajo aburrido de cuidar las ovejas.

Así pues David estaba casi siempre en el campo de Belén cuidando los rebaños. Pero para él no era aburrido. Tenía los ojos abiertos, se alegraba por la belleza de las plantas, hierbas y flores. Amaba las palmeras y los olivos, pues le daban sombra fresca. Conocía las voces de los pájaros, admiraba el juego de luces de las nubes y las estrellas de la noche. Cuando nadie lo oía entonaba canciones inventadas por él sobre el hermoso mundo.

Una vez el padre le regaló dos ovejas. David las cambió por una pequeña cítara. Ahora podía acompañar sus canciones haciendo sonar las cuerdas.

Para proteger a su rebaño si aparecía algún lobo del desierto o un perro salvaje, el pastor David practicaba muchas horas todos los días el arte de tirar piedras con honda. Como meta elegía una roca sobre la cual ponía una pequeña piedra blanca. Unas veces de cerca y otras de lejos, intentaba derribarla tirándole piedras con la honda. Cuanto más segu-

ridad adquiriría al derribarla, tanto más lo intentaba también con piedras mayores.

Una vez que había practicado lo suficiente, tomaba la cítara y tocaba y cantaba sus canciones. Por eso, el tiempo nunca se le hacía largo, aun cuando los hermanos lo dejaban largas semanas solo con las ovejas.

Cierta vez, cuando David estaba tocando la cítara junto a la cueva de palmas vio venir corriendo unas ovejas. Saltó y vio un león que justo atrapaba un cordero. Con un palo David se dirigió sin miedo hacia el león que se disponía a irse trotando tranquilamente con el cordero en las fauces. Con toda su fuerza el pastor le golpeó con el palo en la cabeza. El león dejó caer al cordero, trastabilló torpemente unos pasos y rápidamente recibió otro golpe en su cráneo, tan fuerte que lo derribó y así David pudo matarlo. El animalito casi no estaba lastimado y pronto se repuso. David regaló la piel del león a su padre Jesé.

48 ¿quién será el nuevo rey?

Samuel no podía hacer notar que estaba buscando un nuevo rey.

Le habló a sus sirvientes:

—Tomad una vaca joven y venid conmigo a Belén que realizaremos una ofrenda. Invitad a Jesé a la comida de la ofrenda y también a todos sus hijos.

Y así sucedió. Todos los que participaron de la ofrenda recibieron la bendición de Samuel. Sin embargo Jesé se presentó solamente con siete hijos, pues el pequeño David estaba en el campo con los rebaños. Cuando Samuel miró al hijo mayor, el que era muy grande, pensó: “Éste puede ser.”

Pero cuando lo bendijo, Dios no dio señal alguna de que éste podría ser rey, y tampoco hubo señal en los otros seis. Samuel le preguntó a Jesé:

—¿Estos son todos los varones?

El padre respondió:

—El menor está en el campo cuidando las ovejas.

Samuel dijo:

—Manda por él y hazlo venir hasta aquí, también él debe participar de la ofrenda.

Samuel pensó:

—Tiene que tratarse del pastor. ¿Cómo será?
¿Será aún más grande que los demás?

Cuando llegó David, Samuel notó que era el más pequeño en altura de todos. En el cinturón portaba una honda y en el brazo izquierdo una cítara. Su cabello rubio rojizo relucía, sus ojos brillaban, inteligentes y hermosos, pues durante su vida de pastor habían bebido mucho azul del cielo. Cuando el pequeño y fuerte muchacho estuvo delante de Samuel, éste vio con su ojo de vidente que el alma de David era grande y hermosa. Una voz interior le habló: “¡Este es, úngelo!”

Samuel hizo esto en medio de sus hermanos y así bajó sobre él la bendición divina y lo compenetró. Pero el joven ni se imaginaba lo que habría de sucederle. Tampoco sabía Samuel cómo y de qué manera David iba a llegar a ser rey, por lo que se dirigió nuevamente a su hogar en Ramá.

48 ¿quién será el nuevo rey?

1 Samuel 16:1-14

16¹ Dijo Yahveh a Samuel: “¿Hasta cuándo vas a estar llorando por Saúl, después que yo le he rechazado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite y vete. Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí.”

² Samuel replicó: “¿Cómo voy a ir? Se enterará Saúl y me matará.” Respondió Yahveh: “Lleva contigo una becerra y di: ‘He venido a sacrificar a Yahveh.’” ³ Invitarás a Jesé al sacrificio y yo te indicaré lo que tienes que hacer, y me ungirás a aquel que yo te diga.”

⁴ Hizo Samuel lo que Yahveh le había ordenado y se fue a Belén. Salieron temblando a su encuentro los ancianos de la ciudad y le preguntaron: “¿Es de paz tu venida, vidente?”

⁵ Samuel respondió: “Sí; he venido a sacrificar a Yahveh. Purifícaos y venid conmigo al sacrificio.” Purificó a Jesé y a sus hijos y les invitó al sacrificio.

⁶ Cuando ellos se presentaron vio a Eliab y se dijo: “Sin duda está ante Yahveh su ungido.”

⁷ Pero Yahveh dijo a Samuel: “No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del

hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón.”

⁸ Llamó Jesé a Abinadab y le hizo pasar ante Samuel, que dijo: “Tampoco a éste ha elegido Yahveh.”

⁹ Jesé hizo pasar a Sammá, pero Samuel dijo: “Tampoco a éste ha elegido Yahveh.”

¹⁰ Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: “A ninguno de éstos ha elegido Yahveh.”

¹¹ Preguntó, pues, Samuel a Jesé: “¿No quedan ya más muchachos?” El respondió: “Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño.” Dijo entonces Samuel a Jesé: “Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido.”

¹² Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia. Dijo Yahveh: “Levántate y úngelo, porque éste es.”

¹³ Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces, vino sobre David el espíritu de Yahveh. Samuel se levantó y se fue a Ramá.

49 David y Saúl

Por su soberbia, la bendición divina se apartaba cada vez más del rey Saúl. De tiempo en tiempo se le veía ensombrecido por la melancolía y la gente decía:

—¿Un malvado demonio atormenta al rey!

Un día un consejero le habló así:

—Saúl, deberías alegrar tu alma con música.

Seguramente en alguna parte del país hay alguien que haga sonar las cuerdas y pueda traerte música.

Uno de los sirvientes de Saúl provenía de Belén. El conocía a Jesé y a sus hijos y había escuchado la música de la cítara de David. Le dijo al rey:

—Señor, yo conozco a los hijos de Jesé en Belén. David, el menor, sabe muy bien tocar la cítara. Aún es un muchacho, cuida las ovejas. Es valiente y es hermosa su figura.

Cuando el rey hubo escuchado esto encargó al sirviente:

—¿Ve como mi emisario a ver a Jesé y tráeme al joven con la cítara!

Jesé se sintió honrado cuando el mensajero real vino con el pedido. Envio uno de sus hijos al campo con el sirviente a buscar a David. El camino conducía por unas colinas hasta una cueva sombreada, donde a David le gustaba estar. Estaba rodeada de

el profanador de textos

palmeras y le servía también a las ovejas como refugio cuando había mal tiempo.

David, ensimismado en la música de su cítara, no se dio cuenta cuando los dos se acercaron. A su alrededor yacían las ovejas a la sombra, y en su falda descansaba un corderito. El mensajero pensó: “¡Si David puede traerle tal paz al rey como la que reina aquí, su alma volverá a sanar!”

De pronto David se quedó quieto, pues una oveja berreó; entonces el mensajero transmitió su pedido y el hermano de David le refirió el encargo del padre de que él lo reemplazara. David se asustó, y preguntó:

—¿Cuánto tiempo durará este servicio al rey?
¿Podré regresar de vez en cuando a ver a mis ovejas?

El mensajero respondió:

—Eso deberás hablarlo todo con el rey.

Así entonces David le entregó a su hermano el bastón de pastor como lo había ordenado su padre y acompañó al mensajero. No bien hubieron andado un corto trecho del camino, David regresó corriendo a la cueva y buscó su honda, que estaba colgada de un arbusto. Se la colocó en el cinturón y le dijo al mensajero:

—¿Podré también tirar piedras en el palacio del rey?

El mensajero se rió:

—¡Seguro, podrás hacerlo afuera en el campo, pero los guerreros del rey tiran con flechas y lanzas y no con pobres piedras!

Así fue como David llegó al palacio real. Saúl recibió el anuncio de que había llegado el músico. En esos momentos el rey estaba muy turbado. Le había arrojado la vasija a la cabeza a un sirviente que le estaba ofreciendo vino.

No obstante Saúl permitió al joven presentarse ante él. Al ver al hermoso David que lo miraba tan

abierta y libremente a los ojos, Saúl bajó su mirada al suelo y refunfuñó:

—¡Toca una canción!

David se sentó sobre la colorida alfombra.

Resonaron algunos sonidos graves, y otros más agudos se movían dentro de ellos, como si el viento soplara en una palma. Y de pronto David se sintió como si estuviera sentado entre sus ovejas. Había cerrado sus ojos y musitaba suavemente sin palabras en los tonos de las cuerdas.

Saúl levantó su mirada, vio el suave movimiento de los dedos de David, su figura de pastor abrasada por el sol, sus cabellos rubio rojizos... y el corazón del rey se abrió. Le sobrevino una paz que su alma hacía mucho no encontraba.

Los sirvientes vieron con asombro que el rey sonreía. A partir de ese instante el rey lo acogió en su corazón. Cuando David calló y miró asombrado a su alrededor elevando su mirada a Saúl, los ojos de éste ya no volvieron a apartarse. Agradeció moviendo su cabeza y preguntó:

—¿Por qué llevas una honda en tu cinturón?

David respondió:

—Muy a menudo tuve que espantar perros salvajes allá en el campo y, una vez, inclusive un lobo y hasta un león. ¡Entonces aprendí a dar bien en el blanco!

Saúl dijo:

—Si te gusta luchar podrás ser mi escudero cuando vaya al campo de batalla.

Saúl se encariñó con su músico y cada vez que salía, David iba con él, con el escudo y la lanza.

Cada tanto David extrañaba mucho a su pueblo. Añoraba volver a ver Belén y estar con sus ovejas. Le parecía también que la música de su cítara necesitaba aire fresco en sus cuerdas, el viento de las palmas, de los olivos.

Un día, cuando Saúl estaba de buen talante, David le preguntó:

—Señor rey, ¿puedo ir de vez en cuando a Belén y ver a mis ovejas?

Saúl fue benévolo y le dijo:

—Sí, puedes, pero no estés mucho tiempo afuera pues yo no puedo privarme de tu música y tus canciones.

Volver a acariciar a sus ovejas y corderos, tocar su instrumento a la sombra de su cueva y cantar, significó para David una gran alegría. Pero le resultaba poco; a más tardar a los siete días estaría de regreso y volvería a convertirse en el cantante y sirviente de Saúl.

49 David y Saúl

1 Samuel 13:14-23

¹⁴ El espíritu de Yahveh se había apartado de Saúl y un espíritu malo que venía de Yahveh le perturbaba.

¹⁵ Dijéronle, pues, los servidores de Saúl: “Mira, un espíritu malo de Dios te aterroriza; ¹⁶ permítenos, señor, que tus siervos que están en tu presencia te busquen un hombre que sepa tocar la cítara, y cuando te asalte el espíritu malo de Dios tocará y te hará bien.”

¹⁷ Dijo Saúl a sus servidores: “Buscadme, pues, un hombre que sepa tocar bien y traédmelo.”

¹⁸ Tomó la palabra uno de los servidores y dijo: “He visto a un hijo de Jesé el belemita que sabe tocar; es valeroso, buen guerrero, de palabra amena, de agradable presencia y Yahveh está con él.”

¹⁹ Despachó Saúl mensajeros a Jesé que le dijeran: “Envíame a tu hijo David, el que está con el rebaño.”

²⁰ Tomó Jesé cinco panes, un odre de vino y un cabrito y lo envió a Saúl con su hijo David.

²¹ Llegó David donde Saúl y se quedó a su servicio. Saúl le cobró mucho afecto y le hizo su escudero.

²² Mandó Saúl a decir a Jesé: “Te ruego que tu hijo David se quede a mi servicio, porque ha hallado gracia a mis ojos.”

²³ Cuando el espíritu de Dios asaltaba a Saúl, tomaba David la cítara, la tocaba, Saúl, encontraba calma y bienestar y el espíritu malo se apartaba de él.

50 David y Goliat

El pueblo vecino de los filisteos amenazaba a Israel con ataques y lanzaba gritos de guerra. Saúl tuvo que formar un ejército para poder defender a su pueblo. Tres hermanos de David se habían convertido en soldados para combatir a los filisteos. Cuando Cierta vez en que David estaba cuidando sus ovejas, vino su padre montado en un burro y le dijo:

—David, me ha llegado la noticia de que los filisteos han invadido nuestras tierras. Saúl tuvo que salir al campo de batalla con sus guerreros. Ponte en camino, lleva contigo pan, queso y granos tostados, llévaselos al campo a tus hermanos para que no pasen penurias.

David dejó las ovejas al cuidado de otro pastor. En casa, su padre lo cargó con provisiones. Con ello se dirigió al valle de Terebinto donde Saúl acampaba con sus soldados. A medida que se iba aproximando al ejército, oía exclamaciones, gritos y sonido de armas.

Justo en ese momento los guerreros de Saúl se estaban colocando en posición de ataque para salir al encuentro de los filisteos que se iban acercando. David dejó su equipaje entregándolo a los guardianes. Buscó a sus hermanos entre los soldados y los

saludó. Mientras aún estaba conversando con ellos, salió de entre el ejército filisteo un enorme guerrero.

Era el gigante Goliat. Portaba un yelmo de hierro sobre su cabeza. Su cuerpo estaba protegido por una coraza de escamas, las piernas con canilleras de hierro. Goliat se dirigió a los israelitas con voz rugiente:

—¡Malditos cobardes, miserables peones de Saúl, mugrientos israelitas! ¡Enviadme vuestro guerrero más fuerte para resolver el combate entre los dos, antes de que os derribemos a todos y bailemos sobre vuestros huesos!

Cuando los guerreros de Saúl oyeron estos insultos y vieron al gigante acorazado parado delante del ejército, se acobardaron y cundió el pánico. Goliat avanzó unos pasos y movió amenazante su gigantesco escudo.

Muchos guerreros de Saúl se retiraron. David en cambio fue al rey y exclamó:

—¿Acaso esta masa de carne y de huesos puede ofender a Israel, el pueblo de Dios, y quedarse sin castigo? ¡Si ninguno de tus guerreros lo enfrenta lo haré yo y combatiré con él! ¡Cuando venía un león o un oso a atacar mi rebaño yo los derribaba, y el Señor me salvaba de sus garras! ¡Dame permiso de pelear contra el filisteo!

David habló inspirado por el espíritu del fuego. Saúl se sintió tan alentado por estas palabras que dijo:

—¡Pues ve y lucha. El Señor estará contigo!

Después de decir esto el rey le puso a David su propia armadura. Le colocó el yelmo de hierro y la espada en el cinturón. David nunca había estado dentro de una armadura y con ella sólo se podía mover con dificultad. Además, le resultaba muy grande. Así que le dijo a Saúl:

—Así no puedo. Tengo que poder moverme libremente como un pastor.

Se quitó todo, tomó su bastón y su honda. Puso en su bolsillo cinco piedras chatas y así se fue al encuentro del filisteo.

Goliat vio acercarse al muchacho de cabello rubio rojizo; rió sarcásticamente y vociferó:

—¿Es que acaso soy un perro que vienes con un bastón hacia mí? ¡Tú, maldito hijo de Yahveh! ¡Ven aquí, voy a alimentarte con tu carne a los pájaros del cielo y a los zorros del desierto!

Cuando David oyó difamar así el nombre de Dios le gritó a Goliat:

—Tú vienes con espada y lanza; yo vengo en nombre del Dios a quien tú has insultado. ¡Lo que quieres hacerme a mí te sucederá a ti!

Entonces Goliat dio un encolerizado grito de ataque y se acercó dando fuertes zancadas. David dejó caer su bastón, agarró de su morral una buena piedra, la puso en su honda y la tiró.

La piedra atravesó los aires con poderoso impulso y le dio a Goliat en la frente, justo entre los ojos. El gigante se tambaleó unos instantes, dejó caer la lanza y cayó de cara al suelo. David fue rápidamente hacia él, le quitó la espada de la vaina y le cortó la cabeza.

Todo había ocurrido tan rápido que de ambos bandos los guerreros enmudecieron y miraban casi sin respirar. Luego entre los israelitas se elevaron fuertes gritos de júbilo. Los filisteos, al ver a su Goliat decapitado, tirado en el suelo, comenzaron a huir. El júbilo de los israelitas se convirtió en un griterío campal. Persiguieron a los filisteos luchando y consiguieron la plena victoria.

David tomó la cabeza de Goliat y su espada y se los llevó a Saúl.

Cuando llegó ante el rey, estaba Jonatán, su hijo, muy entusiasmado por David. Eran de la misma

edad y lo había admirado viéndolo en la lucha. Cuando David colocó ante Saúl la cabeza y la espada de Goliat, Jonatán lo abrazó y le dijo:

—¡David, permíteme ser tu amigo! Te aprecio como a mi propia vida.

Saúl alabó el acto heroico de David y le dijo:

—Ahora no regresarás más con tus ovejas, deberás permanecer siempre conmigo. ¡Si los filisteos vuelven a venir ayudarás a vencerlos!

Jonatán se quitó su capa y la colocó sobre los hombros de David. Como quería sellar una alianza de amistad de por vida con él, le obsequió también su espada, su arco y su cinturón.

Después de esta victoria el ejército volvió a Jerusalén. A la vanguardia llevaban la cabeza y la espada de Goliat. Se les acercaban mujeres tocando címbalos, danzando y cantando:

—Saúl ha matado a miles; David, ¡a decenas de miles!

Irritó a Saúl el hecho de que David fuera puesto más alto que él y lo envidió por recibir más honores que él, el rey. Para tenerlo bien ligado a su casa, Saúl dio a David, su hija Merab como esposa.

Pero un día, un espíritu ruin que quería matar a David, se apoderó de Saúl. En la sala real, Saúl se comportaba como un salvaje, hacía ademanes en el aire con su lanza y gritaba extraños nombres. Enviaron a buscar a David para que calmara al rey haciendo música.

Al comenzar a tocar se calmó, pero no soltó la lanza. En la mitad de la música, Saúl tiró la lanza bien dirigida en contra de David. Este pudo esquivarla justo en el último instante, si no el hierro lo hubiera atravesado. La lanza se incrustó en la pared y allí quedó. David huyó a su casa.

Esa noche Saúl mandó soldados a la casa de David. Debían vigilar la entrada. La orden decía que, cuando David dejara su casa a la mañana siguiente, debían amarrarlo y llevarlo ante Saúl. Esto le había insuflado el malvado demonio: David debía ser muerto.

Esa noche, mientras todos dormían, Merab oyó ruidos afuera. Suavemente corrió una cortina y vio en el resplandor de la luna a los guardianes de su padre. Despertó a David y le susurró:

—¡Levántate y escapa! ¡Mañana te quieren atrapar y matar! Los soldados ya están delante de la casa, al acecho. Puedes bajar con una sogá por la ventana de atrás. ¡Vete a un lugar seguro!

David sintió que eran ciertas sus palabras. Se escabulló sin ser notado y se dirigió a la casa de Samuel a buscar consejo.

A la mañana siguiente los soldados esperaron en vano a David pues no salió por la puerta. Cuando por fin irrumpieron en la casa ya no lo hallaron.

Jonatán, el hijo de Saúl, quien amaba a David, se enteró de que su padre había resuelto su muerte. Se encontró en secreto con él y le dijo:

—David, he jurado contigo fraternidad de por vida. Te aconsejo: evita a mi padre. ¡El no descansará hasta que su demonio no vea tu sangre derramada!

Ambos se besaron y lloraron porque su amistad se veía amenazada por tan oscura sombra.

50 David y Goliat

1 Samuel 17:1-19:24

17¹ Reunieron los filisteos sus tropas para la guerra y se concentraron en Soko de Judá, acampando entre Soko y Azeca, en Efes Dammim.

² Se reunieron Saúl y los hombres de Israel, acamparon en el valle del Terebinto y se ordenaron en batalla frente a los filisteos.

³ Ocupaban los filisteos una montaña por un lado y los israelitas ocupaban la montaña frontera, quedando el valle por medio.

⁴ Salió de las filas de los filisteos un hombre de las tropas de choque, llamado Goliat, de Gat, de seis codos y un palmo de estatura; ⁵ tenía un yelmo de bronce sobre su cabeza y estaba revestido de una coraza de escamas, siendo el peso de la coraza 5.000 siclos de bronce.

⁶ Tenía en las piernas grebas de bronce y una jabalina de bronce entre los hombros.

⁷ El asta de su lanza era como enjullo de tejedor y la punta de su lanza pesaba seiscientos siclos de hierro. Su escudero le precedía.

⁸ Goliat se plantó y gritó a las filas de Israel diciéndoles: “¿Para qué habéis salido a ponerlos en orden de batalla? ¿Acaso no soy yo filisteo y voso-

tros servidores de Saúl? Escogeos un hombre y que baje contra mí. ⁹ Si es capaz de pelear conmigo y me mata, seremos vuestros esclavos pero si yo le venzo y le mato, seréis nuestros esclavos y nos serviréis.”

¹⁰ Y añadió el filisteo: “Yo desafío hoy a las filas de Israel; dadme un hombre y lucharemos mano a mano.”

¹¹ Oyó Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo y se consternaron y se llenaron de miedo.

¹² Era David hijo de un efrateo de Belén de Judá, llamado Jesé, que tenía ocho hijos. En tiempo de Saúl este hombre era ya anciano, muy entrado en años.

¹³ Los tres hijos mayores de Jesé se fueron a la guerra con Saúl; el nombre de los tres hijos suyos que marcharon a la guerra era Eliab, el primogénito, Abinadab, el segundo, y Sammá, el tercero.

¹⁴ David era el más pequeño; cuanto a los tres mayores, habían seguido a Saúl.

¹⁵ (David alternaba sus viajes al campamento de Saúl con el cuidado del rebaño de su padre en Belén.)

¹⁶ El filisteo se acercaba mañana y tarde y se presentó así durante cuarenta días.

¹⁷ Jesé dijo a su hijo David: “Lleva a tus hermanos esta medida de trigo tostado y estos diez panes y corre al campamento a donde tus hermanos.

¹⁸ Y estos diez requesones llévalos al jefe de millar; entérate de la salud de tus hermanos y toma señal de recibo de ellos.

¹⁹ Están Saúl, ellos y todos los hombres de Israel en el valle del Terebinto, guerreando con los filisteos.”

²⁰ Se levantó David de madrugada, dejó el rebaño al guarda y, tomado las cosas, se fue como le había mandado Jesé, y llegó al círculo del campamento

justo cuando salía el ejército para ordenarse en batalla, lanzando el grito de guerra.

²¹ Israel y los filisteos se pusieron en orden de batalla, fila contra fila.

²² Dejó David las cosas en manos del guardia de la impedimenta y corrió a las filas y fue a preguntar a sus hermanos cómo estaban.

²³ Mientras hablaba con ellos el hombre de las tropas de choque, llamado Goliat, el filisteo de Gat, subía de las filas de los filisteos, diciendo las mismas palabras, y le oyó David.

²⁴ En viéndole todos los hombres de Israel huyeron delante de él, llenos de miedo.

²⁵ Los hombres de Israel decían: “¿Habéis visto a este hombre que sube? Sube a provocar a Israel. A quien lo mate colmará el rey de grandes riquezas y le dará su hija y librá de tributo la casa de su padre en Israel.”

²⁶ Preguntó, pues, David a los hombres que estaban a su lado: “¿Qué se hará al hombre que mate a ese filisteo y aparte la afrenta de Israel? Pues ¿quién es ese filisteo incircunciso para injuriar a las huestes de Dios vivo?”

²⁷ Y el pueblo le repitió las mismas palabras: “Así se hará al hombre que lo mate.”

²⁸ Se enteró Eliab, su hermano mayor, de su pregunta a los hombres y se encendió en cólera Eliab contra David, y le dijo: “¿Para qué has bajado, y a quién has dejado aquel pequeño rebaño en el desierto? Ya sé yo tu atrevimiento y la maldad de tu corazón. Has bajado para ver la batalla.”

²⁹ Respondió David: “Pues ¿qué he hecho yo? ¿es que uno no puede hablar?”

³⁰ Y volviéndose se dirigió a otro y preguntó lo mismo y la gente le respondió como la primera vez.

³¹ Fueron oídas las palabras que decía David y se lo contaron a Saúl, que le hizo venir.

³² Dijo David a Saúl: “Que nadie se acobarde por ése. Tu siervo irá a combatir con ese filisteo.”

³³ Dijo Saúl a David: “No puedes ir contra ese filisteo para luchar con él, porque tú eres un niño y él es hombre de guerra desde su juventud.”

³⁴ Respondió David a Saúl: “Cuando tu siervo estaba guardando el rebaño de su padre y venía el león o el oso y se llevaba una oveja del rebaño, ³⁵ salía tras él, le golpeaba y se la arrancaba de sus fauces, y si se revolvía contra mí, lo sujetaba por la quijada y lo golpeaba hasta matarlo.

³⁶ Tu siervo ha dado muerte al león y al oso, y ese filisteo incircunciso será como uno de ellos, pues ha insultado a las huestes de Dios vivo.”

³⁷ Añadió David: “Yahveh que me ha librado de las garras del león y del oso, me librá de la mano de ese filisteo.” Dijo Saúl a David: “Vete, y que Yahveh sea contigo.”

³⁸ Mandó Saúl que vistieran a David con sus propios vestidos y le puso un casco de bronce en la cabeza y le cubrió con una coraza.

³⁹ Cifó a David su espada sobre su vestido. Intentó David caminar, pues aún no estaba acostumbrado, y dijo a Saúl: “No puedo caminar con esto, pues nunca lo he hecho.” Entonces se lo quitaron.

⁴⁰ Tomó su cayado en la mano, escogió en el torrente cinco cantos lisos y los puso en su zurrón de pastor, en su morral, y con su honda en la mano se acercó al filisteo.

⁴¹ El filisteo fue avanzando y acercándose a David, precedido de su escudero.

⁴² Volvió los ojos el filisteo, y viendo a David, lo despreció, porque era un muchacho rubio y apuesto.

⁴³ Dijo el filisteo a David: “¿Acaso soy un perro, pues vienes contra mí con palos?” Y maldijo a David el filisteo por sus dioses,

⁴⁴ y dijo el filisteo a David: “Ven hacia mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo.”

⁴⁵ Dijo David al filisteo: “Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo voy contra ti en nombre de Yahveh Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel, a los que has desafiado.

⁴⁶ Hoy mismo te entrega Yahveh en mis manos, te mataré y te cortaré la cabeza y entregaré hoy mismo tu cadáver y los cadáveres del ejército filisteo a las aves del cielo y a las fieras de la tierra, y sabrá toda la tierra que hay Dios para Israel.

⁴⁷ Y toda esta asamblea sabrá que no por la espada ni por la lanza salva Yahveh, porque de Yahveh es el combate y os entrega en nuestras manos.”

⁴⁸ Se levantó el filisteo y fue acercándose al encuentro de David; se apresuró David, salió de las filas y corrió al encuentro del filisteo.

⁴⁹ Metió su mano David en su zurrón, sacó de él una piedra, la lanzó con la honda e hirió al filisteo en la frente; la piedra se clavó en su frente y cayó de bruces en tierra.

⁵⁰ Y venció David al filisteo con la honda y la piedra; hirió al filisteo y le mató sin tener espada en su mano.

⁵¹ Corrió David, se detuvo sobre el filisteos y tomando la espada de éste sacó de su vaina, le mató y le cortó la cabeza. Viendo los filisteos que había muerto su campeón, huyeron.

⁵² Se levantaron los hombres de Israel y de Judá y, lanzando el grito de guerra, persiguieron a los filisteos hasta la entrada de Gat y hasta las puertas de Ecrón. Los cadáveres de los filisteos cubrían el camino, desde Saaráyim hasta Gat y Ecrón.

el profanador de textos

⁵³ Cuando los hijos de Israel regresaron de perseguir sañudamente a los filisteos, saquearon el campamento.

⁵⁴ Tomó David la cabeza del filisteo, y la llevó a Jerusalén; pero sus armas las colocó en su tienda.

⁵⁵ Cuando Saúl vio a David salir al encuentro del filisteo, preguntó a Abner, jefe del ejército: “¿De quién es hijo este muchacho, Abner?” Abner respondió: “Por tu vida, oh rey, que no lo sé.”

⁵⁶ El rey dijo: “Pregunta de quién es hijo este muchacho.”

⁵⁷ Cuando volvió David de matar al filisteo, le tomó Abner y le llevó ante Saúl con la cabeza del filisteo en la mano .

⁵⁸ Saúl le preguntó: “¿De quién eres hijo, muchacho?” David respondió: “De tu siervo Jesé, de Belén.”

18¹ En acabando de hablar David a Saúl, el alma de Jonatán se apegó al alma de David, y le amó Jonatán como a sí mismo.

² Le retuvo Saúl aquel día y no le permitió regresar a casa de su padre.

³ Hizo Jonatán alianza con David, pues le amaba como a sí mismo.

⁴ Se quitó Jonatán el manto que llevaba y se lo dio a David, su vestido y también su espada, su arco y su cinturón.

⁵ David lograba éxito en todas las campañas que Saúl le encomendaba, y le puso Saúl al frente de hombres de guerra, y se hizo querer de todo el pueblo, también de los servidores de Saúl.

⁶ A su regreso, cuando volvió David de matar al filisteo, salían las mujeres de todas las ciudades de Israel al encuentro del rey Saúl para cantar danzando al son de adufes y triángulos con cantos de alegría.

⁷ Las mujeres, danzando, cantaban a coro: “Saúl mató sus millares y David sus miríadas.”

⁸ Se irritó mucho Saúl y le disgustó el suceso, pues decía: “Dan miríadas a David y a mí millares; sólo le falta ser rey.”

⁹ Y desde aquel día en adelante miraba Saúl a David con ojos de envidia.

¹⁰ Al día siguiente se apoderó de Saúl un espíritu malo de Dios y deliraba en medio de la casa; David tocaba como otras veces. Tenía Saúl la lanza en la mano.

¹¹ Blandió Saúl la lanza y dijo: “Voy a clavar a David en la pared.” Pero David le esquivó dos veces.

¹² Temía Saúl a David porque Yahveh estaba con David y de Saúl se había apartado

¹³ y le alejó Saúl de junto a sí, nombrándole jefe de mil y entraba y salía a la cabeza de la tropa.

¹⁴ David ejecutaba con éxito todas sus empresas y Yahveh estaba con él.

¹⁵ Viendo Saúl que tenía mucho éxito le temió.

¹⁶ Todo Israel y Judá quería a David, pues salía y entraba a la cabeza de ellos.

¹⁷ Dijo Saúl a David: “Voy a darte por mujer a mi hija mayor Merab, tan sólo con que me seas valeroso y luches las batallas de Yahveh.” Saúl se había dicho: “Que no muera por mi mano, sino por mano de los filisteos.”

¹⁸ Dijo David a Saúl: “¿Quién soy yo y cuál es mi linaje, la casa de mi padre en Israel, para ser yerno del rey?”

¹⁹ Pero cuando llegó el tiempo de entregar a Merab, la hija de Saúl, a David, fue entregada a Adriel de Mejolá.

²⁰ Mikal, hija de Saúl, se enamoró de David; se lo dijeron a Saúl y le agradó la noticia.

²¹ Dijo Saúl: “Se la entregaré, pero será para él un lazo, pues caerá sobre él la mano de los filisteos.”

(Saúl, pues, dijo dos veces a David: “Ahora serás mi yerno.”)

²² Ordenó Saúl a sus servidores: “Insinúa a David: Mira que el rey te estima; también te estiman todos sus servidores; procura ser yerno del rey.”

²³ Los servidores de Saúl dijeron estas palabras a oídos de David y David replicó: “¿Os parece sencillo ser yerno del rey? Yo soy un hombre pobre y ruin.”

²⁴ Comunicaron a Saúl sus servidores: “Estas palabras ha dicho David.”

²⁵ Respondió Saúl: “Decid así a David: No quiere el rey dote, sino cien prepucios de filisteos para vengarse de los enemigos del rey.” Tramaba el rey hacer sucumbir a David a manos de los filisteos.

²⁶ Los servidores comunicaron a David estas palabras y la cosa pareció bien a David para llegar a ser yerno del rey. No se había cumplido el plazo,

²⁷ cuando se levantó David y partió con sus hombres. Mató a los filisteos doscientos hombres y trajo David sus prepucios que entregó cumplidamente al rey para ser yerno del rey. Saúl le dio a su hija Mikal por mujer.

²⁸ Temió Saúl, pues sabía que Yahveh estaba con David y que toda la casa de Israel le amaba.

²⁹ Aumentó el temor de Saúl hacia David y fue siempre hostil a David.

³⁰ Salían los jefes de los filisteos, pero en todas sus incursiones obtenía David más éxito que los demás servidores de Saúl, y su nombre se hizo muy famoso.

19¹ Saúl dijo a su hijo Jonatán y a todos sus servidores que haría morir a David; pero Jonatán, hijo de Saúl, amaba mucho a David, ² y avisó Jonatán a David diciéndole: “Mi padre Saúl te busca para matarte. Anda sobre aviso mañana por la mañana; retírate a un lugar oculto y escóndete.”

³ Yo saldré y estaré junto a mi padre en el campo, donde tú estés, y hablaré por ti a mi padre; veré lo que hay y te avisaré.”

⁴ Habló Jonatán a Saúl su padre en favor de David y dijo: “No peque el rey contra su siervo David, porque él no ha pecado contra ti, sino que te ha hecho grandes servicios.

⁵ Puso su vida en peligro, mató al filisteo y concedió Yahveh una gran victoria para todo Israel. Tú lo viste y te alegraste. ¿Por qué, pues, vas a pecar contra sangre inocente haciendo morir a David sin motivo?”

⁶ Escuchó Saúl las palabras de Jonatán y juró: “¡Vive Yahveh!, no morirá.”

⁷ Llamó entonces Jonatán a David, le contó todas estas palabras y llevó a David donde Saúl, y se quedó a su servicio como antes.

⁸ Reanudada la guerra, partió David para combatir a los filisteos, les causó una gran derrota y huyeron ante él.

⁹ Se apoderó de Saúl un espíritu malo de Yahveh; estaba sentado en medio de la casa con su lanza en su mano y David tocaba.

¹⁰ Intentó Saúl clavar con su lanza a David en la pared; esquivó David a Saúl y la lanza se clavó en la pared; huyó David y se puso a salvo. Aquella misma noche ¹¹ envió Saúl gente a la casa de David para vigilarle y matarle por la mañana, pero su mujer Mikal advirtió a David: “Si no te pones a salvo esta misma noche, mañana morirás.”

¹² Mikal hizo bajar a David por la ventana. El partió y huyó poniéndose a salvo.

¹³ Tomó Mikal uno de los terafim y lo puso en el lecho, colocó una estera de pelos de cabra a la cabecera y la cubrió con un vestido.

¹⁴ Cuando Saúl mandó gente para prender a David, ella dijo: “Está enfermo.”

¹⁵ Pero Saúl envió de nuevo los emisarios para ver a David y les dijo: “Traédmelo en su lecho, para matarlo.”

¹⁶ Entraron los enviados y hallaron un terafim en el lecho y la estera de pelos de cabra en la cabecera.

¹⁷ Dijo Saúl a Mikal: “¿Por qué me has engañado y has dejado escapar a mi enemigo para que se salve?” Respondió Mikal a Saúl: “El me dijo: déjame escapar o te mato.”

¹⁸ Huyó, pues, David y se puso a salvo, yéndose a donde Samuel, en Ramá, y le contó cuanto Saúl le había hecho. Después, él y Samuel se fueron a habitar en las celdas.

¹⁹ Avisaron a Saúl: “Mira, David está en las celdas de Ramá.”

²⁰ Mandó Saúl emisarios para prender a David; vieron éstos la agrupación de los profetas en trance de profetizar, con Samuel a la cabeza. Vino sobre los emisarios de Saúl el espíritu de Dios y también ellos se pusieron en trance.

²¹ Se lo comunicaron a Saúl y envió nuevos emisarios que también se pusieron en trance. Saúl volvió a enviar mensajeros por tercera vez y también éstos se pusieron en trance.

²² Entonces partió él mismo para Ramá y llegó a la gran cisterna de la era que está en Seku y preguntó: “¿Dónde están Samuel y David?”, y le dijeron: “Están en las celdas de Ramá.”

²³ Se fue de allí a las celdas de Ramá y vino también sobre él el espíritu de Dios e iba caminando en trance hasta que llegó a las celdas de Ramá.

²⁴ También él se quitó sus vestidos y se puso en trance profético ante Samuel, y quedó desnudo en tierra todo aquel día y toda aquella noche, por lo que se suele decir: “¿Conque también Saúl entre los profetas?”

51 en la cueva

Un día estaba David con un grupo de guerreros que debían defenderlo de Saúl, en una cueva cerca de Engadí. Por allí pasaba Saúl con su grupo de guerreros. De pronto dijo Saúl:

—Allá hay una cueva. Voy a ir un rato. Descansad aquí y esperadme.

David y sus acompañantes se dieron cuenta. Uno dijo:

—Mira, David, tu enemigo mortal se aproxima a nuestro escondite sin arma alguna. El Señor te lo entrega en tus manos. ¡Puedes matarlo!

David replicó:

—¡Yo jamás pondré mi mano sobre un ungido del Señor! ¡Qué nadie se acerque ni le toque un pelo!

Cuando Saúl hubo descansado en la cueva y quiso volver a salir, David se acercó desde atrás y se puso a su lado con la reluciente espada en la mano. Se inclinó ante Saúl y dijo:

—Oh rey, ¿por qué escuchas las voces que dicen que David quiere hacerte daño? El Señor te ha guiado hoy ante mi espada; ¡pero yo jamás pondré mi mano encima del ungido del Señor!

Saúl quedó pálido de miedo y temblando en todo su cuerpo. No pudo dar un paso de donde estaba.

David volvió a inclinarse ante el rey. Por fin éste pudo articular palabra:

—¡David, hijo mío! Tú eres más justo que yo, pues tú me has hecho bien. Sí, yo bien sé que algún día serás el rey de Israel. Júrame entonces, que después de mi muerte no exterminarás ni desarraigará a mis descendientes ni a mi nombre.

Entonces David le juró que así lo haría. Saúl lloró y David lo sostuvo entre sus brazos como si se tratase de Jonatán, su amigo. Entonces el espíritu malvado se retiró de Saúl y el rey regresó con sus guerreros que no se habían percatado de nada.

Los acompañantes de David, testigos de este encuentro con el rey, dijeron entre sí:

—¿Vendrá con David una nueva ley de generosidad al mundo? ¿Habrá que perdonar al malhechor? ¿Hacer el bien a los que nos persiguen? ¿Amar a los enemigos?

Cuando David regresó con sus acompañantes a la cueva, todos habían quedado sin palabras. Pero él les dijo:

—¡Dirijámonos a Ramá!

En el camino David se enteró de que Samuel, el vidente y profeta, había muerto justo el día en que él se había reconciliado con Saúl en la cueva.

51 en la cueva

1 Samuel 24:1-23

24¹ Subió de allí David y se asentó en los refugios de Engadí.

² Cuando regresó Saúl de perseguir a los filisteos, le avisaron: “David está en el desierto de Engadí.”

³ Tomó entonces Saúl 3.000 hombres selectos de todo Israel y partió en busca de David y de sus hombres al este del roquedal de Yeelim.

⁴ Llegó a unos rediles de ganado junto al camino; había allí una cueva y Saúl entró en ella para hacer sus necesidades. David y sus hombres estaban instalados en el fondo de la cueva.

⁵ Los hombres de David le dijeron: “Mira, este es el día que Yahveh te anunció: Yo pongo a tu enemigo en tus manos, haz de él lo que te plazca.” Levantóse David y silenciosamente cortó la punta del manto de Saúl.

⁶ Después su corazón le latía fuertemente por haber cortado la punta del manto de Saúl, ⁷ y dijo a sus hombres: “Yahveh me libre de hacer tal cosa a mi señor y de alzar mi mano contra él, porque es el ungido de Yahveh.”

⁸ David habló con energía a sus hombres para que no se lanzasen contra Saúl. Saúl marchó de la

cueva y continuó su camino, ⁹ tras lo cual se levantó David, salió de la cueva y gritó detrás de Saúl: “¡Oh rey, mi señor!” Volvió Saúl la vista, e inclinándose David, rostro en tierra, se postró ante él, ¹⁰ y dijo David a Saúl: “¿Por qué escuchas a las gentes que te dicen: David busca tu ruina?”

¹¹ Hoy mismo han visto tus ojos que Yahveh te ha puesto en mis manos en la cueva, pero no he querido matarte, te he perdonado, pues me he dicho: No alzaré mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Yahveh.

¹² Mira, padre mío, mira la punta de tu manto en mi mano; si he cortado la punta de tu manto y no te he matado, reconoce y mira que no hay en mi camino maldad ni crimen, ni he pecado contra ti, mientras que tú me pones insidias para quitarme la vida.

¹³ Que juzgue Yahveh entre los dos y que Yahveh me vengue de ti, pero mi mano no te tocará, ¹⁴ pues como dice el antiguo proverbio: De los malos sale malicia, pero mi mano no te tocará.

¹⁵ ¿Contra quién sale el rey de Israel, a quién estás persiguiendo? A un perro muerto, a una pulga.

¹⁶ Que Yahveh juzgue y sentencie entre los dos, que él vea y defienda mi causa y me haga justicia librándome de tu mano.”

¹⁷ Cuando David hubo acabado de decir estas palabras a Saúl, dijo Saúl: “¿Es ésta tu voz, hijo mío David?” Y alzando Saúl su voz, rompió a llorar, ¹⁸ y dijo a David: “Más justo eres tú que yo, pues tú me haces beneficios y yo te devuelvo males;

¹⁹ hoy has mostrado tu bondad, pues Yahveh me ha puesto en tus manos y no me has matado.

²⁰ ¿Qué hombre encuentra a su enemigo y le permite seguir su camino en paz? Que Yahveh te premie por el bien que hoy me has hecho.

²¹ Ahora tengo por cierto que reinarás y que el reino de Israel se afirmará en tus manos.

²² Ahora, pues, júrame por Yahveh que no exterminarás mi descendencia después de mí y que no borrarás mi nombre de la casa de mi padre.”

²³ David se lo juró a Saúl. Saúl se fue a su casa y David y sus hombres subieron al refugio.

52 la muerte de Saúl y Jonatán

No mucho después los filisteos quisieron vengarse de Israel. ¡Venganza por Goliat! Saúl tuvo que marchar con su ejército y sus hijos al campo de batalla, a la montaña Gelboé. David se había marchado por una invasión de los amalecitas.

En medio de la lucha los filisteos hicieron un ataque sobre Saúl y sus hijos. El rey fue herido por una flecha; Jonatán y sus hermanos, los hijos de Saúl, fueron muertos. Saúl llamó a su escudero:

—¡Toma tu espada y atraviésame para que los filisteos no puedan descargar su burla conmigo!

El escudero no quería hacerlo. Entonces Saúl se tiró encima de su propia espada y se dio muerte. Su escudero murió junto a él. Cuando los soldados de Israel vieron que su rey y sus hijos yacían muertos en el campo de batalla, comenzaron a huir. Los filisteos obtuvieron la victoria.

Al mismo tiempo en un lejano lugar, David había conseguido con éxito que los amalecitas se retiraran. Un guerrero veloz le avisó a David de la caída de Saúl y de su muerte. Le llevó la corona de oro del rey y su brazalete de oro, que había podido salvar. Cuando contó cómo habían muerto los hijos de

Saúl y entre ellos Jonatán, David se rasgó sus vestimenta por el dolor. Hizo una lamentación fúnebre por Saúl, sus hijos y los guerreros caídos. David cantó una canción de duelo:

*Oh Israel: tus héroes han caído,
Saúl y Jonatán, los amados,
en la vida y en la muerte inseparables,
en medio de la lucha han caído.
¡Llorad vosotras, hijas de Israel!
Me duele por ti, mi amigo y hermano Jonatán;
me eras tan querido.
Tu amor me era máspreciado
que el amor de una mujer.
¡Oh Israel, tus héroes se han ido!*

52 *la muerte de Saúl y Jonatán*

1 Samuel 31:1-2 Samuel 1:1-27⁸

31 ¹Trabaron batalla los filisteos contra Israel y huyeron los hombres de Israel ante los filisteos y cayeron heridos de muerte en el monte Gelboé.

²Apretaron de cerca los filisteos a Saúl y a sus hijos y mataron los filisteos a Jonatán, Abinadab y Malki Súa, hijos de Saúl.

³El peso de la batalla cargó sobre Saúl. Los arqueros tiraron sobre él y fue herido por ellos.

⁴Dijo Saúl a su escudero: “Saca tu espada y traspásame, no sea que lleguen esos incircuncisos y hagan mofa de mí,” pero el escudero no quiso pues estaba lleno de temor. Entonces Saúl tomó la espada y se arrojó sobre ella.

⁵Viendo el escudero que Saúl había muerto, se arrojó también sobre su espada y murió con él.

⁶Así murieron aquel día juntamente Saúl y sus tres hijos y su escudero.

⁷Cuando los hombres de Israel que estaban del lado fronterero del valle y del otro lado del Jordán vieron que las tropas de Israel se daban a la fuga y que Saúl y sus hijos habían muerto, abandonaron sus ciudades y huyeron; vinieron los filisteos y se establecieron en ellas.

⁸Al otro día vinieron los filisteos para despojar a los muertos y encontraron a Saúl y a sus tres hijos caídos en el monte Gelboé.

⁹Cortaron su cabeza y le despojaron de sus armas que hicieron pasear a la redonda por el país de los filisteos para anunciar la buena nueva a sus dioses y a su pueblo.

¹⁰Depositaron sus armas en el templo de Astarté y colgaron su cuerpo de los muros de Bet San.

¹¹Supieron los habitantes de Yabés de Galaad lo que los filisteos habían hecho con Saúl,

¹²se levantaron todos los valientes y caminando durante toda la noche, tomaron del muro de Bet San el cuerpo de Saúl y los cuerpos de sus hijos y llevándolos a Yabés los quemaron allí.

¹³Tomaron sus huesos y los sepultaron bajo el tamarisco de Yabés y ayunaron siete días.

Libro segundo de Samuel

1 ¹Después de la muerte de Saúl, volvió David de derrotar a los amalecitas y se quedó dos días en Siquelag.

²Al tercer día llegó del campamento uno de los hombres de Saúl, con los vestidos rotos y cubierta de polvo su cabeza; al llegar donde David cayó en tierra y se postró.

³David le dijo: “¿De dónde vienes?” Le respondió: “Vengo huyendo del campamento de Israel.”

⁴Le preguntó David: “¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.” Respondió: “Que el pueblo ha huido de la batalla; han caído muchos del pueblo y también Saúl y su hijo Jonatán han muerto.”

⁵Dijo David al joven que le daba la noticia “: “¿Cómo sabes que han muerto Saúl y su hijo Jonatán?”

⁶Respondió el joven que daba la noticia: “Yo estaba casualmente en el monte Gelboé; Saúl se apoyaba en su lanza, mientras los carros y sus guerreros le acosaban.

⁷Se volvió y al verme me llamó y contesté: “Aquí estoy.”

⁸Me dijo: “¿Quién eres tú?” Le respondí: “Soy un amalecita.”

⁹Me dijo: “Acércate a mí y mátame, porque me ha acometido un vértigo aunque tengo aún toda la vida en mí.”

¹⁰Me acerqué a él y le maté, pues sabía que no podría vivir después de su caída; luego tomé la diadema que tenía en su cabeza y el brazalete que tenía en el brazo y se los he traído aquí a mi señor.”

¹¹Tomando David sus vestidos los desgarró, y lo mismo hicieron los hombres que estaban con él.

¹²Se lamentaron y lloraron y ayunaron hasta la noche por Saúl y por su hijo Jonatán, por el pueblo de Yahveh, y por la casa de Israel, pues habían caído a espada.

¹³David preguntó al joven que le había llevado la noticia: “¿De dónde eres?” Respondió: “Soy hijo de un forastero amalecita.”

¹⁴Le dijo David: “¿Cómo no has temido alzar tu mano para matar al ungido de Yahveh?”

¹⁵Y llamó David a uno de los jóvenes y le dijo: “Acércate y mátale.” El le hirió y murió.

8 Los libros de 1 y 2 de Samuel, 1 y 2 de Crónicas y 1 y 2 de Reyes son ‘divisiones’ de los libros originales, por esto ‘continúan’ uno en el otro. [n. del pr.]

¹⁶ David le dijo: “Tu sangre sobre tu cabeza, pues tu misma boca te acusó cuando dijiste: ‘Yo maté al ungido de Yahveh.’”

¹⁷ David entonó esta elegía por Saúl y por su hijo Jonatán.

¹⁸ Está escrita en el Libro del Justo, para que sea enseñado el arco a los hijos de Judá. Dijo:

¹⁹ *La gloria, Israel, ha sucumbido en tus montañas.*

¡Cómo han caído los héroes!

²⁰ *No lo anunciéis en Gat,*

no lo divulgéis por las calles de Ascalón,

que no se regocijen las hijas de los filisteos,

no salten de gozo las hijas de los incircuncisos.

²¹ *Montañas de Gelboé:*

Ni lluvia ni rocío sobre vosotras,

campos de perfidia,

porque allí fue deshonrado el escudo de los héroes.

²² *El escudo de Saúl ungido no de aceite*

¡mas de sangre de muertos, de grasa de héroes!

El arco de Jonatán jamás retrocedía,

nunca fracasaba la espada de Saúl.

²³ *Saúl y Jonatán, amados y amables,*

ni en vida ni en muerte separados,

más veloces que águilas,

más fuertes que leones.

²⁴ *Hijas de Israel, por Saúl llorad,*

que de lino os vestía y carmesí,

que prendía joyas de oro de vuestros vestidos.

²⁵ *¡Cómo cayeron los héroes en medio del combate!*

¡Jonatán! Por tu muerte estoy herido,

²⁶ *por ti lleno de angustia, Jonatán, hermano mío,*

en extremo querido,

más delicioso para mí tu amor que el amor de las mujeres.

²⁷ *¡Cómo cayeron los héroes,*

cómo perecieron las armas de combate!

53 David como rey

Después de la muerte de Saúl, el pueblo erigió a David como rey. Éste se mudó a Jerusalén e hizo de ese lugar la ciudad real. Durante los primeros tiempos de su reinado tuvo que luchar de tanto en tanto contra los filisteos y otras tribus. A todos los venció. Jiram, el rey de Tiro, envió a David artesanos y constructores para que le construyeran un hermoso palacio real.

Al lado de la ciudad de Jerusalén David hizo construir, en la cima del monte de Sión, una costosa tienda para el Arca de la Alianza y los accesorios sagrados, exactamente según el modelo y medida del tabernáculo.

Los sacerdotes consagraron la nueva tienda. Miles de israelitas participaron en la celebración. Resonaron los cánticos y la música de los instrumentos y el humo del incienso se elevó durante muchos días al cielo con las oraciones. El rey David era quien componía los cánticos de alabanzas y ruegos.

Había entonado sus primeros cantos con la cítara él solo, como pastor en Belén. Ahora los coros sonaban poderosos con miles de voces en Jerusalén:

*¡Agradeced al Señor,
aclamad su nombre,
pregonad sus hechos a los pueblos!
Cantadle, y alabadle con música,
hablad, de sus milagros...
El orbe está firme,
no flaquea.
¡Ruge el mar
con todas sus criaturas!
¡Se regocija el campo
con la magnificencia de las flores!
¡Exhalan su júbilo los árboles del bosque!
¡Agradeced al Señor,
pues es benévolo,
y su bondad es eterna!*

53 David como rey

2 Samuel 2:1-11; 5:1-12; 6:1-7:29

2¹ Después de esto, consultó David a Yahveh diciendo: “¿Debo subir a alguna de las ciudades de Judá?” Yahveh le respondió: “Sube.” David preguntó: “¿A cuál subiré?” “A Hebrón,” respondió.

² Subió allí David con sus dos mujeres, Ajinoam de Yizreel y Abigail la mujer de Nabal de Carmelo.

³ David hizo subir a los hombres que estaban con él, cada cual con su familia, y se asentaron en las ciudades de Hebrón.

⁴ Llegaron los hombres de Judá, y ungieron allí a David como rey sobre la casa de Judá. Comunicaron a David que los hombres de Yabés de Galaad habían sepultado a Saúl.

⁵ Y David envió mensajeros a los hombres de Yabés de Galaad para decirles: “Benditos seáis de Yahveh por haber hecho esta misericordia con Saúl, vuestro señor, dándole sepultura.

⁶ Que Yahveh sea con vosotros misericordioso y fiel. También yo os trataré bien por haber hecho esto.

⁷ Y ahora tened fortaleza y sed valerosos, pues murió Saúl, vuestro señor, pero la casa de Judá me ha ungido a mí por rey suyo.”

⁸ Abner, hijo de Ner, jefe del ejército de Saúl, tomó a Isbaal, hijo de Saúl, y le hizo pasar a Majanáyim.

⁹ Le proclamó rey sobre Galaad, sobre los aseritas, sobre Yizreel, sobre Efraím y Benjamín y sobre todo Israel.

¹⁰ Cuarenta años tenía Isbaal, hijo de Saúl, cuando fue proclamado rey de Israel; reinó dos años. Solamente la casa de Judá siguió a David.

¹¹ El número de días que estuvo David en Hebrón como rey de la casa de Judá fue de siete años y seis meses.

. . .

5¹ Vinieron todas las tribus de Israel donde David a Hebrón y le dijeron: “Mira: hueso tuyo y carne tuya somos nosotros.

² Ya de antes, cuando Saúl era nuestro rey, eras tú el que dirigías las entradas y salidas de Israel. Yahveh te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel, tú serás el caudillo de Israel.”

³ Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel donde el rey, a Hebrón. El rey David hizo un pacto con ellos en Hebrón, en presencia de Yahveh, y ungieron a David como rey de Israel.

⁴ Treinta años tenía cuando comenzó a reinar y reinó cuarenta años.

⁵ Reinó en Hebrón sobre Judá siete años y seis meses. Reinó en Jerusalén sobre todo Israel y sobre Judá 33 años.

⁶ Marchó el rey con sus hombres sobre Jerusalén contra los jebuseos que habitaban aquella tierra. Dijeron éstos a David: “No entrarás aquí; porque hasta los ciegos y cojos bastan para rechazarte.” (Querían decir: no entrará David aquí.)

⁷ Pero David conquistó la fortaleza de Sión que es la Ciudad de David.

⁸ Y dijo David aquel día: “Todo el que quiera atacar a los jebuseos que suba por el canal..., en cuanto a los ciegos y a los cojos, David los aborrece.” Por eso se dice: “Ni cojo ni ciego entrarán en la Casa.”

⁹ David se instaló en la fortaleza y la llamó Ciudad de David. Edificó una muralla en derredor, desde el Milló hacia el interior.

¹⁰ David iba medrando y Yahveh el Dios Sebaot estaba con él.

¹¹ Jiram, rey de Tiro, envió a David mensajeros con maderas de cedro, carpinteros y canteros que construyeron la casa de David.

¹² Y David conoció que Yahveh le había confirmado como rey de Israel y que había exaltado su reino a causa de su pueblo Israel.

. . .

6¹ Reunió de nuevo David a todo lo mejor de Israel, 30.000 hombres.

² Se levantó David y partió con todo el pueblo que estaba con él a Baalá de Judá para subir desde allí el arca de Dios que lleva el nombre de Yahveh Sebaot que se sienta sobre los querubines.

³ Cargaron el arca de Dios en una carreta nueva y la llevaron de la casa de Abinadab que está en la loma. Uzzá y Ajoyó, hijos de Abinadab, conducían la carreta con el arca de Dios.

⁴ Uzzá caminaba al lado del arca de Dios y Ajoyó iba delante de ella.

⁵ David y toda la casa de Israel bailaban delante de Yahveh con todas sus fuerzas, cantando con cítaras, arpas, adufes, sistros y cimbaillos.

⁶ Al llegar a la era de Nakón, extendió Uzzá la mano hacia el arca de Dios y la sujetó porque los bueyes amenazaban volcarla.

⁷ Entonces la ira de Yahveh se encendió contra Uzzá: allí mismo le hirió Dios por este atrevimiento y murió allí junto al arca de Dios.

⁸ David se irritó porque Yahveh había castigado a Uzzá y se llamó aquel lugar Peres Uzzá hasta el día de hoy.

⁹ Aquel día David tuvo miedo de Yahveh y dijo: “¿Como voy a llevar a mi casa el arca de Yahveh?”

¹⁰ Y no quiso llevar el arca de Yahveh junto a sí, a la Ciudad de David, sino que la hizo llevar a casa de Obedom de Gat.

¹¹ El arca de Yahveh estuvo en casa de Obedom de Gat tres meses y Yahveh bendijo a Obedom y a toda su casa.

¹² Se hizo saber al rey David: “Yahveh ha bendecido la casa de Obedom y todas sus cosas a causa del arca de Dios.” Fue David e hizo subir el arca de Dios de casa de Obedom a la Ciudad de David, con gran alborozo.

¹³ Cada seis pasos que avanzaban los portadores del arca de Yahveh, sacrificaba un buey y un carnero cebado.

¹⁴ David danzaba y giraba con todas sus fuerzas ante Yahveh, ceñido de un efod de lino.

¹⁵ David y toda la casa de Israel hacían subir el arca de Yahveh entre clamores y resonar de cuernos.

¹⁶ Cuando el arca de Yahveh entró en la Ciudad de David, Mikal, hija de Saúl, que estaba mirando por la ventana, vio al rey David saltando y girando ante Yahveh y le despreció en su corazón.

¹⁷ Metieron el arca de Yahveh y la colocaron en su sitio, en medio de la tienda que David había hecho levantar para ella y David ofreció holocaustos y sacrificios de comunión en presencia de Yahveh.

¹⁸ Cuando David hubo acabado de ofrecer los holocaustos y sacrificios de comunión, bendijo al pueblo en nombre de Yahveh Sebaot ¹⁹ y repartió a todo el pueblo, a toda la muchedumbre de Israel, hombres y mujeres, una torta de pan, un pastel de dátiles y un pan de pasas a cada uno de ellos, y se fue todo el pueblo cada uno a su casa.

²⁰ Cuando se volvía David para bendecir su casa, Mikal, hija de Saúl, le salió al encuentro y le dijo: “¿Cómo se ha cubierto hoy de gloria el rey de Israel, descubriéndose hoy ante las criadas de sus servidores como se descubriría un cualquiera!”

²¹ Respondió David a Mikal: “En presencia de Yahveh danzo yo. Vive Yahveh, el que me ha preferido a tu padre y a toda tu casa para constituirme caudillo de Israel, el pueblo de Yahveh, que yo danzaré ante Yahveh,

²² y me haré más vil todavía; seré vil a tus ojos pero seré honrado ante las criadas de que hablas.

²³ Y Mikal, hija de Saúl, no tuvo ya hijos hasta el día de su muerte.

7¹ Cuando el rey se estableció en su casa y Yahveh le concedió paz de todos sus enemigos de alrededor, ² dijo el rey al profeta Natán: “Mira; yo habito en una casa de cedro mientras que el arca de Dios habita bajo pieles.”

³ Respondió Natán al rey: “Anda, haz todo lo que te dicta el corazón, porque Yahveh está contigo.”

⁴ Pero aquella misma noche vino la palabra de Dios a Natán diciendo:

⁵ “Ve y di a mi siervo David: Esto dice Yahveh. ¿Me vas a edificar tú una casa para que yo habite?”

⁶ No he habitado en una casa desde el día en que hice subir a los israelitas de Egipto hasta el día de hoy, sino que he ido de un lado para otro en una

tienda, en un refugio. ⁷ En todo el tiempo que he caminado entre todos los israelitas ¿he dicho acaso a uno de los jueces de Israel a los que mandé que apacentaran a mi pueblo Israel: “¿Por qué no me edificáis una casa de cedro?” ⁸ Ahora pues di esto a mi siervo David: ‘Así habla Yahveh Sebaot: Yo te he tomado del pastizal, de detrás del rebaño, para que seas caudillo de mi pueblo Israel. ⁹ He estado contigo dondequiera has ido, he eliminado de delante de ti a todos tus enemigos y voy a hacerte un nombre grande como el nombre de los grandes de la tierra: ¹⁰ fijaré un lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré allí para que more en él; no será ya perturbado y los malhechores no seguirán oprimiéndole como antes,

¹¹ en el tiempo en que instituí jueces en mi pueblo Israel; le daré paz con todos sus enemigos. Yahveh te anuncia que Yahveh te edificará una casa.

¹² Y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. ¹³ (El constituirá una casa para mi Nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre.) ¹⁴ Yo seré para él padre y él será para mí hijo. Si hace mal, le castigaré con vara de hombres y con golpes de hombres, ¹⁵ pero no apartaré de él mi amor, como lo aparté de Saúl a quien quité de delante de mí. ¹⁶ Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme, eternamente.”

¹⁷ Natán habló a David según todas estas palabras y esta visión.

¹⁸ El rey David entró, y se sentó ante Yahveh y dijo: “¿Quién soy yo, señor mío Yahveh, y qué mi casa, que me has traído hasta aquí? ¹⁹ Y aun esto es poco a tus ojos, señor mío, Yahveh que hablas también a la casa de tu siervo para el futuro lejano...

Señor Yahveh. ²⁰ ¿Qué más podrá David añadir a estas palabras? Tú me tienes conocido, Señor Yahveh.

²¹ Has realizado todas estas grandes cosas según tu palabra y tu corazón, par dárselo a conocer a tu siervo. ²² Por eso eres grande, mi Señor Yahveh; nadie como tú, no hay Dios fuera de ti, como oyeron nuestros oídos. ²³ ¿Qué otro pueblo hay en la tierra como tu pueblo Israel a quien un dios haya ido a rescatar para hacerle su pueblo, dándole renombre y haciendo en su favor grandes y terribles cosas, expulsando de delante de tu pueblo, al que rescataste de Egipto, a naciones y dioses extraños? ²⁴ Tú te has constituido a tu pueblo Israel para que sea tu pueblo para siempre, y tú, Yahveh, eres su Dios. ²⁵ Y ahora, Yahveh Dios, mantén firme eternamente la palabra que has dirigido a tu siervo y a su casa y haz según tu palabra. ²⁶ Sea tu nombre por siempre engrandecido; que se diga: Yahveh Sebaot es Dios de Israel; y que la casa de tu siervo David subsista en tu presencia, ²⁷ ya que tú, Yahveh Sebaot, Dios de Israel, has hecho esta revelación a tu siervo diciendo: ‘yo te edificaré una casa’: por eso tu siervo ha encontrado valor para orar en tu presencia. ²⁸ Ahora, mi Señor Yahveh, tú eres Dios, tus palabras son verdad y has prometido a tu siervo esta dicha; ²⁹ dígnate, pues, bendecir la casa de tu siervo para que permanezca por siempre en tu presencia, pues tú mi Señor Yahveh, has hablado y con tu bendición la casa de tu siervo será eternamente bendita.”

54 la gran asamblea

David había reinado ya cuarenta años. Su riqueza aumentaba, y su fama se extendía más allá de Jerusalén. Entonces llamó a todos los príncipes de Israel, a los jefes de las doce tribus, a los comandantes del ejército y a los altos mandatarios del reino. Cuando todos estuvieron reunidos dijeron entre ellos:

—¿Qué querrá David hablar con nosotros?
¿Tendrá el rey nuevas preocupaciones?

E intentaban adivinar de qué se trataba. Las trompetas resonaron pidiendo silencio. Situándose en medio de los reunidos, el rey David dijo:

—¡Escuchadme, mis hermanos, mi pueblo!
Desde hace largo tiempo he emprendido preparativos para transformar la tienda sagrada de Sión en un templo fijo. Debe ser erigido en Jerusalén. Empero Dios, el Señor, me ha dicho: “No debes construir casa alguna en mi nombre, pues has derramado mucha sangre con la guerra. Lo hará tu hijo Salomón, ¡él erigirá el templo siendo rey luego de tus días!” Este mensaje he recibido de Dios y hoy os quiero entregar esta misión.

Todos los príncipes, comandantes y mandatarios estuvieron de acuerdo y reconocieron a Salomón como el sucesor de David.

Esa noche un ángel del Señor se le apareció a Salomón y le dijo:

—Salomón, Dios desea otorgarte una gracia. Tú debes elegirla.

Salomón respondió:

—¡El Señor me otorgue comprensión y sabiduría, para que pueda guiar al gran pueblo con justicia!

Esto fue concedido y Salomón cuando fue rey, hizo construir el templo en Jerusalén, luego de la muerte de su padre David. Se profetizó:

—En este templo vendrá el día en que pronunciará sus palabras el Mesías, el futuro redentor. Él ayudará a la humanidad a andar por los buenos caminos y a superar cada vez más al mal.

54 la gran asamblea

1 Reyes 1:1-53

1 Era ya viejo el rey David y entrado en años; le cubrían con vestidos pero no entraba en calor.

² Sus servidores le dijeron: “Que se busque para mi señor el rey una joven virgen que sirva al rey, y le atienda; que duerma en tu seno y dé calor a mi señor el rey.”

³ Se buscó una muchacha hermosa por todos los términos de Israel y encontraron a Abisag la sunamita, y la llevaron al rey.

⁴ La joven era extraordinariamente bella; cuidaba y servía al rey, pero el rey no la conoció.

⁵ Mientras tanto Adonías, hijo de Jagguít, se gloraba diciendo: “Yo seré rey.” Se había hecho con un carro y hombres de carro y cincuenta hombres que corrían ante él.

⁶ Nunca en su vida le había disgustado su padre diciendo: “¿Por qué haces esto?” Era de muy hermosa presencia y había nacido después de Absalón.

⁷ Se entendía con Joab, hijo de Sarvía, y con el sacerdote Abiatar, que apoyaban a Adonías.

⁸ Pero el sacerdote Sadoq, Benaías, hijo de Yehoyadá, el profeta Natán, Semeí, Reí y los valientes de David no estaban con Adonías.

⁹ Adonías hizo un sacrificio de ovejas, bueyes y vacas cebadas en la Piedra de Zojélet, que está junto a la fuente de Roguel, e invitó a todos sus hermanos, los hijos del rey, y a todos los hombres de Judá, servidores del rey, ¹⁰ pero no invitó al profeta Natán ni a Benaías ni a los valientes ni a Salomón su hermano.

¹¹ Dijo Natán a Betsabé, madre de Salomón: “¿No has oído que Adonías, hijo de Jagguít, se hace el rey sin saberlo David nuestro señor?”

¹² Ahora voy a darte un consejo para que salves tu vida y la vida de tu hijo Salomón.

¹³ Vete y entra donde el rey David y dile: “Acaso tú, rey mi señor, no has jurado a tu sierva: Salomón tu hijo reinará después de mí y él se sentará en mi trono? ¿Pues por qué Adonías se hace el rey?”

¹⁴ Y mientras estés tú allí hablando con el rey, entraré yo detrás de ti y completaré tus palabras.”

¹⁵ Entró Betsabé donde el rey, en la alcoba; el rey era muy anciano, y Abisag la sunamita servía al rey.

¹⁶ Se arrodilló Betsabé y se postró ante el rey; el rey dijo: “¿Qué te pasa?”

¹⁷ Ella le dijo: “Mi señor, tú has jurado a tu sierva por Yahveh tu Dios: “Salomón tu hijo reinará después de mí y él se sentará en mi trono.”

¹⁸ Pero ahora es Adonías el que se hace el rey, sin que tú, mi señor el rey, lo sepas.

¹⁹ Ha sacrificado bueyes, vacas cebadas y ovejas en abundancia, invitando a todos los hijos del rey, al sacerdote Abiatar y a Joab, jefe del ejército, pero no ha invitado a tu siervo Salomón.

²⁰ Ahora, mi señor el rey, los ojos de todo Israel te miran para que les indiques quién ha de sentarse en el trono de mi señor el rey, después de él.

²¹ Y ocurrirá que, cuando mi señor el rey se acueste con sus padres, yo y mi hijo Salomón seremos tratados como culpables.”

²² Estaba ella hablando con el rey cuando llegó el profeta Natán.

²³ Avisaron al rey: “Está aquí el profeta Natán.” Entró donde el rey y se postró sobre su rostro en tierra ante el rey.

²⁴ Dijo Natán: “Rey mi señor: ¿es que tú has dicho: “Adonías reinará después de mí y él será el que se siente sobre mi trono?”

²⁵ Porque ha bajado hoy a sacrificar bueyes, vacas cebadas y ovejas en abundancia, invitando a todos los hijos del rey, a los jefes del ejército y al sacerdote Abiatar; están ahora comiendo y bebiendo en su presencia y gritan: “Viva el rey Adonías.”

²⁶ Pero yo, tu siervo, y el sacerdote Sadoq y Benaías, hijo de Yehoyadá, y tu siervo Salomón no hemos sido invitados.

²⁷ ¿Es que viene esto de orden de mi señor el rey, y no has dado a conocer a tus siervos quién se sentará después de él en el trono de mi señor el rey?”

²⁸ El rey David respondió diciendo: “Llamadme a Betsabé.” Entró ella donde el rey y se quedó ante él.

²⁹ El rey hizo este juramento: “Vive Yahveh que libró mi alma de toda angustia,

³⁰ que como te juré por Yahveh, Dios de Israel, diciendo: Salomón tu hijo reinará después de mí, y él se sentará sobre mi trono en mi lugar, así lo haré hoy mismo.”

³¹ Se arrodilló Betsabé rostro en tierra, se postró ante el rey y dijo: “Viva por siempre mi señor el rey David.”

³² Dijo el rey David: “Llamadme al sacerdote Sadoq, al profeta Natán y a Benaías, hijo de Yehoyadá.” Y entraron a presencia del rey.

³³ El rey les dijo: “Tomad con vosotros a los veteranos de vuestro señor, haced montar a mi hijo Salomón sobre mi propia mula y bajadle a Guijón.

³⁴ El sacerdote Sadoq y el profeta Natán le unirán allí como rey de Israel, tocaréis el cuerno y gritaréis: “Viva el rey Salomón.”

³⁵ Subiréis luego detrás de él, y vendrá a sentarse sobre mi trono y él reinará en mi lugar, porque le pongo como caudillo de Israel y Judá.”

³⁶ Benaías, hijo de Yehoyadá, respondió al rey: “Amén. Así habla Yahveh, Dios de mi señor el rey.

³⁷ Como ha estado Yahveh con mi señor el rey, así esté con Salomón y haga su trono más grande que el trono de mi señor el rey David.”

³⁸ Bajaron el sacerdote Sadoq, el profeta Natán, Benaías, hijo de Yehoyadá, los kereteos y los peleteos, e hicieron montar a Salomón sobre la mula del rey David y le llevaron a Guijón.

³⁹ El sacerdote Sadoq tomó de la Tienda el cuerno del aceite y ungió a Salomón, tocaron el cuerno y todo el pueblo gritó: “Viva el rey Salomón.”

⁴⁰ Subió después todo el pueblo detrás de él; la gente tocaba las flautas y manifestaba tan gran alegría que la tierra se hendía con sus voces.

⁴¹ Lo oyó Adonías y todos los invitados que con él estaban cuando habían acabado de comer; oyó Joab el sonido del cuerno y dijo: “¿Por qué este ruido de la ciudad alborotada?”

⁴² Estaba todavía hablando cuando llegó Jonatán, hijo del sacerdote Abiatar; y Adonías le dijo: “Ven, pues eres un hombre valeroso y traerás buenas noticias.”

⁴³ Jonatán respondió a Adonías: “Todo lo contrario. Nuestro señor el rey David ha proclamado rey a Salomón.

⁴⁴ El rey ha enviado con él al sacerdote Sadoq, al profeta Natán, a Benaías, hijo de Yehoyadá, a los kereteos y peleteos, y le han hecho montar sobre la mula del rey.

⁴⁵ El sacerdote Sadoq y el profeta Natán le han ungido rey en Guijón; han subido de allí llenos de gozo; la ciudad está alborotada; y ése es el tumulto que habéis oído.

⁴⁶ Más aún, Salomón se ha sentado en el trono real, ⁴⁷ y los servidores del rey han ido a felicitar a nuestro rey David diciendo: Que tu Dios haga el nombre de Salomón más dichoso que tu propio nombre y haga su trono más grande que tu trono. El rey se ha prosternado en su lecho, ⁴⁸ y ha dicho así: “Bendito Yahveh, Dios de Israel, que ha permitido que un descendiente mío se siente hoy sobre mi trono y que mis ojos lo vean.””

⁴⁹ Todos los invitados que estaban con Adonías temieron y, levantándose, se fueron cada uno por su camino.

⁵⁰ Adonías tuvo miedo de Salomón; se levantó y se fue y se agarró a los cuernos del altar.

⁵¹ Avisaron a Salomón: “Mira que Adonías tiene miedo del rey Salomón y se ha agarrado a los cuernos del altar diciendo: Que el rey Salomón me jure desde hoy que su servidor no morirá a espada.”

⁵² Dijo Salomón: “Si es hombre honrado, no caerá en tierra ni uno de sus cabellos, pero si se halla maldad en él, morirá.”

⁵³ El rey Salomón mandó que lo bajaran de junto al altar; entró y se postró ante el rey Salomón, y Salomón le dijo: Vete a tu casa.”

55 el sueño de David

En sus últimos días en la tierra, David tuvo un extraño sueño. Vio a sus dos hijos, Salomón y Natán, en el campo de Belén yaciendo en la tierra dormidos. De cada uno de ellos crecía un árbol hacia arriba. Cada vez que brotaba una nueva rama resonaba un nombre.

En Natán comenzaba con: Mattatá, Menná, Meleá y en Salomón con Roboam, Abiá, Asaf... Cuanto más altos crecían los árboles, más fuertes resonaban los nombres.

Cuando sus copas tocaron el linde del cielo, resplandeció una estrella clara como un sol. Ante su luz los árboles se inclinaron uno hacia el otro. Sus ramas se entrelazaron formando un único árbol del mundo. Se oía música de ángeles. De la estrella llovía luz hacia el árbol, y el árbol tenía incontables llamitas.

Cuando David despertó de su sueño, reflexionó sobre la visión. La paz inundó su alma, tal como había vivenciado como joven pastor, al tocar la cítara en Belén. David se dijo a sí mismo:

—Ahora puedo morir confortado. ¡Mis hijos y los hijos de mis hijos verán algún día la luz del Mesías!

56 los salmos de David

Ciento cincuenta cánticos y salmos fueron conservados de las composiciones de David. Sin él, el mundo de la palabra y el cántico hubieran sido más débiles. He aquí el Salmo 104 (103):⁹

¹ ¡Alma mía, bendice a Yahveh!

¡Yahveh, Dios mío, qué grande eres!

Vestido de esplendor y majestad,

² arropado de luz como de un manto,

tú despliegas los cielos lo mismo que una tienda,

³ levantas sobre las aguas tus altas moradas;

haciendo de las nubes carro tuyo,

sobre las alas del viento te deslizas;

⁴ tomas por mensajeros a los vientos,

a las llamas del fuego por ministros.

⁵ Sobre sus bases asentaste la tierra,

inconmovible para siempre jamás.

⁶ Del océano, cual vestido, la cubriste,

sobre los montes persistían las aguas;

⁷ al increparlas tú, emprenden la huida,
se precipitan al oír tu trueno,

⁸ y saltan por los montes, descienden por los valles,
hasta el lugar que tú les asignaste;

⁹ un término les pones que no crucen,
por que no vuelvan a cubrir la tierra.

¹⁰ Haces manar las fuentes en los valles,
entre los montes se deslizan;

¹¹ a todas las bestias de los campos abreven,
en ellas su sed apagan los onagros;

¹² sobre ellas habitan las aves de los cielos,
dejan oír su voz entre la fronda.

¹³ De tus altas moradas abreas las montañas,
del fruto de tus obras se satura la tierra;

¹⁴ la hierba haces brotar para el ganado,
y las plantas para el uso del hombre,

para que saque de la tierra el pan,

¹⁵ y el vino que recrea el corazón del hombre,
para que lustre su rostro con aceite

y el pan conforte el corazón del hombre.

¹⁶ Se empapan bien los árboles de Yahveh,
los cedros del Líbano que él plantó;

¹⁷ allí ponen los pájaros su nido,

su casa en su copa la cigüeña;

¹⁸ los altos montes, para los rebecos,

para los damanes, el cobijo de las rocas.

¹⁹ Hizo la luna para marcar los tiempos,

conoce el sol su ocaso;

²⁰ mandas tú las tinieblas, y es la noche,

en ella rebullen todos los animales de la selva,

²¹ los leoncillos rugen por la presa,

y su alimento a Dios reclaman.

²² Cuando el sol sale, se recogen,

y van a echarse a sus guaridas;

²³ el hombre sale a su trabajo,

para hacer su faena hasta la tarde.

²⁴ ¡Cuán numerosas tus obras, Yahveh!
Todas las has hecho con sabiduría,
de tus criaturas está llena la tierra.

²⁵ Ahí está el mar, grande y de amplios brazos,
y en él el hervidero innumerable
de animales, grandes y pequeños;

²⁶ por allí circulan los navíos,

y Leviatán que tú formaste para jugar con él.

²⁷ Todos ellos de ti están esperando
que les des a su tiempo su alimento;

²⁸ tú se lo das y ellos lo toman,

abres tu mano y se sacian de bienes.

²⁹ Escondes tu rostro y se anonadan,

les retiras su soplo, y expiran

y a su polvo retornan.

³⁰ Envías tu soplo y son creados,

y renuevas la faz de la tierra.

³¹ ¡Sea por siempre la gloria de Yahveh,
en sus obras Yahveh se regocije!

³² El que mira a la tierra y ella tiembla,
toca los montes y echan humo.

³³ A Yahveh mientras viva he de cantar,
mientras exista salmodiaré para mi Dios.

³⁴ ¡Oh, que mi poema le complazca!

Yo en Yahveh tengo mi gozo.

³⁵ ¡Que se acaben los pecadores en la tierra,

y ya no más existan los impíos!

¡Bendice a Yahveh, alma mía!

⁹ Son 150 salmos. Del Sal 10 al 148, la numeración de la Biblia Hebrea (la que seguimos aquí) se adelanta en una unidad a la Biblia Griega y a la Vulgata, que unen los Sal 9 y 10 y los Sal 114 y 115, pero dividen en dos el Sal 113 y el Sal 147.] [n. del pr.]

El autor de estos cuentos bíblicos introdujo durante muchos años a niños de edad escolar en el mundo del Antiguo Testamento. De esa experiencia surgieron estos textos. Son la continuación de los cuentos que van desde la creación hasta el arca de Noé que fueron publicados con el nombre de “Y hubo luz...”

Además de las fuentes bíblicas, le ayudaron también textos apócrifos, sobre todo “Las leyendas de los judíos” recopiladas por Micha Josef bin Gorion

De forma libre y poética, y a la vez fiel a la naturaleza de las fuentes quieran ayudar estas narraciones a acercarle a la juventud de hoy imágenes y sucesos que ayudaron a conformar la cultura de occidente. ♣

Jakob Streit